



«Déjate seducir...»

SERIE CITAS DE AMOR



ANNA
DOMINICH



«DÉJATE SEDUCIR...»

(Serie Citas de Amor IV)

Anna Dominich

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: «Déjate seducir...» (*Serie Citas de Amor IV*)
© *Anna Dominich*

Nº de registro de la propiedad intelectual: B-1415-17
Primera edición en Junio 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Edición y maquetación: *Alexia Jorques*

«*Déjate seducir...*»
SERIE CITAS DE AMOR 

ANNA DOMINICH

A los que tienen el valor de luchar por sus sueños.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Descubriendo a Alexei...](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Todo empezó la primera vez que vi a Alexei, el mejor amigo de mi hermana.

Acababa de llegar a la ciudad tras muchos años viviendo en Londres y me presenté en casa de Vicky con la intención de instalarme allí. Aunque nos habíamos mantenido distantes durante mucho tiempo, éramos hermanas y nos echábamos de menos. Además, compartíamos un pasado trágico que nos unía y, tras la muerte de nuestro padre, nos dimos cuenta de que era el momento de empezar de cero.

Aquel día estaban celebrando el cumpleaños de Alexei en el jardín. Yo no le conocía personalmente, pero Vicky me había hablado de él. No obstante, nada me preparó para lo que sentí cuando sus intensos ojos azules se clavaron en los míos. Aquel hombre me fascinó desde el principio. Era salvaje, independiente, feroz, frío y a la vez puro fuego, pero sobre todas las cosas, Alexei era un solitario. Enseguida me di cuenta de que las probabilidades de llegar hasta él eran remotas, sobre todo para alguien como yo, que seguía prisionera de mis cicatrices y estaba tan rota emocionalmente como él.

Mi padre nos maltrató a Vicky y a mí durante años. Fue algo más psicológico que físico, pero nunca sabíamos lo que iba a ocurrir cuando llegaba a casa. El terror era tal que empezaba a temblar incluso antes de verle aparecer por la puerta. Nos insultaba, nos menospreciaba y nos culpaba del suicidio de mi madre, aunque todos sabíamos que se había atiborrado a pastillas porque no pudo seguir soportando la presión de estar casada con un monstruo como él. Vicky siempre había intentado protegerme. Al ser la hermana mayor creía que era su deber, pero yo estaba harta de verla sufrir por mi culpa, así que una tarde me metí en medio de una discusión y acabé pagando las consecuencias. Mi padre me empujó tan fuerte que caí sobre la mesa de centro del salón, que era de cristal, y la partí con el peso de mi cuerpo. El resto os lo podéis imaginar: sangre y gritos. Cuando sentí la presión de los cristales cortándome la piel, me mareé y estuve a punto de desmayarme. Recuerdo la sensación de la sangre, cálida y pegajosa, resbalando por mi pierna, pero apenas recuerdo nada más hasta que llegué al hospital. La peor parte se la llevó mi muslo izquierdo, que quedó prácticamente destrozado por culpa de los cortes. Desde entonces me convertí en otra persona, razón por la que en algunos momentos me sentía identificada con Alexei. Él también había sido víctima de unas cicatrices que le habían cambiado para siempre. Aun sabiéndolo, seguía doliéndome su rechazo y me costaba entender el motivo de sus constantes desprecios.

Desde que nos conocimos me ignoraba y, aunque hacía lo posible por llamar su atención, siempre me contestaba de manera cortante y muy hiriente, pero en Navidad las cosas se torcieron del todo entre nosotros. Alexei me hizo un regalo maravilloso, una antología poética de mi autor preferido, y quise corresponderle. Sabía que uno de sus grupos favoritos tocaba en la ciudad y me dije que podríamos ir juntos al concierto, así que compré unas entradas y se las regalé. Alexei las rechazó, me humilló y me rompió el corazón. Nunca me habían hecho sentir tan poca cosa, ni siquiera mi padre, que era un experto en tortura psicológica. Me dijo que jamás se fijaría en alguien como yo, y por un momento tuve la sensación de que podía ver a través de la ropa las horribles cicatrices que marcaban mi pierna.

Por aquel entonces tenía demasiadas heridas abiertas y mis inseguridades estaban a flor de piel. El más mínimo detalle podía herirme profundamente. Además, todavía me preguntaba por qué mi padre nunca me había querido. Hasta mucho tiempo después no entendí que era tan egoísta que solo

se quería a sí mismo. Supongo que todas mis frustraciones y decepciones eran culpa de la inseguridad que me había provocado su desprecio y su maltrato.

Todas las experiencias de mi vida habían estado condicionadas por lo ocurrido durante mi infancia. Mi padre nos había hecho creer que no valíamos para nada y eso nos había traumatizado. Tanto Vicky como yo seguíamos pensando que nunca estaríamos a la altura de nadie y nuestro comportamiento estaba condicionado por aquel trauma infantil. El mejor ejemplo era mi actitud con los hombres y las relaciones. Recuerdo perfectamente la primera vez que me desnudé delante de un chico. Lo hice enamorada y creyendo que él también lo estaba, porque era demasiado ingenua y necesitaba desesperadamente que alguien me quisiera. Tenía diecisiete años, vivía en Londres, estudiaba en un colegio privado y llevaba saliendo con él un año. Era complicado porque en el internado casi nunca nos permitían salir, especialmente con chicos de otros colegios, pero siempre encontrábamos la manera de vernos y al final decidimos dar el paso. Hasta entonces él había sido respetuoso y comprensivo y yo creí que me amaba. Tal vez debería haberle hablado de las cicatrices, pero pensé que si me quería no le importarían. Cuando vi el asco reflejado en su mirada me quise morir. Se horrorizó, dejó de ser tierno y me dio la vuelta para no tener que ver las asquerosas marcas. Cuando terminó, se abrochó los pantalones y no volví a verle. Os ahorraré los detalles escabrosos porque no merece la pena recordarlos, pero fue una experiencia traumática que me costó mucho tiempo repetir. Sin embargo, no me rendí y lo intenté un par de veces más.

En la universidad me acosté con un chico que hizo correr el rumor de que era la hija de Frankenstein y acabé siendo la comidilla del campus. Un horror que convirtió el peso de mis cicatrices en una losa que casi logró aplastarme. La tercera vez fue durante el máster. Conocí a un chico interesante, nos acostamos un par de veces, y en las dos ocasiones me obligó a cubrirme la pierna con la excusa de que, de otra forma, no podría empalmarse. Palabras textuales. Le dejé yo, y también dejé el sexo. Total, lo único que me provocaba era vergüenza y repulsa, nunca placer, y decidí que estaba mejor así, sola con mis cicatrices y mis traumas.

Así que la tarde que Vicky me habló de Alexei, lo hizo porque sabía que había quedado con él para cenar y temía que me hiciera daño. Después de lo de las entradas, Alexei se mostró arrepentido y me dijo que quería disculparse. Yo le propuse una cena para intentar solucionar las cosas y eso puso en alerta a Vicky, que temía lo que podía pasar entre nosotros. Me conocía y sabía que era vulnerable. Le había hablado de mi pasado, del miedo a desnudarme por culpa de las cicatrices y del daño que me habían hecho los hombres que habían pasado por mi vida, así que creyó oportuno advertirme sobre su amigo y desengañarme por completo. Me dijo que necesitaba entender su rechazo y olvidar lo que empezaba a sentir por él. Me hizo jurar que jamás le diría que me había contado su secreto, y yo acepté deseando descubrir qué demonios era aquello que nadie podía saber. Me imaginaba asesinatos, drogas o cárcel, pero Vicky me sorprendió con su explicación.

—Alexei se acostaba con mujeres a cambio dinero —resumió.

—¿Era una especie de gigoló? —pregunté boquiabierta.

—Gigoló, puto... Llámalo como quieras.

—Pues yo pensaba que se había cargado a alguien. Tanto misterio y tampoco era para tanto.

—Para él es algo terrible. Está profundamente avergonzado, por eso rechaza el sexo y las relaciones, supongo que lo asocia con algo sucio y humillante.

—Bueno, en eso coincidimos. A mí el sexo tampoco me parece divertido.

—No digas tonterías. Alexei empezó a... ejercer siendo demasiado joven y eso le marcó para siempre.

—¿Por eso no sale con mujeres ni quiere saber nada de mí?

Vicky asintió con la cabeza.

—Así es. Por lo visto se le daba muy bien. Tanto, que le costó mucho salir de aquel mundo — me explicó—. Aun así, sospecho que hay más. Guarda muchos secretos que no me ha querido contar. Por eso no puedes tener nada con él. Está destrozado emocionalmente, Sofia. Tienes que hacerte a la idea de que Alexei no puede mantener una relación normal ni amar a nadie.

Vicky acababa de contarme que Alexei había ejercido la prostitución para sobrevivir y la revelación me dejó sorprendida, pero al mismo tiempo me ayudó a entenderle mejor.

Aquello siguió dándome vueltas en la cabeza hasta que se me ocurrió una idea descabellada y empecé a urdir un plan, dispuesta a llevarlo a cabo con todas las consecuencias. Me lo pensé mucho y tuve que armarme de valor para atreverme, aun así, llegué a la conclusión de que era la mejor alternativa para solucionar todos mis problemas. Y, después de planificarlo concienzudamente, llegó el momento de ponerlo en marcha.

Nuestra cena fue la excusa perfecta para hablar con él a solas y planteárselo. Reservó en un restaurante del centro que ya conocía. Con aquella elección intuía que quería impresionarme porque el sitio era caro. No soy de esa clase de mujeres que necesitan el lujo para vivir, no obstante, nunca le hago ascos a una cena de categoría, sobre todo si no pago yo.

Me metí en la ducha antes de vestirme y después me quedé en el baño aplicándome cremas. Iván, mi cuñado, me había propuesto instalarme en el ático donde había vivido hasta que se comprometió con Vicky y se fue a vivir con ella. Aunque era demasiado grande para una persona sola, la localización y las vistas eran espectaculares, así que acepté encantada. Además, estaba muy cerca del trabajo y me iba genial porque aquel lunes empezaba a trabajar en la empresa de mi padre y me ahorraría un largo trayecto en metro y muchos madrugones.

Mientras pensaba en ello, recorrí con los dedos las líneas irregulares que atravesaban mi muslo. Me estremecí y temblé como cada vez que recordaba el fatídico día en que todo cambió. Me apliqué aceite de rosa moqueta y aparté la mirada de la pierna. No podía soportarlo. Lo había probado todo, desde cremas milagrosas capaces de reducir las peores cicatrices, hasta mejunjes carísimos que no servían para nada, y al final entendí que no había solución. Las cicatrices no iban a desaparecer jamás.

Durante un tiempo consideré la posibilidad de la cirugía estética, pero nunca llegué a decidirme. Sé que os costará entenderlo, pero las cicatrices forman parte de mí y son las responsables de la mujer en la que me he convertido. La idea de no volver a verlas, de dejar de tener aquella excusa, me hacía sentir vulnerable. Había aprendido a vivir con ellas y las odiaba con la misma intensidad que las necesitaba. Las cicatrices era la prueba de lo que había sufrido y mi caparazón. Sin ellas me vería obligada a enfrentarme al mundo real y a los sentimientos, y no estaba preparada para ello.

Seguramente hubiera necesitado la ayuda de un profesional. Vicky me propuso visitar a su psicóloga, pero me negué. No necesitaba loqueros. Mi padre era un borracho maltratador que me hizo daño, lo sabía, lo asumía y había aprendido a vivir con ello. ¿De qué me serviría hablarlo con un desconocido? Para lo único que necesitaba ayuda era para perder el miedo a desnudarme delante de un hombre y enseñarle mis cicatrices. Ahí entraba en juego Alexei. Que él se hubiera dedicado al negocio del sexo, acostándose con todo tipo de gente, que fuera algo así como un profesional y que encima me resultara atractivo, había sido algo que no había podido pasar por alto. Era perfecto para ayudarme a superar mis miedos. Aunque no nos llevábamos bien, me inspiraba confianza y con él me sentía segura. Alexei no me deseaba ni me quería. No había necesidad de estar a la altura de sus expectativas porque conmigo no tenía ninguna. Podría desnudarme delante de él sin miedo a defraudarle, como cuando iba al médico. Había practicado sexo con desconocidos y no le importaría

hacerlo conmigo hasta que superara mis traumas. Ahora solo faltaba convencerle para que me ayudara.

Os preguntaréis cómo demonios había llegado a esa conclusión y qué clase de locura me había poseído para querer hacer algo así. Pues bien, la respuesta es muy sencilla: había conocido a alguien.

Llevaba varias semanas chateando con un hombre de la famosa página de contactos «Citas de Amor». Había pillado a mi hermana curioseándola y me había comentado que sus amigas, Lisa y Su habían conocido a chicos a través de ella. No me lo pensé y me creé un perfil. Estaba en una ciudad nueva, sin amigos y encima traumatizada por culpa de mis cicatrices, así que buscar el amor a través de la red me parecía una opción a tener en cuenta. Me costó dar con alguien interesante, y tuve que hablar con unos cuantos salidos hasta que encontré al hombre ideal. Adrián tenía treinta años y era contable. Tenía un hijo de seis años y se había quedado viudo hacía tres. Una tragedia. Su mujer había muerto de cáncer a los veinticinco. Adrián aún no lo había superado, pero necesitaba compañía y una madre para su hijo. No tenía expectativas, no esperaba nada de nadie, ya no le quedaban sueños ni ilusiones, y si seguía vivo y funcionando era por su pequeño, solo por él.

Era un hombre atractivo que me inspiraba mucha ternura, al menos eso me parecía en sus fotos. Pelo castaño con un corte clásico, ojos oscuros, constitución atlética, labios gruesos y tentadores y una bonita sonrisa. Además, nunca nos íbamos a enamorar. Él no podía volver a amar y yo no estaba preparada para hacerlo. ¿Cómo puedes amar a otra persona si no eres capaz de amarte a ti misma? Así que nuestra relación sería ideal y muy conveniente. Nos haríamos compañía, criaríamos a su hijo y nunca me rechazaría por culpa de mis cicatrices. Había visto y vivido cosas peores. No obstante, me preocupaba el tema del sexo. No esperaba una gran pasión, tal vez no lo practicaríamos a menudo, pero se podía dar el caso, y a mí, el solo hecho de pensar en ello, me dejaba paralizada. Por eso necesitaba a Alexei.

Al fin había entendido que entre él y yo jamás podría haber nada. Alexei era el único hombre del que hubiera podido enamorarme, sin embargo, él fue más inteligente que yo y cortó cualquier posibilidad desde el principio, así que ahora éramos libres para experimentar sin peligro de poner en juego nuestros sentimientos. Quería que me ayudara a enfrentarme al sexo sin temor al rechazo y sin quedarme paralizada. Y quería que fuera él porque, a pesar de la aparente frialdad que había entre nosotros, me inspiraba una confianza absoluta. Además, sería la manera de superar aquella atracción irracional que sentía por él. Seguro que en cuanto intimáramos conseguiría sacármelo de la cabeza.

Tras la ducha, me sequé el pelo y me lo dejé suelto. Pretendía arreglarme y estar guapa sin exagerar. Temía que pensara que seguía empeñada en seducirle y, aunque técnicamente era así, las razones eran muy distintas. Me puse unos pantalones negros y una blusa de gasa color crema. Me pinté los labios de rojo, porque mi hermana siempre dice que eso hace que una mujer se sienta poderosa, y me tomé una copa de vino mientras esperaba.

A las nueve en punto sonó el telefonillo. Dejé la copa sobre la mesa y me levanté de un salto del sofá.

—Baja —me exigió.

No parecía estar de muy buen humor, así que cogí el abrigo y bajé lo más rápido que pude para no hacerle esperar. Me interesaba que estuviera receptivo para escuchar y aceptar mi propuesta.

Cuando salí a la calle, vi su coche aparcado justo enfrente. Tenía la ventanilla del lado del conductor bajada y la música altísima. Mientras cruzaba la calle, se inclinó y abrió la puerta del copiloto.

—Sube —ordenó.

—Parece que esta noche estás muy hablador —dije con ironía cuando bajó el volumen de la

música.

—Soy un hombre de pocas palabras —respondió mientras me abrochaba el cinturón—. Eso ya lo sabías antes de quedar conmigo.

—No he quedado contigo por tus increíbles dotes de conversación —repliqué—. He quedado contigo para que te humilles y te disculpes como es debido.

—Yo ya no me humillo ante nadie, princesa —masculló arrancando el coche—. Pero admito que te debo una disculpa, por eso estoy aquí.

—Me debes más que una disculpa, Alexei —insistí—. Me hiciste daño y yo tampoco permito que nadie me lo haga.

Él no contestó nada y se limitó a conducir mirando al frente. Iba vestido de negro, como siempre, y era el hombre más atractivo que había visto en mi vida. La única nota de color la daban sus ojos, de un azul intenso, que ahora estaban fijos en la carretera. Sus rasgos eran simétricos, nariz recta, labios finos, mandíbula cuadrada ensombrecida por una barba de tres días, y el pelo negro como la noche, largo hasta rozarle los hombros. Las cejas gruesas y su misteriosa mirada, formaban un conjunto que me volvía loca.

—Siempre que hablo contigo tengo la sensación de estar librando una batalla —comentó unos segundos después—. Me pones tenso.

—¿En serio? —me burlé—. Intentaré no responder a tus constantes pullas por el bien de esta cena, si tú prometes no provocarme.

—Yo no te provooco —se quejó con incredulidad.

—¿Lo ves? Lo estás haciendo otra vez —señalé.

—Joder, me agotas —suspiró—. Está bien, haré un esfuerzo.

—Perfecto. A lo mejor nos llevamos una sorpresa y hasta lo pasamos bien.

—Lo dudo... —gruñó para sí mismo, aunque le oí perfectamente.

Cuando llegamos al restaurante y nos acompañaron a la mesa, varios comensales nos mirarnos con curiosidad. Mi acompañante nunca pasaba desapercibido y, vestido con sus vaqueros oscuros, su cazadora de cuero negra y una camisa del mismo color, llamaba la atención en aquel ambiente selecto, repleto de trajes caros y gente estirada. En aquel momento me di cuenta de que Alexei no había pretendido impresionarme llevándome a cenar allí, lo que había querido desde el principio había sido hacer evidentes todas nuestras diferencias. Quería demostrarme que veníamos de dos mundos muy distintos porque seguía pensando que yo era una niña rica, criada en un exclusivo internado inglés, muy acostumbrada a los lujos. Qué poco me conocía. No me parecía en nada a aquella imagen que se había formado de mí. Era todo lo contrario.

Tras sentarnos y ojear la carta, pedimos las bebidas. Él pidió una Coca-Cola y, cuando el camarero se la trajo a pesar de ser la clase de restaurante que servía bebidas glamurosas como cócteles o vinos carísimos, bebió directamente de la botella para horror de los clientes de las mesas de alrededor, que nos observaban como si fuéramos especímenes dignos de estudio.

—Estás siendo maleducado adrede —me quejé.

Él me miró con una sonrisa burlona dibujada en los labios.

—No estoy siendo maleducado, soy así sin más.

Le devolví la mirada entrecerrando los ojos.

—Empiezo a conocerte y sé por qué me has traído aquí.

—Te equivocas, princesa. No tienes ni la más remota idea de quién soy.

—¿Acaso lo sabe alguien?

Alexei negó con la cabeza y dejó el refresco, del que apenas había bebido un sorbo, para

empezar a cenar.

—Estamos haciéndolo de nuevo —murmuró antes de acercarse el tenedor a los labios con elegancia, a pesar del esfuerzo que había hecho para demostrar que no tenía modales.

—¿A qué te refieres?

—A nuestra lucha de poder, ya sabes... A ver quién tiene la última palabra. Por eso me cuesta tanto relajarme contigo.

—¿Con Vicky te resulta más fácil?

—Por supuesto.

Me dolía que Vicky y Alexei se llevaran tan bien. Estaba terriblemente celosa. Me hubiera gustado que fuera mi mejor amigo, mi confidente, mi... todo, pero él prefería a mi hermana. En el fondo pensaba que estaba enamorado de ella, maldita sea.

—Esto puede ser tan largo o tan corto como tú quieras. Solo tienes que disculparte y convencerme de que es cierto, que lamentas haberme ofendido.

—Tenemos tiempo hasta las once, después tengo que irme a trabajar.

—¿Todavía estás trabajando en la discoteca? —pregunté sorprendida.

Alexei llevaba muchos años trabajando de camarero de discoteca, pero ya no ocultaba que había dejado de gustarle. Mi hermana le había ayudado a encontrar otra cosa y ahora trabajaba de día en una cafetería justo enfrente del edificio de oficinas donde iba a empezar a trabajar yo.

—A veces. Necesito dinero para unos asuntos y me pagan bien.

—Claro, muy conveniente trabajar la noche que has quedado conmigo. Así tienes la excusa perfecta para largarte cuanto antes —comenté mordaz.

—Tú lo has dicho.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente. Me iré contigo, esta noche me apetece tomarme una copa y bailar —improvisé para fastidiarle.

—No puedes venir conmigo —se negó, poniéndose tenso.

—¿Por qué no? No pensarás dejarme aquí tirada, ¿verdad? —pregunté enarcando una ceja—. Hemos venido en tu coche, por si lo habías olvidado.

—Puedes coger un taxi.

—Me iré contigo.

—Joder, qué pesadilla... —masculló—. Mira, acabemos con esto de una vez. Siento haber sido tan grosero. En realidad, me hubiera encantado ir a ese concierto —admitió sin mirarme a los ojos.

—Lo sabía.

—Pensé que si aceptaba las entradas te harías ilusiones, por eso fui tan brusco.

—No te preocupes, paso de ti. Eres insoportable.

—En eso coincidimos. Yo pienso lo mismo de ti.

—Menos mal que nos estábamos disculpando... —murmuré con ironía.

—Dios... —clamó levantando las manos—. De acuerdo, perdóname, intentaré no volver a ser tan grosero contigo.

—Acepto tus disculpas con una condición.

La sonrisa que se le había empezado a dibujar en los labios se le borró de golpe, transformando su expresión en una de cautela.

—¿Qué condición?

—Quiero que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Tengo un problema y tú eres la persona indicada para ayudarme a solucionarlo. Tienes que

prometerme que me ayudarás.

—Jamás prometo nada antes de saber de qué se trata.

—Si no me ayudas, le diré a Vicky que me has traído a este restaurante con la intención de avergonzarme y que te has negado a disculparte.

—¿Y por qué harías eso? —preguntó anonadado—. Además, ¿qué te hace pensar que me importa lo que le cuentes a Vicky?

—Que no quieres decepcionarla porque mi hermana es la persona más importante de tu vida. De hecho, es la única persona que tienes en el mundo —remarqué.

Él me miró con expresión furiosa, pero no admitió ni negó nada.

—A ver, princesa, sorpréndeme, ¿en qué puedo ayudarte yo?

—Quiero que me ayudes a perder el miedo a desnudarme delante de un hombre —respondí, dejándole con la boca abierta.

Capítulo 2

—¿Te has vuelto loca?! —Me miró con tal expresión de sorpresa e incredulidad, que por un momento temí que se le salieran los ojos de las orbitas.

—No hace falta que sigas fingiendo, Alexei, Vicky me lo ha contado todo —dije antes de beber un sorbo de vino para disimular una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué cojones te ha contado Vicky? —gruñó, y a mí la sonrisa se me borró de golpe. Alexei parecía verdaderamente enfadado y su mirada me dio escalofríos.

—A lo que te dedicabas antes —musité—. Lo de acostarte con mujeres a cambio de dinero.

—Voy a matarla.

Era evidente que deseaba gritar y golpear la mesa con el puño que mantenía apretado, pero no lo hizo a pesar de llevar toda la noche intentando aparentar que era un maleducado.

—No te enfades —pedí—. Vicky quería hacerme entender las razones por las que te comportabas así conmigo para que dejara de hacerme ilusiones.

—Putas chismosas —masculló apartando la mirada.

—No te juzgo, ¿sabes? —aseguré captando su atención—. Yo también hubiera hecho cualquier cosa para alejarme de mi padre. Se llama supervivencia.

—No tienes ni puta idea de lo que he tenido que hacer para sobrevivir, Sofia —pronunció con frialdad—. Así que no finjas que me entiendes.

—Me da igual. Lo único que quiero es que me ayudes. Sé que entre nosotros jamás podrá haber nada, es evidente que nos detestamos desde la primera vez que nos vimos. —Él me miró enarcando las cejas—. Vale, admito que al principio sentí atracción por ti, pero ya se me ha pasado. He conocido a alguien...

—¿Qué?

—Que he conocido a un hombre amable, trabajador y responsable con el que quiero empezar una relación, pero no puedo hacerlo porque tengo un problema relacionado con el sexo y la intimidad que me paraliza y me impide disfrutar en la cama con los hombres —le expliqué, pero él siguió mirándome como si le estuviera hablando en chino—. Sabes lo de mi padre, ¿verdad?

—Sí, Vicky me lo contó, pero me estoy dando cuenta de que sois un par de mentirosas y seguramente se le olvidó mencionar algunos detalles importantes.

—Hay cosas que no sabes, sí —admití—. Solo te diré que me quedó un trauma debido a lo que ocurrió. No quiero entrar en detalles, pero, resumiendo, cuando llega el momento de desnudarme delante de un hombre me paraliza y no puedo.

—¿Quieres desnudarte delante de mí?

—Tal vez a la larga. Antes me gustaría empezar por lo más básico.

—¿Y qué se supone que es lo más básico?

—¡No lo sé! —exclamé exasperada—. El experto eres tú.

—Sofia, ahora mismo estoy alucinando tanto que pienso que me has metido droga en la bebida o que esto es una puta pesadilla —gruñó, dejando la servilleta encima de la mesa y apartando el plato a un lado para apoyar las manos entrelazadas. Parecía relajado y tranquilo, pero estaba al borde de un ataque—. Pretendes que... ¿nos acostemos?

—Exactamente —asentí—. Sin implicarnos sentimentalmente, por supuesto. El hecho de que sintiera cierta atracción por ti ayudará a que las cosas fluyan entre nosotros —argumenté—. Además,

tú ya estás acostumbrado a acostarte con gente por la que no sientes nada y yo tengo a otro hombre en la cabeza.

—¿Y por qué no practicas con tu novio? —preguntó.

Entendí que le pareciera lo más lógico dadas las circunstancias, pero no podía hablarle a Adrián de mis cicatrices, mucho menos enseñárselas. Todavía no había la suficiente confianza y temía perderle si lo hacía. No sería la primera vez y ya estaba escarmentada.

Aquella era la historia de mi vida. Chico que me gustaba, chico que me rechazaba, me menospreciaba y me hacía sentir como un montón de basura después de acostarse conmigo y humillarme al ver mis cicatrices. No podía arriesgarme y mostrarme vulnerable con Adrián. Primero tenía que hacerme fuerte, por eso necesitaba a Alexei. Todo ello muy rebuscado, sin embargo, en mi cabeza lo veía con una claridad absoluta. Yo me entendía y sabía muy bien lo que quería. Que me entendieran los demás no era relevante.

—Porque él no puede saber que soy una mujer tan insegura —le resumí después de pensarme un poco la respuesta—. También tiene problemas y...

—Joder, para —me cortó—. Mira, Sofia, yo no follo, es algo que no hago desde hace tiempo. Me da... asco, ¿entiendes? Así que olvídale. No quiero que me cuentes más detalles.

—Te pagaré lo que me digas. Así no tendrás que seguir trabajando en la discoteca para reunir dinero para esos asuntos misteriosos que te llevas entre manos.

Él me lanzó una mirada que me dejó congelada.

—Me estás ofendiendo. Que digas eso, sabiendo lo que sabes, hace que desee levantarme, largarme y no volver a dirigirte la palabra nunca más.

—Tienes razón, perdona. Estoy nerviosa y no sé lo que digo —me disculpé. Aquello no estaba saliendo como yo quería y tenía que solucionarlo.

—Dios mío, pensaba que con tu hermana ya lo había visto todo y ahora llegas tú y me propones esto. Es surrealista —murmuró negando con la cabeza—. No voy a hacerlo por dos razones...

—Por favor, haz un esfuerzo, sé que no te gusto ni soy el tipo de chica que te atrae, pero te necesito —supliqué cortando lo que iba a decir.

—No se trata de eso. Claro que me gustas, eres una chica preciosa —confesó acelerándome el corazón—, pero si me acostara contigo, Vicky me arrancaría los huevos y se los daría de comer al imbécil ese con el que va a casarse. Además, no puedo hacerlo por una cuestión personal, me prometí que no volvería a acostarme con nadie hasta que lo deseara de verdad.

—Muy bien, si no me ayudas tú, tendré que pedírselo a otro —mentí. Solo lo haría con él, lo tenía claro, pero Alexei no lo sabía y aquello le pondría en alerta—. Si Vicky se entera de que me has dejado en manos de cualquier tío para un asunto tan delicado, no solo te arrancará los huevos, sino que no querrá volver a verte en la vida.

—No voy a hacerlo, Sofia, y no puedes convencerme usando unos trucos tan infantiles. Deja de comportarte como una jodida niñata. El mundo no gira a tu alrededor y no puedes esperar que la gente esté dispuesta a concederte todos los caprichos. Esto no es un juego, es un tema serio.

—De acuerdo, me parece bien. No voy a obligarte. Buscaré a otro y empezaré esta misma noche. Seguro que en la discoteca encontraré a un montón de hombres dispuestos a ofrecerse para tan ardua tarea —aseguré con sarcasmo y sin una pizca de vergüenza por aquel intento de chantaje emocional.

Entonces levanté la mano para pedirle al camarero que nos sirviera el postre y así hacerle creer que tenía prisa por irme de allí y empezar con la búsqueda.

—¿De qué van esos traumas? —preguntó unos minutos después, cuando ya teníamos delante una porción de tarta y un café para él, ignorando mi patético intento de provocación.

—No quiero hablar de ello.

—Genial, vosotras habláis de mí y de mi pasado, y yo no puedo saber nada del tuyo cuando pretendes que te ayude a solucionar tu problema.

—Es muy complicado para resumírtelo en cinco minutos.

—Está bien, me da igual —aceptó levantando las manos—. De todos modos, no pienso ayudarte. Es imposible, métetelo en la cabeza.

—Lo he entendido, no soy idiota ni estoy sorda.

—Pues date prisa con el postre porque tengo que irme a trabajar.

Inspiré profundamente y me armé de valor antes de volver a hablar. Si quería que aquel plan funcionara, yo también tenía que poner de mi parte.

—Mi padre me hizo daño —murmuré sin apartar la mirada del plato. Para convencer a Alexei tenía que lograr rozar aquel corazón tan congelado que tenía y no podía perder el tiempo. No iba a buscarme a otro, le necesitaba a él y tenía que ir a por todas.

—Sí, lo sé, Vicky me dijo que bebía y os maltrataba psicológicamente.

—Fue más que eso... Al final perdió el control y resulté herida.

Algo cambió en su expresión. Hubiera sido imperceptible si no le conociera, pero empezaba a hacerlo y lo que vi en sus ojos me asustó.

—Tu hermana me dijo que no os pegaba.

—Así es, pero un día todo se descontroló y acabé en urgencias. Aquello lo precipitó todo. Por eso Vicky se fue y dejó a Iván, porque teníamos miedo. Ya sabíamos de lo que era capaz nuestro padre y nos preocupaba que las visitas al hospital acabaran convirtiéndose en una costumbre.

—Hijo de puta —gruñó—. Tiene suerte de estar muerto.

—¿Qué pasaría si no lo estuviera?

—¿En serio tienes que preguntarlo? —respondió sin borrar de su cara aquella expresión tan letal.

—No te conozco, tú mismo lo has dicho. No sé de qué eres capaz.

—Soy capaz de todo cuando se trata de proteger a una mujer indefensa.

—Ya lo has hecho antes, ¿verdad? —adiviné.

—He hecho cosas horribles, Sofía. No deberías acercarte a mí.

—Entonces no me lo permitas —le reté.

—Cuando me dedicaba a... hacer lo que hacía, trabajaba en sitios que te pondrían los pelos de punta —me explicó—. Muchos de los que ejercen la prostitución lo hace coaccionados o engañados. La mayoría son mujeres, sobre todo adolescentes. Cuando se dan cuenta de dónde están ya es demasiado tarde, no pueden huir y allí sufren todo tipo de abusos y vejaciones. Lo veía a diario y no podía soportarlo.

—Me imagino que tuvo que ser horrible —susurré, consternada por aquella cruda realidad.

—No puedes imaginarlo. No te haces una jodida idea de lo que ocurre —aseguro—. Cuando logré dejarlo, me juré que si estaba en mis manos jamás permitiría que otra mujer sufriera. Por eso puede dar gracias tu padre, por estar muerto antes de haberse cruzado en mi camino. Un hombre que es capaz de hacer daño a un niño no merece seguir respirando.

—Ahora mismo quisiera preguntarte muchas cosas, pero no me atrevo —dije sin dejar de mirarle a los ojos. Estábamos conectados por una fuerza tan brutal que el resto del mundo había desaparecido.

—Es mejor que no lo sepas, créeme. Tú no puedes cambiar tu pasado ni yo el mío.

—¿Me creerías si te dijera que nada de lo que me contaras cambiaría lo que pienso de ti?

Él hizo una mueca parecida a una sonrisa burlona y por fin rompió la conexión, apartando la mirada.

—Eres una buena chica, Sofía —murmuró—, pero no puedo ayudarte con lo que me has pedido. Es... demasiado. No, no puedo.

—Está bien —suspiré resignada—. Lo acepto. Ni siquiera debería habértelo pedido, no sé er qué demonios estaba pensando.

Él asintió y se relajó pensando que había desistido en mi empeño. Se terminó el café y esperó hasta que me acabé el postre, aunque me lo comí sin ganas. De repente había perdido el apetito. Su confesión me había hecho consciente de una realidad que no había querido ver. Lo que había sufrido Alexei era mucho peor de lo que imaginaba.

Aunque insistí en pagar la cuenta a medias, no me lo permitió y nos fuimos de allí con la sensación de tener un montón de ojos clavados en la nuca. Fue aquel día, en aquel restaurante caro, con toda aquella panda de cotillas mirándonos por encima del hombro, cuando entendí que el magnetismo de Alexei era tan potente que ni vistiendo de negro y tratando de pasar desapercibido lo conseguía. Era como un animal exótico paseándose entre el resto de mortales.

Nos montamos en su coche y nos dirigimos en silencio hacia el *Bright Club*, la discoteca de moda donde trabajaba. Durante el trayecto pensé en aquellos retazos de información que me había confiado. Era evidente que aún no había superado su traumático pasado. Lo que se vio obligado a hacer lo dejó marcado para siempre y, ahora, pensar en el sexo le repelía. Yo en traumas era una experta, pero me había vuelto egoísta y estaba dispuesta a jugar sucio para conseguir que me ayudara sin pensar que podría hacerle daño.

Cuando llegamos al local aún era temprano y no había mucha gente. Alexei habló con el encargado, que le indicó que se ocupara de una de las barras de la zona de la pista. La música todavía no sonaba muy alta y había pocos clientes pululando por allí.

—No saldré hasta las siete —me informó, dejando mi bebida sobre la barra. Era pronto para empezar con las copas, pero ¿qué iba a hacer? El panorama era desolador y aún no había localizado a mi víctima—. ¿Cómo piensas volver a casa? Imagino que no te quedarás hasta que termine mi turno, ¿verdad?

—No, son demasiadas horas. Cogeré un taxi o quizá con suerte encontraré a alguien.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Pues lo que te he dicho antes, si tú no puedes ayudarme tendré que buscarme a otro.

«Empieza el juego», pensé mientras sorbía mi bebida por la pajita.

—No estarás insinuando que quieres pedirle a algún capullo de la discoteca que te ayude con lo del sexo, ¿verdad? —susurró mirando a un lado y a otro.

—No —respondí—. No lo estoy insinuando, lo estoy afirmando.

—¿Estás de coña?!

—Te he dicho que no, el tema es urgente y no puedo esperar. Confío en ti, por eso te he pedido ayuda, pero entiendo que no seas capaz de hacerlo. Tu pasado es... complicado, así que tengo que encontrar una alternativa.

—Mira, Sofía, lo que...

—Tienes clientes —lo interrumpí, señalando a un par de chicos que esperaban para ser atendidos. Aquel discurso paternalista no me interesaba.

Él me lanzó una mirada furiosa y se fue a atenderlos. Uno de ellos, un rubio muy mono, me guiñó un ojo y yo le sonreí.

—Está conmigo —gruñó Alexei, dejándome perpleja.

El chico se encogió de hombros y se fue con su amigo al otro lado de la pista, persiguiendo a unas chicas que acababan de entrar.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté indignada y a la vez esperanzada.

Alexei se sirvió una Coca-Cola con hielo antes de responder.

—Conozco a esos tíos, vienen a menudo —contestó después de beber un sorbo—. Son un par de hienas hambrientas y contigo no tendrían ni para empezar.

—Eso no es asunto tuyo. Solo se trata de sexo, no estoy buscando amor ni una relación, ¿sabes? Para eso ya tengo a mi amigo de la página de contactos. Este tipo de chicos me servirían de terapia de choque. Pensé que sería mejor intentarlo con alguien de confianza, pero me acabo de dar cuenta de que tengo poco tiempo y es mejor solucionarlo cuanto antes.

—Cada cosa que dices es peor —se horrorizó—. Si Vicky se enterara de que he permitido que hablaras con esos capullos me mataría.

—¡Olvídate de Vicky! —exclamé—. Esto es cosa mía y de nadie más. Además, mi hermana es la primera que me anima a salir y a divertirme.

—Por supuesto, ¡pero no a cometer locuras!

—Basta —exigí bajándome del taburete—. No debería haberte contado nada, he cometido un error. Olvídate de todo.

—¿Cómo quieres que me olvide? ¡Me siento responsable, joder!

—Pues no deberías. Perdona por haberte metido en esto, es problema mío y siempre me he ocupado de mis asuntos sola —le recordé—. Ahora será mejor que te deje trabajar.

—¿A dónde cojones te crees que vas?

—A divertirme —respondí empezando a alejarme—. Ya nos veremos por ahí. Gracias por la cena —me despedí, perdiéndome entre la gente que empezaba a llenar la pista.

Cuando me puse a bailar, me lo imaginé furioso detrás de la barra que lo mantenía prisionero. Ya había lanzado el anzuelo, ahora tocaba armarse de paciencia hasta que el pez picara.

Aunque al principio intenté mantenerme alejada, poco a poco fui dejándome ver. Un chico me invitó a una copa y me aseguré de que Alexei supiera que el gin-tonic que estaba preparando era para mí. Cada vez estaba más cabreado. Sentía las vibraciones negativas que desprendía incluso desde la distancia. Me dolía saber que todo aquello era porque temía represalias por parte de Vicky, pero me venía bien para conseguir mi objetivo. El gin-tonic que me trajo mi nuevo amigo, del cual no recordaba el nombre, tenía mucha tónica y muy poca ginebra. Alexei, siempre protector, intentaba que no bebiera más de la cuenta y acabara cometiendo una locura. El pobre no tenía nada que hacer. Convivir aquellos meses con Daniela, mi sobrina de cinco años, me había ayudado a aprender mucho sobre el arte de la manipulación. Aquel pequeño angelito hacía lo que quería con mi hermana, y eso que Vicky era un hueso duro de roer, y yo pretendía hacer lo mismo con él. Le conocía y sabía que su honor y la lealtad que sentía hacia mi hermana le obligarían a ayudarme. Solo necesitaba un poco de tiempo para resignarse y aceptarlo.

Alexei siguió vigilándome como un halcón. Dudaba que pudiera trabajar estando tan pendiente de mí, y me esforcé para provocarle riéndome como una tonta y coqueteando con cualquiera que se me acercara. Fueron muchos, así que el pobre tuvo que sufrir bastante. Una chica bailando sola en la pista de baile de una discoteca es como una piruleta en mitad de un parque lleno de niños.

El golpe de gracia llegó cuando el chico rubio que me había guiñado el ojo al principio de la noche se acercó y empezó a bailar conmigo. Un roce aquí, una miradita allá, una sonrisa... y Alexei ya venía directo hacia nosotros, apartando cuerpos y gruñendo por lo bajo.

«Ya era hora», me dije harta de fingir y de bailar. Los zapatos me estaban destrozando los pies y

tenía ganas de irme a casa y librarme de aquella panda de babosos.

—Te he dicho que está conmigo —le recordó a mi acompañante en cuanto pudo apartarme de él—. ¿Estás sordo, capullo?

—Vale, tío, tranquilo —respondió el otro levantando las manos—. Si no la dejaras tanto rato bailando sola, evitarías este tipo de confusiones.

—Yo hago lo que me da la gana, no necesito que nadie me deje hacer nada —recalqué defendiendo mi independencia, pero ninguno de los dos me hizo caso.

—Aléjate de mi chica, no te lo repetiré una tercera vez —lo amenazó, y el otro, muy prudente, asintió con la cabeza y se retiró.

Alexei daba auténtico miedo. Sin embargo, a mí no me intimidaba ni un poquito.

—Eres un pesado. Llevas toda la noche vigilándome, déjame en paz —exigí.

—Salgamos fuera —ordenó, pasando de mis reproches y arrastrándome por la pista hacia la salida de emergencia.

Yo le seguí fingiendo oponer resistencia y tratando por todos los medios de disimular la sonrisa de triunfo. «Victoria para Sofia», me felicité.

Salimos a un callejón maloliente, oscuro y solitario. No me extrañó que no hubiera nadie cerca porque el olor que desprendían los contenedores de basura era asqueroso.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté, cruzándome de brazos—. Quiero volver a la pista para seguir bailando, me lo estaba pasando bien.

—Demasiado bien, diría yo —murmuró mirándome mal—. No vas a parar, ¿verdad?

—¿De hacer qué? ¿Divertirme?

—No me toques los cojones, Sofia —gruñó—. Ya sabes lo que quiero decir. No vas a dejarlo estar, lo veo en tu mirada, vas a seguir hasta conseguir largarte de aquí con un tío.

—Esa es la idea —mentí, ciñéndome al plan—. Quiero empezar una relación seria y no podré hacerlo hasta que sea capaz de superar mis traumas. Me hubiera gustado hacerlo con alguien de confianza, pero la idea de un desconocido cada vez me atrae más porque a él no tendré que volver a verle pase lo que pase. Quizá no necesito superarlo poco a poco, tal vez lo que necesito es tomarme unas copas, quitarme la ropa sin ser muy consciente de ello y echar un polvo. Si puedo desnudarme delante de un extraño, podré hacerlo delante de mi futuro novio sin problemas —argumenté, pensando que lo que decía no tenía ningún sentido, pero sonaba muy convincente, sobre todo porque Alexei me miraba como si se lo estuviera creyendo.

—Joder, Vicky me va a matar —gimió, paseándose de un lado a otro con las manos en la cabeza—. Haga lo que haga, Vicky me matará.

—Olvídate de Vicky —repetí molesta—. Esto es algo entre tú y yo. Pase lo que pase, ella no se enterará.

—Maldita sea, entre las dos vais a volverme loco.

—No estás obligado a ayudarme. Quiero que lo hagas, pero entiendo que te lo impide tu pasado. Eso sí, si tú no lo haces encontraré a otro.

—Tengo la sensación de que estás jugando conmigo —murmuró suspicaz.

—No voy a mentirte, tú tienes algo que yo necesito y estoy dispuesta a todo para conseguirlo.

Ambos sabíamos de qué iba el juego. En ningún momento se me había pasado por la cabeza infravalorar a Alexei, era demasiado listo. Si se dejaba manipular era porque quería, no por mi gran poder de convicción. Sin embargo, iba a poner todo de mi parte para convencerle.

Permaneció unos segundos en silencio, valorando sus opciones, y al final claudicó.

—Está bien, lo haré —susurró como si temiera decirlo en voz alta—. Te ayudaré.

A mí se me iluminaron los ojos y estuve a punto de ponerme a dar saltos de alegría. Por suerte me contuve a tiempo.

—¿De verdad?

—Sí, pero habrá normas. Un montón de normas que vas a cumplir —me amenazó.

—Haré todo lo que me digas, lo juro —prometí.

—Perfecto, así me gusta. Entonces vas a meterte en el taxi que te he pedido antes de salir y te irás a casa. A ver si así puedo trabajar tranquilo de una maldita vez —pidió, señalando el final del callejón. Unos pocos metros a la izquierda nos esperaba un taxi.

—¿Cuándo empezaremos? —le pregunté mientras íbamos hacia allí.

—Ya te llamaré. Primero tengo que hacerme a la idea de toda esta locura y pensarlo en frío.

—De acuerdo, pero no te lo pienses demasiado, estas cosas es mejor hacerlas en caliente —dije antes de subirme al taxi. Él se quedó en la calle y no se movió hasta que el vehículo desapareció de su vista.

Durante el trayecto, intenté hacer caso de mi propio consejo y no pensar demasiado en lo que había hecho. Alexei y yo íbamos a acostarnos... «¡Oh, Dios mío!».

Capítulo 3

Aquella noche dormí del tirón, con la tranquilidad de haber llevado a buen puerto mis retorcidos planes. Había salido de casa con un objetivo y la misión había resultado un éxito. Alexei había cedido con muchísima facilidad y eso debería haberme parecido sospechoso, pero en aquel momento era víctima de mi propia euforia y no me daba cuenta de nada.

Me desperté pasadas las doce y sin resaca. Los cócteles bajos en alcohol que me había preparado Alexei fueron la razón de encontrarme tan bien. Me estiré entre las sábanas, desperezándome, antes de atreverme a sacar un pie de la cama. Después recordé que estaba viviendo en el lujoso ático de Iván y me destapé sin miedo. El sistema de calefacción funcionaba de maravilla y mantenía la casa a la temperatura ideal.

Me dirigí al baño y abrí el grifo de la ducha. Una lluvia de agua empezó a caer del techo y toda la habitación se llenó de vapor. Me desnudé y eché un rápido vistazo a mi muslo izquierdo para comprobar que las cicatrices seguían ahí. No habían desaparecido durante la noche por obra y gracia de un duende bondadoso o de cualquier ser con poderes especiales. Llevaba toda la vida rezando al acostarme para que eso ocurriera, y de momento no había tenido suerte.

Me quedé un buen rato bajo el agua caliente e imaginé a Iván y Vicky allí. No podía evitar tener aquellos pensamientos, aunque la imagen de ellos dos gimiendo y frotándose el uno contra el otro me resultaba perturbadora. Menos mal que pronto iba a sustituir aquellas visiones por otras mucho más reales de Alexei haciendo algo parecido conmigo. Instintivamente me acaricié el muslo y me froté las cicatrices. Si me acostaba con Alexei tendría que desnudarme. En realidad, todo aquel asunto iba de eso, de perder el miedo y afrontarlo para poder vivir una vida plena y normal con un buen hombre como Adrián. Tal vez debería haberme planteado que no solo se trataba de superar un trauma, sino de con quién tenía la suficiente confianza para atreverme a intentarlo, pero no quise pensar mucho en ello.

Bajé la mirada cuando los restos de jabón se escurrieron por mi cuerpo y contemplé aquellas malditas cicatrices. Algunos cortes fueron tan profundos que tuvieron que cosérmelos y, aunque a medida que fui creciendo se fueron desdibujando un poco, para mí seguían siendo igual de horribles que el primer día. Cuanto más miraba las marcas más grandes y gruesas me parecían. Éramos viejas amigas y nos conocíamos bien, entre nosotras no había secretos y sabíamos de qué lado estaba el poder. Las cicatrices habían gobernado mi vida, pero había llegado el momento de cambiarlo.

Me sequé el pelo y me vestí con ropa cómoda para estar por casa. Unas mallas oscuras y una sudadera gris que harían que mi hermana pusiera el grito en el cielo y volviera a decirme que parecía una indigente como cuando vivía en su casa y me pasaba el día tirada en el sofá con el portátil, sumida en un estado depresivo preocupante. No obstante, como ya no vivíamos juntas podía relajarme. Fui al dormitorio a coger el teléfono móvil y descubrí que tenía un mensaje de Adrián de hacía tres horas dándome los buenos días. Mientras me preparaba un café decidí llamarle.

—Buenos días, dormilona —me saludó cariñoso.

Hacía unas semanas que nos llamábamos, pero todavía no nos habíamos atrevido a quedar. Ambos éramos poco lanzados. Además, varias razones nos impedían dar el paso. En mi caso las cicatrices y en el suyo la sensación de traicionar a su difunta esposa.

—Buenos días, chicos —saludé en general, porque sabía que su hijo estaría escuchando.

—Hola, Sofia —me saludó el pequeño—. Estamos jugando a un videojuego —explicó

emocionado.

—¿En serio? Qué divertido —respondí sin saber qué más decir. No me costaba en absoluto relacionarme con los niños pequeños, pero con Hugo me cortaba. Tenía miedo de que pensara que pretendía ocupar el lugar de su madre y acabara rechazándome.

—Sigue tú, campeón, enseguida vuelvo —escuché que le decía Adrián.

—Siento haber interrumpido vuestra partida —me disculpé.

—Tranquila, Hugo es demasiado pequeño para jugar en serio, no nos molesta parar a medias —comentó—. ¿Qué haces?

—Sirviéndome un café. Ayer me acosté tarde porque salí con un amigo.

—¿Debería ponerme celoso? —bromeó.

«Si tú supieras», pensé.

—Para nada —dije en cambio—. Es el mejor amigo de mi hermana y quedamos por compromiso. Nos llevamos fatal y ella se empeña en arreglar la situación —mentí, preguntándome si era buena idea empezar una relación con él a base de engaños.

—Espero que al menos lo pasaras bien.

—Sí, al final las cosas salieron mejor de lo que esperaba. No seremos buenos amigos, pero llegaremos a un entendimiento.

—Me alegro. Esto... —carraspeó nervioso—, estaba pensando que se me hace un poco raro que mi hijo te hable como si te conociera y que, sin embrago, aún no nos hayamos visto en persona.

—¿Me estás proponiendo una cita? —pregunté con una sonrisa dibujada en los labios. Adrián era muy dulce.

—Se me da fatal, ¿no? —se avergonzó.

—No te creas, te has hecho entender.

—Entonces, ¿qué te parece?

—Me parece bien.

—Bien, claro, genial... —Volvió a carraspear—. Pues podríamos ir a dar un paseo por el parque o tal vez organizar un día de picnic, a Hugo le encanta.

Por un momento me acordé de Su, la amiga de Vicky, y de lo mucho que nos reíamos cada vez que nos contaba su primera incursión en el mundo de las páginas de contactos y los mensajes tan disparatados que había recibido. Entre ellos los de un tío que acababa de divorciarse y la invitaba a un picnic con sus hijos. Suspiré por dentro y me dije que Adrián merecía una oportunidad. Había perdido a su mujer de manera horrible y no estaba preparado para empezar a salir, ni siquiera tenía práctica con las citas porque solo había tenido una novia formal, razón por la que aquello se le daba tan mal.

—Lo mejor sería quedar solo tú y yo la primera vez, y luego, si las cosas salen bien, organizar una salida con Hugo. No sabemos cómo se lo va a tomar tu hijo y es mejor ir poco a poco —propuse.

—Tienes toda la razón —coincidió enseguida—. Podríamos planear algo para el fin de semana que viene, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto.

—Genial, tenemos una cita.

—Eso parece. —Sonreí contenta. Las cosas por fin avanzaban.

—Entonces te dejo, que Hugo me reclama. Hablamos dentro de un par de días y concretamos.

—Claro, ya hablaremos.

Nos despedimos y colgamos. Adrián era un buen hombre y, aunque solo me inspirara ternura, acabaría sintiendo algo más. Era perfecto para mí, me convencí mientras me terminaba el café.

Un rato después, mientras contemplaba mi nevera vacía y me preguntaba qué demonios podía prepararme para comer, alguien llamó al timbre. Fui a abrir intrigada porque no esperaba visitas. El portero solo dejaba subir a los miembros de mi familia sin avisarme, y pensé que tal vez sería Vicky, aunque me había comentado que aquel fin de semana iban a pasarlo con la madre y la hermana de Iván, que habían venido a Barcelona para conocer a Daniela antes de la boda, así que lo descarté al instante.

Mi hermana iba a casarse con su primer amor y juntos iban a adoptar a Daniela, una niña que había perdido a sus padres y de la que Vicky se había encariñado hasta el punto de derretir aquel corazón tan frío en el que se había estado escudando durante años.

—¡Sorpresa! —exclamó Carol cuando le abrí la puerta. Venía cargada con un par de bolsas y su eterna sonrisa—. He sobornado al portero con una ración de pollo agridulce y me ha dejado subir sin avisarte.

Carol era amiga de Lisa, una de las mejores amigas de mi hermana. La conocí el día del cumpleaños de Alexei y me pareció muy simpática. Nos habíamos hecho muy buenas amigas y llevábamos un tiempo quedando para ir al gimnasio. A pesar de ser dos personas completamente diferentes, nos complementábamos muy bien. Carol se reía de sí misma y de sus complejos y yo era víctima de ellos, aun así nos entendíamos y nos lo pasábamos muy bien juntas.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. —La invité a entrar.

—Te he traído la comida porque sabía que tendrías la nevera vacía y la cama por hacer. Eres un desastre, reconozcámoslo —comentó yendo a la cocina, donde empezó a vaciar las bolsas.

Había traído de todo. En una de las bolsas había comida china y en la otra un par de hamburguesas y patatas fritas. Menos mal que tenía la suerte de no engordar con facilidad, si no, mi amistad con Carol me habría salido cara.

—Te has pasado, no vamos a poder con todo.

—¿Tú crees? —Me miró enarcando las cejas—. Yo estoy hambrienta, puedo con esto y con más.

—¿Y a qué debo el honor de tu visita? —pregunté, sacando vasos y platos del armario para poner la mesa.

—Ayer saliste a cenar con el ruso y pensé que tal vez necesitarías un hombro sobre el que llorar —comentó—. Sé cuánto te gusta y lo mal que suele comportarse contigo. Siendo sincera, me temía un desastre y por eso he venido.

—Estoy bien —respondí con una sonrisa—. Al final la cosa salió mejor de lo que esperaba.

—¿En serio? —preguntó mirando hacia el pasillo—. No lo tendrás escondido en la habitación, ¿verdad?

—Claro que no —me reí—. No pasó nada, solo cenamos.

—Al final te lo vas a llevar al huerto, lo tengo claro.

Cuánta razón tenía Carol, pero no pensaba hablarle de mi acuerdo con Alexei, aquello era algo entre él y yo. Nuestro secreto.

—Lo dudo, me odia —dije en cambio.

—Los que se pelean se desean —canturreó—. ¿No decían eso las niñas pijas del colegio inglés en el que estudiabas? —preguntó sentándose a mi lado.

Habíamos llevado la comida y los cubiertos al comedor y nos disponíamos a devorarlo todo. Mi amiga ya tenía un puñado de patatas fritas en la boca incluso antes de sentarse a la mesa.

—Decían algo parecido —respondí mientras desenvolvía una hamburguesa—, pero entre Alexei y yo jamás habrá nada. Lo único a lo que aspiro es a que seamos amigos.

—Mentirosa —farfulló con la boca llena—. Yo quiero tener novio, estoy cansada de estar sola. Creo que me voy a crear un perfil en la página de contactos esa. ¿Tú cómo lo llevas con el viudo?

Carol era la única que sabía que estaba chateando con Adrián, así que aproveché para desahogarme y le conté la propuesta de picnic. Ambas nos reímos a carcajadas.

—Está mal que nos burlemos. —Adrián era un buen hombre, bastante negado para las citas, pero buena persona y no se lo merecía.

—Es que es muy fuerte. Vamos a ver, te podría haber propuesto un paseo romántico por la playa, una cena a la luz de las velas... Pero ¿picnic con el crío en la primera cita? ¡Venga ya! El romanticismo ha muerto.

—Adrián no quiere ser romántico, quiere una madre para su hijo.

—Eso huele a mierda podrida y suena a fracaso, Sofía. El tío será muy majo, pero no es lo que estás buscando.

—Es exactamente lo que estoy buscando. A mí nadie puede quererme.

—Estás mal de la cabeza —dijo sin parar de engullir.

—Tú no lo entiendes, hay cosas que no sabes —repliqué pensando en las cicatrices.

—Sé más de lo que te imaginas, créeme. Tengo estrías, flacidez, celulitis... Estoy gorda, pero ¿sabes qué? Me da absolutamente igual porque eso no me hace ser menos que los demás.

—Tú eres preciosa por dentro y por fuera, Carol.

—No sé lo que escondes y estoy deseando que me lo enseñes, pero es imposible que sea peor que esto —se burló, levantándose el jersey para enseñarme su tripa.

—A mí me parece que has adelgazado un poco, el gimnasio te va bien, las patatas fritas no. —Le robé un par del plato.

—No toques —se quejó, apartándolas de mi alcance—. Es verdad que el gimnasio me ayuda a quemar lo que como, pero de ahí a decir que he adelgazado es ser muy optimista—aseguró—. Aun así soy feliz, me gusta comer y no pienso renunciar a ello por absurdos cánones de belleza.

—Te envidio tanto... Me gustaría ser como tú —confesé, pensando que lo que más deseaba era olvidarme de las malditas cicatrices.

—Y a mí tan delgada como tú, ¡no te jode! —Lanzó una carcajada—. Pero el mundo es así de injusto. Tienes que aprender a ser feliz con lo que tienes, si no, te pasarás la vida sufriendo. Sé que es difícil, pero piensa que son tus diferencias las que te hacen especial. ¿Quién demonios quiere ser como el resto? Yo no.

—Llevo toda la vida sola. Mi hermana creía que actuaba bien alejándome de las garras de mi padre y nunca se dio cuenta de que me sentí abandonada. Cuando llegaba Navidad, las niñas se iban a casa con sus familias y yo me quedaba allí sola. El día de mi cumpleaños solo recibía una llamada apresurada. Cuando tenía problemas, dudas o miedos no podía compartirlos con nadie. No la culpo, para ella fue peor, pero para mí tampoco fue fácil.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó empezando a atacar la comida china. Yo, sin embargo, dejé la hamburguesa en el plato. Hablar de mi infancia me hacía perder el apetito.

—Que me cuesta confiar en los demás —admití—. Siempre he decidido sola, no estoy acostumbrada a compartir mis problemas ni a buscar apoyo. Me gustaría contarte muchas cosas, pero aún no estoy preparada.

—Tranquila, no hay prisa. No tienes que contarme nada si no quieres, yo seguiré siendo tu amiga igualmente —me tranquilizó—. Cuando conocí a Lisa me costó mucho que se abriera conmigo. La primera vez que la vi en el gimnasio, babeando por Raúl y ruborizada como una quinceañera, me pareció muy graciosa. Luego me miró arrugando su naricilla de hada y temí que saliera huyendo, sin

embargo, poco a poco nos hicimos amigas. La confianza no se gana en un par de semanas y ser amigo de alguien no implica tener que contarle todos tus secretos el primer día. Así que relájate y disfruta de lo que tenemos ahora. Todo llega.

Asentí con una sonrisa dibujada en los labios.

—Gracias —susurré emocionada. No estaba acostumbrada a poder contar con nadie y para mí aquello era muy importante.

Seguimos comiendo en silencio hasta que un pitido insistente nos interrumpió.

—Ta acaban de mandar un mensaje —me avisó Carol, señalando mi teléfono.

No solía prestar atención al móvil cuando estaba con amigos, pero la distracción me vino bien para quitarme la tontería de encima. Hablar de mi pasado siempre me deprimía un poco. Esperaba encontrarme con un saludo de Adrián o alguna noticia de Vicky, por eso me sorprendió muchísimo ver el nombre de Alexei reflejado en la pantalla. Rápidamente desbloqueé el teléfono para leer el mensaje entero.

«Empezamos el domingo que viene. Recuerda que habrá normas y que has prometido cumplirlas».

«Cretino», pensé. Odiaba que me hablara como si fuera estúpida, pero estaba obligada a tragarme el orgullo si quería que aquello siguiera adelante. Hasta entonces la ventaja la había llevado yo, pero en aquel momento el que dominaba el partido era él.

Le respondí con un simple «ok». Ya que no podía decirle lo que de verdad pensaba, iba a volverme tan seca y fría como él. Enseguida me llegó otro mensaje.

«Mientras tanto, mantente alejada de los capullos, ya no los necesitas. Si no, no hay trato. Y sí, es una de mis normas. ¡Cúmplela!».

Si se creía que podía darme órdenes iba listo. En ningún momento se me pasó por la cabeza que pudiera estar celoso. Aunque ahora, visto en perspectiva, podría decirse que Alexei se volvió sospechosamente protector conmigo a pesar de esforzarse por demostrar a todo el mundo que me odiaba.

—¿Con quién te estás mandando mensajes? —preguntó Carol, sobresaltándome.

—Con nadie —respondí bloqueando el teléfono.

—Pues ese «nadie» ha logrado que te salga fuego por los ojos.

—Son cosas del trabajo. Empiezo mañana —le recordé para distraerla—. Mientras terminamos de comer te hablo del puesto que me han asignado.

—Genial. ¿Qué hay de postre?

—Helado de chocolate.

—Me acabas de alegrar la tarde —aseguró, olvidándose de «nadie» y de sus estúpidos mensajes.

Sobre las siete de la tarde, Carol se fue a su casa y yo aproveché para prepararme la ropa para ir a trabajar. Me había instalado en Barcelona con la idea de trabajar para Iván en una de las sucursales de la empresa de mi difunto padre, que había muerto recientemente víctima de un cáncer, pero debido a ciertas complicaciones lo había ido posponiendo. Mi cuñado se comportó muy mal con mi hermana y me pasé un tiempo sin apenas dirigirle la palabra. Al final todo se solucionó, ellos iban a casarse y yo me dejé convencer para empezar a trabajar para él. Iván había cambiado y estaba

dispuesto a convertir la empresa de mi padre en un lugar mejor, así que tenía muchas ganas de ayudarle y estaba ilusionada. Llevaba muchos años estudiando y preparándome para aquel momento y lo estaba deseando.

Nerviosa, seleccioné un par de conjuntos y al final me decidí por un traje de chaqueta y falda color gris humo y una blusa de seda color burdeos. Más tarde me preparé una ensalada y me senté delante del televisor mientras cenaba. Estaba viendo una serie de humor y me reí de uno de los chistes del protagonista. Instintivamente me di la vuelta para comentarlo con Vicky, pero me di cuenta de que estaba sola. Me había acostumbrado a compartir piso con mi hermana y Daniela y ahora me sentía desubicada en aquel ático tan grande, sobre todo por las noches, cuando la sensación de vacío se intensificaba. «Tal vez sería buena idea adoptar una mascota», me planteé. Aunque mi relación con Adrián funcionara y planeáramos un futuro juntos, faltaba mucho para llegar a la temida convivencia y yo llevaba demasiado tiempo sola. Me prometí pensar en ello y, después de cenar, me fui a la cama.

Aquella mañana llegué temprano a la oficina. Tras pasar por recursos humanos, me dirigí a la novena plana para ocupar mi puesto en el departamento de ventas y *marketing*. Con Iván decidimos que era importante comenzar en un puesto de poca responsabilidad para ir familiarizándome con el funcionamiento de la empresa e ir adquiriendo experiencia. Mis nuevos compañeros me dieron una bienvenida amable y educada, pero poco efusiva. Todos sabían quién era, mi apellido daba nombre a la empresa para la que trabajaban, y me tenían miedo. Esperaba hacerles cambiar de opinión y que se dieran cuenta de que yo no suponía una amenaza y solo era una compañera más. A primera hora, mi jefa me llamó a su despacho para explicarme mis funciones y lo que se esperaba de mí. Fue agradable pero seria y entendí que quisiera hacerse respetar desde el primer momento.

Cuando por fin pude sentarme a la mesa que me habían asignado, tuve la sensación de tener todas las miradas clavadas en la nuca. Intenté concentrarme en el trabajo y convencerme de que era por la novedad, aunque la visita de Iván a mediodía y los dos besos que me dio, no me ayudaron a ganarme la confianza de mis nuevos compañeros.

—Te invito a comer —propuso sonriente.

—No sé si es buena idea —susurré mientras íbamos hacia los ascensores.

—¿Por qué no? —preguntó intrigado, cediéndome el paso como el caballero que era.

Como no estábamos solos, seguí hablándole en susurros.

—Creo que mis compañeros me tienen miedo.

—¿A ti? —se sorprendió, lanzando una carcajada que disimuló cuando los ocupantes del ascensor se giraron para mirarle—. ¿Por qué? —preguntó también susurrando.

—Porque me apellido De Miguel y el jefe me saluda con un par de besos, ¿te parecen esos motivos suficientes? —respondí con sarcasmo.

—Somos familia, es una realidad que tienen que aceptar —comentó quitándole importancia—. Si alguien te molesta o te hace sentir incómoda, quiero que me lo digas inmediatamente. No quiero que se repita lo que pasó con Vicky.

Mi hermana se había visto obligada a trabajar para Iván durante unos meses en aquella misma sucursal de la empresa, y el resultado había sido una visita al hospital y una conmoción leve por culpa del baboso de Castilla, un capullo que por suerte ya estaba despedido. Iván todavía se lamentaba por lo ocurrido a pesar de que todos lo habíamos olvidado.

—Precisamente por eso me tienen miedo. Temen pasarse conmigo y acabar de patitas en la calle. Sería mejor que en el trabajo nos comportarnos de manera más profesional y menos fraternal.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. Eres como mi hermana pequeña y no puedo evitar sentir la necesidad de protegerte.

—Pues haz un esfuerzo, por favor —le pedí, esperando que las cosas se relajaran y mis compañeros empezaran a aceptarme como una más y no como la cuñada del jefe.

Comimos en un restaurante cerca de la oficina y después fuimos a tomar un café a la cafetería de enfrente. Nos tuvimos que quedar en la barra porque todas las mesas estaban ocupadas, y allí me encontré con Alexei. Aunque sabía que trabajaba allí, me impactó verle cara a cara después de nuestra cita del fin de semana. Él también me miró sorprendido.

—Hola —le saludé—. Empezaba a trabajar hoy, ¿recuerdas?

Él asintió con la cabeza.

—Supongo que a partir de ahora nos veremos a menudo —comentó, y yo no pensé en las visitas a la cafetería, sino en nuestra cita del domingo.

—Eso parece —murmuré.

—Ponme un café solo —nos interrumpió el maleducado de mi cuñado. Se llevaba fatal con Alexei y entre ellos la amistad era imposible.—. ¿Tú qué quieres tomar?

—Un cortado.

Alexei tomó nota del pedido y empezó a preparar los cafés.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Iván se fue y, poco después, Alexei se acercó con dos tazas que dejó sobre la barra.

—¿Dónde quedamos el domingo? —le pregunté aprovechando que estábamos solos.

—Iré a tu casa después de comer. Allí hablaremos de las normas —me recordó con mirada severa.

—Vale, pesado.

—Es importante que...

—Ya estoy aquí. He visto que había mucha cola y no he querido esperar.

Iván acababa de volver, cortando lo que Alexei me iba a decir. Este último me lanzó una mirada de advertencia y nos dejó solos después de cobrarnos los cafés.

—Necesito que hables con Vicky —me pidió mi cuñado—. Lo de la boda se nos está yendo de las manos y empiezo a estar asustado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendida.

—Este fin de semana vinieron de visita mi madre y mi hermana y tienen la intención de convertir nuestra boda íntima en el acontecimiento social del año.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió, apesadumbrado.

—Tú hermana está empezando a ponerse nerviosa y tengo miedo de que al final no quiera casarse.

—No lo creo, Vicky está enamorada de ti, aunque a todos nos parezca increíble —bromeé, guiñándole un ojo.

Él sonrió complacido, aun así seguía pareciendo preocupado.

—Habla con ella, por favor —insistió—. Solo para quedarnos más tranquilos.

—Está bien, lo haré —prometí.

Un rato después, salimos de la cafetería y volvimos al trabajo. Aquella misma tarde iba a llamar a Vicky para que me contara eso del acontecimiento social del año. Me había quedado intrigada.

Capítulo 4

—Vamos a casarnos por la Iglesia, ¿te lo puedes creer? —anunció Vicky, paseándose de un lado a otro del salón.

El viernes, al salir del trabajo, acudí a su casa para hablar con ella tal y como le había prometido a Iván. Daniela jugaba con sus muñecas, sentada a mi lado en el sofá, y León, su perrito, estaba tumbado en el suelo mordisqueando uno de sus juguetes. Estando allí con ellas, me di cuenta de lo mucho que las echaba de menos.

—Tampoco me parece tan horrible —murmuré con miedo, ya que Vicky parecía verdaderamente afectada.

—Esa... señora —se corrigió antes de decir una barbaridad delante de la niña—, no paró de lloriquear y de decir que sería muy feliz acompañando a Iván al altar.

—Es normal, Vicky, es su hijo y le hace ilusión. Además, está claro que te tiene aprecio.

Mi hermana asintió con la cabeza y se sentó en el sofá con gesto abatido.

—Y se portó genial con Daniela, ¿verdad, cielo? ¿Te gustó la abuela Carmen?

Daniela me miró emocionada mientras asentía con la cabeza.

—Me compró una muñeca y me llevó a comer un helado, y la tía Claudia dice que tiene una hija y que podemos ser primas —explicó ilusionada—. ¿Tú también vas a tener una hija, tía Sofia?

—No, claro que no —respondí sorprendida por la velocidad a la que funcionaba la mente de aquella niña—. Primero tendría que casarme y...

—Buscarte un novio, eso es lo que tendrías que hacer —me interrumpió Vicky.

Entonces pensé en las citas que tenía aquel fin de semana con Adrián y Alexei, y casi me desmayé allí mismo, sobre el cómodo sofá que le regalé a mi hermana.

—No me agobies con eso, Vicky.

—¿Estás bien en el ático? —preguntó, apiadándose de mí y cambiando de tema.

—Sí, me encanta, pero es tan grande que a veces me pierdo.

—No tendrías que haberte ido a vivir sola. Todo se precipitó cuando Iván insistió en instalarse con nosotras antes de la boda, pero quiero que vuelvas, esta es tu casa y tu lugar está aquí, con nosotros.

—¡Sí, tía Sofia! ¡Vuelve! —exclamó Daniela.

Resultaba tentador, pero no podía hacerlo. Iba a empezar a hacer algo a lo que no me veía capaz de poner nombre con Alexei y necesitábamos intimidad.

—¡Hola, chicas! Vuestro hombre ya está en casa —exclamó Iván, entrando por la puerta y salvándome de responder.

León alzó la cabeza al oír su voz y, veloz, se dirigió hacia él, ladrando, brincando y meneando el rabo emocionado.

—Este perro es tonto —se quejó Vicky—. Le compra cuatro chucherías y míralo —dijo señalando al perrito, que en aquel momento le lamía la cara a Iván, llenándosela de babas.

Cuando mi hermana adoptó a León, el cachorro gruñía y se ponía en posición de ataque cuando veía a mi cuñado, pero con el tiempo se lo había sabido ganar.

—León no es tonto, mami —protestó Daniela, que también se había levantado para ir a dar la bienvenida a mi cuñado con un abrazo.

—Iván, quiero que mi hermana vuelva a casa. Se siente sola en el ático y yo la echo de menos.

—Claro, por mí no hay problema, ya lo sabes. —Se inclinó para besarme en la mejilla—. Así podríamos ir juntos al trabajo todos los días.

—Lo que me faltaba —murmuré—. Si ya me cuesta soportar lo de ahora, eso sería el remate.

—¿Qué ocurre? ¿Algún imbécil te está molestando? —inquirió Vicky sin controlar el vocabulario ya que Daniela se había ido a su habitación a jugar con León.

—Todo lo contrario, ese es el problema. La gente me evita.

—¿Y eso por qué, cielo?

—Porque me apellidó De Miguel y tu novio me trata como si fuese su jodida hermana pequeña —expliqué.

—Eres como mi jodida hermana pequeña —confirmó él—. Ya te dije que si no lo entendían el problema lo tenían ellos.

—Pero me ignoran...

—¿No os conocíais de antes? —preguntó Vicky—. Recuerdo que una vez saliste a cenar con ellos y con Iván.

—No son los mismos. Estos son una panda de acojonados —me lamenté—. Temen que esté allí de infiltrada para pasarle información a Iván.

—Dales un poco de tiempo, cielo. Cuando te conozca mejor te van a adorar.

—Yo opino lo mismo, Sofía. La gente aún no te conoce y es normal que mantengan las distancias. Poco a poco te irán aceptando. ¿El trabajo te gusta? —quiso saber Iván.

—Sí, no está mal. Diana parece una buena jefa y podré aprender muchas cosas trabajando con ella.

—Diana es una gran profesional y una excelente persona. Hace años que la conozco y somos buenos amigos, puedes confiar en ella.

—Supongo que esa tal Diana es vieja y fea, ¿no? —intervino Vicky, que se había vuelto una celosa compulsiva desde que estaba con Iván.

—Qué va, tendrá treinta y tantos años y es muy guapa —afirmé para hacerla rabiar.

Ella miró furiosa a Iván.

—Ni siquiera me gusta y no es mi tipo —se defendió él, levantando las manos.

—¿Y cuál es tu tipo si se puede saber?

—Tú —susurró antes de besarla en los labios.

Cuando empezaban así ya no paraban, así que me levanté dispuesta a irme a mi casa.

—Me largo, dais asco y envidia —bromeé.

—Te quedas a cenar —exigió mi hermana—. Iván te llevará a casa más tarde.

—Claro, cómo no... —refunfuñó él.

—No te quejes, sé que te encanta conducir de noche y hacer rugir el motor del Jaguar.

—Me conoce bien —respondió él, guiñándome un ojo—. Voy a ducharme.

Mientras Iván se duchaba y Daniela jugaba en su cuarto, acompañé a Vicky a la cocina para preparar la cena. Le encantaba cocinar y se le daba de maravilla, así que no necesitaba mi ayuda.

—¿Qué tal el sábado con Alexei?

Llevaba toda la tarde muriéndose de ganas de preguntarme por nuestra cita y hasta entonces no había tenido ocasión de sacar el tema. Alexei era su mejor amigo y entre ellos no había secretos. Sin embargo, estaba convencida de que no sabía nada de nuestro acuerdo.

—Bien, hicimos un pacto de no agresión y se disculpó como es debido por lo de las entradas.

—¿Y ya está? ¿Qué más pasó?

—Nada más. Cenamos y luego me tomé una copa en la discoteca porque él trabajaba esa noche.

—No te creo. Suéltalo. —Me señaló con el cuchillo para picar cebolla que tenía en la mano.

—No hay nada que contar. Pregúntaselo a él y te dirá lo mismo.

Vicky me miró con los ojos entrecerrados.

—Se lo preguntaré si logro hablar con él algún día de estos —se quejó—. Últimamente me ignora.

Tras acabar con la cebolla empezó con el pimiento. Aproveché aquel momento de distracción para dejar de hablar de Alexei y cambiar de tema. Confiaba en poder mantenerme firme y no acabar confesándoselo todo, pero no quise arriesgarme. Mi hermana podía ser muy persuasiva cuando se lo proponía.

—Entonces la boda por la Iglesia, ¿no?

—No pude negarme —suspiró—. Por lo menos conseguí que se celebrara aquí y no en Madrid, pero Carmen quiere invitar a un montón de gente. Dice que Iván es un hombre de negocios importante y que deberíamos ampliar la lista.

—Es tu boda, Vicky, no tienes que ceder si no quieres.

—Lo sé, pero luego me puse a pensar en un sitio bonito y lleno de flores, en Daniela lanzando pétalos de rosa, en vosotras vestidas de damas de honor, y ya no me pareció tan horrible. —Los ojos le brillaron de emoción—. Me habéis convertido en una blandengue. ¿Te parece normal que yo desee todas esas cosas?

—Se me hace raro, pero en el fondo creo que eso es exactamente lo que siempre has querido —respondí—. Lo de papá nos obligó a crear una coraza muy dura, ya era hora de que te la quitaras. Te has enamorado, eres feliz y quieres compartirlo con las personas que te importan.

—Va a ser una boda de cuento de hadas, lo sabes, ¿no?

—Empiezo a asimilarlo —contesté con una sonrisa, feliz de ver a mi hermana tan ilusionada—. ¿Y la fecha?

—No pienso retrasar la boda. Como mucho un par de semanas.

—¿Cómo te las arreglarás para tenerlo todo preparado?

—Carmen se ha ofrecido a ayudarme. Me da miedo darle tanto poder, pero no puedo hacerlo sola. Tú también me ayudarás, ¿verdad?

—Claro —aseguré—. Convertiremos esta boda en algo inolvidable.

Y en aquel momento aún no sabía cuánto.

Después de cenar, Iván me acompañó a casa y aquella noche me metí en la cama con una sonrisa. Estar con ellos me hacía sentir bien, eran mi familia y les necesitaba, sobre todo después de pasar tanto tiempo sola en Londres. Antes de cerrar los ojos, pensé un segundo en Adrián y en la cita que teníamos al día siguiente. Estaba nerviosa. Quería que saliera bien porque aquel padre dulce y entregado era mi única oportunidad de ser feliz... O al menos eso pensaba.

Adrián me citó en una cafetería preciosa y con mucho encanto, oculta en una calle poco transitada de uno de los barrios del casco antiguo de la ciudad. Poco tenía que ver con la idea de una cita romántica, pero todavía no habíamos llegado a ese punto, así que le di una oportunidad. Era nuestra primera cita y quedábamos con la intención de vernos cara a cara y comprobar si conectábamos igual en persona que por teléfono.

Estaba un poco nerviosa, pero no era nada que no pudiera controlar. Me vestí para la ocasión con unos vaqueros de diseño y un jersey color coral. Me puse mis zapatos de tacón y me arreglé el pelo con esmero. Cuando salí de casa presentaba un aspecto informal pero formidable. No me gusta hacer alarde de mi estatus, pero aquella tarde quería impresionar a Adrián, que viera que era un buen

partido, la madre ideal para su hijo, culta y con clase. Una mujer independiente, con las ideas claras y capaz de sacar adelante cualquier reto que se propusiera. Ya que las cicatrices me hacían sentir inferior, quería suplir aquella carencia con un exceso de todo lo demás para no mostrarme tan vulnerable.

Llegué a la cafetería y me lo encontré esperando en una de las mesas del fondo. Lo reconocí enseguida porque me había pasado varias fotos y me había familiarizado con su imagen. A él tampoco le costó reconocerme, en cuanto alzó la cabeza y nuestras miradas se encontraron, supo que era yo.

—Sofía, qué sorpresa. Eres... preciosa —balbuceó, estrechándome la mano.

Yo sonreí y me incliné para darle un par de besos en las mejillas. Lo de la mano era demasiado formal incluso para mí.

—Muchas gracias —respondí—. Me alegra que por fin nos veamos las caras —comenté tomando asiento.

—Yo también. Disculpa si te ha parecido lo contrario, es que no me imaginaba que fueras así, ha sido inesperado.

—¿En qué sentido? —pregunté empezando a angustiarme. De aquella cita dependían muchas cosas, principalmente mi futuro. Algo de extrema importancia para mí, como comprenderéis.

—Pareces una chica increíble y yo solo soy un padre viudo del montón —confesó avergonzado.

Adrián no era el tipo de hombre que protagonizaría las fantasías eróticas de una mujer, pero lejos de ser del montón, a mí me parecía un hombre joven, fuerte y atractivo. Aquella tarde vestía informal, con unos vaqueros y un jersey de cuello pico con camisa. Lucía un buen corte de pelo y no le escaseaba por ningún lado, todo lo contrario, tenía una buena mata de pelo castaño. Sus ojos eran oscuros y su sonrisa dulce. Además, era trabajador y responsable. Tenía un hijo del que se ocupaba solo, si eso no era garantía de seguridad, no sé qué podría serlo. Prácticamente era perfecto y no entendía aquella repentina inseguridad.

—No digas tonterías, sigo siendo Sofía, la chica con la que has estado hablando estas semanas. Dame una oportunidad —le pedí con una sonrisa mientras la camarera me servía un café.

Adrián carraspeó antes de hablar.

—Soy un patán y un auténtico desastre con las mujeres, perdona si te ha dado la impresión de que no quería darte una oportunidad, más bien ha sido todo lo contrario —se disculpó—. De mi última primera cita hace muchos años y me falta práctica.

—No te preocupes, en realidad me parece un halago haberte dejado impresionado. —Le guiñó un ojo y se relajó un poco—. ¿No has salido con nadie desde lo de tu mujer?

—No, tú eres la primera y reconozco que no tengo mucha experiencia. Solo salí de manera formal con la que fue mi esposa. Estuvimos juntos diez maravillosos años, pero se fue demasiado pronto.

—Lo siento mucho —me lamenté, acariciándole la mano que tenía sobre la mesa.

—Gracias. Ha sido duro, pero tengo que seguir adelante, no solo por mí, sino por mi hijo. Necesita una madre y yo necesito un poco de ayuda y mucho apoyo.

—Me imagino que no debe ser fácil criar a un hijo solo.

—No, y menos aún después de perder al amor de tu vida, pero el tiempo lo hace más llevadero. —Suspiró y me di cuenta de que Adrián seguía enamorado de su mujer, lo peor fue que ni siquiera me importó—. A Hugo le gustas. Aún no te conoce, pero se pone muy contento cada vez que habláis por teléfono.

—Me alegra oír eso porque tu hijo me asusta un poco.

—¿En serio? Es travieso pero inofensivo —bromeó.

—No es por eso —me reí—. Me preocupa que le cueste aceptarme. Soy la primera mujer que aparece en tu vida después de la muerte de su madre y eso impone.

—Hugo era muy pequeño cuando murió mi mujer. Lamentablemente apenas la recuerda. No creo que le cueste aceptarte, es un niño muy sociable, puedes estar tranquila.

—En ese caso intentaré relajarme un poco más la próxima vez que hable con él.

—Y si todo va bien, podemos organizar una salida para que os conozcáis.

—Sería estupendo. Traeré a mi sobrina. Daniela es una niña maravillosa, seguro que si viene conmigo me resultará más fácil conectar con Hugo.

Adrián me sonrió con ternura y me di cuenta de que aquel gesto le cambiaba la expresión y le hacía más atractivo. Se le formaban unos hoyuelos muy sexis cuando sonreía.

—Me alegra mucho que te preocupe tanto llevarte bien con mi hijo. Para mí no solo es importante, sino fundamental para empezar una relación de pareja —reconoció—. No quiero engañarte, Hugo lo es todo para mí y está por encima del resto. Sus necesidades y su bienestar son primordiales.

No lo dijo con palabras, pero entendí perfectamente el mensaje implícito en aquella declaración. Cualquiera mujer sería secundaria en su vida y el amor no entraba en sus planes. Adrián valoraba más una relación cordial y respetuosa, que pasional y enloquecedora. Era exactamente lo que estaba buscando, así que asentí y sonreí.

—No esperaba menos de ti, Adrián. Entiendo perfectamente que tu hijo es lo primero, así es como debe ser.

Nos tomamos un café y pedimos otro. Me resultaba muy fácil conversar con él. Le hablé de mi trabajo y de mis estudios en Londres y se quedó impresionado. Por lo que me contó, su mujer era más bien tímida y tenía poca iniciativa. Había trabajado en una compañía telefónica, pero desde que nació su hijo lo dejó y se dedicó a cuidarlo y a ocuparse de las labores del hogar. Lo que se conoce como ama de casa de toda la vida. Lo respetaba, pero me ponía los pelos de punta. Estaba dispuesta a renunciar a muchas cosas, pero a mi trabajo y a mi independencia no.

Tras una charla agradable, pagamos los cafés, salimos a la calle y me acompañó a la parada de metro dando un paseo. Me maravilló no caer en esos silencios incómodos que a veces se dan entre extraños, y que entre nosotros las palabras fluyeran con tanta facilidad. Me sentía muy cómoda con él y comprendí que a la larga podríamos llegar a ser grandes amigos.

—Me parece increíble que tuvieras el valor de vivir durante tantos años en un país extranjero, yo no hubiera sido capaz —confesó mientras cruzábamos la calle.

—En realidad no tiene tanto mérito. Viví en Londres desde que era una niña y estaba acostumbrada a estar sola. Si te soy sincera, me ha costado más volver aquí y empezar de cero.

Él asintió y me sonrió tímidamente.

—Cuando me hablas de tu trabajo, de tus experiencias y de tu vida en general, me haces sentir un hombre aburrido y demasiado convencional.

—No digas eso, a mí me parece muy interesante —aseguré—. Hoy en día es muy difícil encontrar un hombre con el que se pueda hablar de algo que no sea fútbol y videojuegos —bromeé.

—El fútbol no me gusta, pero no puedo decir lo mismo de los videojuegos —admitió mirándome de reojo—. Con Hugo pasamos ratos muy entretenidos jugando.

—Bueno, si no es un vicio puedo aceptarlo. —Le guiñé un ojo.

—Desde luego que no, solo es un modo de pasar más tiempo con mi hijo.

Aquella respuesta me pareció muy dulce. Yo había crecido en un hogar desestructurado donde la

figura paterna no era ejemplo de nada, y conocer a un hombre tan entregado a su familia me ganó por completo.

—Será mejor que me vaya. —Carraspeé sin saber qué más decir—. Mañana tengo cosas importantes que hacer —dije, pensando en mi cita con Alexei.

—Claro, y yo tengo que ir a recoger a Hugo a casa de mis padres. Se ha hecho tarde.

—Espero que volvamos a quedar, me ha gustado mucho conocerte.

—No lo dudes. A mí no solo me ha gustado, me ha encantado.

—Esperaré tu llamada. —Me incliné y le besé en la mejilla.

—Será pronto —prometió cuando nos detuvimos junto a la boca de metro.

Llegué a mi casa encantada con la cita. Todo había salido de maravilla. Adrián era un buen hombre, honrado, trabajador, atractivo, culto, simpático y un gran padre. ¿Qué más podía pedir? Si me aceptaba, mi vida sería plena y tranquila. Ya no tendría que volver a preocuparme por estar a la altura en cuanto al sexo o al amor. Yo no podía entregarme a nadie, no solo a nivel físico debido a mis cicatrices, sino también a nivel emocional. Había vivido una infancia traumática, mi padre había sido un alcohólico que me había maltratado, y siempre había estado sola. Aunque ahora tuviera a Vicky, Daniela, Iván y unos cuantos amigos, había ciertas cosas que no funcionaban bien dentro de mí y, si Adrián me aceptaba, por lo menos conseguiría la estabilidad de la que hasta entonces había carecido.

El domingo amaneció lluvioso. Me levanté temprano, desayuné y me puse a hacer limpieza. Había quedado con Alexei por la tarde y quería causarle buena impresión. Fregué los platos sucios, recogí el salón y cuando me puse a limpiar el baño, empecé a ponerme nerviosa de verdad.

A mediodía me preparé un plato de macarrones a la boloñesa que fui incapaz de comerme. Alexei iba a llegar en cualquier momento y yo iba a tener que desnudarme, no solo físicamente, sino también emocionalmente. ¿Estaba preparada para hablarle de mis cicatrices, para enseñárselas? No, rotundamente no. Aquello había sido un tremendo error y no entendía cómo se me había ocurrido semejante estupidez. Tenía que detenerlo. Cogí el móvil y marqué su número con la esperanza de que me lo cogiera. Quizá aún no había salido de casa o se lo había pensado mejor y se había dado cuenta de que nos estábamos equivocando. ¿Por qué había aceptado mi propuesta? Odiaba el sexo y me odiaba a mí, por el amor de Dios. La combinación de ambas cosas debería haber sido algo imposible para él. ¿Es que nos habíamos vuelto completamente locos?

Estaba en pleno ataque de histeria, lo reconozco. Hiperventilaba, tenía sudores fríos y me temblaban las manos mientras escuchaba la señal de llamada, esperando a que me lo cogiera, pero no contestó, ¡maldición! ¿Cómo demonios iba a enfrentarme a aquello?

A las cuatro menos diez llamaron al telefonillo. «Joder, joder, joder». Estaba a punto de vomitar y eso que ni siquiera había comido. No contesté, simplemente pulsé el botón y abrí. El muy capullo había venido, no me lo podía creer. Mientras subía, me planteé mis opciones y tomé una decisión. Podía fingir que estaba enferma o podía decirle la verdad, que me lo había pensado mejor y que no quería hacerlo, o por una vez en la vida podía ser una mujer valiente. Ganó la tercera, así que cuando llamó al timbre, inspiré hondo y me hice la fuerte. Le abrí con una sonrisa de falsa tranquilidad, que se desvaneció en cuanto nuestras miradas se encontraron y un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

Por un instante me acordé de Adrián y de nuestra cita, donde todo había sido dulzura, simpatía, comodidad y tranquilidad. Nada que ver con aquella descarga tan brutal de lujuria y adrenalina.

—¿Puedo pasar? —preguntó él, devolviéndome a la realidad.

Yo asentí y me aparté, moviéndome por inercia, como el títere en el que me convertía cada vez que me dejaba hechizar por la mirada de ojos azules de Alexei.

Capítulo 5

—Te he estado llamando —dije cuando entró, embriagándome con aquella fragancia tan suya, mezcla de cuero y un aroma fresco y mentolado.

—Estaba conduciendo —respondió tan poco comunicativo como siempre.

—¿Y no se te pasó por la cabeza que podía ser importante? —le pregunté, contemplando las gotitas de lluvia que salpicaban su cazadora negra. Por lo visto, en la calle seguía lloviendo.

—¿Ya empezamos? —Se apartó el pelo húmedo de la cara con un movimiento que me pareció muy sensual—. No llevo ni treinta segundos aquí y ya estamos discutiendo.

—No sé si esto ha sido buena idea —murmuré, ignorando su comentario.

Le señalé el pasillo y él me siguió hasta el salón.

—Me lo suponía, ya te estás rajando. Esa llamada te ha delatado.

Nos detuvimos junto al sofá y echó un rápido vistazo a su alrededor. Intuí que no le gustaba lo que veía porque hizo una mueca de desagrado.

—¿De qué hablas? —inquirí a la defensiva, cruzándome de brazos.

—Me estaba preguntando cuándo ibas a darte cuenta de que tu idea era una locura, y me alegra que haya sido antes de que hacer algo de lo que nos íbamos a arrepentir. Esto es demasiado para ti, princesa, reconócelo.

—No me arrepiento de nada —mentí furiosa. Alexei, entre muchas otras cosas, tenía la habilidad de sacarme de quicio—. Solo te he llamado para preguntarte cuánto ibas a tardar. No me estaba rajando, cretino —aseguré, intentando crearme mis propias mentiras y que no se notara que por dentro temblaba como un pajarillo asustado—. Además, si tan poco te gusta la idea, ¿por qué demonios aceptaste? No quiero que me hagas perder el tiempo, si no quieres seguir adelante podrías habérmelo dicho antes.

—Acepté porque ibas a llevarte a casa a cualquier imbécil de la discoteca y al tenerlo aquí te habrías dado cuenta de que era un error, pero ya habría sido demasiado tarde y podría haberte hecho cualquier cosa. Eres demasiado ingenua y estás desesperada. Actúas a lo loco y sin pensar y esa es una combinación muy peligrosa. No podía permitir que te hicieran daño —susurró antes de volver a romper mis ilusiones con la siguiente frase—. Vicky me mataría si se enterara.

—¿Alguna vez podremos hablar sin mencionar a mi hermana?

—Es importante para los dos y lo único que nos une. Es normal que salga en nuestras conversaciones.

No sé si Alexei se lo estaba proponiendo, pero poco a poco iba aniquilando mis esperanzas. Y sí, ya sé que se suponía que no debía tener ninguna con respecto a él, pero no podía evitarlo.

—Después de esta tarde nos van a unir muchas más cosas. ¿Te das cuenta?

Él me miró fijamente y dio un paso adelante. Inmediatamente retrocedí hasta que choqué con el sofá.

—Estoy en ello —susurró muy cerca de mí. Yo me encogí instintivamente, cerrando los ojos—. Por Dios, Sofía, no voy a hacerte nada, relájate.

Abrí los ojos cuando se apartó y cogió algo de encima del sofá.

—Estoy muy relajada —volví a mentir, y ahogué una exclamación al ver lo que tenía en las manos.

Alexei sostenía la antología poética de Edgar Allan Poe que me había regalado en Navidad y

que había olvidado guardar antes de su llegada. Estaba manoseada y se notaba que la había leído muchas veces. Aquello me hizo sentir avergonzada y se me sonrojaron las mejillas.

—Parece que te gusta —comentó ojeándola.

—Es mi autor favorito, ya te lo dije.

—Coge tu chaqueta, nos largamos —anunció de pronto, dejando el libro donde lo había encontrado.

—¡No podemos irnos, tenemos un trato! —exclamé sorprendida.

—Preciosa, estás tan tensa que si nos quedamos un minuto más aquí te va a dar algo. Además, este sitio no me gusta, es demasiado grande y frío.

—Mi casa no es fría —me quejé ofendida.

—No es tu casa —rebatí—. Es la casa del capullo de Iván. Y sí, es muy fría, no entiendo cómo puedes vivir aquí. Ni siquiera hay detalles personales, fotos o recuerdos.

—No los hay porque no los tengo, Alexei, Hasta hace muy poco, en mi vida solo estaba yo. ¿Crees que me gusta recordar algo de mi infancia?

Él me miró de reojo, pero no dijo nada al respecto.

—Coge tu chaqueta. Dijiste que harías todo lo que te pidiera si aceptaba ayudarte.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —pregunté empezando a ceder.

—No me gusta este sitio y quiero que te relajes. Si tiemblas cada vez que me acerco a ti, no sé cómo pretendes que te toque o que hagamos lo que demonios quieres que hagamos. Necesitamos salir y que nos dé el aire.

—Está bien —acepté—. Pero ¿vas a ayudarme?

—Ya te dije que sí, y yo siempre cumplo con mi palabra, siempre.

Asentí y me fui a buscar la chaqueta a mi habitación, aliviada de poder salir de aquellas cuatro paredes que de pronto me estaban asfixiando. Quería empezar aquello con Alexei y a la vez me daba un miedo terrible. Saber que íbamos a retrasarlo me tranquilizó bastante.

Cuando salimos a la calle seguía lloviendo. Cruzamos corriendo en dirección al coche, que estaba aparcado en la esquina, para intentar mojarnos lo menos posible ya que no habíamos cogido paraguas.

—Sube —me ordenó abriéndome la puerta.

Cuando me acomodé en el asiento, me froté las manos para calentármelas. Estábamos en invierno, llovía y hacía bastante frío en la calle. Alexei se sentó en el asiento del conductor y encendió la calefacción después de poner el coche en marcha.

—¿Adónde vamos? —insistí, temiendo otro viaje silencioso hacia un lugar desconocido. Con las prisas no había cogido el móvil y si la cosa no salía como yo quería ni siquiera podría pedir un taxi.

—¿Confías en mí? —Me miró con intensidad.

—¿Crees que si no confiara en ti te habría pedido ayuda para algo tan... íntimo? —pregunté con ironía.

—Entonces cállate y relajarte. Solo vamos a ir a un lugar tranquilo para hablar de nuestro acuerdo. Nadie va a desnudarse hoy. Ya puedes dejar de hiperventilar, me estás poniendo nervioso, joder.

—No estoy hiperventilando —repliqué.

Él me miró burlón y no volvió a dirigirme la palabra, dedicándose a conducir con la música muy alta para evitar cualquier tipo de conversación. Yo también decidí ignorarle y estuve contemplando las gotas de lluvia que salpicaban los cristales presagiando una buena tormenta, pues aún no eran ni

las cinco de la tarde y el cielo estaba tan oscuro que parecía de noche.

Aparcó unos veinte minutos después y entramos en un edificio antiguo, de no más de cuatro plantas, que ni siquiera tenía ascensor. Deduje enseguida que me había llevado a su casa y me sorprendió. Que yo supiera, solo Daniela y Vicky habían pisado aquel lugar, nadie más. Alexei era muy celoso de su intimidad y quería reservar aquel espacio para sí mismo y unos pocos privilegiados.

Abrió una de las dos puertas de la segunda planta y entramos. El piso era pequeño, poco luminoso y bastante austero. Cruzamos un pasillo oscuro que tenía solo dos puertas, la del baño y la de la habitación, y llegamos al salón con cocina americana. Sobre la mesa del comedor había un ordenador portátil y varios libros y papeles esparcidos por la superficie. Alexei me señaló el viejo sofá de dos plazas que había a la izquierda mientras se quitaba la chaqueta y se dirigía a la cocina para abrir la nevera.

Sin intención de sentarme, me dediqué a curiosear un poco. Solo había una estantería decorando la estancia. En el estante de abajo había un televisor pequeño y en el superior varios libros, entre ellos los de mi adorado Edgar Allan Poe. Por lo visto le gustaba mucho leer. En el estante del centro había una foto enmarcada de Vicky y él abrazados. Mi hermana sonreía y Alexei ocultaba la mirada tras unas gafas de sol oscuras. Estaban guapísimos y hacían muy buena pareja. Sabía que ella estaba perdidamente enamorada de Iván, sin embargo, seguía sospechando que Alexei sentía algo más que amistad por Vicky. Al fondo había un par de dibujos de Daniela que me arrancaron una sonrisa y me recordaron que, aunque Alexei se empeñaba en mostrarse frío, escondía muchísimos sentimientos. Seguí investigando y descubrí el objeto más sorprendente de todos, una maravillosa *matrioshka* que me llamó mucho la atención. Las muñecas rusas siempre me han gustado y aquella era preciosa. No se trataba de un *souvenir* pensado para turistas, aquella muñeca era auténtica, con un trabajo artesanal delicado y muy cuidado. Sin poder contenerme, la cogí y la abrí. Dentro encontré una versión más pequeña de la primera. Repetí el proceso hasta que logré separar las cinco muñecas, que coloqué en fila sobre el estante.

—Era de mi madre —dijo Alexei, sobresaltándose. Me di la vuelta con una mano en el pecho y expresión de haber sido pillada en pleno delito.

Él permanecía de pie, con un par de vasos en las manos y el ceño fruncido.

—Lo siento, yo... no pude resistirme y la abrí —me excusé—. Es preciosa.

—No te preocupes, no pasa nada —me tranquilizó. Dejó los vasos sobre la mesita que había junto al sofá y se acercó para volver a guardar las muñecas unas dentro de las otras. Lo hizo con tantísimo cuidado que me di cuenta al momento de que sí pasaba algo, había tocado un objeto muy importante para él.

—Me dijiste que tu madre era española, ¿verdad? —pregunté cuando volvió a colocar la muñeca en su sitio.

—Sí.

—¿Y tu padre ruso?

—Nació en Moscú, no sé mucho más —contestó con una mueca de desagrado—. La *matrioshka* es el único recuerdo que conservo de mi madre. Es importante para mí.

—Lo entiendo, perdona, no volveré a tocarla —me disculpé de nuevo. Él asintió.

—¿Te gusta la Coca-Cola? —preguntó para cambiar de tema, ofreciéndome uno de los vasos que había traído de la cocina.

—Me encanta.

—Por fin tenemos algo en común —bromeó. Se sentó en un extremo del sofá y me señaló el otro.

Me senté y prácticamente me bebí el refresco de un trago. Seguía estando nerviosa y, aunque salir de mi casa y airearme me había ayudado, estar en territorio enemigo no me tranquilizaba. Alexei me observaba con intensidad, como si intentara adivinar mis pensamientos.

—Me gustaría preguntarte qué es lo que pretendes con todo esto, Sofia. ¿Qué es lo que quieres de mí? —dijo entonces—. Pero tengo la sensación de que ni tú misma lo sabes. Así que iremos poco a poco.

—Me parece bien.

—Las normas —insistió—. Lo primero de todo, y lo más importante, es que hago esto porque quiero. No me debes nada y nunca vas a insinuar que quieres pagarme o devolverme el favor como hiciste el otro día durante la cena. Eso me ofendería profundamente.

—De acuerdo.

Estaba claro que aquella norma era más importante para él que para mí. El sexo siempre había supuesto un intercambio para él y conmigo quería convertirlo en algo distinto a lo que había hecho en el pasado.

—Bien. La segunda norma es que esto es solo para ti. Yo te ayudaré, pero no deseo obtener placer a cambio. No quiero que intentes hacer nada para complacerme. Como te dije, el sexo me hace sentir sucio y no puedo... disfrutarlo. Seré yo el que lleve las riendas siempre.

—Me parece perfecto —acepté. Me moría de ganas de «complacer» a Alexei, no voy a negarlo, pero entendía que para él fuera difícil aceptarlo por culpa de su pasado. Bastante hacía ayudándome, como para que yo se lo pusiera más difícil fingiendo que aquello era algo más que un favor.

—La tercera norma es que jamás permitiremos que esto cruce la línea de los sentimientos. Sé que para las mujeres el sexo implica muchísimas emociones y no solo placer físico, pero tú y yo vamos a evitarlo.

—No te preocupes, por esa parte puedes estar tranquilo. Solo necesito que me ayudes, no pretendo conseguir que te enamores de mí. Eso lo tengo superado —mentí.

—Bien. La cuarta norma es que esto es un secreto. Nadie debe saber lo que estamos haciendo y cuando termine nos comportaremos como dos personas que nunca han compartido nada. Es más, mientras dure también nos comportaremos así en público. Y nunca jamás se lo contaremos a nadie, pase lo que pase.

—Será lo mejor, no creo que a Adrián le hiciera mucha gracia enterarse de que tú y yo hemos estado... practicando.

—¿Quién es Adrián?

—El hombre con el que estoy saliendo.

—¿De verdad quieres meterte en este lío, Sofia? —insistió—. ¿No te parece que si ese tío se entera de lo que has estado haciendo conmigo te odiará?

—No lo tengo muy claro. Adrián no busca amor, solo quiere una madre para su hijo. Se quedó viudo hace unos años y todavía sigue enamorado de su mujer.

—¿Y eso es lo que quieres para ti? —preguntó sorprendido—. ¿Ser el segundo plato, vivir una historia de mentira y ocuparte del hijo de otra? Te mereces más, Sofia. Puedes tener mucho más. Eres una chica preciosa e inteligente, cualquiera querría estar contigo, ¿por qué te conformas con las migajas?

—Eso no es asunto tuyo. Me has dejado muy claro que ni siquiera quieres ser mi amigo, así que límitate a cumplir lo que me has prometido. Te agradeceré eternamente que me ayudes con esto. Necesito soltarme, pero tengo mucho miedo, hay algo que me paraliza y me impide disfrutar cuando estoy desnuda y por eso te he pedido ayuda. Tú habrás visto de todo y eso hará que me sienta cómoda

y pueda relajarme. Sé que no vas a juzgarme, pero por favor, no intentes darme consejos cuando está claro que tú tampoco tienes ni idea de lo que es el amor.

—Tienes razón, no tengo derecho a meterme —reconoció.

—En ese caso, dejémonos de sentimientos y centrémonos en lo importante.

—De acuerdo. Por mi parte las normas están claras, ¿y por la tuya?

—Todo claro, pero debo añadir una norma provisional.

—Sorpréndeme...

—De momento no voy a quitarme los pantalones.

—¿Qué?! —exclamó evidentemente sorprendido—. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo pretendes que lo hagamos si no te quitas los pantalones?

—Seguro que se te ocurre alguna manera. —Entendía su sorpresa, pero debía aceptar que aún no estaba preparada para enseñarle las cicatrices—. Además, no vamos a hacerlo el primer día, para mí sería imposible, primero necesito coger confianza y empezar por las cosas más básicas, ya te lo dije el otro día durante la cena.

—Me dijiste que confiabas en mí para ayudarte, ¿por qué me engañas? Esto no va a funcionar si mientes. ¿Por qué no quieres quitarte los pantalones?

—Confío en ti. Esto es un claro problema de confianza en mí misma, y no estoy preparada para enseñártelo todavía.

—Deduzco que el foco de tus problemas está en las piernas y empiezo a imaginar cosas... Tengo una imaginación desbordante, te lo advierto. Quizá lo que imagino es peor que la realidad.

—Lo dudo —murmuré.

—No serás virgen, ¿verdad? Porque de ser así, esto termina aquí y ahora. Yo no follo con vírgenes.

—No soy virgen, por Dios —confesé con las mejillas ruborizadas—. Me estás haciendo sentir incómoda.

—¿Te incomoda esto, princesa? Pues no quiero ni imaginar lo que ocurrirá cuando empecemos a hablar de orgasmos. Tengo un vocabulario muy extenso en cuanto al sexo se refiere y sé hacer cosas con las que ni siquiera has soñado. ¿De verdad estás preparada?

Aparté la mirada avergonzada. Aquel Alexei era un desconocido y me di cuenta de que llevaba mucho tiempo ocultando esa faceta de su personalidad tras capas de seriedad y hielo. Tal vez no le gustara recordarlo, pero formaba parte de él. Me había acostumbrado al hombre asexual y en aquel momento me di cuenta de que desprendía sexo por todos los poros de su piel.

—Lo haré, confío en ti, pero veo que no nos conocemos.

—Premio para la señorita. ¿Quieres conocer al auténtico Alexei? —Asentí con la cabeza—. Entonces debes estar preparada porque tal vez no te guste lo que descubras. El hombre que conoces, el que juega con Daniela, el mejor amigo de Vicky, el camarero de discoteca, solo es una pequeña parte de todo lo que soy.

—Ya me lo imagino. Está claro que ocultas más de lo que muestras.

—Se me acaba de ocurrir una idea para que me conozcas un poco mejor —comentó, levantándose del sofá y dirigiéndose a la habitación. Cuando regresó, lo hizo con un sobre grande en la mano. Lo sujetaba con fuerza y parecía nervioso.

—¿Qué es esto? —pregunté intrigada.

—Es la única manera que se me ocurre de ganarme tu confianza, porque sin ella, nada de lo que quieres hacer funcionará —respondió entregándome el sobre—. Además, aunque he dicho que no quería nada a cambio de mi ayuda, me gustaría mucho saber tu opinión.

—¿Sobre qué? —pregunté mientras abría el sobre y sacaba un documento encuadernado. Tenía pinta de ser un manuscrito. En la portada estaban escritos el título y el nombre del autor: «Abismo» de A. Black—. ¿Quién es? No me suena.

—Está firmado con seudónimo, pero es mío.

—¿En serio? —Lo miré con los ojos abiertos como platos.

—¿Te sorprende que haya escrito una novela? —preguntó a la defensiva.

—Pues sí, pero no por lo que tú crees. No tenía ni idea de que escribías.

—Lo sabe muy poca gente —confesó—. Me gusta escribir, pero todavía me siento un poco inseguro y no es algo que quiera ir contando por ahí.

—Solo lo sabe Vicky, ¿verdad?

—Vicky y ahora tú. De hecho, vas a ser la primera que va a leerlo. A tu hermana no se lo he dejado.

—Me siento privilegiada. —Y exultante, pletórica, emocionada... Sin embargo, lo disimulé todo tras un gesto serio y contenido a pesar de morirme de ganas de saltar de alegría porque iba a dejarme leer su novela antes que a Vicky.

—Que no se te suba a la cabeza. Te lo dejo a ti porque sé que vas a ser sincera. Si tienes que decirme que no vale nada y que es solo un montón de basura, lo harás, ¿verdad?

—Lo haré —asentí—. Aunque no soy profesional, no sé si mi opinión será lo suficientemente buena.

—Lo será para mí. Léelo y dime algo. Me estoy planteando publicarlo y necesito una visión objetiva —pidió—. Y guárdatelo en el bolso antes de que me arrepienta.

—Claro, sí, ahora mismo. —Busqué mi bolso y lo guardé.

—Gracias —susurró.

—¿Tienes pensado enviarlo a alguna editorial?

—Sí, pero quiero la opinión de otra persona antes de lanzarme.

—Está bien, empezaré esta misma noche —aseguré, muriéndome de ganas de devorar la novela. No se lo iba a decir, pero dudaba seriamente de mi objetividad. Alexei me tenía hechizada desde el principio y, aunque casi siempre se comportaba como un estúpido conmigo, me costaba encontrarle defectos.

—Quiero que entiendas la magnitud de esto, Sofia. Para mí, entregarte este manuscrito es como para ti quitarte los pantalones. Me estoy desnudando y es algo que va más allá de lo físico y que no haría con cualquiera. Lo hago para demostrarte que puedes confiar en mí.

«Dios, no sigas por ahí», pensé. El cosquilleo que sentía en el estómago y la velocidad a la que me latía el corazón no presagiaban nada bueno. Llevaba muchos meses intentando convencerme de que lo que sentía por Alexei era solamente antipatía mezclada con la reacción natural de toda mujer a un espécimen masculino especialmente atractivo, y aquella declaración podía destruir en un momento semanas de esfuerzo.

—Lo entiendo y te agradezco mucho que hagas esto por mí. No tienes por qué esforzarte tanto ni tomarte tantas molestias.

—Sé que eres obstinada y que cuando se te mete algo en la cabeza haces lo que sea para conseguirlo. Tenía miedo de que cometieras una locura y le pidieras a cualquier imbécil lo mismo que me pediste a mí. No podía permitir que te hicieran daño —repitió, levantándose y acercándose a la pared del fondo para apagar la luz—. Por eso decidí ayudarte, porque yo conozco los límites, sé hasta dónde puedo llegar contigo y nunca será hasta el punto de herirte, te doy mi palabra —prometió mientras avanzaba hasta la ventana para bajar la persiana. En la calle estaba oscuro debido a la

tormenta y apenas entraba luz a través de las rendijas mal cerradas.

—¿Qué estás haciendo, por qué has apagado la luz? —pregunté, levantándome de un salto del sofá con el corazón latiéndome desbocado.

Seguramente, cuando se me acostumbraran los ojos a la oscuridad vería un poco mejor, pero en aquel momento estaba totalmente ciega y muy asustada. Me sentía como un cervatillo acechado por una pantera hambrienta, conocedor de su destino e incapaz de moverse y luchar por su vida.

—Empieza el juego, princesa —murmuró situándose detrás de mí. Yo me tensé y me encogí sin poder evitarlo—. Solo vamos a entrar en contacto, ya te he dicho que hoy nadie iba a desnudarse —continuó con aquella voz suave, poniendo las manos sobre mis hombros—. No quiero que me tengas miedo, solo quiero que te relajes, ¿vale?

Asentí y puse todo mi empeño en ello. No entendía muy bien qué me pasaba cuando Alexei estaba cerca de mí, era una reacción involuntaria, como si temiera que su tacto me quemara, y no iba muy desencaminada, pues aquellas manos sobre mis hombros y sus caricias suaves me encendieron y me aceleraron el corazón. Una de ellas se movió y me acarició el pelo, apartándolo a un lado, dejando expuesto mi cuello. Noté que inclinaba la cabeza y acercaba la nariz, erizándome la piel.

—Hueles muy bien... A algo tropical.

—Es... —Carraspeé porque se me había secado la garganta—. Es mi champú de coco.

—Coco, ¿eh? Me encanta —susurró, moviendo las manos para recorrerme los brazos hasta llegar a las muñecas. Luego me soltó y las puso sobre mis caderas.

No sabía si estar agradecida o muy disgustada por llevar puesto un jersey tan grueso. Temía y deseaba con la misma intensidad que me tocara por debajo de la ropa. Cuando sus manos empezaron a ascender por mi cintura, me estremecí y me dejé caer contra su pecho. Era fuerte, cálido y seguro. Era el mejor lugar en el que me había apoyado nunca.

—Alexei... —gemí con los ojos cerrados y las mejillas ruborizadas.

—No quiero que te encojas cada vez que me acerco a ti —susurró—. Quiero que confíes en mí y estés segura de que jamás rompo las reglas. No voy a traspasar los límites hasta que tú me lo pidas.

Sus manos se detuvieron debajo de mis pechos, que de pronto estaban muy sensibles y con los pezones endurecidos. Quería que siguiera, que los acariciara. No quería que aquel juego de seducción terminara, pero no pude hacer nada para impedirlo. Cuando quise darme cuenta, Alexei ya me había soltado y había encendido la luz. Parpadeé para acostumbrarme y le vi de pie, con los brazos cruzados y expresión indescifrable.

—Yo... —farfullé como una idiota. No sabía qué decir, me había quedado muda. Era la primera vez que me tocaba y estaba impactada.

Mientras intentaba recomponerme, cogió su móvil y marcó un número. Yo cogí mi bolso y la chaqueta dispuesta a huir, aunque fuera a pie y bajo la lluvia, para aclarar aquel lío de emociones y tratar de asimilar tantos descubrimientos.

—Acabo de pedir un taxi, ¿llevas dinero? —Señaló mi bolso y yo asentí, todavía muda—. Vete a casa y lee la novela.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Esta semana. Te llamaré yo.

—Está bien —acepté mientras me abría la puerta.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa —pidió, inclinándose para besarme en la mejilla.

Y mientras bajaba a la calle, no pude apartar los dedos de mi rostro, acariciando la zona que Alexei acababa de besar.

Capítulo 6

Cuando llegué a mi casa, me quité los zapatos y la chaqueta mientras iba andando por el pasillo. Dejé el bolso sobre la cama y me fui al baño. Había pasado frío y me había mojado un poco porque llovía con más fuerza que cuando habíamos salido, así que me apetecía entrar en calor con el agua de la ducha bien caliente y después ponerme cómoda para empezar a leer. Estaba más emocionada que el día que Alexei me regaló la antología poética de Edgar Allan Poe, y eso que el regalo me había llegado al corazón. Sin embargo, que me permitiera leer su novela, que valorara mi opinión y me concediera el honor de hacerlo la primera, me había hecho sentir especial. Muy especial. Tan especial que ni siquiera pensé en mis cicatrices cuando me metí bajo el agua y me enjaboné a toda prisa. Al salir me puse el pijama y me sequé el pelo deprisa y mal para no entretenerme.

Iba a la cocina para prepararme un té cuando sonó el teléfono. No se me pasó por la cabeza contestar y dejé que saltara el contestador mientras ponía a hervir el agua. Al cabo de unos segundos, escuché la voz de mi hermana a través del altavoz.

—¡Coge el teléfono! —exigió con un alarido—. Te he llamado al móvil y tampoco contestas, pero sé que estás en casa porque eras una ermitaña. —Una pausa para darme la oportunidad de contestar, algo que no hice porque estaba ocupada buscando las bolsitas de té y el azúcar—. Te necesito... —gimió, y casi logró convencerme. Luego me acordé del manuscrito de Alexei y se me pasó la lástima de golpe—. La madre de Iván ha invitado a un montón de gente a la boda, quiere reservar habitaciones en un hotel para todos los invitados y organizar una cena el día antes. Además, quiere hacer un ensayo y cambiar los platos del menú porque la tía abuela de Iván es alérgica al marisco. Dios, me estoy volviendo loca. Necesito tu ayuda para...

Y en aquel momento se cortó. Había hablado tan deprisa que le había dado tiempo de grabar un mensaje bastante largo, aun así no pudo soltarlo todo. Seguramente llamaría de nuevo, así que fui al salón y silencié el teléfono y el contestador. Aquella tarde no estaba disponible para nadie.

Me fui a la habitación con la taza de té en la mano y la firme determinación de disfrutar. Sabía que la novela de Alexei me iba a gustar incluso antes de empezarla, era algo que presentía, y estaba convencida de que si no hubiese sido lo suficientemente buena jamás me la hubiese dejado leer. Me senté en la cama y me coloqué un par de almohadas para apoyar la espalda. Di un sorbo al té y dejé la taza en la mesilla de noche. Cogí el manuscrito, acaricié la tapa plastificada y pensé en las manos de Alexei recorriéndome los brazos, ascendiendo por mi cintura y estremeciéndome de placer. Nadie me había hecho sentir así, como si fuéramos puro fuego. Abrumada por las emociones del día, pasé la primera página y me sumergí en la intensa lectura.

«Nunca había tenido tanto miedo como aquella noche. Corría a través del bosque y el camino escarpado laceraba sus pies desnudos, causándole heridas profundas que dejaban un rastro de sangre muy fácil de seguir. Huía de su captor, sin saber que se dirigía directamente al abismo...»

Así empezaba aquella historia policíaca con tintes de terror psicológico que me tuvo enganchada durante horas. Cuando volví a mirar el reloj eran las dos y media de la madrugada y a mí me quedaban apenas tres capítulos para llegar al final. La taza de té seguía intacta encima de la mesilla de noche, fría y olvidada, y mi estómago rugía porque no había ingerido alimentos desde el desayuno,

ya que aquel día había sido incapaz de comer por culpa de los nervios. Sin embargo, no había fuerza capaz de hacerme levantar y abandonar la lectura, sobre todo en un momento tan trascendental como el que estaba disfrutando. Si la trama me había mantenido enganchada y en tensión durante varios capítulos, el desenlace resultaba sobrecogedor. Desbordada por las emociones, con lágrimas en los ojos y la necesidad de mirar debajo de la cama o dentro del armario para comprobar que no había un asesino acechando, cerré la novela con la sensación de tener en las manos un auténtico *best seller*.

Cuando por fin me dormí eran casi las cuatro de la madrugada. El despertador sonaba a las seis y media, pero estaba tan emocionada que no pude parar de dar vueltas en la cama, recordando momentos y deseando comentarlos con Alexei. Me parecía increíble que hubiera escrito una novela así. Aparentaba ser tan frío e inexpresivo que me costaba asimilar que me hubiera transmitido tantas emociones a través de las letras.

Por la mañana llegué a la oficina hecha un desastre. Tenía ojeras y mi intento de moño parecía un nido de pájaros, pero estaba tan feliz que todo me daba igual y la sonrisa no se me borraba de los labios. Antes de salir de casa vi que tenía un montón de mensajes en el contestador, seguramente de Vicky, que pasé de escuchar. En el móvil tenía otros tantos de ella, además de un par de Carol y otro de Adrián diciéndome que le había encantado conocerme en persona y que estaba deseando repetir. Yo ni siquiera había vuelto a pensar en él. Me sentí fatal y le escribí diciéndole que yo también estaba deseando volver a verle. «Mentirosa», me dijo una voz interior que inmediatamente silencié.

A media mañana fui a la sala de descanso a tomarme un café. Estaba desfallecida porque seguía sin comer, así que saqué un par de paquetes de galletas de la máquina, que devoré en cuestión de segundos. Aproveché el rato para responder a Vicky y me dijo que vendría a mediodía a comer conmigo. Después volví al trabajo con la sensación de no ser capaz de hacer nada de provecho, pero con la intención de poner todo mi empeño en ello.

A las dos en punto me encontré con mi hermana en el restaurante donde habíamos quedado. Ella me esperaba en una mesa, impaciente y con cara de cabreo.

—¿Por qué no me cogiste el teléfono anoche? —preguntó mientras yo ojeaba la carta. Aquel día todos los platos me parecían deliciosos y me costó decidirme.

—Estaba ocupada con un asunto —respondí distraída, mordisqueando un panecillo que unté con mantequilla.

—¿Qué asunto?

—Cosas del trabajo —me inventé—. Cuéntame tú, ¿qué pasa con la tía abuela de Iván?

—Maldita bruja —gimió—. Por su culpa he tenido que cambiar todo el menú. Estuvimos haciendo la degustación el otro día. La madre de Iván vino de Madrid para estar presente. Pretende instalarse aquí hasta el día de la boda y yo rezo para que no lo haga —rogó—. El caso es que me costó mucho decidir los platos, es más complicado de lo que parece, y ayer me llamó Carmen y me dijo que se había olvidado de decirme que a esta señora no le sienta bien el marisco, sugiriéndome que lo cambiara todo. Me negué, pataleé un rato y al final decidimos seleccionar dos menús distintos para que los invitados puedan elegir.

—Bueno, tampoco veo el problema. Está bien que haya dos opciones.

—Ya, pero no se trata de eso... Tengo la sensación de que estoy perdiendo el control de la boda. Quería que estuvieras a mi lado, apoyándome, y has pasado de mí —se lamentó—. ¿Qué has estado haciendo estos días?

«Intentando seducir a tu mejor amigo», pensé. Sin embargo, como no podía decirle la verdad,

opté por distraerla.

—He conocido a un hombre —confesé entre bocados. Acababan de servirme el primer plato y estaba hambrienta.

Mi hermana me miró sorprendida. No solo por la revelación, sino también por verme comer con tantas ganas.

—¿Has conocido a alguien? —repitió como si no se lo acabara de creer—. Quiero detalles, cómo, cuándo y dónde. Habla.

—Se llama Adrián, tiene treinta años y es contable. Tiene un hijo de seis años y se quedó viudo hace tres. Nos conocimos a través de «Citas de Amor», la página de contactos.

—¿Qué?! —exclamó—. ¿Un tío de internet? No me gusta, Sofía.

—No empieces —me quejé—. Llevas semanas diciéndome que tengo que buscarme novio.

—Sí, pero no un capullo de la red. Mira lo que les pasó a Lisa y a Su.

—Adrián es un buen hombre. Tiene un hijo de seis años, por el amor de Dios. ¿Crees que estaría perdiendo el tiempo en chats si no buscara algo serio?

—Quiero conocerle y entonces decidiré si es seguro o no.

—¡Vicky! —exclamé—. Déjame en paz. Esto es asunto mío. Acabamos de empezar, no pienso presentártelo todavía.

—No quiero que sufras y sé lo vulnerable que eres por culpa de las cicatrices —dijo preocupada—. ¿Irás con cuidado?

—Sí, lo prometo.

—Aun así, ¿por qué un hombre con hijos de otra relación? Búscate uno sin cargas, es mucho mejor.

—Las cosas han venido así, y Hugo es un niño encantador, no una carga —apunté—. Un día de estos vamos a ir de picnic y, si te parece bien, me gustaría que Daniela viniera con nosotros.

—Puedes llevarte a Daniela siempre que quieras, ya lo sabes.

—Perfecto, pues ya te avisaré.

—Por lo menos así conseguiré un poco de información, mi niña es una gran chismosa —bromeó.

—La chantajearé para que no te diga nada.

—Veremos quién gana.

Después de comer y hablar más de la boda que de mi floreciente relación con Adrián, nos fuimos a la cafetería donde trabajaba Alexei para tomarnos un café. Vicky me dijo que tenía ganas de verle y yo, para qué negarlo, también.

Cuando entramos y lo vi detrás de la barra, se me cortó la respiración. Como si nos presintiera, levantó la mirada y clavó sus ojos azules en mí, pasando de mi hermana, que se contoneaba tan exuberante y llamativa como siempre directa hacia él.

—Cielo, hace días que no sé nada de ti. —Se inclinó sobre la barra para besarle en la mejilla.

—He estado muy ocupado con... cosas —respondió él, mirándome a mí.

Entre esas cosas estaba yo. Alexei y yo compartíamos un secreto y mi hermana no tenía ni idea. Aquello me hizo sentir estúpidamente feliz.

—Todo el mundo está muy ocupado últimamente y yo tengo que organizar una boda —contestó enfurruñada—. ¿Os habéis propuesto boicotearme para que no me quede más remedio que tragar con todo lo que me exija mi suegra?

—No le hagas caso —aconsejé a Alexei, que la miraba sin entender nada—. Son los típicos nervios antes de la boda.

—No estoy nerviosa, estoy histérica —puntualizó.

—Tranquilízate, nena. Esta semana quedamos y hablamos de todo —le aseguró.

—¿Lo prometes?

—Te doy mi palabra.

—Vale. Pues ahora iré a sentarme a una mesa con mi hermana y me tomaré un café mientras espero a Iván, que es el único culpable de todo esto —afirmó, dirigiéndose hacia una de las pocas mesas que quedaban libres en la atestada cafetería.

—Te lo pondré descafeinado —murmuró él, aunque Vicky no se enteró.

—A mí ponme uno bien cargado, no he dormido en toda la noche. —Le guiñó un ojo y me fui con mi hermana.

—Necesito que me pases tu número de cuenta —me pidió cuando me senté con ella.

—¿Para qué? —pregunté extrañada.

—El mes que viene empezaré a devolverte el dinero que me prestaste.

—Ni hablar. Ya te dije que no quería que me devolvieras nada.

Hacía unas cuantas semanas que le había tenido que prestar dinero para solucionar un problema con su negocio. No había sido previsora y tenía muchas deudas por culpa de las malas ventas. Ella insistía en devolvérmelo y yo me negaba rotundamente. En esa lucha estábamos.

—Es mucho dinero y es tuyo. No es justo que me lo quede yo.

—Valdrá por los regalos de cumpleaños y Navidad que no te he hecho.

En realidad, quería convencerme de que regalándole aquel dinero estrechaba un poco más el lazo de sangre que nos unía. Nadie le daría veinte mil euros a alguien que no fuese importante, y yo necesitaba demostrar que mi hermana era la persona más importante para mí. Tantos años sola y sin familia, viviendo en un internado lejos de todo, me hacían sentir insegura con respecto a mi relación con ella. Además, Vicky seguía manteniendo las distancias conmigo y me costaba mucho ir ganando terreno.

—¿Y los regalos que no te he hecho yo?

—Ya se te ocurrirá algo para compensarme.

—Te ingresaré el dinero de todos modos.

—No quiero que...

—Los cafés —nos interrumpió Alexei, que dejó las dos tazas sobre la mesa y me lanzó una mirada entre inquisitiva e insegura. Debía estar deseando saber lo que me había parecido la novela. Yo le sonreí tímidamente, disimulando para no revelar nuestro secreto.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Vicky—. ¿Por qué os estáis lanzando miraditas?

—No nos estamos lanzando miraditas —repliqué avergonzada, cogiendo la taza y poniéndome azúcar en el café.

—Estás muy nerviosa, nena. No estamos haciendo nada raro, no veas cosas donde no las hay —disimuló Alexei, dejándonos solas y volviendo al trabajo.

—¿Te pasa algo con él? —insistió.

—No me pasa nada. Me sigue pareciendo el mismo estúpido de siempre, nada más.

Ella me miró con los ojos entrecerrados y se guardó su opinión. Seguimos hablando de la boda hasta que llegó Iván. Venía sonriente, no obstante, en cuanto vio la expresión seria de Vicky cambió el gesto.

—¿Todo bien, chicas? —tanteó, sentándose con nosotras.

—Todo lo bien que puedo estar teniendo que tomar un montón de decisiones para organizar nuestra boda mientras tu madre se encargara de fastidiarme y mi hermana y mi mejor amigo pasan de

mí. Eso sin contar que tú cada día llegas más tarde a casa y tienes pocas ganas de hablar del asunto.

—Sí, ya veo que todo va estupendamente —ironizó.

—No te atrevas a burlarte de mí. Esto es serio, Iván, y lo que se suponía que iba a ser el día más feliz de mi vida se está convirtiendo en un putito infierno.

—Tienes razón, me he comportado como un maldito egoísta. Estos días he llegado tarde a casa porque quiero dejar el trabajo adelantado para que podamos disfrutar de nuestra luna de miel sin interrupciones —le explicó—. Te prometo que llamaré a mi madre y le pararé los pies. Estoy dispuesto a secuestrar a tu hermana y obligarla a vivir en casa hasta el día de la ceremonia si es lo que quieres. ¡Qué demonios! Estoy tentado de suspender la boda y llevaros a Daniela y a ti lejos de aquí para casarnos a solas. No necesitamos a nadie más. Solo nosotros tres. Haré lo que sea necesario, pero no voy a permitir que nada ni nadie te lo estropee, ¿me has oído? Lo único que quiero es que seas feliz, y si lo que quieres es una boda íntima solo tienes que decírmelo, te daré cualquier cosa que me pidas.

Mi hermana asintió con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla temblorosa. Jodido Iván, yo también estaba a punto de romper a llorar de emoción. «¿Algún día alguien me querrá así?», me pregunté.

—Dios, te quiero, capullo —musitó Vicky, rodeándole con los brazos.

—Y yo a ti, preciosa —respondió él antes de besarla apasionadamente.

—Vale, voy a buscar un café para Iván mientras os morreáis como adolescentes y hacéis esas cosas tan asquerosas que os gusta hacer —comenté, levantándome de la silla con la excusa perfecta para ir a hablar con cierto camarero de ojos azules—. ¿Entendéis ahora por qué no quiero vivir con vosotros? —pregunté, pero no me hicieron ni caso.

Los dejé solos y me fui a la barra. Alexei estaba atendiendo a una chica muy mona que no paraba de coquetear y de reírse como una tonta, sin embargo, él no le prestaba la más mínima atención. Cuando acabó de cobrarle y se marchó, me acerqué para hacer mi pedido.

—Ponme un café para Iván.

—Enseguida —murmuró, dándose la vuelta para prepararlo.

—Se han puesto empalagosos, así que he aprovechado para acercarme y hablar contigo —comenté cuando me entregó la taza—. ¿Cuándo nos veremos?

—¿Has leído la novela? —respondió con otra pregunta.

—¿Eso es lo único que te interesa? Te recuerdo que teníamos un trato.

—Ya empezamos —gruñó—. No lo he olvidado, solo digo que...

—No, no hemos empezado nada —lo interrumpí—. Hemos quedado dos veces y todavía no hemos hecho nada.

—Si mal no recuerdo, ayer, en mi casa, te excitaste. Y eso que apenas te toqué —replicó arrogante.

Sí, arrogante. El maldito Alexei se estaba poniendo chulo y esa era una faceta de su personalidad que no conocía. Estaba el estúpido, el frío, el furioso, incluso el tierno, pero aquel tío con aires de superioridad era nuevo y no sabía cómo lidiar con él.

—No es verdad —mentí.

—Claro que sí. Conozco los síntomas, me he dedicado a esto durante mucho tiempo y se me da bastante bien, princesa, por eso me pediste ayuda —se jactó—. Respiración entrecortada, corazón acelerado, rostro ruborizado, pezones endurecidos... ¿Te crees que no me di cuenta?

Maldición, en aquel momento sí que estaba ruborizada. ¿Desde cuándo me avergonzaba hablar de mis pezones? Bueno, en realidad desde siempre, yo no era tan desvergonzada como Vicky, pero

hablar de ello con Alexei me daba mucha vergüenza.

—Tal vez me excité un poco —reconocí sin poder mirarle a la cara.

—Te excitaste bastante, y es una lástima que llevaras tanta ropa y no pudiera comprobar cuánto.

—De acuerdo, maldita sea, he leído la novela —dije para cambiar inmediatamente de tema.

—¿Y...?

—Cuando quedemos te contaré lo que me ha parecido —contesté, dejando un billete encima de la barra para pagar nuestras consumiciones—, pero solo si logras excitarme de verdad. No quiero seguir perdiendo el tiempo —exigí dejándole con la intriga—. Y llévale tú mismo el café a Iván, yo tengo que volver al trabajo.

Entonces salí de allí con la seguridad de que me llamaría pronto. Tenía muchas ganas de saber lo que me había parecido la novela y, siendo sincera, no le iba a costar demasiado cumplir con su parte del trato. La pregunta era si yo también estaba preparada para asumir el reto que le había propuesto.

Capítulo 7

Aquella misma noche me llamó. Me acababa de duchar y me estaba preparando la cena cuando sonó el teléfono. Estuve a punto de no contestar pensando que podría ser Vicky con otra crisis. Quería a mi hermana y estaba dispuesta a ayudarla en todo, incluso encantada de que me necesitara, pero aquellos ataques de nervios podían con la paciencia de cualquiera. Al final me armé de valor y descolgué con la esperanza de que fuera otra persona.

—Nos vemos mañana. Quedamos en tu casa a las nueve, vendré a cenar —dijo sin ni siquiera saludarme.

—Genial, ¿no necesitas invitación? Qué educado... —respondí con sarcasmo.

—Tú lo has querido así, ahora no me jodas —replicó.

—¿Se te antoja algo especial para cenar? —pregunté con ironía.

—Sí, prepara algo informal. No quiero la típica cena de tres platos.

—¿En serio? —pregunté anonadada—. Te estaba tomando el pelo.

—Pues yo no.

—¿Te crees que soy Vicky? No sé cocinar.

—No es necesario que esté delicioso, solo que sea comestible. Ya te he dicho que quiero que sea algo informal para que estemos relajados —insistió.

—¿Y se te ocurre alguna idea?

—Lo dejo a tu elección. Ahora tengo que colgar, tengo mucho trabajo.

Y sin más, me colgó.

—¡Cretino! —exclamé, pero al otro lado del teléfono ya no había nadie.

Aquel día no hice nada de provecho en la oficina. Al menos los compañeros empezaban a aceptarme y ya se acercaban a hablar conmigo. Eso solo podía significar que me estaba integrando en el grupo. Un par de chicas muy majas me preguntaron si me apetecía salir a desayunar con ellas y acepté encantada, aunque no pude dejar de pensar en la cena de aquella noche y no les di mucha conversación. Esperaba que al día siguiente me dieran otra oportunidad.

A mediodía llamé a un servicio de *catering* a domicilio y encargué la cena a base de canapés y fruta fresca. Quería algo informal y no se me ocurría nada más. La pizza y las hamburguesas estaban descartadas, y no iba a meter la pata poniéndome a cocinar. Entre los nervios y la poca maña que tenía en la cocina, la cosa podía acabar en desastre y no era plan.

Cuando volví a casa del trabajo, me duché, me lavé el pelo y me vestí con unos pantalones negros ajustados y un jersey fino de manga tres cuartos y cuello desbocado que resaltaba el color verde de mis ojos. Los del *catering* vinieron puntuales y me dio tiempo de preparar las bandejas y arreglar la mesa del salón. Cuando faltaba apenas media hora para que llegara Alexei, me fui al baño y empecé a maquillarme. Mientras me aplicaba la sombra de ojos me llamaron al móvil. Vi en la pantalla el nombre de Adrián y no me quedó más remedio que contestar.

—¿Qué tal te va con tus compañeros de trabajo? —me preguntó después de saludarme.

—Bien, parece que empiezo a encajar, por lo menos ya me hablan —contesté.

Le había comentado que estaba teniendo problemas para integrarme y me sorprendió que se acordara. Adrián era un hombre ocupado, que cuidaba solo de un niño pequeño, y debía tener muchas cosas en la cabeza, por eso me gustó el detalle. Se notaba que prestaba atención y ponía especial

interés a todo lo que le contaba.

—¿Lo ves? Era cuestión de tiempo. Eres una chica encantadora y estaba convencido de que no tardarían en darse cuenta.

—Gracias —murmuré mientras me ponía la máscara de pestañas.

Puse el altavoz para seguir maquillándome con comodidad para otro día, mientras hablaba con el hombre que me convenía para pasar el resto de mi vida escondida en la seguridad de una relación sin pasión, basada solo en la amistad y el respeto. Todo ello bastante rebuscado, pero en aquel momento estaba muy convencida y me parecía muy lógico. Quería superar aquel problema con las cicatrices y solamente me apetecía hacerlo con Alexei. Eso debería haberme dado algo en lo que pensar, pero prefería seguir engañándome sin hacer caso a lo que me decía el corazón.

—Estás poco habladora —insistió Adrián—. ¿Te cojo en mal momento?

—Tengo una cena en casa y me estoy maquillando, pero he puesto el altavoz para que podamos seguir hablando.

—¿Con quién cenas?

—Con unas amigas —mentí.

Tenía la sensación de que Adrián, a pesar de ser un hombre que buscaba solo una madre para su hijo y algo de compañía, era celoso por naturaleza. Seguramente no se tomaría muy bien lo mío con Alexei si se enteraba.

—Ah, en ese caso no te molesto más. Ya te llamaré para hablar del picnic, podríamos hacerlo este fin de semana.

—Me parece una idea estupenda. Le preguntaré a mi hermana si puedo llevarme a mi sobrina este sábado.

—Perfecto. Pásalo bien esta noche.

—Eso espero, gracias.

Nos despedimos y colgamos justo cuando sonó el timbre. Mi invitado por fin había llegado. Fui a abrir preparada pero nerviosa. No tenía ni idea de lo que planeaba Alexei y la incertidumbre me estaban matando.

—Buenas noches —me saludó cuando le abrí la puerta.

Vestía unos vaqueros oscuros, su cazadora de cuero negra y debajo una camisa de franela estampada a cuadros blancos, grises y negros; la primera nota de color que le veía llevar desde que le conocía. Seguramente se había duchado antes de salir de casa porque llevaba el pelo húmedo recogido en una coleta y olía deliciosamente bien. Nada que ver con los perfumes caros que usaban Adrián o Iván, sino con una fragancia natural mezclada con el olor de su gel de ducha.

—Espero que tengas hambre —murmuré cuando se acercó a la mesa—. Los del catering se han pasado y han traído comida para cuatro personas.

—¿Has encargado la cena?

—Sí, se me da fatal cocinar —admití.

—¿Te preocupaba decepcionarme?

—Un poco —reconocí a regañadientes—. Siempre que intento hacer algo por ti te enfadas y me haces sentir insegura.

—¿De verdad? —preguntó acercándose peligrosamente a mí. Yo asentí con la cabeza—. ¿Crees que si no confiara en ti te hubiera dejado leer mi novela, Sofia?

—No lo sé... Tienes el poder de desconcertarme y me haces dudar de todo, incluso de las cosas que resultan evidentes.

—Es curioso, a mí me pasa exactamente lo mismo contigo. —Me aprisionó entre la mesa del

comedor y su cuerpo—. Lo estás haciendo otra vez.

—¿Qué...? —farfullé sin poder apartar los ojos de los suyos, tan azules y misteriosos.

—Encogerte cuando me acerco a ti.

—Me intimidas —musité a pesar de que odiaba mostrarme vulnerable—. Siento como si no te conociera.

—Ya te lo advertí. El auténtico Alexei aún permanece oculto. ¿Estás segura de que quieres seguir con esto?

—Completamente.

—Bien, vamos a cenar. —Se apartó y me permitió volver a respirar con normalidad.

—Supongo que no querrás vino —dije de camino a la cocina.

Iba a buscar una botella porque yo sí que necesitaba un poco de alcohol para soportar aquel nivel de ansiedad. Con Alexei me pasaba algo muy extraño, generalmente era una mujer decidida, pero con él me sentía insegura, como si estuviera constantemente a prueba, y toda mi determinación se evaporaba, convirtiéndome en un ser vulnerable y tembloroso.

—Si tienes Coca-Cola sería estupendo —respondió desde el salón.

Sonreí mientras abría la nevera y cogía un par de latas. Sé que sonara muy patético, como todo lo que hice para llamar su atención, pero tenía la despensa llena de latas del famoso refresco porque sabía que le encantaba.

—¿Sabes la cantidad de azúcar que contiene esta lata? —le pregunté cuando volví y la dejé sobre la mesa.

—De algo hay que morir —bromeó mientras la abría.

Yo me serví una copa de vino.

—Te pareces a Carol, ella también prefiere arriesgarse y no privarse.

—Carol es una mujer inteligente, deberías aprender de ella. Vicky hizo bien en juntaros.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendida.

—Que me parece una buena idea que tu hermana le pidiera a Carol que te sacara de casa y te animara. Esa chica no tiene complejos y sabe reírse de sí misma, precisamente lo que te hace falta a ti.

—No te entiendo, ¿quieres decir que Vicky le pidió a Carol que se hiciera amiga mía?

Él asintió con la cabeza antes de llevarse el vaso a los labios y beber un poco.

—¿No lo sabías?

—Pues no, no tenía ni idea —contesté sin entender nada.

Se suponía que mi amistad con Carol era sincera y, meses más tarde, me enteraba por Alexei que si se había acercado a mí había sido porque se lo había pedido mi hermana, para hacerme un favor, por lastima... No, no podía ser verdad. Carol y yo teníamos una relación de amistad verdadera. Tenía que hablar con ella y preguntárselo para confirmarlo.

—Quizá he hablado más de la cuenta —se arrepintió.

—No te preocupes, prefiero enterarme de las cosas, aunque me moleste que hables de mí con mi hermana.

—Yo no hablo de ti con tu hermana, en todo caso es ella la que habla de ti conmigo. Además, seguro que tú también hablas de mí con ella.

—No hablo de ti con ella —aseguré, empezando a hacerme un lío con aquella conversación.

—Mira, dejémoslo, no estamos aquí para hablar de Vicky. Y no me hagas caso con lo de Carol, quizá lo entendí mal.

—Seguramente... —murmuré sin estar muy convencida.

Empezaba a creer que había sido víctima de las manipulaciones de Vicky, que era capaz de todo para sacarme de casa y buscarme pareja. Lo que no me encajaba era que Carol me hubiera mentido con respecto a nuestra amistad y se hubiera prestado para aquel juego.

—Háblame de la novela —propuso para cambiar de tema.

—¿Ansioso? —Lo miré enarcando las cejas y le acerqué una bandeja de canapés. Tenían una pinta estupenda y, a pesar de los nervios, estaba deseando probarlos.

—Mentiría si te dijera que no —contestó, cogiendo uno de salmón y crema de queso.

Se lo metió en la boca y lo saboreó. El movimiento de su mandíbula al masticar me pareció una de las cosas más sexis que había visto en mi vida y me quedé unos segundos embobada, mirándole con la bandeja en la mano.

—Delicioso —confirmó—, pero suelta la bandeja y sigamos con la novela.

—Si no supieras que es excelente no me la hubieras dejado leer.

—No voy a negar que, tras muchos meses de trabajo, estoy bastante satisfecho con el resultado, pero no puedo ser del todo objetivo con mi obra y temo que se me escape algún detalle.

—Pues, sinceramente, creo que es estupenda, sublime, me tuvo enganchada hasta las tantas de la madrugada y no pude soltarla. Los personajes tienen un carisma brutal. La protagonista tiene esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que logra conectar con el lector, pero el asesino... Dios mío, Alexei, no sabría describirlo. Creo que de la misma manera que le odiaba y me parecía atroz todo lo que hacía, me enamoré un poco de él. Sin lugar a dudas es la estrella de la novela. Tienes en tus manos un potencial *best seller*. Supongo que sabes que necesitas un buen agente, ¿no?

—Todavía no he llegado a ese punto. Por ahora me daría por satisfecho si alguna editorial se interesara. Tengo pensado enviarlo a un par, pero no sé qué puede pasar.

—¿Sabes cuántos manuscritos reciben las editoriales al mes? —Me imaginaba que sí, que se hacía una idea aproximada—. Necesitas contactos y alguien que sepa moverse en este mundillo si quieres llegar lejos. Eres un autor desconocido y eso juega en tu contra. Las editoriales tienen que empezar a oír hablar de ti. En realidad, conozco a una persona que podría ayudarte —comenté, recordando a una compañera de universidad que había estudiado conmigo en Londres. En aquel momento vivía en Madrid y trabajaba en una agencia literaria. Además, colaboraba con una editorial relativamente nueva y con bastante proyección.

—Ni hablar, ¿me oyes? —exigió muy serio—. No quiero tú ayuda ni la de nadie. Necesito hacer esto solo.

—Pero un pequeño empujón para empezar podría...

—No —me cortó—. Si te metes en esto se acabó todo. No te ayudaré, ni siquiera volveré a hablarte. Te pasé el manuscrito para tener una segunda opinión, eso es todo. No necesito tu maldita ayuda para nada más —gruñó enfadado.

—Está bien —acepté apartando la mirada. De repente se me humedecieron los ojos y sentí unas tremendas ganas de llorar. El maldito estúpido había vuelto a hacerme sentir como una idiota.

—No es por ti —suspiró bajando el tono—. Es una cuestión personal, no te lo tomes todo tan a pecho, joder. Cuando hablo contigo tengo la sensación de estar caminando por el borde del precipicio, cualquier movimiento en falso puede hacerme caer.

—Eso es problema tuyo, yo no hago nada para hacerte sentir así y me molesta que me hables en ese tono.

—Lo que pasa es que eres demasiado sensible y yo soy demasiado brusco. Por eso me gusta Vicky, con ella no tengo que estar midiendo constantemente lo que digo.

—Tampoco es que te esfuerces mucho conmigo —solté, molesta por las malditas

comparaciones.

—Lo estoy intentando. Vicky me pidió que fuera educado contigo desde la primera vez que nos vimos y te puedo asegurar que he puesto todo mi empeño en conseguirlo.

—A ver si al final va a resultar que todas las personas que se acercan a mí lo hacen presionadas por Vicky —dije con incredulidad.

—Te quiere y se preocupa por ti. Deberías estar contenta de tener a alguien que lo haga.

—Está bien, dejémoslo. Discutir no era el fin de esta cena y no quiero acabar como siempre.

—Tienes razón. Disculpa si te he disgustado rechazando tu ayuda, pero quiero que entiendas que esto necesito hacerlo solo.

—Lo he entendido Alexei. No te preocupes, intentaré no tomarme todo lo que dices tan a pecho.

—Estoy acostumbrado a mantener a la gente a distancia, es un mecanismo de defensa, no puedo evitarlo —se sinceró—. No se trata de ti, lo hago con todo el mundo. Me cuesta muchísimo confiar en la gente y pensé que pasándote el manuscrito valorarías mi esfuerzo.

Asentí con la cabeza porque me encantaban esos momentos de confesiones, aunque fueran solo pequeños detalles. Me hacían sentir especial y convertían nuestra relación en una montaña rusa de sentimientos contradictorios.

—De acuerdo, no te ayudaré. Solo te pido que recuerdes que conozco a alguien en quien podrías confiar para asesorarte. Tenlo en cuenta, ¿vale? Igual que tú me pides que no me tome como algo personal todo lo que dices, también tienes que aprender a aceptar la ayuda de los demás. No es un insulto, es una muestra de cariño.

—Estoy en ello. Creo que los últimos meses he mejorado mucho, Vicky es muy pesada y Daniela ni te cuento.

Sonreí con ternura al pensar en mi familia.

—En eso estamos de acuerdo. Si Daniela no derrite ese corazón tan congelado que tienes, es que no hay solución para ti.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que Alexei carraspeó y cambió el gesto, como si estuviera haciendo un esfuerzo para concentrarse, y cogió uno de los canapés, acercándomelo a los labios.

—Pruébalo, está delicioso —me animó, mirándome directamente a los ojos y dejándome paralizada—. Abre la boca, Sofia.

Yo obedecí como un autómatas, con movimientos mecánicos, hasta que el sabor del salmón y el queso me hicieron gemir. Efectivamente, el canapé estaba delicioso, pero casi no presté atención a lo que estaba comiendo porque la situación me pareció muy sensual. Había algo muy erótico en dar de comer a otra persona y yo acababa de descubrirlo.

—Sigamos con la novela, dime las cosas que no te han gustado —propuso, eligiendo otro canapé que saboreó con tranquilidad.

Yo, por mi parte, estaba al borde de un ataque. Podía seguir engañándome y diciéndome que había elegido a Alexei para que me ayudara con aquella locura por su pasado, porque era un hombre acostumbrado a soportar de todo, que no se escandalizaría al ver mis cicatrices, pero todo eso era secundario. Alexei me gustaba desde el principio. No era solo su cuerpo o su mirada magnética, ni siquiera aquel aire misterioso que lo envolvía, era algo que solamente desprendía él y que a mí me atraía de manera irremediable. Antes de que entrara en una habitación podía presentirlo. Estábamos conectados por algo que iba más allá de lo físico, aunque él se empeñara en negarlo.

—No hubo nada que no me gustara —respondí, intentando ignorar a las mariposas que revoloteaban en mi estómago para centrarme en la novela—, pero sí un par de cosas que no me

cuadraron.

—Bien, ¿por qué no traes el manuscrito y le echamos un vistazo mientras cenamos?

—Claro, voy a... buscarlo —farfullé, levantándome torpemente de la silla.

Cuando regresé, él seguía comiendo con tranquilidad, como si nada de aquello le afectara. Sin embargo, yo estaba ruborizada y un poco excitada. Me senté y me ofreció otro canapé. Ni siquiera protesté, abrí la boca y me lo comí. Ni bajo tortura podría decir de qué era, no me di cuenta. En lo único que podía pensar era en los dedos de Alexei, que acaban de rozarme los labios produciéndome un cosquilleo de placer.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—Encontré una errata en el capítulo doce. —Pasé las páginas para dar con el párrafo exacto—. Y en el capítulo diecisiete hay una incongruencia. En una de las escenas el asesino está limpiando sus cuchillos y dices que un rayo de sol se reflejaba en la hoja, no recuerdo muy bien si era así... Sin embargo, un poco más adelante, aseguras que aquel había sido un día especialmente nublado y oscuro.

—¿En serio? —preguntó sorprendido—. No me di cuenta. —Releyó los dos párrafos que le indiqué y asintió—. Por cosas así necesitaba tu ayuda. Te lo agradezco.

—Son solo un par de fallos. No me ha costado nada —dije quitándole importancia.

—Aun así, te lo agradezco. Quiero entregar la novela lo mejor posible, es muy importante para mí y no quiero que haya ni un solo error.

—Has hecho un trabajo estupendo, deberías sentirte orgulloso —le felicité.

—Gracias. Llevo mucho tiempo con este manuscrito y quiero arriesgarme y publicarlo.

—Por supuesto, tienes que mostrarlo al público. Los amantes del género van a adorarlo, es muy bueno. Es innegable que tienes un don, lo digo en serio. Ya sabes que si no hubiese sido lo suficientemente bueno no hubiese desperdiciado la oportunidad de decírtelo.

—Lo sé, por eso mismo te elegí a ti. Vicky besaría el suelo por el que piso y no podía fiarme. — Se levantó y se dirigió hacia el sofisticado equipo de música.

—Tampoco te lo tengas tan creído.

—Es así. Yo haría exactamente lo mismo por ella, tenemos una conexión especial.

Resoplé de manera muy poco elegante, pero no dije nada. Estaba empezando a cogerle un poco de tirria a mi hermana.

—¿Cómo empezaste a escribir? ¿Fue algo que ocurrió de un día para otro o ya habías sentido la necesidad antes? —pregunté cuando volvió a sentarse, después de poner la música a un volumen bajo para que pudiéramos seguir conversando.

Mientras hablábamos, nos habíamos ido comiendo los canapés y yo me había tomado un par de copas de vino, así que empezaba a estar más relajada. Alexei apartó las bandejas y cogió la fruta y el bol con chocolate fundido.

—Mi vida no fue fácil, pasé muchos años viviendo en sitios que jamás querrías pisar. En esas condiciones era imposible que se me despertara ninguna necesidad aparte de la de querer escapar. Aun así, llegó un momento en que empecé a coger cierta fama. Lo que hacía se me daba muy bien y había gente dispuesta a pagar mucho dinero para hacerlo conmigo. Además, el hecho de empezar a tener una clientela más selecta me permitía moverme con mayor libertad, las propinas eran muy generosas y todo eso me ayudó a comprar un poco de independencia —me explicó mientras le observaba en absoluto silencio, entre fascinada y horrorizada por lo que me estaba contando—. No es fácil llegar a romper las cadenas con este tipo vida y, a pesar de todo, me siento afortunado por haberlo conseguido. Cuando tuve el dinero suficiente para empezar de cero, me largué sin mirar

atrás.

—Y al llegar aquí empezaste a trabajar de camarero.

—Más o menos... Como imaginarás, mi historia no es tan simple y hay muchas cosas que no te he contado, pero podría decirse que en resumen eso fue lo que ocurrió. Los libros fueron mis únicos compañeros durante muchísimo tiempo. Con ellos me evadía y durante unas horas podía convertirme en otra persona. Podía ser un chico normal, alguien que no tenía que hacer cosas horribles para comer o tener un techo. Cuando mi vida empezó a desmoronarse, intenté plasmar algunos sentimientos en una libreta y me di cuenta de que era muy liberador. En los mundos que creaba tenía el control, nadie podía obligarme a hacer nada que no quisiera y todo lo que ocurría era porque yo lo había decidido.

—Entonces, ¿empezaste a escribir para evadirte de la realidad?

—Algo así —reconoció—. La cuestión es que me gustó tanto que me encantaría convertirlo en mi profesión. Quizá es soñar a lo grande, pero tras sobrevivir a tantas cosas uno pierde la fe en la humanidad y al mismo tiempo se da cuenta de que puede conseguir cualquier cosa que se proponga si se es lo suficientemente valiente. Tenemos el poder de cambiar nuestro destino si nos atrevemos a dar el paso.

Alexei pinchó un jugoso trozo de melón y lo sumergió en el chocolate. Después se lo llevó a la boca y lo saboreó con evidente placer, señalándome la fruta para que hiciera lo mismo. Elegí una rodaja de plátano mientras pensaba en lo que había dicho. Todo ello muy profundo para venir de un hombre que se había criado en la calle.

—¿Cómo lo hacías para ir al colegio? ¿Pudiste estudiar? —Temía intervenir y hacerle sentir incómodo con mis preguntas, pero la curiosidad y la necesidad de saber eran más fuertes que el miedo a estropearlo.

—Normalmente sí. Mi madre me obligaba a ir al colegio para no tener problemas con los de los servicios sociales. De todos modos, terminé los estudios superiores de adulto, cuando me instalé en Barcelona. Era difícil ir a clase y compatibilizarlo con el trabajo de camarero, pero al final lo logré.

—No me imagino lo que tuvo que ser crecer así. Mi infancia no fue fácil. Mi madre se suicidó cuando era muy pequeña y mi padre nos maltrató durante años, pero en lo material nunca nos faltó de nada. Además, tenía a mi hermana. Si hubiera estado sola no lo hubiera soportado.

—Seguro que sí, eres una mujer fuerte. Por experiencia, puedo asegurarte que las personas que se ven obligadas a enfrentarse a una situación límite se crecen y se superan. Se llama instinto de supervivencia.

—Mi madre no lo soportó —me apené.

—Algunas personas son más débiles y se rinden —murmuró como si también lo hubiera visto de cerca.

—¿Qué le ocurrió a tu madre? —pregunté imaginando que la cosa iba por ahí. No obstante, en cuanto hice la pregunta supe que la charla había llegado a su fin. Alexei cambió la expresión y se cerró por completo.

—No quiero hablar de ello —se negó—. Además, no he venido aquí para contarte mi pasado. No sé cómo demonios te las arreglas para sonsacarme tanta información.

—No hago nada —me defendí—. Has empezado tú mientras hablábamos de la novela.

—No sé qué me pasa contigo, me inspiras... confianza.

—¿En serio? Es curioso viniendo de alguien que siempre está en guardia y a la defensiva conmigo.

—Eres peligrosa, Sofía.

—¿Yo?

—Tú, princesa. Pero ahora vamos a dejarnos de charla y a empezar el juego.

—¿Qué juego?

—Un juego de seducción. Quieres intentarlo, ¿no?

—Sí —asentí mientras le veía coger un trozo de coco para sumergirlo en el chocolate fundido.

—Bien, entonces empecemos.

Capítulo 8

—Lo del coco ha sido una petición especial, ¿verdad? —Me acercó la fruta para que le diera un mordisco. Yo asentí, degustando la combinación de sabores—. ¿Por qué? —insistió.

—El otro día me dijiste que te encantaba —musité—. Cuando oliste mi champú.

—Y me encanta. Me alegra que lo hayas recordado. —Escogió una jugosa fresa que sumergió en el chocolate—. La elección de la cena me ha parecido excelente. Tengo que confesar que soy adicto al chocolate.

—¿De veras? —pregunté, moviéndome en el mismo instante en que acercaba la fresa a mis labios, consiguiendo que chocara con mi barbilla y la manchara.

—Vaya, qué desastre —musitó. Sin darme tiempo a reaccionar, inclinó la cabeza y me lamió los restos de chocolate.

Me quedé paralizada, respirando entrecortadamente y con el corazón latíendome desbocado. Mientras, la lengua de Alexei recorría mi barbilla y jugueteaba con la comisura de mis labios.

Ya me habían besado antes, pero nunca había sentido algo así. Había compartido besos con hombres que creía que me amaban y a los que creía amar, sin embargo, jamás me hicieron sentir tan completa como aquellas delicadas caricias. Aquello era un ejercicio de sutileza, pensado para seducir y no para ir más allá. Se trataba de ceder el control, de confiar. Alexei era un experto en esas artes, él mismo acababa de confirmármelo, la gente pagaba mucho dinero para acostarse con él, razón de más para darle el control. Yo era bastante inexperta, y cuando la cosa se ponía caliente y tenía que desnudarme, perdía toda la valentía y me convertía en un ser frío, asustado y vulnerable. Aquella sensación me colapsaba por completo y necesitaba superarlo. Por eso estábamos haciendo todo eso.

—Delicioso, mucho mejor que el coco —susurró muy cerca de mis labios—. Quiero seguir saboreándolo, ¿qué opinas? —Me acarició el cuello con la fresa cubierta de chocolate, dejando un rastro dulce hasta el hombro.

—Sí, por favor... —rogué.

Alexei recorrió con la lengua el camino que acababa de marcar, descendiendo lentamente por la mandíbula hasta el final del cuello, erizándome la piel. Tenía miedo de abrir los ojos, incluso de respirar, no quería romper la magia y a la vez estaba deseando hacerle lo mismo a él. Cuando se apartó, me rodeó por la cintura y me obligó a levantarme. Manejándome como una muñeca, me sentó sobre la mesa y se situó entre mis piernas abiertas con el bol en la mano.

—Tal vez deberíamos deshacernos de tu jersey, a no ser que prefieras que acabe manchado —comentó dejando el bol sobre la mesa—. ¿Quieres? —Yo asentí con la cabeza—. Levanta los brazos —me ordenó.

Así lo hice, sin pensar en las consecuencias de poner en marcha aquel estúpido plan del que seguramente saldríamos los dos heridos. Con el tiempo me he dado cuenta de que mi deseo por Alexei era tan fuerte que hubiera hecho cualquier cosa con tal de tenerle, por más loca y rebuscada que fuera.

Cuando apartó el jersey, dejándolo sobre la silla, volvió a coger el bol. La fresa había desaparecido y no se molestó en elegir otra fruta, directamente sumergió el dedo índice para recorrer con él la parte alta de mi escote, después inclinó la cabeza y se dedicó a lamirme muy lentamente. Aquel día llevaba un sujetador sin tirantes de color negro con relleno y era poco probable que

podría ver lo duros que se me habían puesto los pezones, sin embargo lo estaban, y mucho. La lengua de Alexei recorriendo mi piel era la culminación de una de esas fantasías que sabes que jamás podrás realizar y que, de pronto, se convierten en realidad. Decir que estaba eufórica sería quedarse muy corta.

—Creo que también debería quitarte el sujetador —me dijo al oído cuando se dio por satisfecho y acabó de limpiar todo el chocolate del escote—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondí con un gemido y la piel erizada por el roce de su cálido aliento sobre mi cuello.

Me besó suavemente allí y movió las manos, que había apoyado sobre la mesa a ambos lados de mis caderas, para desabrochar el cierre del sujetador. Supongo que imaginaréis las ganas que tenía de que Alexei me besara. La necesidad de saborearle me estaba volviendo loca, pero sabía que aquello no iba a ocurrir. Seguramente me diría que no necesitábamos besarnos para que yo perdiera el miedo a desnudarme delante de un hombre, pero a mí se me ocurrían un montón de argumentos para rebatir esa idea.

Cuando el cierre cedió, apoyó la frente en la mía sin apartar la mirada y lanzó la prenda al suelo. Inmediatamente sentí el peso de mis pechos, libres de restricciones y ansiosos de caricias.

—Cuando me confirmes que estás preparada, voy a coger el bol y voy a derramar el chocolate sobre tus pechos. Después me pasaré un buen rato lamiéndolos —me informó, y yo estuve a punto de preguntarle a qué demonios estaba esperando y para qué necesitaba mi permiso, cuando era evidente que me tenía en sus manos y podía hacer conmigo lo que quisiera, pero me callé y esperé—. Voy a confesarte un secreto —dijo bajito, como si le avergonzara admitirlo—. Me muero de ganas de hacerlo desde la primera vez que te vi.

La primera vez que nos vimos fue en casa de Vicky. Acababa de llegar a la ciudad con Iván y estaban celebrando el cumpleaños de Alexei en el jardín. Era verano y hacía calor, así que Daniela jugaba en la piscina hinchable que le había comprado mi hermana. La pequeña salió del agua y me abrazó, mojándome la camiseta. Aquella tarde no llevaba sujetador y la brisa contra la tela mojada me endureció los pezones. El muy cretino no perdió la oportunidad de criticarme y así empezó nuestra relación de odio a primera vista. Jamás imaginé que la visión de mis pechos hubiera despertado su deseo, mucho menos viniendo de un hombre que aseguraba que el sexo le daba asco.

—Nadie te lo impide —respondí, armándome de valor para soportar aquel asalto sin derretirme sobre la mesa.

Él sonrió de medio lado y se apartó para clavar los ojos en mis pechos desnudos. Me ruboricé por culpa del intenso escrutinio y noté que los pezones se me endurecían un poco más. Alexei cogió el bol y vertió el chocolate sobre ellos sin demasiada delicadeza, manchándome los pantalones.

—Me parece que me he pasado —se arrepintió al ver que el chocolate también había caído al suelo.

—No importa, lo limpiaré luego. —Unas manchas de chocolate solo eran minucias que no iban a estropearnos la noche.

Él asintió y volvió a clavar la mirada en mis pechos. Su dedo índice acarició con suavidad uno de mis pezones, arrancándome un jadeo de sorpresa y placer, pues sentí la caricia hasta la punta de los pies, pasando por rincones muy interesantes que se humedecieron al instante. Mientras su dedo trazaba diabólicos círculos, me sujeté con fuerza al borde de la mesa. Él bajó la cabeza para capturar uno de mis pezones con los dientes y darle un rápido mordisco que me hizo estremecer. Temblando y con toda la piel del cuerpo erizada, me dejé llevar por el placer de los lametones y las succiones. Sabía que los pechos, y principalmente los pezones, eran una zona erógena, pero nunca hubiera

imaginado que lo fuesen tanto. Alexei apoyó una mano en mi espalda y me ayudó a inclinarme para tener mejor acceso y libertad de movimientos, y para mí no existió nada más que aquel hombre y aquellos labios, el resto del mundo desapareció.

—¿Te gustaría correrte así? —preguntó. Después sopló sobre una de las puntas erizadas y pensé que iba a hacerlo, y además a lo bestia, pues las sensaciones que estaba despertando en mi cuerpo eran demoledoras.

—¡Sí! —supliqué.

Había experimentado orgasmos antes, siempre a solas, pero nunca había sentido nada parecido a eso. Cuando volvió a bajar la cabeza y continuó con el asalto, supe que me faltaba muy poco para llegar a la cima, sin embargo, el timbre del teléfono y la voz que habló a través del altavoz del contestador nos dejó congelados en el acto.

—Sofía, cógelo, es una emergencia. Estoy en plena crisis —gimió Vicky, y ambos nos miramos a los ojos asustados, como si mi hermana acabara de pillarnos con las manos en la masa—. Estoy llamado a Alexei y tampoco contesta —lloriqueó. Nosotros soltamos una risita cómplice—. Por favor, te necesito... Mi suegra amenaza con instalarse en casa, estoy desesperada. Llámame —rogó antes de colgar.

Alexei y yo permanecemos unos segundos en silencio, y nos hicimos conscientes de que mi querida hermana acababa de cortarnos el rollo por completo. De pronto me sentí muy desnuda y expuesta, así que crucé los brazos sobre los pechos y me los cubrí como pude. Estaban húmedos por culpa del chocolate y la saliva de Alexei.

—Debería vestirme —murmuré avergonzada.

—Sí, claro. Esto... te traeré una toalla —balbuceó, limpiándose el chocolate de la cara con una servilleta. Después le indiqué dónde estaba el baño y se fue hacia allí.

Vicky, tan oportuna como siempre, acababa de estropearme el mejor orgasmo de mi vida y habría consecuencias. Buscaría la manera de hacérselo pagar. Cuando Alexei volvió del baño con una de mis toallas de ducha, parecía tranquilo y sin rastros de la excitación que aún recorría mi cuerpo. Quizá era verdad que no podía excitarse. Sin embargo, la manera en la que me había lamido los pechos y su respiración acelerada parecían indicar todo lo contrario.

—Será mejor que me vaya a casa. ¿Quieres que te ayude a recoger antes de irme? —preguntó mientras me envolvía el cuerpo con la toalla. De pronto parecía tener mucha prisa por marcharse.

—No te preocupes, puedo hacerlo sola.

Él asintió y cogió el manuscrito que habíamos dejado olvidado en un rincón.

—Corregiré los errores y te lo volveré a pasar para que le des el visto bueno.

—Claro, estoy deseando volver a leer la novela con calma. La primera vez fue todo tan intenso que no la disfruté lo suficiente.

—Perfecto. Entonces te llamaré para quedar. Creo que por hoy es suficiente.

—Sí, yo también lo creo —coincidí.

Le acompañé a la puerta y le despedí con un gesto de la cabeza. En aquellas circunstancias no me parecía oportuna la conversación por cortesía.

Cuando cerré la puerta, me apoyé en ella con una sonrisa dibujada en los labios. Lo que había ocurrido con Alexei había sido apoteósico y, aunque no habíamos culminado, me sentía pletórica. Cuando me recuperé de aquel subidón, solté la toalla y me fui directa a la ducha pasando de recoger el desastre que habíamos organizado en la mesa y el suelo. «Ya lo limpiaré mañana», me dije convencida.

A la mañana siguiente llegué a la oficina sin haber perdido la sonrisa. Nadia y Valentina, las dos compañeras con las que había desayunado, volvieron a invitarme a ir con ellas, así que, entre risas, bajamos a la calle y nos fuimos a la cafetería donde trabajaba Alexei. Me decepcionó entrar y no encontrármelo detrás de la barra, pero supuse que su turno aún no había empezado.

Mis compañeras eran muy simpáticas y además teníamos muchas cosas en común, entre ellas nuestra pasión por la moda. Les fascinó saber que había vivido casi toda mi vida en Londres y me hicieron un montón de preguntas sobre la ciudad y mi estancia allí. Nadia nos habló del chico con el que estaba saliendo y de todas las cosas que le había hecho en la cama. En ese aspecto, la chica era muy desinhibida.

—A ese sí que le echaba un buen polvo —comentó Valentina con mirada lujuriosa.

Yo me di la vuelta para descubrir quién había despertado su interés, y me sorprendí al ver a Alexei, que acababa de entrar, hablando con el compañero que estaba detrás de la barra.

—Desde que trabaja aquí, la hora del café se ha vuelto más interesante —coincidió Nadia, que, aunque tenía pareja, rollo o lo que fuera, parecía muy interesada.

Quise decirles que hacía apenas unas horas aquel hombre me había estado lamiendo los pechos a mí, pero preferí ser discreta. Una de las absurdas normas de Alexei era mantener lo nuestro en secreto.

—¿Creéis que si le invitara a salir aceptaría? —preguntó Valentina emocionada.

—¡No te quepa duda! —exclamó Nadia, como si no pudiera concebir la idea de que un hombre les diera calabazas.

No se podía negar que las chicas eran atractivas. Valentina era rubia, de ojos azules y curvas espectaculares. Nadia tenía el cabello cobrizo y los ojos verdes. Su cuerpo era un poco más delgado que el de su amiga, pero no dejaba de ser una pelirroja muy llamativa.

—Yo le conozco —murmuré tímidamente. No iba a hablarles de nuestra relación, pero no podía negar una realidad como esa.

—¿Al camarero? —interrogó Valentina boquiabierta.

Asentí con la cabeza.

—¿No te lo estarás tirando? —inquirió Nadia suspicaz.

—No, por supuesto que no —mentí, como si la idea me escandalizara—. Es amigo de mi hermana.

—¿Tu hermana, la que se va a casar con el jefe? —insistió la pelirroja. Aquel tema tenía a todo el mundo revolucionado y yo quería que lo olvidaran, pero tuve que decirle que sí.

—Si le conoces tan bien, sabrás si tiene novia o está soltero —tanteó Valentina, sedienta de información—. No seas mala y dime algo, que está muy bueno.

—Pues creo que está con alguien —afirmé rabiosa. Estaba dispuesta a negar que entre nosotros había algo, pero no iba a permitir que aquellas lobas intentaran ir a por él. Eso sí que no—. Además, me consta que es muy fiel. Yo no perdería el tiempo intentándolo.

—Pues vaya... —se enfurruñó Valentina.

—Nena, no pierdas la esperanza. Los tíos como él no se quedan mucho tiempo con la misma chica —la animó Nadia.

—Alexei sí —insistí—. Está muy satisfecho con la relación que mantiene ahora.

—¿Alexei? ¿Se llama así? —Yo asentí—. Qué nombre tan mono, como él... Oh, pero si nos está mirando.

Valentina se ruborizó y empezó a batir pestañas como la coqueta que era. Me di la vuelta otra vez y descubrí a Alexei mirándonos con interés. Me saludó con la mano y una sonrisa.

—Me lo tienes que presentar —insistió la rubia.

—Claro, un día de estos te lo presento —dije, y por dentro pensé que antes muerta.

Afortunadamente tuvimos que volver a la oficina antes de que Alexei se hubiera puesto el uniforme para empezar a trabajar, así que me libré de las presentaciones y me juré que, a partir de aquel día, haría todo lo posible para no volver a desayunar allí con ellas.

Por la tarde, al salir del trabajo, me fui directamente al gimnasio. Había quedado con Carol allí y quería aprovechar para hablarle de lo que me había contado Alexei. ¿Sería verdad que se había acercado a mí porque se lo había pedido Vicky?

Me la encontré cambiándose en los vestuarios. Me saludó con una sonrisa y me pidió que me diera prisa, pues nuestra clase de aeróbic empezaba en quince minutos. Me fui corriendo al baño y me cambié allí. Imagino que ya suponíais que no iba a desnudarme en público, ¿verdad? Lo de las cicatrices era superior a mí y tenía la suerte de que Carol nunca hacía preguntas.

Al salir me llevé una grata sorpresa al encontrarme a Lisa, la mejor amiga de mi hermana y muy buena amiga de Carol, acabando de ponerse un top de *lycra*, lista para hacer ejercicio. Desde que se había quedado embarazada y había tenido a Víctor, su precioso bebé, había dejado de ir al gimnasio, pero había vuelto con más ganas que nunca.

—¡Qué sorpresa, Lisa! —la saludé—. ¿Cómo está el niño?

—Precioso —afirmó orgullosa—. Después os enseñaré fotos. No quiero que Fabio nos eche la bronca el primer día.

—Seguro que nos ha echado de menos —respondió Carol, visiblemente emocionada por la vuelta de su amiga. Tanto, que ni siquiera se dignó a mirarme.

—Volvemos a *spinning* —anunció Lisa.

—Y después nos relajaremos en el *jacuzzi*, a ver si tu novio se pasa por la piscina como en los viejos tiempos y nos alegra la vista —se animó Carol, que siguió a Lisa, dejándome plantada a mí y a nuestra clase de aeróbic.

Me sentó fatal, no lo voy a negar. La vuelta de Lisa había hecho evidente que mi amistad con Carol se había basado solo en la lástima y la falta de una compañía mejor. Ni siquiera pensó en mí y siguió a su verdadera amiga con unas ganas sorprendentes de hacer deporte. Obviamente, que se planteara ir al *jacuzzi* sabiendo que jamás me pondría un bañador, dejaba claro que yo no le importaba lo más mínimo. Ya no me necesitaba.

No me quedé para la clase de aeróbic, no tenía ningún sentido hacerla sola cuando siempre había ido al gimnasio para pasar un rato con ella, y salí de allí sin volver a cambiarme y con los ojos llenos de lágrimas no derramadas. Ya estaba acostumbrada a estar sola y al rechazo, pero lo de Carol me dolió tanto que lo sentí como una puñalada directa al corazón, y eso que el mío estaba a prueba de bombas.

Llegué a casa y me acurruqué en el sofá dando rienda suelta a las lágrimas. Un par de horas después, Carol me llamó al móvil e insistió tres veces. Después me envió un mensaje.

«Soy idiota, perdóname. No sé en qué demonios estaba pensando».

Aquello me hizo llorar aún más. Apagué el móvil y permanecí tumbada en el sofá hasta que el timbre de la puerta interrumpió mi momento de patetismo absoluto. Me levanté y fui a abrir sin pensar. Cuando llegué a la puerta tuve miedo de que fuera Carol y a la vez lo deseé porque así podría decirle cuatro cosas a la cara, sin embargo, al otro lado me esperaba un misterioso hombre de ojos

azules que tenía el poder de acelerarme el corazón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mirando al suelo para que no viera que había estado llorando.

—Sé que no habíamos quedado, pero corregí el manuscrito y pensé que te gustaría leerlo, así que me he dicho... —Cuando debió darse cuenta de que no le miraba ni decía nada, se interrumpió—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Nada —sollocé. Lo de Carol me había dolido tanto que no pude controlar mis emociones.

Alexei me empujó suavemente, entró en casa y cerró la puerta. Luego me levantó la barbilla con un dedo y en sus ojos azules vi una mezcla de furia y preocupación que consiguió emocionarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha hecho daño? —insistió—. Si ha sido el capullo ese de internet juro que me lo cargo, ¿me oyes? Solo tienes que decírmelo y haré que se arrepienta de haber nacido —prometió, y estuve convencida de que no dudaría ni un segundo en molerlo a palos si yo se lo pedía.

Nunca me ha gustado la violencia y no debería parecerme atractiva la idea de que un hombre pensara en pegarse con otro para defender mi honor, primero porque sabía defenderme sola y segundo porque los machitos me daban repelús, pero Alexei era la primera persona que se ofrecía a protegerme aparte de mi hermana y eso me enterneció, así que le rodeé el cuello con los brazos y lloré sobre su hombro. Aquel delicioso aroma tan suyo me hizo olvidar un poco las penas.

—Sofía, por favor, dime qué te pasa. —Dejó el sobre con el manuscrito encima del mueble del recibidor para rodearme con los brazos y acariciarme el pelo con ternura—. No soporto ver llorar a una mujer y mucho menos si es alguien que me importa.

Aquella declaración me emocionó y me hizo esbozar una tímida sonrisa. Levanté la cabeza y le miré a los ojos, rogando a todos los dioses que mi cara de llorar no fuera tan horrible como la recordaba.

—Ha sido Carol.

—¿Carol? —preguntó sorprendido, sin apartar las manos de mi cintura para mantenerme pegada a él.

—Con lo que me dijiste ayer y lo que ha ocurrido hoy, me ha quedado claro que nunca ha sido mi verdadera amiga.

Me resbaló una lágrima por la mejilla y él la secó con el pulgar.

—¿Qué ha hecho? Cuéntamelo.

—Lisa ha vuelto al gimnasio. Carol y yo habíamos quedado para nuestra clase de aeróbic y ella se ha olvidado de mí —sollocé recordando el momento—. Ni siquiera me ha mirado, ya tenía a su mejor amiga allí —me lamenté—. Hasta le ha propuesto ir al *jacuzzi* cuando sabe perfectamente que yo jamás me pondría un bañador porque... no puedo —expliqué entre lágrimas, furiosa por su actitud y por estar tan limitada por culpa de mis cicatrices.

—Tranquilízate y analicemos esto de manera racional —propuso Alexei, que volvía a tener las manos en mi cintura tras entender que no podría secar todas mis lágrimas con los pulgares—. Tal vez se dejó llevar por la euforia de la vuelta de Lisa, pero no creo que Carol quisiera hacerte daño. Es más, me parece un poco infantil que te hayas puesto así por esa tontería.

—Tú no lo entiendes —me quejé intentado soltarme de aquellos brazos de acero. Alexei parecía un hombre de constitución delgada, pero tenía una fuerza sorprendente—. A mí nunca me ha elegido nadie. Cuando era pequeña, mi madre prefirió morir y abandonarme. Mi padre siempre ponía por delante el dinero y el poder y no le importó herirme y destruirme la vida. Vicky me dejó en aquel internado... Y sí, sé que suena egoísta, pero era pequeña, estaba muy asustada y me costó entender que no tuvo más remedio que dejarme allí para protegerme. Además, todos los hombres que han

pasado por mi vida se han burlado de mí y cuando han obtenido lo que querían me han rechazado. Y ahora Carol. Creía que éramos amigas, pero ya ves, otra persona que me decepciona.

Era la primera vez que conseguía dar rienda suelta a mi dolor. Lo había mantenido oculto igual que mis cicatrices porque mostrarlo me hacía sentir aún más vulnerable. Hacía tiempo que había comprendido que no todas mis marcas eran visibles y algunas heridas aún no se habían cerrado del todo. Cuando las personas que se supone que deberían quererte te rechazan sistemáticamente, empiezas a convencerte de que el problema lo tienes tú por no ser lo suficientemente bueno.

Tras mi discurso, la expresión de Alexei cambió, fue algo sutil, pero a mí no me pasó desapercibido, algo hizo «clic» dentro de él, cambiando la imagen que tenía de mí.

—Te equivocas en algo —murmuró—. Te entiendo mejor que nadie. Todas las personas que tenían que cuidarme abusaron de mí. Desde muy pequeño entendí que el ser humano es cruel por naturaleza y que si quería sobrevivir tenía que ser como ellos. Me sometieron y me obligaron a hacer cosas que nadie debería saber que existen. Entiendo tu dolor, pero no creo que jamás hayas tenido tanto miedo como yo. Tras la primera vez, me prometí que nunca volvería a confiar en nadie, y solo ha habido tres personas en este jodido mundo de mierda que han logrado quebrantar mi norma más firme, Vicky, Daniela y ahora tú. Quizá no tenga mucho valor para ti, pero yo te he elegido.

—Dios mío, Alexei —susurré con el corazón hecho pedazos por los niños que fuimos y los adultos en los que nos habíamos convertido.

Mi infancia fue terrible, pero yo solo tuve que luchar contra un monstruo, intuía que Alexei había tenido que hacerlo contra muchos. Algunos disfrazados de buenas personas, otros tan terribles que no sé cómo pudo soportarlo. Y a pesar de todo el daño que le habían hecho, me había elegido a mí. ¡A mí! Lo que implicaba aquella declaración era tan inmenso que no pude contener mis emociones y le besé. Le besé como si fuera lo último que iba a hacer en esta vida, hundiendo la lengua en su boca, que me recibió dispuesta y ansiosa.

Sumergidos en aquella batalla de succiones, caricias desenfundadas y mordiscos, nos movimos hasta que mi cuerpo chocó contra la pared. Enredé las manos en su pelo mientras él me bajaba la cremallera de la sudadera. Después rompió el beso y rasgó mi top de deporte para liberar mis pechos. Enseguida bajó la cabeza y empezó a succionarme los pezones. Yo estaba tan caliente que pensé que alcanzaría el orgasmo en cuestión de segundos.

Cuando ya tenía la zona de los pechos enrojecida por culpa del roce de sus dientes y de la barba que le ensombrecía el mentón, me ayudó a levantar las piernas para rodearle la cintura hasta que nuestros sexos quedaron perfectamente encajados. Después volvió a hundir la lengua en mi boca y empezó a frotarse contra mí imitando los movimientos de la penetración. Mis mallas y mi ropa interior no eran barrera suficiente para impedir que notara el roce de la costura de sus vaqueros contra mi clítoris. Estaba húmeda y ansiosa, desesperada hasta el punto de que por primera vez en mi vida tenía ganas de arrancarme los pantalones y suplicarle que me follara, pero no me dio tiempo. Las primeras contracciones llegaron de repente y solo pude romper el beso y gritar. Gritar para liberarme de todo mientras él seguía embistiéndome y escondía la cabeza en mi cuello. Y cuando aquella oleada de placer terminó, me quedé desmadejada entre sus brazos, preguntándome cómo demonios me las iba a arreglar para no enamorarme de él.

Capítulo 9

Pasado el momento de euforia, Alexei se apartó y me miró fijamente a los ojos. No quería que viera las dudas que se reflejaban en mi rostro con respecto a mis sentimientos, así que aparté la mirada. Además, mi cara enrojecida por la pasión y mis ojos hinchados por las lágrimas tampoco debían estar ofreciendo una bonita imagen.

Alexei me había llevado al orgasmo, pero él no lo había alcanzado. Aun así, pude sentir el roce de su erección en mi entrepierna. Aunque jurara que no podía sentir deseo, se había excitado, por lo menos hasta el punto de tener una erección. Cuando me soltó, me abroché la cremallera de la sudadera y permanecí en silencio.

—¿Puedo ducharme? —me pidió—. Por favor, yo... necesito ducharme.

Vi tal angustia en su mirada que asentí, le acompañé al baño y le di una toalla limpia. Después le dejé solo con la sensación de que, a pesar de la erección y de los besos, el sexo seguía haciéndole sentir sucio. Por un momento me imaginé a un montón de desconocidos tocando su cuerpo mientras él se veía obligado a hacerles cosas que no quería, y comprendí que no pudiera soportarlo.

Le esperé en la cocina, bebiéndome una copa de vino a falta de algo más fuerte. Lo ocurrido había sido raro e inesperado y ambos estábamos un poco desconcertados. Tardó menos de quince minutos en aparecer con el pelo húmedo, vestido y con la cazadora en la mano. Entonces me di cuenta de que durante nuestro arrebatado de pasión ni siquiera se había quitado la chaqueta.

—Menuda locura —murmuró avergonzado—. No había venido aquí para esto.

—No pasa nada... En realidad, fui yo la que te pidió ayuda precisamente para esto —apunté.

—Hacía tiempo que no lo hacía y me he sentido raro. Perdona por lo de la ducha, no he podido evitarlo. No tiene nada que ver contigo, es algo que necesito hacer siempre después del sexo para volver a sentirme... limpio.

—No te preocupes, lo entiendo —respondí—. Aunque no ha sido sexo.

—No lo disfraces, Sofia. No hace falta que haya penetración para que sea sexo. Te has corrido y, aunque yo no he podido hacerlo, no encuentro otro nombre para definir lo que ha pasado en el recibidor hace unos minutos.

—Bueno, al menos ya hemos roto el hielo. —Intenté quitar tensión al momento—. Tengo que confesar que he tenido verdaderas ganas de quitarme los pantalones y ni siquiera he pensado en las... consecuencias.

—Eso está bien, muy bien... Tal vez lo conseguiremos antes de lo que esperabas —me sonrió.

—Entonces, ¿por qué habías venido? —pregunté para cambiar de tema.

—Te traje el manuscrito —me recordó. Salió de la cocina y fue a buscarlo.

—¿Lo has corregido? —le pregunté cuando volvió con el sobre en las manos.

—Sí, modifiqué las dos escenas que comentamos. Ya me dirás lo que te ha parecido cuando lo releas.

—Lo estoy deseando, me quedé con ganas de más.

—Me alegro —afirmó complacido—. Y también te traje esto... —Sacó unos papeles del sobre y me los entregó—. Son los últimos análisis que me han hecho, de hace un mes. Pensé que si íbamos a seguir adelante con esto te gustaría saber que estoy limpio. Hace muchísimo tiempo que no me acuesto con nadie, pero entiendo que mi pasado es motivo de preocupación.

—Te lo agradezco, yo ni siquiera había pensado en ello. Quizá debería hacerme unos.

—No es necesario, de verdad. Sé que estás sana, confío plenamente en ti en ese aspecto.

—De acuerdo —asentí y dejé los papeles sobre la mesa—. Podrías quedarte a cenar —improvisé—. Se me da fatal cocinar, pero puedo preparar una ensalada decente o hervir un poco de pasta.

—Será mejor que no. No quiero que te confundas y pienses que esto puede convertirse en algo más.

—¿Tampoco podemos ser amigos?

—Sofía, ahora mismo eres vulnerable, no solo por lo de Carol, sino por lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

—No me confundiré, lo prometo —supliqué. Necesitaba tenerle cerca, no quería quedarme sola en aquel ático frío y enorme tras haber experimentado el primero orgasmo compartido de mi vida.

—Hoy no, tengo que irme a casa. Mañana tengo el primer turno en la cafetería y empiezo temprano. ¿Te veré a la hora del café?

—No si puedo evitarlo.

—¿Y eso?

—Mis compañeras de trabajo están loquitas por ti y me molesta. No puedo decirles la verdad, y oír hablar de todas tus virtudes me hace sentir incómoda.

—¿Estás celosa? —preguntó divertido.

—Claro que no, entre tú y yo no hay nada.

—Más te vale recordarlo —me señaló—. Y no te preocupes tanto por sus comentarios, no tienen ninguna posibilidad conmigo. De hecho, eres la primera mujer a la que me acerco por voluntad propia.

—No lo olvidaré —musité mientras le acompañaba a la puerta pensando en lo que acababa de decir, sin querer emocionarme y al mismo tiempo sin poder evitarlo.

Cuando nos despedimos y me quedé sola, me di cuenta de que me había metido en un buen lío porque había empezado a sentir mucho más que gratitud por su ayuda.

El resto de la semana transcurrió con normalidad. Toda la que se podía tener después de haber llegado al orgasmo con el hombre de mis sueños, que estaba traumatizado por su pasado y que solo estaba conmigo para hacerme un favor. No podía olvidar que Alexei hacía aquello por lástima y compromiso, y ninguna de las dos opciones me hacía feliz. Estaba muy confundida y a la vez permanentemente excitada. Era la primera vez que disfrutaba con el sexo y estaba eufórica. Quería repetirlo una y otra vez, sin embrago, no podía olvidar que para él aquello no significaba nada, solo un trabajo más. Quizá no uno tan repugnante como los que había tenido que hacer en el pasado, pero sin lugar a dudas algo que hacía por obligación. Lo peor fue que no me llamó y solo crucé con él saludos de cortesía las dos veces que fui a desayunar a la cafetería con mis compañeras, a las que solamente les faltaba escribir su número de teléfono en un billete y dejárselo de propina. Así de creído se lo tenían.

La que sí me llamó varias veces fue Carol. Al final se lo cogí para que me dejara tranquila. Estaba muy enfadada, dolida, resentida y furiosa, algo que hacía imposible una reconciliación.

—Me gustaría quedar contigo para hablar —propuso después de pedirme perdón y obtener silencio por respuesta.

—Estoy muy ocupada ayudando a Vicky con la boda y tengo mucho trabajo —mentí.

—Entonces, ¿nos veremos en el gimnasio?

—No creo, me he hecho amiga de unas chicas que comparten aficiones conmigo, así que me

dedicaré un poco más a la moda y a ir de tiendas con ellas.

—Ya, claro... Entonces supongo que nos veremos por ahí.

—Sí, seguro que sí. Espero que te vaya bien. Hasta pronto.

Me despedí y colgué. Me costó horrores no gritarle y pedirle explicaciones por haberme dejado tirada como si no le importara, pero me vengué con frialdad y desprecio. Eso tuvo que dolerle más.

El fin de semana llegó y el sábado por la mañana me fui a casa de mi hermana a recoger a Daniela para ir de picnic con Adrián y Hugo. Habíamos intercambiado unos cuantos mensajes y una llamada el viernes por la tarde para quedar, pero nada más. De pronto sentía que nuestra relación se enfriaba y que lo que hasta entonces me había parecido perfecto, empezaba a saberme a poco.

Vicky estaba disgustada porque no le había devuelto las llamadas. No obstante, Iván se puso de mi parte y me ayudó, asegurándole que había estado muy ocupada en el trabajo, y ella me perdonó.

Mientras Daniela jugaba en su habitación y mi cuñado salía a correr, nos sentamos en la cocina a tomar un café para hacer tiempo hasta que llegara la hora de mi cita.

—¿Al final qué ha pasado con tu suegra? ¿Se instalará con vosotros? —pregunté.

—¡Dios mío, no! —exclamó horrorizada—. Mantuve una conversación muy seria con Iván y le advertí que si Carmen ponía una sola maleta en casa suspendíamos la boda. Lo siento por él, sé que es su madre y la quiere, pero no puedo tolerar que esa mujer meta las narices en mi boda. Es mi día, ¡mío!

—Está claro, Vicky. Yo creo que has hecho bien —la apacigüé.

—Gracias. Por fin alguien me entiende.

—¿Iván está enfadado?

—No es que esté enfadado, es que no se imaginaba que planificar una boda iba a darle tantos quebraderos de cabeza.

—Pues que se prepare, esto no ha hecho más que empezar.

—Al final he tenido que ceder en lo del hotel y el ensayo, así que resérvate el fin de semana. Te quiero allí desde el viernes, Iván se ocupará de que tengas ese día libre.

—No te preocupes, ya había pedido el día igualmente. En un momento tan importante de tu vida quiero estar a tu lado. Ya nos hemos perdido bastantes cosas por culpa de lo que nos hizo papá.

—Dios, me estoy emocionando otra vez —musitó—. ¿Qué me habéis hecho entre todos?

—Quererte.

—Parecía más fácil cuando lo leía en los libros o lo veía en las películas —bromeó—. En fin, ahora el problema lo tengo con Iván y Alexei.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunté, poniéndome tensa al oír el nombre del hombre que me había llevado a las estrellas.

—Esta semana quedé con Alexei y le pedí que me acompañara al altar.

—¿En serio? —me sorprendí.

—Sí, no tenemos padre y aunque lo tuviéramos... —Se encogió de hombros—. Carmen quería que me acompañara el tío de Iván, pero me negué rotundamente. Quiero que sea Alexei. Él es parte de mi familia y ese día le necesito a mi lado.

—¿Y qué te ha respondido?

—Primero no quería, ya sabes que no le gusta llamar la atención, pero en cuanto le dije que a Iván no le hacía gracia la idea me dijo que lo haría, ¿te lo puedes creer? Son como dos niños pequeños. ¿Crees que algún día se llevarán bien?

—Lo dudo... Imagino que con el tiempo aprenderán a soportarse, pero poco más.

—Alexei estaba raro —murmuró pensativa.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Parecía más sonriente y menos malhumorado, como si le hubiera pasado algo bueno. Se lo pregunté, pero no me lo quiso decir. ¿Tú sabes algo?

—No, ¿qué voy a saber yo? —Fingí sorprenderme por la pregunta.

—No sé, a lo mejor le ves más que yo ahora que trabajáis tan cerca.

—Qué va, solo hemos coincidido un par de veces en la cafetería —mentí.

—La cuestión es que hay algo y, aunque me alegro mucho por él, me alegraría más saber de qué demonios se trata.

Sonreí por dentro pensando que el motivo del cambio de Alexei podía ser yo, pero no quise hacerme ilusiones. Tal vez solo se trataba de la novela, que ya tenía terminada.

—No seas tan cotilla y déjale tranquilo, si quiere contártelo ya lo hará.

—Me alimento de cotilleos, cielo —se burló—. Y ahora háblame del capullo ese con el que has quedado hoy.

—No es ningún capullo, por Dios —me quejé.

—Vas a llevarte a mi niña con ese salido, espero que sea de confianza.

—¡Por supuesto que sí! Y Adrián no es ningún salido, es un buen hombre —repliqué ofendida—. ¿Crees que expondría a Daniela a algún tipo de peligro?

—Claro que no, si lo pensara jamás dejaría que te la llevaras, pero reconoce que ha sido una buena estrategia para hacerte hablar —se aplaudió.

—Estás loca —me reí—. Será mejor que nos vayamos, no quiero llegar tarde. Además, desde que estás comprometida estás perdiendo la cabeza y se me podría pegar algo.

—Vale, largaos, y recuerda que si ocurre algo raro solo tienes que llamarme. Iván y yo nos plantaremos allí en un tiempo récord y nos ocuparemos del capullo.

—No pasará nada, tranquila —aseguré mientras iba a buscar a Daniela a su habitación.

Tras despedirse de su madre y ponernos las chaquetas, salimos de allí cogidas de la mano, muy contentas por el día de picnic que nos esperaba.

Tal y como imaginaba, Daniela y Hugo conectaron enseguida. Al principio estuvieron un poco cortados, pero, cuando el niño sacó su balón y le propuso jugar, mi sobrina estuvo encantada. En aquel momento ambos corrían detrás de la pelota, riendo y disfrutando, mientras Adrián y yo compartíamos una charla amena y acabábamos de comer. Había sido él el que se había encargado de todo y había traído un montón de bocadillos para todos los gustos, además de una deliciosa ensalada para los adultos.

—Tu sobrina es encantadora —comentó observando a la niña, que se había cruzado de brazos enfurruñada porque Hugo le había metido un gol.

—Lo sé, es una niña increíble. Mi hermana ha hecho un gran trabajo con ella.

—Me dijiste que era adoptada, ¿verdad?

—Todavía sigue en acogida, pero mi cuñado está moviendo los hilos para acelerar el proceso de adopción. Es cuestión de tiempo que se convierta legalmente en su hija.

—Les honra. Me parece un acto precioso y altruista adoptar a un niño que lo necesita.

—Nunca ha supuesto un esfuerzo para Vicky. Adora a esa niña, es el centro de su universo —aseguré—. Para Daniela, mi hermana es exactamente lo mismo. Perdió a sus padres cuando era muy pequeña y conserva muy pocos recuerdos de su familia biológica. Para ella, Vicky es su verdadera madre, y a mi hermana se le cae la baba. Si la conocieras entenderías lo que quiero decir. Antes era

la típica chica fiestera que solo pensaba en ir de compras y ahora se desvive por la pequeña.

—Es muy bonito, tu sobrina es una niña afortunada. Me gustaría encontrar a alguien así para Hugo.

Quise decirle que yo era ese alguien. Una persona de confianza que se desviviría por su hijo, pero Daniela nos interrumpió.

—Tía Sofía —sollozó—, Hugo dice que las niñas no saben chutar tan bien como los niños. Dile que es mentira —exigió, negando con la cabeza y haciendo que se le balancearan las coletas con el movimiento. Estaba tan mona que quise comérmela a besos. Aquel día vestía un jersey con un corazón de purpurina estampado en el pecho, una faldita vaquera, leotardos y las uñas pintadas de rosa. Estaba preciosa.

—¡Hugo! ¿Por qué dices eso? —lo regañó Adrián.

—Es verdad, papá —insistió el niño—. A mí se me da mejor.

—¡No es verdad! —replicó Daniela, terriblemente ofendida.

—No le hagas caso, cariño, ambas sabemos que tú eres muy buena con el balón. El problema es que tiene miedo de que le ganes y se defiende diciendo tonterías.

—¿Lo ves? —dijo Daniela orgullosa.

—Hugo, pide perdón a Daniela. No me gusta que digas esas cosas, y más cuando sabes que no son verdad —le exigió su padre.

—Perdón —susurró agachando la cabeza.

—Bueno, te perdono —asintió Daniela, sin rastros de rencor.

Las ganas de seguir jugando pudieron con todo lo demás y los niños volvieron enseguida a correr detrás de la pelota.

—No quiero que crezca —murmuró Adrián cuando los pequeños volvieron a dejarnos solos—. A esta edad aún puedo hacerle entrar en razón, pero dentro de unos años ni siquiera me mirará a la cara. Creerá que soy un viejo pesado y aburrido.

—Es ley de vida, no puedes evitarlo.

—Me da pánico.

Le sonreí con dulzura y le contemplé unos segundos en silencio. Adrián seguía pareciéndome un hombre muy dulce y tierno, pero ya no me veía capaz de compartir mi vida con él, sobre todo después de haber experimentado los primeros momentos de auténtica pasión con Alexei. ¿De verdad podría prescindir de ello? Cuando no sabía lo que se sentía creía que no lo necesitaba, pero ahora que lo había saboreado empezaba a dudarlo. Podría volverme adicta a los besos y a las sensaciones que me había provocado Alexei.

—Yo os admiro, sobre todo a mi hermana. Tener el valor de enfrentarse a la maternidad tiene mucho mérito —dije, intentando distraerme y no empezar a fantasear con Alexei y su cuerpo frotándose contra el mío.

—Me gustaría conocerla algún día. Seguro que es una gran mujer —comentó. Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Por qué no vienes conmigo a la boda? —propuse ilusionada. Tenía que empezar a estrechar lazos con Adrián si quería que aquello funcionara, y presentarlo a la familia era un paso importante.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó inseguro.

—Claro, mi hermana también quiere conocerte. Aunque ese día solo estará pendiente de Iván y de la ceremonia, será una manera de romper el hielo.

—Si a ellos les parece bien, a mí me gustaría mucho.

—Se lo preguntaré, pero estoy convencida de que Vicky estará encantada. —Con las ganas que

tenía mi hermana de cotillear seguro que no le iba a importar tener un invitado más—. La boda es a principios de abril. Pasaremos todo el fin de semana allí. Han reservado habitaciones para los invitados en un hotel precioso.

—Les deben ir muy bien las cosas —se sorprendió Adrián.

—Mi cuñado tiene mucho dinero —confirmé sin querer entrar en detalles.

No me apetecía contarle mis dramas y si podía evitarlo nunca lo haría. Incluso planeaba mentirle acerca de mis cicatrices, si es que algún día llegaba a verlas, porque al paso que íbamos lo veía difícil, pues no parecía muy interesado en avanzar en la relación. Aquello parecía más una cita entre amigos que otra cosa.

Un rato después, cuando nos cansamos de estar sentados en el suelo y los niños se agotaron de tanto jugar, nos levantamos y nos pusimos a recoger. Fue entonces cuando vi a un hombre recorriendo el camino que bordeaba la zona de picnic. Por un momento pensé que me engañaban los ojos, así que me fijé bien y confirmé que era Alexei. Paseaba con las manos en los bolsillos, como si tuviera todo el tiempo del mundo y ninguna prisa, y estaba guapísimo vestido con sus vaqueros oscuros y la cazadora negra. Algunos mechones de pelo se le habían soltado de la coleta y le caían desordenados, ocultándole parte del rostro. Debían molestarle porque sacó la mano del bolsillo y se los retiró detrás de las orejas. Aquel gesto tan suyo me hizo sonreír.

—¡Alexei! —grité.

Él me miró sorprendido y se acercó con una tímida sonrisa dibujada en los labios. Nos encontramos a medio camino entre nuestra manta de picnic y el sendero.

—Qué sorpresa —comentó mirando por encima de mi hombro—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién es ese?

—Es Adrián, el chico del que te hablé.

—¡Alexei! —exclamó Daniela, corriendo hacia nosotros.

—Pero si está aquí mi princesita. —La cogió en brazos y se la comió a besos.

—Me pinchas —se rio la niña, quejándose de la barba que últimamente se estaba dejando crecer.

—Hemos venido de picnic con Adrián y su hijo —expliqué señalando a mi amigo, que se acercaba hacia nosotros con paso decidido.

—Hola, soy Adrián, encantado de conocerte —se presentó extendiendo la mano.

Alexei lo miró como si fuera un mosquito insignificante, y ni siquiera se molestó en soltar a Daniela para estrechársela.

—¿Qué tal? —Fue lo único que le dijo.

Adrián, perplejo, tardó un poco en reaccionar y darse cuenta de que seguía con la mano extendida.

—Es un amigo de mi hermana —intervine sin saber qué decir.

—Ya veo... —masculló ofendido por la falta de modales del ruso—. Bueno, os dejo mientras sigo recogiendo las cosas —se despidió, yendo hacia la manta donde le esperaba Hugo.

—Menudo capullo —murmuro Alexei cuando volvimos a quedarnos solos.

—Podrías ser un poco más educado, ¿sabes?

—Has dicho una palabrota —lo riñó Daniela.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se disculpó mientras cogía a la niña y se la subía a hombros. Ella chilló encantada.

—¿Y tú qué haces por aquí? —pregunté sin querer seguir con el tema. Cuando Alexei se lo proponía, se convertía en un grandísimo cretino.

—Voy a casa de Vicky. Hemos quedado para hablar de la dichosa boda. Me tiene harto.

—Yo tengo que llevar a la niña.

—¿Venís conmigo? —preguntó.

—¡Sí! Vamos con *Alexei*, tía Sofía —exclamó Daniela sin intención de bajarse de sus hombros.

Entre la posibilidad de hacer el camino de vuelta con Alexei y Daniela o con Adrián y Hugo, no tuve demasiadas dudas.

—Está bien, voy a decírselo a Adrián.

Alexei asintió y se adelantó con la niña a hombros, gritando encantada, mientras yo me acercaba a mi cita.

—Me voy con él. Ha quedado con mi hermana y también va hacia su casa, así te ahorro llevarnos en coche.

—¿Estás segura? —preguntó Adrián, nada contento con la situación.

—Sí. Lo he pasado genial esta tarde. Estoy deseando repetir.

Y era cierto, la comida y la charla habían sido muy agradables y entretenidas, pero nada más. Ni pasión, ni emoción, ni mariposas en el estómago.

—Yo también lo he pasado muy bien con vosotras y quiero más, mucho más —afirmó, rodeándome la cintura con los brazos para darme un beso en los labios que me dejó perpleja.

Cuando me giré para irme, pude ver la mirada de furia que nos lanzaba Alexei. Daba miedo. Nerviosa, le dije adiós a Hugo y me fui con él.

—Tenía razón, es un capullo —susurró mientras emprendíamos el camino de vuelta.

Yo no me molesté en responder, simplemente caminé a su lado, escuchando el parloteo incesante de Daniela, que le contó con pelos y señales todo lo que habíamos hecho. Entonces me pregunté en qué momento se me había ocurrido pensar que podría evitar que aquella pequeña chismosa le diera detalles de lo ocurrido a mi hermana.

Capítulo 10

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —nos preguntó Vicky al abrir la puerta—. ¿No habías quedado con tu amiguito de internet?

—Gracias por tu discreción, Vicky —dije con ironía, entrando detrás de Alexei y Daniela, que habían hecho el último tramo del camino cogidos de la mano.

—Alexei es muy discreto, jamás diría nada ni lo utilizaría en nuestra contra, ¿verdad, cariño?

—No se trata de eso, se trata de si quiero contárselo o no. Tienes que aprender a respetarme, Vicky. Me he enterado de que llevas un tiempo manipulando a la gente para que se acerque a mí.

—¿De qué hablas? —disimuló.

—Lo sabes muy bien. Alexei, Carol, el trabajo con Iván...

—Basta, chicas —nos cortó Alexei—. Nos hemos encontrado en el parque, cuando venía hacia aquí. Como ya habían terminado, han aprovechado para volver conmigo —le resumió.

Ella seguía mirándonos con los ojos entrecerrados, sin acabar de creerse nada de lo que estábamos diciendo.

—Nena, ¿cómo era el amigo de tu tía? —le preguntó a Daniela, y la pequeña chismosa se explayó a gusto.

—Aburrido, se parecía a mi profe de mates.

—Estoy de acuerdo, le he visto cinco minutos y me ha parecido un auténtico coñazo de tío —corroboró Alexei.

—¿Qué?! —exclamé indignada—. No es verdad. Adrián es un hombre serio, respetuoso y educado, solo eso.

—Y Hugo me ha dicho que las niñas no saben jugar a fútbol —prosiguió Daniela.

—Eso te ha dicho, ¿eh? —murmuró Vicky—. Espero que hayas defendido a mi pequeña.

—Por supuesto que sí. Y Adrián también, ha sido el primero que ha regañado a su hijo por decir semejantes tonterías.

—Bueno, en ese caso le daré una oportunidad —aceptó—. Pero me gustaría conocerle en persona y juzgar por mí misma.

—No habrá problema, le he invitado a la boda.

—¿Has invitado a ese tío a la boda? —se sorprendió Alexei.

—Claro, estamos empezando una relación, es lo normal —confirmé—. Si a Vicky le parece bien, él me ha dicho que le encantaría asistir.

—Me parece perfecto —aceptó mi hermana.

Alexei nos lanzó una mirada furiosa que logró desconcertarme. Según él, lo nuestro no significaba nada. Entonces, ¿por qué le molestaba tanto que quisiera avanzar con Adrián?

Aunque Vicky insistió en que me quedara con ellos, me excusé y me fui a casa. Me supo mal, pero lo último que me apetecía era volver a pasar tres horas escuchando sus quejas y sus constantes lloriqueos. Además, estaba molesta con Alexei por meterse en mis asuntos con Adrián, él no era nadie para opinar y estaba mucho mejor calladito.

Una vez en casa me planteé prepararme un baño, sin embargo, me tumbé en el sofá y me puse a ver la tele. Era fin de semana y no tenía planes, bastante lamentable a los veinticinco años. Por lo menos había pasado la mañana al aire libre con Adrián y los niños, aunque el plan no le sonaría

especialmente divertido a ninguna mujer de mi edad. Lo confirmé cuando inicié una conversación de chat con mis dos nuevas amigas, Valentina y Nadia. Les encantaba abrir grupos de WhatsApp para todo y, por supuesto, habían creado uno para nuestro trío de oficina. Las chicas comentaron lo que iban a hacer aquella noche y empezaron a intercambiar fotos de los modelitos que se iban a poner. Yo hice un par de comentarios hasta que me vi obligada a confesar la verdad: no iba a salir. Ellas me dieron el pésame por mi lamentable vida social y prometieron llevarme de fiesta pronto. Acepté encantada. Tenía ganas de pasarlo bien y sospechaba que, si lo mío con Adrián seguía adelante, lo último que haríamos sería salir por ahí a divertirnos, menos aún con un niño pequeño en casa.

Cuando ya pensaba que mi patético fin de semana no tenía solución, alguien llamó al timbre. Vivía en un edificio que disponía de portero las veinticuatro horas del día, y todos sabían que solo podían dejar subir a los miembros de mi familia sin necesidad de preguntarme. Recientemente había añadido a mi corta lista a Alexei, y entre las posibilidades de que la persona que llamara fuera Vicky, Iván o él, prefería la tercera.

No me defraudó. En cuanto abrí la puerta, unos ojos azules de mirada furiosa me taladraron. Ni siquiera me saludó, simplemente me apartó y entró en casa, cruzando el recibidor que tan buenos recuerdos nos había dejado, para pasar al salón y apagar la tele.

—Bienvenido, estás en tu casa —solté con ironía.

—He tenido que venir en metro —gruñó mirándome impaciente, como si el hecho de que hubiese venido en transporte público tuviera que significar algo.

—Pues qué bien. —Me encogí de hombros.

—Había ido a casa de Vicky dando un paseo para aclararme las ideas. Caminar me ayuda a pensar y a inspirarme. No tenía planeado venir aquí, por eso no he cogido el coche.

—Nadie te ha invitado —le recordé—. Pensé que me llamarías para quedar, pero si has venido por la novela lamento decepcionarte, aún no he podido releerla. Me pondré esta noche o tal vez mañana.

—No he venido por la novela —respondió como si fuese idiota y no estuviese entendiendo nada—. Y ya sé que te dije que te llamaría, pero ha sido un impulso, por eso he tenido que coger el puto metro para llegar hasta aquí. No puedo permitirme un taxi y andando hubiera tardado una eternidad.

—¿Qué estás intentando decirme, Alexei? Y disculpa que te lo pregunte así, pero es que aún no he aprendido a leer mentes. ¿Qué problema tienes con el metro?

—Que no lo soporto. Me provoca mucha angustia —confesó—. Cuando era un chaval tuve que dormir muchas noches en estaciones de metro. Una vez, unos tíos me dieron una paliza y casi me matan.

—Dios mío, ¿lo dices en serio? —pregunté horrorizada.

—Joder, sí... Pero también tuvo su parte positiva. El tiempo que pasé recuperándome en el hospital tuve cama y comida caliente gratis —recordó—. La cuestión es que me he metido en el metro para venir hasta aquí, ¿qué te dice eso?

—¿Que tenías muchas ganas de verme? —tanteé.

—Ni yo mismo lo sé. —Se pasó las manos por el pelo con gesto nervioso y me miró de reojo—. Lo que ocurrió el otro día aquí me tiene desconcertado.

—¿En qué sentido? —inquirí, sedienta de información. Alexei la dosificaba tanto que a veces me daba miedo preguntar para que no se cerrara, así que lo hice con tacto.

—Me gustó —confesó apartando la mirada.

—¿Y eso es malo?

Negó con la cabeza, aún sin mirarme.

—Es raro. A mí el sexo no me gusta, pero el otro día sentí que podía... excitarme.

—No es que pudieras, es que lo hiciste, lo noté perfectamente, no sé si me entiendes.

—Sí, por eso mismo estoy desconcertado. Cuando uno se dedica a lo que me dedicaba yo, aprende algunas técnicas para conseguirlo, pero el otro día ocurrió de manera natural e involuntaria y me gustaría volver a intentarlo.

—No veo el problema —dije disimulando la emoción—. Además, aunque no quieras que te pague por tu ayuda, hacernos un favor mutuo es algo que puedes aceptar, ¿no? Tú me ayudas a superar mis traumas y yo los tuyos.

—Sí, creo que eso podría funcionar.

—Genial. Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Ponernos a ello? —preguntó cambiando la expresión nerviosa por una depredadora, con toda la intención de abalanzarse sobre mí. Sin embargo, lo detuve levantando una mano.

—¿Sabes, Alexei? Cada vez que te acercas a mí tengo la sensación de que... No te ofendas, por favor —pedí temiendo su reacción—. Tengo la sensación de que te pones en modo trabajo, como si activaras algo dentro de ti que te hiciera funcionar con el piloto automático para desconectar y no sentir nada.

—En parte es así —admitió—. Es mi reacción al sexo y lo hago sin ser consciente.

—Estoy convencida de que disfrutarías más si antes pudieras relajarte. La última vez ni siquiera te quitaste la cazadora y me dio la impresión de que te lanzabas de cabeza a llevarme al orgasmo para terminar con el asunto cuanto antes.

—Ya te lo dije cuando empezamos con toda esta locura, a mí el sexo me da asco, me hace sentir sucio, y hasta el otro día jamás había reaccionado de manera positiva a un encuentro. La primera vez que lo hice tenía quince años. Se la chupé a un pervertido a cambio de una hamburguesa.

—¡Dios mío! —exclamé horrorizada.

—¿Qué te imaginabas, princesa? ¿Un club de lujo donde las mujeres ricas pagaban dinero para tener sexo agradable con un chico joven? Eres muy ingenua. También hubo algo de eso, no te diré que no, pero al principio tuve que hacer de todo y con todo tipo de gente.

Me sentí estúpida porque tenía razón. En mi imaginación se habían formado imágenes del pasado de Alexei que poco tenían que ver con una realidad tan espeluznante.

—No sé qué decir —murmuré.

—No hace falta que digas nada. Lo normal es que le gente no sepa que estas cosas pasan. La mayoría prefieren cerrar los ojos y apartar la mirada. Nadie hace nada para ayudar ni para cambiar la realidad de las personas que se ven obligadas a malvivir cada día en nuestras calles, más cerca de lo que pensamos.

—Tuvo que ser horrible.

—A la larga acabas resignándote, incluso te acostumbras —reconoció encogiéndose de hombros—. ¿Sabes lo más irónico de aquella primera vez? Lo hice para conseguir la maldita hamburguesa, pero al terminar me pasé tanto rato vomitando que ni siquiera pude comérmela.

—Siento que tuvieras que pasar por algo así.

—No lo sientas, tú no tienes la culpa de nada. Tú también sufriste siendo niña.

—Escuchando tu historia me siento ridícula. No lo compares, por favor —rogué mientras me secaba las lágrimas. Su confesión había tocado un punto muy sensible dentro de mí y no lo pude evitar.

—Cuando miro a Daniela, me imagino a un monstruo golpeándola, hiriéndola, asustándola, humillándola... y no puedo soportarlo. Me hierve la sangre al pensar que alguien podría hacer daño a

un ser tan precioso e indefenso. No veo tanta diferencia con lo mío. Tú fuiste como ella y tuviste que soportarlo, por eso te entiendo y por eso te estoy ayudando.

—Yo también quiero ayudarte. Para mí el sexo tampoco ha sido una experiencia agradable hasta ahora. Hay algo en mí que está mal y no es solo físico. Mi pasado me dejó marcada y me cuesta confiar en los demás. También están estas malditas... cicatrices —confesé, mirándole de soslayo para observar su reacción, pero él se mantuvo imperturbable—. Me avergüenzan, me limitan, me paralizan y me tienen completamente dominada.

—Mis cicatrices no son visibles, Sofía. Aun así, ¿crees que las tuyas son peores, que pueden escandalizarme? Las peores cicatrices son las que nos marcan por dentro. El exterior cambia, se transforma y degenera hasta que se pudre, pero lo de dentro es eterno y, en realidad, es lo único que importa —afirmó mirándome con intensidad—. Yo te he contado uno de mis peores secretos, ahora te toca a ti. Cuéntame alguno de los tuyos.

Bien, aquella iba a ser la noche de las confesiones. Alexei había admitido que se había iniciado en el sexo haciéndole una felación a un pervertido a cambio de una hamburguesa, ¿podría haber algo peor que eso? Por supuesto que no, y después de haberse abierto conmigo, no merecía menos que la verdad. Aún no estaba preparada para enseñarle mis cicatrices, pero sí para hablarle de ellas.

—Ocurrió cuando tenía siete años. Mi padre llegó a casa borracho y furioso. Era un comportamiento habitual en él, pero aquel día vi algo en su mirada que nunca antes había visto. Había perdido el control. Yo era pequeña y estaba permanentemente asustada, pero Vicky, tan guerrera de niña como ahora, siempre estaba ahí para protegerme. Extendía los brazos delante de mí, como si de aquella manera pudiera impedir que mi padre se acercara o que sus desagradables palabras me llegaran, y se sacrificaba para ser el blanco de su ira —conté con tristeza—. No sé qué habíamos hecho aquel día, la cosa más insignificante podía enfadarle. Empezó a gritar y a golpear muebles y yo pensé que era injusto que siempre fuese ella la que pagara las consecuencias, así que me planté frente a él y le golpeé en los muslos con los puños. Ni siquiera me miró, pero me dio un empujón tan fuerte que me lanzó contra la mesa de centro del salón, que era de cristal y se partió con el peso de mi cuerpo. Lo más curioso es que no sentí dolor, solo el golpe y de repente la sangre... Toda esa sangre —musité cubriéndome el rostro con las manos. Todavía se me ponían los pelos de punta cuando pensaba en ello.

—Dios... —susurró Alexei, inmóvil y con los puños apretados a los costados.

—Lo peor fue que me dejó allí tirada, llorando, sangrando y muerta de miedo, diciéndole a Vicky que limpiara aquel desastre antes de encerrarse en su despacho. Ni siquiera vino a verme al hospital y yo mentí por él. Les dije que había sido un accidente. Protegí a aquel monstruo, fui cobarde y destrocé mi vida, así como la de mi hermana y la de Iván.

—Eso es mentira —aseguró—. Fue tu padre el que os destrozó la vida a los tres. Ya te lo dije, tiene suerte de estar muerto, si no le mataría con mis propias manos.

—Ni hablar. No permitiría que otra persona destrozara su vida por mí.

—Dijiste que nadie te había elegido nunca, pero yo lo he hecho, te he elegido, y a las personas que están dentro de mi círculo las protejo por encima de todo. Jamás permitiré que nadie vuelva a hacerte daño. No importa lo que ocurra entre nosotros, te doy mi palabra, y el honor es de las pocas cosas que conservo intacto.

Tras aquella emocionante declaración rompí a llorar. Él se acercó, me rodeó con los brazos y me acarició el pelo y los hombros con suavidad, diciéndome que estaba a salvo y que todo iba a salir bien. Por un momento volví a ser aquella niña de siete años asustada y me sentí reconfortada, por primera vez en mi vida supe que había alguien que iba a cuidar de mí.

Cada persona tiene un rol distinto en esta vida y el de Alexei es el de protector. Haber visto y vivido cosas tan horribles le hizo así.

—Ahora sí que necesitamos relajarnos —dije rompiendo el abrazo y aquel momento tan intenso mientras me secaba las lágrimas con los dedos.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo contigo —sonrió.

—Muy bien, me lo tomaré como una excepción, y ya que estamos haciendo concesiones, deberías aceptar la invitación a cenar que rechazaste el otro día. —Vi que iba a protestar y se lo impedí—. Tengo claro que una de las normas es no implicarse sentimentalmente, no lo he olvidado. Voy a llevar a Adrián a la boda de Vicky y vamos en serio, no sufras tanto por cosas que no tienen importancia —intenté tranquilizarlo, aunque ni yo misma me creía aquellas excusas baratas.

—Está bien, acepto, pero solo hoy —me advirtió.

—Entendido, pesado —resoplé—. Y ahora quítate esa dichosa cazadora y ven conmigo a la cocina. Si quieres comer algo decente será mejor que estés dispuesto a colaborar.

Él asintió y se quitó la chaqueta antes de seguirme a la cocina, donde empezamos a preparar la cena.

Una hora después quedó claro que ninguno de los dos había nacido para cocinar. El hecho de que freír unos filetes y preparar una ensalada con cuatro ingredientes básicos nos hubiera llevado tanto tiempo hablaba por sí solo.

—¡Mierda, aparta! —Me quitó las pinzas de las manos para dar la vuelta a uno de los filetes que tenía en la sartén, chisporroteando y salpicando aceite hirviendo.

—No he nacido para esto —confesé, dejando en la encimera el paño de cocina con el que había intentado protegerme.

—Yo tampoco, no te creas —reconoció dándole la vuelta al otro filete con más maña que yo—. Vicky y Daniela siempre se burlan de mí cuando me pongo a cocinar.

—No les hagas ni caso, conmigo hacen lo mismo. Vicky se cree chef profesional y no acepta menos que la perfección.

—Admitámoslo, se le da muy bien.

—Sí, la lasaña le queda de muerte. —Suspiré y abrí la nevera para sacar un par de latas de Coca-Cola—. Desde que vivo sola echo de menos sus platos. Generalmente me alimento de comida congelada.

—Yo ahora como mejor porque me llevo algunas sobras de la cafetería.

—Tienes suerte —comenté. Me gustaba poder mantener una conversación tan normal con él y haber dejado atrás la tensión que antes nos impedía relajarnos.

—Bueno, creo que esto ya está —dijo apagando el fuego.

Llevé la ensalada al salón y serví un poco en los platos. Alexei me siguió con la carne y su bebida. Ambos nos sentamos a degustar la cena y estuvimos hablando de su novela. Me comentó que se estaba planteando autopublicarla, aunque para ello necesitaba hacer una inversión considerable de dinero y, además, reservar un fondo para la promoción. Yo seguí insistiendo en lo del agente y le aconsejé que antes de lanzarse con la autopublicación siguiera intentándolo en las editoriales. Siendo un autor desconocido, que no se implicaba en redes sociales ni pretendía hacerlo, necesitaba ese tipo de respaldo. Sin lectores no era nada.

—Si lo de la editorial no sale, podría prestarte dinero para la autopublicación —propuse con un poco de miedo.

—No —pronunció tajante—. Ya te lo dije, quiero hacerlo solo y no quiero que te metas. Lo prometiste.

—Pero somos amigos y tengo dinero, solo sería un préstamo —insistí.

—He dicho que no. Antes de aceptar el dinero de nadie, preferiría no publicar nunca.

—Cuando dices esas cosas me haces sentir mal.

—Ya te dije que no te tomaras todo lo que digo como algo personal. No se trata de ti. Si Vicky me hiciera la misma propuesta también le diría que no.

—De acuerdo, me mantendré al margen, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo. ¿Cómo te sentiría a ti que rechazara tu ayuda?

Se quedó pensativo unos segundos antes de contestar.

—Está bien, lo tendré en cuenta. Pero de momento prométeme que no te meterás.

—Lo prometo —acepté, cruzando los dedos por debajo de la mesa.

Cuando terminamos de cenar, recogimos la mesa y metimos los platos en el lavavajillas, después volvimos al salón y nos sentamos en el sofá. Habíamos estado relajados hasta ese momento, pero el ambiente entre nosotros cambió, volviéndose cargado y tenso. Alexei permanecía cabizbajo, perdido en sus pensamientos, y yo no sabía qué decir para romper el hielo. Había dicho que quería repetir el encuentro del otro día y yo también me moría de ganas, sin embargo, la situación se había enfriado tanto desde que había llegado que no sabía cómo volver a acercarme a él.

—¿Cómo te sientes con respecto a mi pasado? —preguntó de pronto.

—¿En qué sentido?

—¿No te da asco saber que me he acostado con tanta gente?

—Resulta curioso que me hagas esa pregunta cuando hace un rato me has dicho que no podía sentirme culpable por los actos de mi padre. Tú también has sido una víctima, Alexei, y por supuesto que me horroriza saber por lo que has tenido que pasar, pero en ningún momento he pensado que desearas hacerlo.

—Desde luego, jamás hubo deseo por mi parte, más bien todo lo contrario.

—Entonces, ¿por qué me haces preguntas tan estúpidas?

—Porque, aunque intento que no me afecte la opinión de los demás, entiendo que se juzgue mi pasado. En tu lugar tal vez me preguntaría si no había otras opciones antes de la... prostitución.

—No creo que nadie elija ese tipo de vida. Imagino que uno lo hace porque no le queda más remedio o no encuentran otra salida. —Acaricié su rostro de facciones perfectas y le pasé un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No me gusta que me toquen durante el sexo, me hace sentir sucio y vulnerable. Sin embargo, me gusta que me toques tú —confesó a escasos milímetros de mis labios. De repente, el frío había sido sustituido por un intenso calor—. Siempre y cuando no traspases los límites.

—¿Y cuáles son esos límites? —pregunté rozando mis labios con los suyos.

—No quiero que intentes darme placer. Esto es para ti, siempre.

—Tienes demasiadas normas —repliqué antes de rodearle el cuello con los brazos y besarle. Él cerró los ojos y me devoró con ansia.

Me sorprendía que Alexei aceptara mis besos sabiendo que le limitaban tantas cosas. Comprendía perfectamente que para alguien que había vendido su cuerpo y soportado todo tipo de vejaciones, resultara incómodo e incluso insoportable aceptar caricias o muestras de ternura durante un acto que despreciaba, pero a la vez me costaba entender que pudiera compararme con aquellos monstruos que habían abusado de él. No obstante, cuando se apartó y me obligó a levantar los brazos para deshacerse de mi jersey y el sujetador, me olvidé de todo, y cuando sumergió la cabeza en mi escote y me succionó los pezones, casi me morí de placer. Lo más sorprendente de todo fue que se incorporó, se quitó la camiseta y me abrazó. El contacto de nuestros cuerpos desnudos fue

electrizante. Aproveché para deslizar las manos por su espalda de piel suave y músculos definidos.

—Quiero tocarte ahí abajo. —Clavó la mirada en mi entrepierna—. Te prometo que no te quitaré los pantalones, pero déjame tocarte.

—De acuerdo —acepté, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en uno de los cojines del sofá.

Él se tumbó a mi lado y me desabrochó el botón de los vaqueros. Después bajó la cremallera e introdujo la mano por debajo del elástico de la ropa interior. A pesar de estar muy limitado por la ropa, logró su cometido y acarició mi sexo húmedo. Gemí cuando coló dos dedos en mi interior, penetrándome hasta los nudillos. Noté que rozaba un punto muy sensible que me hizo abrir los ojos de golpe y jadear.

—¡Dios! —me estremecí.

La presión en mi interior era exquisita, y cuando su pulgar empezó a trabajarme el clítoris, me corrí como nunca en mi vida lo había hecho, con fuegos artificiales incluidos y un viaje a las estrellas que me dejó con el cerebro fundido.

Regresé a la realidad a regañadientes. Por nada del mundo hubiera querido abandonar aquel lugar de pecado y placer al que me transportaron sus dedos mágicos, pero no me quedó más remedio que abrir los ojos y mirarle totalmente embobada.

—Madre mía —pronuncié mientras soltaba la tela del forro del sofá, a la que me había agarrado con fuerza.

Él retiró la mano y me acarició el vientre sin borrar la sonrisa de satisfacción por haberme dado el mejor orgasmo de mi vida.

—De algo tenían que servirme tantos años de experiencia —murmuró encogiéndose de hombros.

Y yo no pude estar más de acuerdo con él.

Capítulo 11

El viernes por la noche salí a cenar con Adrián. Le había convencido para que dejara a Hugo con sus abuelos y así poder disfrutar de un rato de intimidad, algo esencial si queríamos que lo nuestro avanzara. Quedamos en un restaurante precioso y muy elegante, y entre plato y plato pudimos entablar una agradable conversación.

Aquella noche me puse un vestido negro ajustado con escote en forma de corazón y largo por debajo de las rodillas. No solía llevar vestidos ni faldas por culpa de mis cicatrices, pero con los que tenían un largo considerable de vez en cuando me atrevía, sobre todo en invierno con el refuerzo añadido de unas medias tupidas.

Adrián estaba muy atractivo con su traje gris oscuro, la camisa blanca y la corbata a juego. En mitad de la cena me cogió de la mano y me acarició los nudillos con el pulgar. Poco a poco íbamos avanzando, aunque aquellas sutiles caricias no tenían nada que ver con las sensaciones que me provocó Alexei cuando hizo que me corriera con sus dedos. Todavía me estremecía al pensar en ello.

—Mi hermana me ha dicho que estará encantada de que asistas a la boda —le conté.

—Perfecto, entonces contad con Hugo y conmigo.

—Mañana he quedado con ella para acompañarla a probarse el vestido de novia. Aprovecharé para pedirle que te envíe una invitación con todos los detalles.

—Muy bien —asintió—. Así que mañana toca vestido, ¿eh?

—Ni me lo recuerdes —suspiré—. Vicky está histérica y aguantarla estos días está siendo todo un reto. Además, hemos quedado para comer con sus dos mejores amigas y por la tarde iremos a recoger los vestidos de damas de honor. Te confieso que tengo miedo.

—¿Por qué? —preguntó enarcando las cejas.

—Si conocieras a mi hermana lo entenderías. Es capaz de obligarnos a llevar trajes horribles porque ella necesita sentirse siempre la protagonista.

—Es su gran día y es lo que toca —razonó Adrián con una sonrisa.

—Por eso mismo tengo miedo.

—Si quieres, el domingo quedamos, damos un paseo por el parque con Hugo y me cuentas qué tal ha ido —propuso.

—Me encantaría, pero tendremos que dejarlo para la semana que viene. Por la noche he quedado con Valentina y Nadia para ir a cenar y a tomar unas copas. Seguro que el domingo me levantaré tarde y no tendré ganas de salir.

A Adrián le cambió la expresión al descubrir mis planes, me soltó la mano que todavía seguía acariciando, y bebió un sorbo de vino.

—No sabía que te gustaba tanto salir de noche —murmuró.

—No me gusta tanto, solo de vez en cuando. Tenemos que salir a divertirnos, Adrián. Cuando seamos viejos ya nos quedaremos en casa —bromeé, pero él siguió mirándome con cara de padre a punto de soltar un sermón.

—Tengo un hijo, yo ya no puedo hacer ese tipo de cosas. La cuestión es si tú sientes la necesidad de hacerlas, porque de ser así no sé si lo nuestro va a funcionar.

—No dramatices tanto. Solo voy a salir con unas compañeras de trabajo a tomar unas copas para integrarme. No es que vaya a lanzarme a una vida de desenfreno. Relájate —solté un poco molesta.

—Tienes razón, perdona —se disculpó tras recapacitar—. Es que Hugo es lo más importante

para mí y a veces me vuelvo demasiado exigente.

—Te entiendo. —Adrián había perdido a su esposa y eso le había vuelto muy protector y dependiente de su hijo, pero había ciertos límites que debíamos marcar si queríamos seguir con lo nuestro—. Divertirse de vez en cuando no significa ser un mal padre. Necesitas un poco de tiempo para ti, como hoy. Hugo está contento con sus abuelos y tú estás pasando un rato agradable conmigo, no hay nada malo en ello.

—Lo sé, es que Hugo es lo único que me queda y a veces me cuesta relajarme.

—Poco a poco, Adrián. Solo nos estamos conociendo, ya llegaremos más adelante al punto de ceder y exigir, por ahora limitémonos a disfrutar de la compañía del otro y ya se verá.

—Me parece bien —aceptó. Sin embargo, no me quedó muy claro si le había convencido del todo.

Continuamos charlando y cenando sin más incidentes, pero al salir del restaurante se mostró nervioso e impaciente. Noté que tenía ganas de ir a recoger a su hijo cuanto antes, porque me metió de un empujón en el coche y me dejó en casa en un tiempo récord. Ni siquiera se le pasó por la cabeza proponerme ir a tomar una copa ni repetir el intento de beso que nos dimos el día que fuimos de picnic. Tenía un duro camino por delante con aquel hombre si quería que lo nuestro funcionara.

El sábado a primera hora, me encontré con Vicky y Daniela en una conocida tienda de novias. En el local nos trataron como princesas, y nos ofrecieron café y unas pastitas deliciosas. Daniela se tomó un zumo de naranja y siguió jugando con la muñeca que había traído para entretenerse mientras Vicky entraba en el probador para probarse el vestido. Yo me senté en un mullido sofá de terciopelo blanco y me armé de paciencia para la larga espera.

—Señorita De Miguel, ¿descartamos definitivamente el modelo que seleccionamos la semana pasada? —le preguntó la dependienta, una rubia vestida con un ceñido traje negro.

—Definitivamente —respondió mi hermana desde el interior del probador.

—Perfecto —asintió la joven, que abandonó la salita donde nos habían instalado para seguir con sus cosas.

Vicky estaba en el probador con otra dependienta, y la modista esperaba fuera para tomar medidas y hacer retoques.

—¿Qué os parece? —nos preguntó un rato después, ya vestida.

—Dios mío, Vicky... —susurré emocionada al ver a mi hermana con aquel traje espectacular.

—¡Mami, pareces una princesa! —exclamó Daniela.

La dependienta asentía y sonreía a su lado, complacida al ver que uno de sus modelos lucía tan bien.

—¿Te gusta? —insistió.

—Es perfecto.

Era un vestido de color blanco roto y corte sirena, con tul y encaje, cuerpo con escote halter y transparencias en la espalda, largo hasta los pies. Maravilloso, una obra de arte que debía costar una pequeña fortuna.

—Cuando lo vi supe que era este —me explicó ilusionada, acercándose al espejo con la modista pegada a su espalda, que ya marcaba con agujas los pequeños retoques—. Carmen quería que eligiese otro que me hacía parecer una monja en vez de una novia, menuda bruja —susurró para que no nos oyera Daniela, que daba vueltas alrededor de mi hermana, embobada con el traje—. Es mi suegra —les aclaró a la modista y a la dependienta, que permanecían expectantes.

—Las suegras suelen ser un problema —sentenció la señora, clavando una aguja en la tela.

—No hace falta que me lo jure —coincidió mi hermana.

—Creo que estrechándolo de aquí y arreglando un poco el bajo quedará perfecto, ¿qué le parece? —Vicky se miró desde todos los ángulos y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero necesito el vestido terminado urgentemente, me caso la primera semana de abril y vamos justos de tiempo.

—No se preocupe, señorita De Miguel, lo tendrá listo en dos semanas, se lo garantizamos —respondió la dependienta con una sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—En ese caso no quiero pensármelo más —aceptó dando palmaditas—. Este vestido es tal y como lo había soñado.

Por el brillo que desprendieron los ojos de las dos mujeres que nos estaban atendiendo, supe que el vestido era caro y que mi hermana acababa de alegrarles la semana.

Cuando salimos de la tienda de novias, fuimos a buscar el vestido de Daniela. Mi sobrina estaba más emocionada que la propia Vicky y volvió locas a las dependientas, probándose todos los modelos que seleccionamos. Al final nos decidimos por un conjunto de falda con vuelo de color rosa y corpiño a juego, con un lazo de color rosa más intenso atado a la cintura, que le quedaba precioso.

Al llegar al restaurante donde habíamos quedado con Lisa y Su, las dos mejores amigas de mi hermana y también damas de honor, estaba agotada. Me senté a la mesa tras saludar a las chicas y dejé que eligieran el menú, compuesto de ensalada caprese y lasaña de setas y queso de cabra. Daniela se decantó por un plato de macarrones a la boloñesa y un delicioso helado de chocolate.

Durante la comida estuvimos hablando de la ceremonia y del vestido de novia. Vicky quería que fuera una sorpresa y no pensaba enseñárselo a sus amigas hasta el día de la boda, pero les estuvo dando algunos detalles. Después le suplicamos que no nos obligara a llevar unos vestidos horribles y ella se rio sin hacer comentarios para mantener la intriga hasta que llegáramos a la tienda.

De camino, Lisa estuvo charlando conmigo mientras Vicky y Su iban delante con Daniela.

—No quiero meterme, pero Carol está muy arrepentida —comentó tras contarme todas las monerías que había aprendido a hacer su bebé aquella semana.

—Ya está olvidado —mentí. No me apetecía que Lisa se metiera en mi relación con Carol.

—Yo creo que no, pero es algo que deberías hablar con ella. Por mi parte siento lo que pasó, en ningún momento quise darte de lado, al contrario —se excusó.

—Tú no tienes la culpa de nada, tranquila —respondí. Lisa era una chica muy sensible y sabía que nunca me haría daño intencionadamente.

—Carol está un poco loca, pero es una de las mejores personas que conozco y sé que te quiere, Sofía.

—Ya hablaré con ella. De todos modos, estaré un tiempo sin ir al gimnasio y no pasa nada si vuelve a ir contigo, yo tengo otros planes —le comenté. Sin embargo, ni tenía otros planes ni pensaba hablar con ella. Seguía estando muy dolida.

—Está bien, espero que al final lo arregléis —dijo con una sonrisa sincera, y dejamos el tema.

Cuando llegamos a la tienda, entramos las cuatro a la trastienda y dejamos a Daniela coloreando en el mostrador con Raquel, una de las dependientas de mi hermana. Tras un duro bache, el negocio de Vicky había remontado y volvía a funcionar muy bien. Las ventas habían subido y su buen humor había mejorado considerablemente desde entonces.

—Ha sido complicado decidirme por un modelo en concreto porque, aunque las tres sois preciosas, también sois muy diferentes. Me he esforzado mucho para dar con el vestido perfecto y espero que os guste. Sé que pensáis que os deseo el mal y que quiero ser la única mujer que esté

guapa aquel día, pero os equivocáis. Sois las tres personas más importantes de mi vida después de Iván y Daniela, sobre todo tú, Sofía, y lo que más deseo es que brilléis y os sintáis a gusto —confesé con voz entrecortada.

Las tres suspiramos y nos emocionamos al ver a Vicky tan feliz. Siempre había sido la más fría del grupo y desde hacía unos meses se había convertido en algodón de azúcar.

—No nos hagas esperar más —pidió Su—. Pero te lo advierto, si has elegido un vestido que me haga parecer una morcilla, abandonaré mi puesto de dama de honor.

—Seguro que los vestidos nos encantarán, Vicky —aseguró Lisa, siempre conciliadora.

—Lo más complicado ha sido elegir un color que os sentara bien a todas. Al final me he decidido por un tono violeta precioso —comentó mientras descolgaba uno de los trajes que permanecían ocultos dentro de las fundas—. En las invitaciones se advierte al resto de invitados que está prohibido vestir de blanco y de violeta. Esos serán nuestros colores exclusivos.

Mientras hablaba, fue bajando la cremallera de la funda hasta que el traje quedó al descubierto. Nos quedamos boquiabiertas porque era precioso. Un vestido largo, ya que la boda sería al atardecer, de tafetán, sin mangas y corte princesa. Sencillo, elegante y perfecto. Las tres aplaudimos emocionadas, con ganas de probárnoslo junto con las delicadas sandalias de tiras y tacón a juego con el color del vestido.

—Quiero que la iglesia esté decorada con flores blancas y violetas, igual que mi ramo de novia. Ya he hablado con el cuñado de Iván, el padrino, y me ha dicho que no habrá ningún problema.

—Va a ser una boda perfecta, hermanita. —La abracé emocionada.

—Me muero de envidia —lloriqueó Lisa—. Soy la más romántica y sensible de todas y a Raúl ni siquiera se le ha pasado por la cabeza pedirme matrimonio.

—Los hombres son un poco lentos para estas cosas —dijo Vicky—. La sutileza no va con ellos, a veces hay que darles un empujón. Pídeselo tú.

—¿Yo? —se sorprendió Lisa—. Pero a mí me hace ilusión que se arrodille y haga todas esas cosas tan románticas.

—Raúl no es esa clase de hombre, cielo —intervino Su—. Vuestra relación siempre ha sido poco convencional. Estoy con Vicky, tal vez deberías pedirselo tú.

Lisa se quedó pensativa, dándole vueltas al asunto, y supe que en breve celebraríamos otra boda.

Cuando acabamos de probarnos los vestidos y nos hicimos las pertinentes fotos, me despedí de las chicas y me fui corriendo a casa. Aquella noche había quedado con mis compañeras de trabajo para cenar y salir de fiesta, y ni siquiera sabía lo que me iba a poner. Cogí un taxi y durante el trayecto leí los mensajes que habían estado enviando desde hacía más de una hora a nuestro grupo de WhatsApp. Nadia nos decía que había reservado en un restaurante y nos pedía que propusiéramos nosotras un sitio para tomar una copa y otro para salir de fiesta. Enseguida pensé en el *Bright Club*, la discoteca de moda, y llamé a Alexei porque él seguía trabajando allí algunas noches.

—Necesito un favor —le pedí.

—¿Qué ocurre?

—¿Trabajas esta noche en la discoteca?

—Por desgracia, sí.

—Genial. He quedado con mis compañeras de trabajo para cenar e ir a bailar y había pensado que podrías meternos en lista y conseguirnos un reservado.

—Veré lo que puedo hacer. Esta noche habrá jaleo porque viene a tocar un grupo en directo a primera hora y hay una reserva para celebrar el cumpleaños de un pijo con ganas de gastar dinero, por eso me han llamado.

—No creo que lleguemos muy temprano. Antes de ir a la discoteca tomaremos unas copas para hacer tiempo.

—Entraréis seguro, lo que no te puedo garantizar es lo del reservado.

—No hay problema, mientras podamos entrar ya me doy por satisfecha.

—Luego te mando un mensaje y te lo confirmo todo.

Se lo agradecí y colgué justo cuando el taxi se detuvo delante de mi casa. Pagué y bajé corriendo para que me diera tiempo de arreglarme, pero antes mandé un mensaje a las chicas diciéndoles que del tema de la discoteca ya me había ocupado yo.

Por fin iba a hacer algo divertido después de tantos meses de aburrimiento absoluto. Empezar aquella locura con Alexei me estaba ayudando a liberarme y, de pronto, mi floreciente relación con Adrián me parecía un auténtico coñazo. Además, tras romper mi amistad con Carol me apetecía hacer cosas nuevas. Nadia y Valentina parecía chicas simpáticas, con ganas de pasarlo bien, y yo me moría de ganas de que llegara la noche para desmelenarme después de tanto tiempo. ¡Qué peligro!

Capítulo 12

Después de ducharme y lavarme el pelo, me lo sequé con el secador y me dibujé unos tirabuzones con la plancha. Hacía tiempo que no pasaba por la peluquería y lo tenía bastante largo, así que decidí lucir melena y dejármelo suelto. Las chicas comentaron a través del chat que se pondrían vestidos cortos y tacones, y yo tenía que elegir algo que me hiciera estar a la altura sin enseñar los muslos.

Me decidí por unos pantalones de cuero y un top corto de satén de color negro, ribeteado con pedrería por la zona del pronunciado escote, que me obligaba a ir sin sujetador. El toque de color lo dieron mis labios, pintados de rojo. Me puse la cazadora de cuero y cogí mi bolsito de piel con tachuelas. Llamé a un taxi y me fui directamente al restaurante donde habíamos quedado.

Cuando llegué, ambas se levantaron para saludarme con besos y abrazos efusivos. Después de decirme que estaba preciosa, pidieron un cóctel para mí y me invitaron a sentarme. Valentina llevaba el pelo suelto, liso y perfecto, y un vestido de lentejuelas de color plateado. Nadia llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tirante y un vestido cortísimo y ajustadísimo de color verde esmeralda. Ambas estaban espectaculares. Cenamos, reímos sin parar y después del tercer cóctel empecé a notar los efectos del alcohol.

Tras una deliciosa cena, salí de allí con la sensación de estar flotando en una nube de diversión sin límites. Nos metimos en un taxi y Valentina nos llevó a un *pub* para tomar unos gin-tonics y seguir con nuestra fiesta particular. Alexei me mandó un mensaje diciéndome que nos había conseguido un reservado y que lo avisara si teníamos problemas para entrar. Se lo comuniqué a las chicas y estuvieron encantadas con la elección del sitio.

Mientras estuvimos en el *pub*, hablamos con un grupo de chicos que intentaron ligar con nosotras descaradamente. Les seguimos la corriente durante un rato y permitimos que nos invitaran a una ronda, pero nos marchamos de allí dejándoles con las ganas. A mí no me pareció bien, sin embargo, Valentina me dijo que aquel era su *modus operandi* habitual para conseguir copas gratis y que no me preocupara, que los chicos ya sabían a lo que se exponían.

Cuando llegamos al *Bright Club* descubrimos que, tal y como había dicho Alexei, la discoteca estaba llenísima. Por suerte estábamos en lista y nos ahorramos la larga cola de la entrada. Las chicas, como buenas fiesteras que eran, me confirmaron que ya habían estado allí alguna vez, pero que nunca habían pisado la zona de reservados. Las invité a subir por las escaleras que conducían a la zona vip, decorada con sofás de cuero, mesas bajas iluminadas con velas y luces ambientales que emitían destellos, y nos sentamos en nuestro reservado. Enseguida localicé a Alexei, que aquella noche atendía allí, sirviendo a un grupo de chicas preciosas que no paraban de lanzarle piropos. Lo que más me molestó fue que él respondió a todas sus ocurrencias con una sonrisa o un guiño de ojo. «¿Desde cuándo coquetea con los clientes?», me pregunté celosa.

Al terminar con las chicas, se acercó a nosotras sin borrar la sonrisa. El muy cretino estaba guapísimo y cuando sonreía se convertía en el hombre más atractivo que había visto en mi vida, cosa que no pasó desapercibida a mis amigas, que enseguida sacaron pecho y metieron tripa.

—Buenas noches, señoritas, ¿qué vais a tomar? —nos preguntó.

—¿Estás tú entre las posibles opciones? —interrogó Valentina, apartándose el pelo de la cara con un movimiento calculado y muy sexi.

—Me temo que no —respondió él.

—¿A qué te gustaría invitarnos, bombón? —propuso Nadia, recolocándose el escote del vestido para atraer la atención hacia sus pechos, enormes en proporción a su cuerpo delgado.

Aquellas dos eran profesionales y acababan de demostrarlo. En otras circunstancias me hubiera fascinado verlas actuar y habría aprendido muchos trucos, pero con Alexei allí, mirándole las tetas a la pelirroja, se despertaron todos mis instintos asesinos.

—Si fuera mi noche libre a lo que quisierais, pero no es hoy. Lo siento, preciosas —contestó encogiéndose de hombros. Se notaba que estaba acostumbrado a lidiar con pervertidas, cosa que aún me molestó más.

—No les hagas caso, Alexei, mis amigas son muy de la broma. —Ellas me miraron con gesto horrorizado, como si acabara de estropearles un plan muy elaborado y quisieran fulminarme—. ¿Seguimos con los gin-tonics, chicas? —propuse sin hacerles caso.

Ambas aceptaron sin ocultar que estaban molestas, y Alexei se dirigió a la barra para preparar nuestro pedido.

—Lo teníamos en el bote —se quejó Valentina.

—Ya os dije que Alexei está comprometido, dejadle en paz, no va a querer nada con vosotras.

—Torres más altas han caído —murmuró Nadia, y las dos estallaron en carcajadas, riéndose de alguna hazaña del pasado de la que no quisieron hacerme partícipe.

Al final olvidaron el tema y dejaron de prestar atención a Alexei. Con las copas en la mano, miraban a un lado y a otro en busca de posibles víctimas. Eran como dos leonas a punto de salir de caza.

—Objetivo localizado —susurró Nadia—. Grupo de pardillos bastante decentes al fondo a la derecha. Llevan diez minutos mirándonos y dándose codazos.

—Oh, ya los veo —respondió Valentina, que se había dado la vuelta con disimulo—. Están bastante buenos y van vestidos de marca. Con un poco de suerte, la siguiente ronda la pagarán ellos.

—¿En serio? ¿Así os divertís? —pregunté sorprendida.

—Claro —respondió Nadia muy seria, como si aquel fuera un tema de suma importancia—. En el fondo les hacemos un favor. Inflamos su ego, les damos algo que contar el lunes en la oficina y hacemos más agradable su noche de sábado, todo por el módico precio de un par de copas.

—¿No lo dirás en serio? —me asombré—. ¿Y si se creen que van a conseguir algo más?

—A veces lo consiguen, dependiendo de nuestras ganas y de lo buenos que estén.

No podía creer lo que escuchaba. Por un lado, no las juzgaba porque los tíos llevaban siglos haciéndonos cosas parecidas. Sin embargo, tenía claro que aquel era un juego peligroso del que no quería participar.

—Como el rubito de sonrisa arrogante —continuó Valentina, emocionada y ajena a mis pensamientos.

Me pudo la curiosidad y me di la vuelta. Para mi sorpresa, «el rubito» era Alberto, un amigo de Eric, el novio de una de las amigas de mi hermana. Era un pesado que ya había intentado ligar conmigo en más de una ocasión. En cuanto me vio, su sonrisa se hizo más amplia y comentó algo con sus colegas antes de venir hacia nosotras.

—¡Chicas, que viene! —exclamó Valentina.

—Conozco a ese tío —mascullé antes de que llegara a nuestra mesa.

—¿Cómo es posible que conozcas a tantos tíos buenos y sigas soltera? —preguntó Nadia como si no se lo pudiera creer.

—Cosas de la vida —respondí, encogiéndome de hombros.

—El rubio es mío —me advirtió Valentina entrecerrando los ojos. Ni que yo tuviera intención

de pelear por semejante presa, por favor...

—Sofía, qué sorpresa —me saludó Alberto, inclinándose para darme dos besos.

—¿Qué tal? —respondí sin muchas ganas.

—Muy bien, la noche mejora por momentos. —Repasó de arriba abajo a mis amigas—. ¿No me presentas a estas bellezas?

—Claro. Nadia, Valentina, este es Alberto, fotógrafo de moda y amigo de unos amigos.

—Un placer, señoritas —las saludó y les dio dos besos—. Vosotras sois modelos, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco, avergonzada por su patética manera de entrarles, pero mis amigas sonrieron encantadas.

—Qué va —coqueteó Valentina—. Pero yo siempre me lo he planteado, ¿crees que podrías hacerme un *book* de fotos?

—Sería un placer, encanto. ¿Hablamos de ello mientras os invito a otra ronda?

Mis amigas se lanzaron una mirada de triunfo y Alberto hizo una señal a sus amigos para que se sentaran con nosotras. Después de aquello, el alcohol empezó a correr por nuestra mesa sin parar. Me tomé un par de copas, pero lejos de desinhibirme y lanzarme a los brazos de alguno de esos idiotas, estuve observando a Alexei. Disimulaba de vez en cuando, respondiendo a las preguntas que me hacían los amigos de Alberto, pero en realidad no les prestaba la más mínima atención. Solo abandoné mi vigilancia cuando las chicas me pidieron que las acompañara al baño. La otra opción era quedarme a solas con aquella panda de babosos, así que las seguí y esperé mientras se retocaban el maquillaje y se atusaban las melenas. Estaban encantadas con el grupo de chicos y Valentina aseguró que iba a tirarse a Alberto. Palabras textuales. No sé cómo me las apañé para disimular mi gesto de horror. Cuando volvimos a la mesa, me sorprendió ver a Alexei, detrás de la barra, hablando con una mujer de unos cuarenta y tantos años, pelo moreno cortado a lo chico, curvas sugerentes y un vestido más corto que el de mis amigas. Alexei estaba tenso y ella no paraba de reír y coquetear, pero cuando le acarició la mejilla con demasiada confianza para ser una desconocida y él hizo un gesto casi imperceptible de asco, supe que debía intervenir.

—Nos vamos a bailar, ¿te vienes? —propuso Nadia, ajena a lo que estaba ocurriendo.

—Bajad vosotras, enseguida voy —contesté deseando arrancarle la mano a aquella bruja.

—Vale, te esperamos en la pista —se despidió mi amiga, dejándome sola.

En cuanto desaparecieron, me levanté y me dirigí a la barra. La bruja seguía tocando a Alexei a la menor oportunidad y él parecía a punto de estallar. Más o menos como yo.

Ella se fijó en mí antes que él y se puso tensa al ver que me acercaba. Alexei estaba tan centrado en la mano que la mujer iba posando en su brazo y en su mejilla, que ni siquiera me vio llegar.

—Cariño, te echo de menos —le dije, ignorando por completo a la bruja.

—¿Qué...? —se sorprendió él, mirándome con el ceño fruncido y una clara expresión de «no te metas», que por supuesto ignoré.

—Que te echo de menos —repetí, haciendo un movimiento con la cabeza para apartarme un mechón de pelo de la cara tal y como le había visto hacer a Valentina, aunque no sé si con el mismo efecto. Entonces me giré y miré directamente a la mujer para presentarme—. Hola, soy Sofía, la novia de Alexei. Vengo a quejarme porque llevas mucho rato acaparando la atención de mi chico. ¿Quién eres?

Ella abrió los ojos sorprendida por el comentario tan directo, pero enseguida disimuló el gesto con una sonrisa y clavó la mirada en mi mano, que había entrelazado con la de él.

—Nadie importante, una vieja amiga —respondió con voz ronca y sensual—. No pensaba que fueras de los que se echan novia, Alexei, no te pega.

Él permaneció callado e imperturbable al otro lado de la barra. Lo único que delataba su tensión era la fuerza con la que se agarraba a mi mano, hasta el punto del dolor.

—Pues ahora ya lo sabes —contesté yo, con una sonrisa tan falsa como la suya—. Me gustaría hablar un momento a solas con mi novio —remarqué sin rastro de educación, deseando que desapareciera de una vez.

—Por supuesto. Ya nos veremos —se despidió.

Nosotros permanecemos callados y cogidos de la mano hasta que ella bajó por las escaleras.

—Pero ¡¿qué te pasa?! —exclamó.

—¿Quién demonios era esa mujer? —pregunté ignorando su enfado.

—Nadie. Y que sea la última vez que te metes en mis asuntos, ¿entendido? —me advirtió—.

¿Cómo se te ocurre decir que eres mi novia?

El tonito con el que lo preguntó me hizo daño. Alexei tenía la habilidad de hacer unos comentarios tremendamente hirientes, como que le pareciera ridículo e imposible que yo pudiese ser su novia.

—No parecías estar apañándotelas muy bien solo, ¿sabes? —comenté con ironía—. Tal y como me has agarrado la mano, como si fuera un salvavidas, diría que me necesitabas.

—No necesito a nadie, mucho menos un puto guardaespaldas —respondió—. Yo me ocupo de mis asuntos solo. No vuelvas a meterte.

—Tranquilo, no pienso volver a hacerlo —juré cada vez más enfadada.

—A todo esto, ¿qué haces con el imbécil de Alberto y, para colmo, bebiendo tanto? —preguntó como si fuera mi padre.

—¿Sabes lo que te digo, gilipollas? ¡Que yo tampoco necesito un maldito guardaespaldas y que te metas en tus putos asuntos!

Dicho lo cual, me di la vuelta y volví a nuestro reservado, donde cogí una de las copas de gin-tonic, que alguien había dejado a medias, y me la bebí de un trago delante de sus narices para desafiarle. Después la dejé con un golpe sobre la mesa y me fui a bailar con mis amigas.

Me costó un poco localizarlas y al final las vi en el centro de la pista, rodeadas por el grupito de Alberto. Cuando me acerqué, alguien puso una copa en mi mano. La acepté con una sonrisa y empecé a bailar con mis amigas. Después de la primera copa llegó otra. Aparecían de la nada y yo no las rechazaba. Primero porque quería pasármelo bien y olvidarme de los problemas con aquellas chicas tan divertidas, y segundo porque Alexei me había dicho que estaba bebiendo demasiado, Infantil, lo sé, pero en aquel momento ya estaba borracha y me parecía un acto de rebeldía.

A pesar de que Valentina puso todo su empeño en conquistar a Alberto, él no dejó de intentarlo conmigo. En el fondo creo que ni siquiera le gustaba, pero ya era una cuestión de orgullo ligarse a una de las hermanas De Miguel, pues tanto Vicky como yo le habíamos rechazado varias veces. Sir embargo, aquella tampoco iba a ser su gran noche, porque en el momento en que vi aparecer a Alexei por allí, con mi chaqueta y el bolso en la mano, dejé de prestar atención a todo lo demás. Aunque me había cabreado mucho con él por la manera en la que me había hablado, el alcohol y las mariposas que sentía en el estómago me impidieron seguir enfadada.

—Nos vamos a casa, despídete —me dijo al oído.

—Todavía es pronto, no quiero irme —me quejé—. Además, ¿no se supone que trabajas toda la noche?

—Le he dicho a mi jefe que me encuentro mal —gruñó agarrándome del brazo—. Te estás comportando como una niña.

—Te odio —murmuré enfurruñada.

—Ódiame, pero ven conmigo —insistió.

Y yo, por supuesto, me despedí rápidamente de mis amigas y me dejé llevar. Lo reconozco, aquel hombre era mi debilidad y hubiera hecha cualquier cosa que me hubiese pedido.

En cuanto el frío de la calle me acarició el rostro, me di cuenta de lo mareada que estaba y de lo bien que me sentaba cambiar el aire viciado de dentro por aquella ráfaga helada. Caminamos un poco y trastabillé un par de veces hasta que Alexei me rodeó la cintura con el brazo y me ayudó a llegar hasta su coche maldiciendo y quejándose. Después me abrochó el cinturón y entró por la puerta del conductor.

—Entre tu hermana y tú vais a conseguir que me despidan —me reprochó mientras arrancaba.

—Nadie te ha pedido ayuda —repliqué, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la ventanilla.

—No, claro, podría haberte dejado sola y borracha con aquella panda de salidos. Todavía no entiendo por qué no lo he hecho —comentó sarcástico.

—¿Y ahora? ¿Vas a dejarme sola en mi casa?

—Te acompañaré arriba y te ayudaré a meterte en la cama.

Yo me reí y él me miró de reojo, extrañado.

—Será difícil —pronuncié notando que se me trababa la lengua.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Porque el bolso que me has traído es el de mi amiga Valentina, y mis llaves siguen dentro del mío en la discoteca. —Entonces estallé en carcajadas y me di cuenta de que estaba bastante más borracha de lo que pensaba.

—¡Joder! ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No me había dado cuenta —contesté riendo sin parar.

Él me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Crees que tu amiga va a necesitar el bolso? ¿Volvemos? —preguntó sin muchas ganas de dar la vuelta.

—No creo, me ha dicho que quería tirarse a Alberto y acabamos de darle la excusa perfecta para irse con él.

—Estáis todas locas —masculló negando con la cabeza—. No nos queda más remedio que ir a mi casa, ya recuperaremos tu bolso mañana —se resignó.

Yo asentí y volví a cerrar los ojos. Me quedé dormida, así que al llegar iba aún más atontada que al salir de la discoteca y Alexei tuvo que ayudarme a subir las escaleras hasta su piso, suplicándome que me callara para no despertar a los vecinos. Una vez en casa, me quitó la chaqueta y me llevó a su habitación. La cama era grande y la almohada olía a él. ¿Se podía dormir en un lugar mejor? No se molestó en desnudarme y, en cuanto me arropó, suspiré, cerré los ojos y me quedé profundamente dormida.

Capítulo 13

Al despertarme por la mañana me di cuenta de que no estaba en mi cama, que tenía un dolor de cabeza descomunal y que alguien estaba durmiendo a mi lado.

Me di la vuelta, con el corazón latiéndome desbocado porque no recordaba casi nada de la noche anterior después de haberme peleado con Alexei, e intenté hacer memoria a medida que me iba girando. Cuando vi una cabeza morena, suspiré aliviada al comprender que aquel no podía ser Alberto, aunque tampoco ninguna de mis dos amigas, pero en cuanto me encontré con aquellos impresionantes ojos azules, la sonrisa que se me dibujo en los labios me transformó la expresión de pánico en una de satisfacción total.

—Menuda borrachera pillé anoche —dije con voz ronca, intentando sonreír.

—¿Te duele mucho la cabeza? —preguntó él, dándose la vuelta y cogiendo un vaso de agua y un ibuprofeno de encima de la mesita de noche.

—Bastante. —Me tomé el comprimido que me ofreció y le devolví el vaso—. ¿Estás acostumbrado a resolver este tipo de situaciones?

—La última vez fue tu hermana, pero Vicky estaba peor que tú.

—¿Y también dormiste con ella?

—Claro que no —contestó ofendido—. Siempre he dormido en el sofá cuando se ha quedado aquí. Además, prefiero dormir solo.

—Pero hoy has dormido conmigo.

—Cuando te acosté estaba cansado, así que me tumbé a tu lado y ya no quise moverme. Me sentí a gusto —musitó como si ni él mismo se lo pudiera creer.

—¿En serio? —me sorprendí. Él asintió con la cabeza.

—Hueles bien —susurró inclinándose sobre mí. Yo me aparté un poco.

—Ahora mismo lo dudo... Debería lavarme los dientes primero.

La boca me sabía a rayos. Por nada del mundo iba a permitir que se me acercara ni un milímetro más.

—No me importa —aseguró, bajando la cabeza y hundiéndola en mi cuello.

—A mí sí. —Le empujé, pero él no se movió. Al contrario, me besó en la mejilla, dispuesto a avanzar hasta mis labios.

—No seas tan quisquillosa.

—¿Por qué estás tan agradable esta mañana? —pregunté, logrando que se apartara un poco para mirarme.

—¿Agradable?

Yo asentí.

—Agradable y muy raro.

—Debe ser la visión de tus pechos desnudos, que no me permite pensar con claridad.

—¿La visión de mis...? —No acabé la frase porque miré mi escote y descubrí que durante la noche el top se me había subido, dejándolos al descubierto.

—Una visión muy agradable, debo reconocer —señaló sonriendo.

—¡Oh! —exclamé ruborizada, intentando volver a colocar bien la tela.

—Por mí no te molestes. Me está costando mirarte a los ojos, pero mantener una conversación contigo siempre supone un desafío. Al menos hoy, la recompensa visual merece la pena —bromeó.

—Lo que yo decía, estás raro... Lo peor de todo es que estás hasta gracioso.

—Son tus tetas de escándalo, que me obnubilan la mente. —Me acarició un pecho—. Desde la primera vez que te vi no he podido dejar de pensar en tu camiseta mojada y en tus pezones endurecidos.

—Me parece increíble que estés bromeando, señor siniestro —me reí.

—A mí también —admitió con mirada divertida, mordiéndose el labio inferior—. Me gusta lo de señor siniestro.

—¿Quién era la mujer con la que hablabas anoche en la discoteca? —Cambié de tema y con aquella pregunta acabé con su buen humor de golpe.

—Nadie —respondió trazando círculos sobre mi endurecido pezón, seguramente para distraerme.

—Para ser «nadie» te puso muy nervioso.

—No quiero hablar de ella por la misma razón que tú no quieres quitarte los pantalones.

—¿Te avergüenza? —pregunté enarcando una ceja.

—Me avergüenza y me gustaría no haberla conocido nunca —reconoció.

—Verla ayer te hizo daño y me gustaría ayudarte. ¿Si no hablamos de ello cómo voy a hacerlo?

—Vaya, Sofía, vamos mejorando —respondió burlón, haciéndome entender que había caído en mi propia trampa—. Cuando me enseñes tus cicatrices te hablaré de ella.

—Mierda —gruñí.

—Estamos de acuerdo. Y ahora utilicemos nuestro tiempo en algo productivo. Voy a quitarte el top, ¿vale?

—Siempre me pides permiso antes de hacerlo, ¿por qué? —Me incorporé un poco para que pudiera quitarme la prenda por la cabeza.

—Porque me dijiste que tenías problemas para desnudarte delante de un hombre y pensé que sería importante para ti saber que no haré nada sin tu consentimiento —respondió mientras volvía a tumbarme en la cama.

—Tengo problemas con las cicatrices de la pierna, pero con la parte de arriba no me pasa nada.

Entonces me di cuenta de que con él me sentía lo suficientemente cómoda como para estar casi desnuda. Algo que no me había pasado nunca con ningún hombre.

—¿Eso quiere decir que tengo carta blanca para desnudarte de cintura para arriba cuando me dé la gana?

—Bueno, dentro de los límites de la decencia.

—¿Y cuáles son esos límites? Porque después de la clase de vida que he llevado, los míos no están muy claros.

—En privado cuando quieras, en público jamás —le aclaré.

—Nunca lo haría en público, esto es solo para mí —comentó acomodándose entre mis piernas. Entonces me bajó la cremallera de los pantalones—. Levanta las caderas, los bajaré solo un poco, lo justo para meter la mano dentro de tu ropa interior. Lo prometo.

—Está bien. —Hice lo que me había pedido. Después bajó la cabeza y me succionó un pezón mientras introducía los dedos por debajo del elástico de mis bragas y me acariciaba el clítoris—. Dios... —gemí, húmeda y lista para correrme a pesar de que acabábamos de empezar.

—Dios no, prefiero señor siniestro —bromeó antes de hundir un par de dedos en mi interior y llevarme al paraíso.

Cuando terminamos, Alexei se fue a la ducha y yo me quedé esperando en la cama. Se me había pasado el dolor de cabeza y una sonrisa se me había dibujado en los labios. Empezaba a darme

cuenta de que confiábamos el uno en el otro hasta el punto de contarnos nuestros secretos más oscuros, y también de que me faltaba poco para atreverme a enseñarle las cicatrices. Lo único que me preocupaba era lo que ocurriría cuando lo hiciera, ¿se acabaría el juego? Eso sí que me daba verdadero miedo, todavía no estaba preparada para renunciar a él.

Por suerte, la noche anterior me había guardado el móvil en el bolsillo y pude llamar a Nadia para pedirle el teléfono fijo de Valentina, ya que su móvil seguía en el bolso que Alexei había cogido por error y que ahora estaba en mi poder. Mi amiga compartía piso con su hermana e imaginé que habría podido entrar en casa. Me contestó con voz somnolienta y me dio la dirección para que me pasara a devolverle el bolso y pudiera recoger el mío. Alexei me acompañó y esperó conmigo en el portal hasta que Valentina bajó, vestida en pijama, con el pelo enmarañado y las gafas de sol puestas, para hacer el intercambio.

—Siento haber cogido tu bolso por error —se disculpó Alexei. Ella se bajó un poco las gafas para mirarnos de arriba abajo enarcando las cejas.

—No pasa nada —respondió con voz ronca. Saltaba a la vista que estaba padeciendo los efectos de la resaca—. Hablamos mañana en la oficina, ahora me vuelvo a la cama, estoy destrozada.

—Descansa, tienes mala cara —le recomendé sin poder morderme la lengua. Me alegró comprobar que mis nuevas amigas eran humanas y no estaban siempre perfectas.

Cuando llegué a casa, me fui directamente a la cocina y metí en el microondas un plato de pasta. Nos habíamos levantado tarde y tenía hambre porque solo había tomado un café. Invité a Alexei a comer, pero me dijo que tenía trabajo y se fue a su casa. No me molestó, yo también necesitaba un rato de intimidad. Descubrí un mensaje de Adrián en el móvil preguntándome qué tal el vestido de dama de honor y la salida con mis amigas, y me acordé de lo raro que se había puesto cuando le dije que iba a salir con ellas. Por el bien de todos esperaba que no fuera de esos tíos controladores, sino un hombre poco acostumbrado a las relaciones de pareja, porque si no, lo nuestro se iba a terminar antes de empezar. Le respondí diciéndole que el vestido era precioso, que la salida con las chicas había ido fenomenal y le prometí llamarle más tarde. Después dejé el móvil para concentrarme en la comida.

Al terminar me fui al baño y me desnudé frente al espejo. A veces me costaba más enfrentarme a mi reflejo que pensar en desnudarme delante de otra persona. Una vez desnuda, clavé la mirada en mi muslo y recorrí con los dedos las cicatrices que tan bien conocía. Entonces me acordé de algo que ocurrió cuando todavía estaba en el internado. En el baño de mi habitación había un espejo enorme que acabó convirtiéndose en mi peor enemigo. Me costaba verme reflejada en él día tras días. Sentía asco y desprecio por mí y por las cosas horribles que había vivido y me habían llevado hasta allí, así que una mañana, harta de todo, cogí la jabonera de cerámica y la lancé con todas mis fuerzas contra el cristal, rompiéndolo en pedazos. Los trozos resquebrajados mostraron una imagen distorsionada de mí que me gustó más que la real. Me llevé una buena bronca y estuve castigada durante una semana. Después, alguien sustituyó el espejo roto por uno nuevo y yo me di cuenta de que no podía cambiar mi realidad, sino aceptarla. Lo más triste de todo era que años después seguía sin conseguirlo.

Borrando de la mente aquel recuerdo, me metí en la ducha y dejé que el agua resbalara por mi cuerpo mientras pensaba en el futuro. Por un lado, Adrián, que era una apuesta segura. Nunca me exigiría nada más que hacer feliz a su hijo, pero ¿iba a ser suficiente para mí? Y por el otro, Alexei. Después de conocerle en profundidad entendía lo que había querido decirme mi hermana: con él las cosas no serían fáciles. Alexei no se enamoraría de mí ni viviríamos una relación idílica, primero tendríamos que superar muchísimos traumas, y yo no sabía si estaba preparada para lidiar con los

suyos si ni siquiera podía hacerlo con los míos. Tal vez lo mejor hubiera sido olvidarme de esos dos hombres. En mi caso, ni lo que me convenía ni lo que deseaba eran la mejor opción. Aun así, me convencí de que no pasaba nada si alargaba un poco más aquel juego con Alexei, por lo menos hasta que viera las cicatrices. Si conseguía superar el miedo, podría seguir adelante con cualquier hombre que no me importara. ¿Qué podía salir mal?

El lunes por la mañana, Nadia y Valentina llegaron a la oficina frescas y deslumbrantes, sin rastro de los estragos del fin de semana, y a la hora del desayuno me obligaron a bajar a la cafetería. Sabía que Valentina estaba sedienta de información desde que me había visto con Alexei el domingo, y lo confirmé cuando vi las miraditas que le lanzaba.

—Entonces, ¿te tiraste al fotógrafo? —preguntó Nadia, centrada en los detalles jugosos del sábado por la noche.

Valentina asintió con la cabeza con expresión de regocijo. Yo, por mi parte, tuve que disimular una mueca de asco y un escalofrío.

—Follamos como animales —explicó sin pudor.

—¡Pervertida! —exclamó Nadia, encantada con las hazañas de su compañera.

—¿Qué esperabas? Después de todo va a hacerme las fotos y no pienso pagar por ellas. Cor algo tenía que ganármelo. —Se encogió de hombros.

—Quiero detalles, parece la clase de tío que disfruta haciéndolo a lo bestia —exigió la otra, poniendo los ojos en blanco, como si imaginara placeres de otro planeta.

Aunque aquellas dos solían escandalizarme, reconozco que me parecían muy divertidas. Era gamberras, atrevidas, lanzadas y unas sinvergüenzas. Eran todo aquello que yo nunca me había atrevido a ser, y por primera vez en mi vida me sentía aceptada en un grupo.

—Luego os cuento todos los detalles —aseguró Valentina ajena a mis pensamientos—. La que nos tiene que contar un secreto eres tú, Sofía —me señaló.

—¿Yo? —disimulé.

—¿Qué me he perdido? —quiso saber Nadia, la más cotilla de todas.

—El domingo, cuando vino a traerme el bolso, no lo hizo sola.

—No me lo puedo creer, ¿nos has estado ocultando información?

—¡No! —exclamé.

—Aquí, la muy mentirosa, vino con él... —Valentina señaló a Alexei, que estaba detrás de la barra sirviendo unos cafés.

—¡¿Qué?! —gritó Nadia—. ¿Te lo estás tirando?

—No me lo estoy tirando, solo somos amigos. No tenía bolso ni llaves, estaba borracha y me quedé en su casa.

Tras decir aquello ambas estallaron en carcajadas, sobresaltándome a mí y a las personas que estaban tomando algo en las mesas de alrededor.

—¿Es que nos has visto cara de tontas? —preguntó Valentina poniéndose seria.

—Claro que no.

—Pues entonces no nos trates como tal —la secundó Nadia—. Te lo follas, admítelo. No pasa nada, no te avergüences de estar tirándote a un simple camarero, todas hemos hecho cosas así. Además, reconozcámoslo, está para follárselo durante un año y quedarse con ganas de más.

—No me avergüenzo de estar con un camarero, ¿qué tontería es esa? —repliqué.

—Ergo te lo follas.

—¡Que no! —insistí.

—Sofía, no pasa nada —apuntó Valentina—. Te lo tiras de vez en cuando porque folla como Dios, pero no quieres que se sepa porque solo es una aventurilla temporal. Nosotras no diremos nada, lo entendemos, y si está contigo nos retiraremos. Los hombres de las amigas están vetados.

Nadia asentía a todo lo que iba diciendo Valentina, pero yo no quería reconocer que estaba con Alexei. Además, una de sus estúpidas normas era que lo mantuviéramos en secreto.

—Somos amigos —insistí una última vez.

—Y folláis, como mucha gente hoy en día. Solo asiente con la cabeza y no volveremos a sacar el tema, ¿verdad, Valentina?

La rubia asintió con la cabeza y yo también. ¿Qué otra opción tenía? Aquellas dos eran capaces de robarle las llaves del piso y esperarle desnudas en la cama para hacer un trío. No podía permitirlo.

Las dos abrieron los ojos como platos y sonrieron.

—Perra... —gimió Valentina, mirando con lascivia a Alexei—. Está buenísimo, qué suerte tienes.

—Bueno, corta el rollo y cuéntanos lo de tu polvo con el fotógrafo, que dentro de diez minutos tenemos que volver a la oficina —la interrumpió Nadia, y la rubia se centró, dispuesta a empezar con su historia.

—Luego os cuento los detalles más convencionales, pero ¿a que no adivináis lo que me hizo?

Yo ahogué una exclamación, mezcla de curiosidad morbosa y rechazo. No sabía si estaba preparada para descubrir las posibilidades, pero no me dieron opción.

—Dios mío, ¿qué? —insistió Nadia.

Y en cuanto nos lo dijo, entendí que en cuestiones de sexo seguía siendo una auténtica principiante.

Por la tarde, al salir de la oficina, quedé con las chicas para ir de compras. Habíamos decidido que nuestras recientes conquistas eran motivo de celebración y que la mejor manera de festejarlo era comprando compulsivamente. Bajamos juntas en ascensor y, una vez en recepción, Nadia se entretuvo hablando con una compañera de otro departamento que había vuelto después de una baja muy larga. Valentina y yo la esperamos a un lado, sin intervenir en la conversación.

—Sofía, hay una gorda en la puerta que no para de mirarte —me dijo horrorizada.

—¿Cómo? —pregunté mientras me giraba y descubría a Carol, vestida con unas mallas y una camiseta ancha, como si viniera del gimnasio—. Mierda —gemí.

—¿La conoces?

—Es una... amiga de mi hermana. Tal vez ha venido a ver a Iván —me inventé—. Voy a ver qué quiere.

—Te espero aquí —respondió Valentina.

Cuando Carol me vio, sonrió y por un momento temí que al acercarme intentara darme uno de sus abrazos de oso. Todavía estaba enfadada y no tenía ganas de hablar con ella ni de montar un numerito delante de mis nuevas amigas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté deteniéndome a una distancia prudencial.

—No me coges el teléfono, no vienes al gimnasio y no hay manera de coincidir contigo —respondió encogiéndose de hombros—. La única manera que se me ha ocurrido de verte ha sido venir aquí.

—Tengo mucho trabajo. Además, ya te dije que no iba a volver al gimnasio durante un tiempo. Ahora salgo por ahí con ellas. —Me giré y señalé con la cabeza a las chicas.

—¿Con esas pijas? —preguntó con una mueca de incredulidad.

—Sí, tenemos muchas cosas en común —afirmé, cruzándome de brazos.

Vi que tenía ganas de protestar, pero se lo pensó mejor y dejó estar el tema para centrarse en lo que la había llevado hasta allí.

—¿Por qué no vamos a tomar un café y hablamos? —propuso—. Quiero disculparme por mi comportamiento del otro día. Lisa volvió al gimnasio después de mucho tiempo y me dejé llevar por la emoción.

—Mira, lo entiendo, solo fui un entretenimiento hasta que tu amiga estuvo recuperada. No me importa, pero tienes que aceptar que yo también he encontrado gente con la que me divierto más —mentí.

Echaba mucho de menos a Carol, en poco tiempo se había convertido en una persona importante para mí y hubo un momento en que me planteé hablarle de mis cicatrices, pero me hizo daño y lo estropeó todo.

—Eso no es así, Sofía. Las dos sois amigas mías por igual. Fui una idiota, me comporté fatal.. Lo del *jacuzzi* lo dije sin pensar —se excusó.

—Ni siquiera te acordaste de que estaba allí —murmuré en un momento de debilidad. No me gustaba mostrarme vulnerable, pero Carol me importaba y me dolía mucho la situación.

—Eso no es verdad, yo...

—Sofía, ¿nos vamos? —nos interrumpió Nadia, apareciendo de repente.

—Se hace tarde —insistió Valentina, mirando a Carol de arriba abajo.

—Sí, ahora voy —respondí. Ellas asintieron y me esperaron en la calle—. Ya hablaremos otro día, Carol, ahora no tengo tiempo.

—Coge el teléfono, por favor —pidió apenada.

Yo asentí y me despedí sin ninguna intención de hablar con ella. Tal vez no estaba siendo justa con Carol, pero estaba harta de que la gente me utilizara, me hiciera daño y luego me diera de lado. No iba a permitir que volviera a ocurrir nunca más.

Capítulo 14

Vicky seguía un poco histérica por la boda, pero lo tenía todo más o menos organizado. Por fin le habían arreglado el vestido de novia y ya lo tenía en casa, a buen recaudo en mi antigua habitación, y bajo llave para que ni Iván ni su madre pudieran verlo. Carmen había vuelto a Barcelona en un par de ocasiones para ultimar algunos detalles. La mujer insistía en quedarse con Daniela durante la semana que los novios pasarían de luna de miel, pero Vicky se negaba rotundamente. Habíamos acordado que entre semana la niña se quedaría con Lisa, pues ambas hacían el mismo horario ya que Lisa trabajaba de maestra en la escuela donde estudiaba mi sobrina, y yo me quedaría con Daniela el fin de semana.

Carol intentó hablar conmigo en un par de ocasiones, pero no le cogí el teléfono y al final se rindió. Que abandonara tan rápido acabó de demostrarme que nuestra amistad no había sido importante para ella. Lo malo era que tendría que verla durante la despedida de soltera que le habíamos organizado a Vicky y no me apetecía mucho. Por lo menos acabaríamos la noche en el *Bright Club* y con suerte me iría a casa con Alexei.

Con él las cosas seguían progresando. Nos veíamos un par de veces a la semana, nos desnudábamos de cintura para arriba y me llevaba al orgasmo hundiendo sus dedos en mi interior. Nuestros encuentros me encantaban porque me hacían sentir cómoda, protegida y segura, pero a la vez empezaban a saberme a poco. Tenía ganas de quitarme los pantalones y dejarme llevar, pero el miedo al rechazo por culpa de mis cicatrices y el temor a que lo nuestro terminara una vez cruzáramos aquella última barrera, me impedían dar el paso.

También seguía quedando con Adrián y cada vez me iba dando más cuenta de que solo podríamos ser amigos. Me gustaba hablar con él y compartíamos algunas aficiones, pero entre nosotros no había química. Además, su hijo cada vez me parecía más repelente. Aquel niño era un malcriado. Podía entender la vena sobreprotectora de Adrián, sobre todo después de haber perdido a su mujer, pero lo suyo era demasiado. Recuerdo una tarde que fuimos al cine. Todo iba bien hasta que Hugo se encaprichó de las chucherías que se estaba comiendo una niña muy mona que estaba sentada en la fila de delante. No paró de berrear hasta que su padre, muerto de vergüenza por el escándalo en mitad de la película, salió a comprárselas. No comenté nada porque sabía que si se me ocurría intervenir Adrián se enfadaría conmigo, no obstante, me dije que si lo nuestro avanzaba no iba a tolerar semejante comportamiento y le iba a enseñar a aquel niño a comportarse. Perder a una madre es muy duro, que me lo digan, pero darle a tu hijo todo lo que quiere no es una manera de compensarle. Y en eso nunca me iba a poner de acuerdo con Adrián.

Por otra parte, con Nadia y Valentina cada vez me llevaba mejor. Nunca llegaría a ser tan liberal como ellas y no compartía muchas de las cosas que hacían, pero me lo pasaba muy bien desde que salíamos juntas. Me hacían sentir libre y jamás me juzgaban. Además, eran las únicas que sabían lo mío con Alexei y estaba convencida de que nunca me traicionarían por muchos defectos que tuvieran.

Casi sin darnos cuenta, llegó la noche de la despedida de soltera de Vicky y le organizamos una cena en el ático. Habíamos pensado cenar en uno de los restaurantes favoritos de mi hermana, sin embargo, como le habíamos preparado una sorpresita especial como colofón final antes de irnos a la discoteca, llegamos a la conclusión de que era mejor no dejar testigos fuera de nuestro círculo más íntimo.

Encargué la cena a un exclusivo *catering*, y Lisa y Su vinieron a última hora de la tarde para ayudarme a preparar la mesa y ultimar los detalles. A la despedida iban a asistir un par de amigas de Su, que también conocían a las chicas, las dos compañeras de trabajo de mi hermana, Raquel y Vanesa, tres chicas con las que Vicky había entablado amistad porque sus hijas eran compañeras de clase de Daniela, Carol, a la que tenía pocas ganas de ver, y Nadia y Valentina. Le pregunté a Vicky si podía invitarlas y ella estuvo encantada.

Las chicas fueron llegando puntuales. Mis compañeras de trabajo enseguida se integraron en el grupo y se convirtieron en el alma de la fiesta, amenizándola con sus historias. Carol las miraba con recelo y ellas tampoco hacían nada para ganarse su simpatía. Quedó bastante claro que eran incompatibles y que no iban a hacer un esfuerzo por llevarse bien. Durante la velada, comimos, bebimos, reímos y bromeamos sobre el matrimonio y lo fácil que le había resultado a Iván embaucar a mi hermana para casarse.

Sobre las doce llamaron al timbre. Todas sonreímos porque sabíamos lo que nos esperaba, y Vicky nos miró entre temerosa y extrañada cuando le dijimos que fuera a abrir la puerta, sobre todo porque no estábamos en su casa.

Se dirigió al recibidor y la seguimos sigilosas. Al menos tan sigilosas como podíamos ser un grupo de mujeres con unas copas de más, ansiosas y con ganas de ver un espectáculo.

—Buenas noches, señora. Hemos recibido una queja de los vecinos y venimos a comprobar que todo esté en orden —se presentó el policía uniformado que había al otro lado de la puerta.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó mi hermana, mirándonos sorprendida.

—¿Puedo pasar? —insistió el agente.

—Bueno, no sé... —dudó desconcertada.

—Pasa, bombón. ¡No te cortes! —gritó Carol, que para esas cosas era la más lanzada.

El chico sonrió, le guiñó un ojo a Vicky y entró en casa. Creo que entendió de qué iba el asunto cuando la cogió de la mano y la arrastró al salón, sentándola en una silla de un empujón.

—Seréis hijas de... —murmuró con las mejillas ruborizadas.

Todas nos reímos a carcajadas, dispuestas a disfrutar del tío bueno que teníamos delante. Me había pasado el contacto Nadia, que sonreía satisfecha a mi lado. Vicky siempre bromeaba con contratar a un *boy* para las despedidas de soltera de sus amigas y pensamos que sería una buena idea hacerlo para ella. Nunca me imaginé que acabaría pasando tanta vergüenza como la que pasó aquella noche, a pesar de querer aparentar que era la más atrevida del grupo.

—¿Así que te casas, nena? —preguntó el chico. Vicky asintió con la cabeza—. ¿Estás segura?

—Completamente —afirmó ella.

—Veremos si piensas lo mismo cuando acabe contigo —dijo él, arrancándose la camisa de un tirón.

—Joder... —gimió Vicky cuando contempló aquel torso escultural, de músculos marcados y definidos.

Y a mi señal, Su encendió el reproductor y empezó a sonar una canción muy sensual. Después de aquello, la cosa se desmadró y el chico por poco acabó perdiendo el tanga. No pareció importarle, pero no habíamos pagado por un desnudo integral. Al terminar el espectáculo, se despidió y se ofreció encantado para cualquier tipo de evento que quisiésemos organizar en el futuro.

—Si Iván se entera de esto me va a matar —se quejó Vicky con las mejillas sonrojadas.

—Tampoco es que te hayas resistido mucho cuando te ha cogido la mano y se la ha metido por... —se burló Su, sin acabar de decir lo que todas habíamos vistos con los ojos abiertos como platos.

—¡Cállate! —exigió Vicky sin parar de reír.

—Ha sido increíble, no me había reído tanto en toda mi vida —comentó Lisa entre carcajadas.

—Ve preparándote, porque si tu novio te pide matrimonio de una vez por todas lo vas a pagar —la amenazó mi hermana.

—¿Y por qué yo? —replicó la pobre Lisa.

—Porque te ha tocado —sentenció Vicky.

Las dejé peleándose y me puse a recoger la mesa y a llevar los platos sucios a la cocina. Me pareció que Carol quería acercarse para ayudarme, pero afortunadamente apareció Valentina, que me siguió dando caladas a su cigarrillo mientras comentábamos la jugada.

Eran casi las dos de la madrugada cuando bajamos a la calle y nos montamos en la limusina alquilada, cortesía de Iván, para ir a la discoteca donde Alexei nos había conseguido pases vip y un reservado con barra libre por un precio desorbitado. «La ocasión lo merece», me repetí cuando pagué la factura. Mi hermana mayor iba a casarse con el amor de su vida y quería celebrarlo por todo lo alto.

Íbamos bastante más perjudicadas de lo que pensaba y nuestra entrada en la discoteca fue triunfal. Alexei nos lanzó una mirada de advertencia mientras pasábamos por delante de la barra en la que estaba sirviendo, y nosotras le ignoramos con toda la intención. Queríamos divertirnos y no necesitábamos a nadie amargándonos la noche. Mucho menos al señor controlador.

Tras unas cuantas copas y muchas risas, la cosa se nos fue de las manos. Demasiado alcohol y mucho descontrol. Valentina y Nadia estaban en un rincón apartado, enrollándose con unos hermanos gemelos que debían tener como mucho veinte años. Las chicas del colegio estaban tiradas en el sofá de nuestro reservado, borrachas perdidas. Las amigas de Su y las compañeras de trabajo de mi hermana estaban en la barra, ligando con un par de camareros. Carol iba pululando de un lado a otro, riendo sin parar, y Lisa, Su y Vicky me propusieron bajar a la pista. En ello estábamos, bailando y divirtiéndonos, cuando un grupo de chicos se pusieron excesivamente pesados.

Al principio nos pareció divertido bailar con ellos, pero al cabo de un rato nos dimos cuenta de que también llevaban encima unas cuantas copas y empezaban a confundir las cosas. Lisa fue la primera que pudo escaquearse, yéndose directa al baño seguida por Su, que también se libró del pesado que lo intentaba con ella. Vicky tardó un poco más, pero al final le dio un empujón al chico que bailaba con ella y se fue hacia la barra. Yo me quedé sola en la pista con un rubio de ojos verdes que insistía en darme un beso y me tenía cogida por la cintura. Era muy alto y parecía un jugador de *rugby*. Tenía un cuerpo enorme repleto de músculos duros como piedras, así que me resultó imposible escapar de él. Al final consiguió lo que quería y me estampó un beso en los labios que me dio arcadas. Giré la cabeza e intenté zafarme cuando vi que quería insistir, y me juré que si metía esa lengua en mi boca se la iba a arrancar de un mordisco.

Cuando pensé que ya no tenía escapatoria, vi aparecer a Alexei, furioso y con una mirada letal que me dio escalofríos, seguido de Vicky, que parecía nerviosa y preocupada. Cuando nos encontró, rodeó al rubio por el cuello con un brazo y le inclinó la cabeza hacia atrás hasta tenerla apoyada en el hombro y así poder hablarle al oído.

—Si no la sueltas ahora mismo, te parto el cuello —le dijo con tal convicción que el otro me soltó inmediatamente, intentando apartar el brazo con el que Alexei lo estaba asfixiando.

El rubio media por lo menos veinte centímetros más que él y era unas tres veces más grande, pero le fue imposible soltarse hasta que Alexei se lo permitió. En cuanto se alejó un poco, se dio la vuelta y lo embistió con todas sus fuerzas, lanzándolo al suelo y llevándose por delante a un par de chicos más.

—¡Cabrón! —exclamó furioso.

Yo temí seriamente por él. Alexei parecía un hombre de complexión delgada y sin demasiados músculos, pero tenía una fuerza y una destreza brutales. Así que, en cuanto se levantó y clavó sus ojos azules y fríos como el hielo en aquel pobre infeliz, supe que la noche iba a acabar mal para todos.

No me equivoqué. El ruso se sacudió los pantalones, se arremangó las mangas de la camisa y avanzó los pocos pasos que lo separaban del otro con lentitud y movimientos felinos. El rubio sonrió, creyéndose vencedor por su fuerza y masa corporal, sin esperarse la rapidez con la que Alexei se inclinó hacia adelante y le golpeó en medio del pecho, haciéndole caer al suelo.

Los amigos del rubio se acercaron preocupados, mirando a Alexei desafiantes. Él sonrió, dando a entender que no tenía ni para empezar con ninguno de ellos, y pensé que aquello iba a convertirse en una pelea desigual, sin embargo, una voz ronca y dura los detuvo.

—¡Alexei, a mi despacho! —Era el encargado. Un hombre alto y delgado, con la cabeza rapada y un pendiente en la oreja que emitía destellos a juego con la decoración de la discoteca.

Alexei lanzó una última mirada al grupo de chicos, a los que el equipo de seguridad estaba acompañando a la salida, y luego otra a mí que me dejó paralizada. Entonces se giró y se fue tras su encargado.

La noche no terminó de la manera que imaginábamos, así que, en cuestión de minutos, nos reunimos todas en el reservado, recogimos nuestros bolsos y chaquetas y salimos a la calle. Las chicas se repartieron en tres taxis para volver a casa, excepto Valentina y Nadia, que se fueron con los gemelos que acababan de conocer. Yo decidí esperar a Alexei, y Carol y Vicky se quedaron conmigo.

Tardó media hora, y cuando salió por la puerta de emergencia dando una patada a uno de los cubos de basura de la esquina, supe que las cosas no habían acabado bien. Le pedí a Vicky que me dejara a solas con él. Me costó un poco convencerla, pero al final se metió en un taxi con Carol. Aquello había sido culpa mía y me tocaba a mí afrontarlo, por eso cedió.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté corriendo detrás de él. Avanzaba rápidamente, con las manos en los bolsillos y un cabreo monumental.

—Sube al coche, Sofía —dijo, deteniéndose junto al vehículo que tenía aparcado allí.

—¿Qué te ha dicho el encargado? —insistí sin resuello por la carrera.

—Sube al puto coche —repitió sin responder a mi pregunta.

A pesar de estar muy cabreado conmigo y de tener ganas de estar solo, no iba a dejarme tirada. No obstante, subí antes de que se arrepintiera y me abandonara allí. Hicimos el trayecto en silencio. Alexei conducía muy rápido, adelantando a los pocos vehículos que nos encontrábamos por el camino, y no apartó la vista de la carretera hasta que detuvo el coche delante de mi casa. Yo, prudente, tampoco le dije nada y permanecí quieta en mi asiento, rezando para llegar con vida a nuestro destino.

—Baja —me ordenó.

—Dime qué ha pasado, por favor —supliqué.

—¿Quieres saber lo que ha pasado? —preguntó con ironía—. Te diré lo que ha pasado, princesa. Me he pegado con un cliente habitual que acababa de gastarse más de quinientos euros en copas y, para rematarlo, ya tenía un par de avisos de antes, así que mi jefe me ha echado a la puta calle. Eso es lo que ha pasado.

—Mierda —gemí—. Puedo hablar con él, le diré que ha sido culpa mía.

—No quiero que hagas nada, Sofía. Por hoy ya has hecho bastante. En realidad, todo ha sido culpa mía, debería haberme controlado —se lamentó—. Estaba harto de ese trabajo, pero lo

necesitaba para publicar la novela. Estoy bien jodido.

—Podría...

—Ni lo menciones —me cortó haciendo un movimiento con la mano—. Baja del coche y déjame solo. Estoy cabreado y no quiero decir nada que después pueda lamentar.

Me quedé mirándole unos segundos y al final asentí, desabrochándome el cinturón.

—Está bien. Te llamaré mañana —le dije al salir.

Él ni siquiera me contestó. En cuanto cerré la puerta, arrancó el coche y se fue sin volver la vista atrás.

Capítulo 15

Tras lo ocurrido en la discoteca no volví a ver a solas a Alexei. Ni siquiera me cogía el teléfono, y si nos cruzábamos en la cafetería, apartaba la mirada y me ignoraba. Entendía que estuviera enfadado por lo ocurrido, pero me molestaba que quisiera cargarme con toda la culpa a mí. Yo no era la responsable de su ataque de furia descontrolada. Bastaba con que le hubiera dicho a aquel chico que me dejara en paz, no hacía falta montar aquel espectáculo ni recurrir a la violencia. Me críe con un padre maltratador y odio todo lo relacionado con ella, pero entendía que, por el contrario, Alexei había sobrevivido gracias a saber defenderse con los puños y no con las palabras.

Lo que más me dolió fue que perdiera su trabajo y con ello las pocas posibilidades de publicar su novela. Me sentí culpable y actué por impulso, ahora lo sé, pero en aquel momento me pareció una buena idea llamar a mi amiga, la agente, para preguntarle si podía enviarme una copia del manuscrito de un autor novel con muchísimo potencial. Como éramos amigas me dijo que sí y se lo envié por correo urgente. Iba a hacer todo lo posible para que Alexei lo publicara. Cuando le llamaran y le ofrecieran un contrato estaría tan encantado con la oportunidad que no se enfadaría conmigo, traté de convencerme, y así me quedé más tranquila.

El tiempo pasó deprisa y, sin darme cuenta, estaba preparando la maleta para pasar el fin de semana en el pueblecito con encanto en el que iba a celebrarse la boda de mi hermana. Iván y Vicky venían a recogerme por la mañana para pasar el viernes allí, ultimando los preparativos junto a los familiares más directos. El resto de invitados llegaban el sábado por la mañana y la boda se celebraba por la tarde.

Adrián me llamó para confirmarme que llegarían el sábado a primera hora para instalarse y poder prepararse con tranquilidad. Yo le dije que tenía ganas de verle, pero mentí. En realidad, nuestra relación cada vez me parecía más absurda. Aun así, tras el desprecio de Alexei, me aferré a la idea de seguir con él.

—No entiendo por qué no has querido compartir habitación con tu novio —comentó Vicky durante el trayecto en coche.

—Porque todavía no hemos alcanzado ese punto en nuestra relación —respondí como si hablara con una niña pequeña a la que le costara comprender las cosas más simples—. Además, viene con su hijo.

—¿Quieres decir que todavía no te lo has...?

—¡Vicky! —la cortó Iván, que iba al volante—. Lo que haga tu hermana en la cama con los hombres no es asunto nuestro y mucho menos de Daniela.

—Tía Sofia, ¿qué haces en la cama con los hombres? —preguntó la niña, inocentemente.

—Dormir, cariño —respondí, lanzándole una mirada de advertencia a Vicky—. Aunque normalmente prefiero hacerlo sola.

—A mí me gusta dormir con mi muñeca Elsa o con mi peluche —dijo ella con una sonrisa.

—No te entiendo, Sofia —insistió Vicky—. ¿Estás segura de que quieres seguir con él?

—Por ahora nos estamos conociendo, poco a poco, no tenemos prisa.

—Esta relación está condenada al fracaso y lo peor de todo es que lo sabes y no haces nada —concluyó, poniendo música para dar por zanjada la conversación.

Cuando llegamos al hotel, entendí por qué Vicky odiaba a su futura suegra. Carmen era insoportable y se había adueñado de la boda hasta el punto de creerse con más poder que la novia. Durante la comida no dejó de hablar de todas las cosas que podían salir mal, logrando que el nivel de nervios de Vicky alcanzara cotas desmesuradas. Iván intentó mediar entre ellas, pero Carmen era su madre y se encontraba en una situación comprometida, así que antes de los cafés, saqué a Vicky de allí con la excusa de ir a probarnos los vestidos.

—Odio a esa bruja —comentó una vez en mi habitación, tumbándose en la cama e ignorando la mirada que le lanzó Daniela, que ya había adoptado a Carmen como abuela.

—Iván es su hijo, ella también está nerviosa —le recordé, intentando suavizar la situación.

—Tengo ganas de que se celebre la boda y regrese a Madrid para perderla de vista.

—Vais a ser familia, tendrás que verla de vez en cuando.

—No me lo recuerdes —resopló—. Supongo que podré soportarla un par de veces al año, pero la planificación de la boda ha sido un infierno. Yo no quería que asistiera tanta gente. Quería solo a los más íntimos.

—Los más íntimos estamos aquí, eso no te lo va a quitar nadie.

—Estoy deseando que lleguen Lisa y Su, las necesito.

—Llegan esta tarde, ¿no? —Vicky asintió—. ¿Y Alexei? —tanteé, intentando que no se notaran mis ansias. No había hablado con él desde la despedida de soltera y no tenía ni idea de cuándo iba a venir.

—Debería llegar esta tarde también. Tenía que trabajar por la mañana, pero me prometió que estaría aquí para el ensayo —me informó—. Más le vale, porque bastante me ha costado convencer a todo el mundo de que será él el que me acompañará al altar. Si no se presenta, Carmen es capaz de endosarme al tío de Iván. No quiero ni pensarlo.

—Vendrá —aseguré—. Alexei haría cualquier cosa por ti. Te quiere más que a nadie —reconocí celosa. No podía evitarlo. Quería lo que tenían Alexei y Vicky. Bueno, en realidad no, yo quería más, muchísimo más.

Sobre las cinco de la tarde llegaron las chicas. Su y Eric en su coche, y Lisa, Raúl, el pequeño Víctor y Carol en el suyo. Raúl era amante de las motos, sin embargo, desde que era padre y tenía familia, se había comprado un monovolumen y lo conducía orgulloso. Me molestó un poco tener que soportar la presencia de Carol tan pronto, pero había insistido en venir con ellos porque no tenía coche y le era más cómodo que coger el tren.

Cuando nos fuimos a la iglesia, Alexei todavía no había llegado. Mi hermana no paraba de llamarle histérica mientras Carmen sonreía, imaginando que al final el que acompañaría a Vicky al altar sería su hermano. Yo también quise llamarle, pero, tal y como estaban las cosas entre nosotros, no me pareció buena idea, así que entré con Lisa y Su para coordinarnos y saber dónde tendríamos que situarnos. La iglesia ya estaba decorada para la ocasión, otorgándole un aire romántico de cuento de hadas que me emocionó. Le dimos a Daniela una cesta vacía, que el sábado contendría pétalos de rosa, y le explicamos cómo tenía que hacer el recorrido, lanzándolos a cada paso. Carmen señaló nuestros asientos en primera fila, y discutió conmigo porque quería que Daniela se sentara con ella. En ello estábamos cuando apareció Alexei, vestido de negro, con su cazadora de cuero, la barba de tres días y el pelo suelto. A mí se me cortó la respiración y Carmen ahogó una exclamación. No conocía a Alexei y con su entrada en la iglesia la había dejado impactada. Parecía un señor de los infiernos cruzando las puertas de un lugar sagrado, todo un espectáculo. Estaba impresionante y yo deseé más que nunca que me amara.

—Siento el retraso —se disculpó.

—Por poco me da un puto infarto, capullo —estalló Vicky—. ¿Por qué no cogías el teléfono?

—Estaba conduciendo. Había un poco de caravana, pero ya estoy aquí. Todo saldrá bien —la tranquilizó, y milagrosamente, mi hermana empezó a relajarse.

—Soy Carmen, la madre de Iván. Me imagino que tú eres el que va a acompañar a Vicky al altar —se presentó la mujer, estrechándole la mano.

—Eso parece, señora. Un placer conocerla, me llamo Alexei —respondió educado, y cuando la miró con sus maravillosos ojos azules, tuve la certeza de que la había hechizado.

—¿Empezamos? —los interrumpió Iván, que ni siquiera se dignó a saludar a Alexei. La antipatía que se tenían era evidente.

—Sí, claro —carraspeó Carmen, señalando las posiciones como si fuera la organizadora de la boda y maestra de ceremonias.

Tras repetir cinco veces lo mismo, decidí salir a que me diera el aire. Todo aquel teatro me parecía absurdo e innecesario y entendí el enfado de Vicky con su suegra. Me senté en un banco de la plaza, al lado de la iglesia, y contemplé el paisaje. En aquel pueblecito del interior se respiraba una tranquilidad absoluta. Siempre había vivido en grandes ciudades y aquel silencio se me hacía extraño. Al poco de estar allí, salió Carol y avanzó directa hacia mí. «Maldición», pensé, dándome cuenta de que no tenía escapatoria.

—Te pillé —dijo al sentarse a mi lado.

—No quiero hablar contigo —contesté sin mirarla.

—Qué pena, yo sí. —Me cogió del brazo para que no pudiera escapar—. Quiero que me perdones de una vez. Joder, tampoco he matado a nadie, solo me comporté como una idiota y ya me has castigado bastante.

—No se trata de eso, Carol. No es un castigo. Me hiciste daño y no quiero que vuelva a ocurrir. Quizá mi reacción te parece infantil, pero todas las personas que me han importado han acabado hiriéndome. No quiero que se repita. Es mejor mantener las distancias.

—Te vas a quedar muy sola si no eres capaz de perdonar y confiar. Siempre habrá alguien que te hará daño, Sofía. La vida no es un cuento de hadas. Evitar que la gente se acerque a ti no te hará feliz.

—Si no me implico demasiado, nadie podrá herirme. Me parece un buen planteamiento para evitar sufrimientos.

—Menuda gilipollez. Tú me importas, eres mi amiga y no voy a rendirme contigo, te pongas como te pongas.

—Mira, sé que nuestra amistad empezó porque Vicky te lo pidió, pero te libero. Ya cumpliste con tu buena obra, ahora puedes seguir con tu vida. He hecho amigas y no necesito que nadie se ocupe de llevarme de paseo.

—¿Esas idiotas? —preguntó haciendo una mueca.

—Son divertidas, me lo paso bien con ellas —las defendí.

—Me cuesta creerlo, pero no voy a meterme —aseguró—. Y para que lo sepas, Vicky no me pidió nada, lo hice porque quise. Me caíste bien desde el principio y me sentí identificada contigo.

—¿En serio? ¿Qué tenemos en común tú y yo si se puede saber? —pregunté sorprendida.

—Algo que nos ocurrió en el pasado y que nos cambió para siempre —respondió enigmática.

—¿Eso crees? —exclamé harta de todo y decidida a contarle la verdad—. Mi padre me maltrataba y un día, furioso, me empujó y caí sobre la mesita de cristal del salón. Tengo la puta pierna llena de cicatrices desde entonces, por eso siempre llevo pantalones y por eso no quería meterme en el maldito *jacuzzi*. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Carol no se sorprendió con mi declaración y supuse que ya se imaginaba lo de las cicatrices. Lo único que hizo fue sonreírme con tristeza.

—Yo también tengo la tripa y el culo lleno de estrías y eso no me impide disfrutar de la vida ni ponerme una minifalda o un bañador. ¿Crees que nuestras marcas nos hacen inferiores?

—Tú no lo entiendes, no puedes compararlo —insistí, negando con la cabeza.

Ella dejó escapar un largo suspiro y cambió la expresión, casi siempre sonriente y despreocupada, por una mucho más seria.

—Cuando tenía trece años estuve muy enferma. Bulimia, ¿te suena? —Yo asentí, sorprendida—. Estaba gorda y los niños del colegio se metían conmigo. Casi me muero, Sofía —confesó con lágrimas en los ojos—. Pensaba que mi vida no valía nada, estaba dispuesta a perderla para ser aceptada por unos estúpidos cánones de belleza. Tuve que superar muchos traumas y años de terapia hasta que me acepté y comprendí que yo valgo más que las medidas de mi cuerpo. Claro que entiendo lo que es sentirse atrapada en un cuerpo que detestas. Entiendo lo que es que te menosprecien y la soledad en la que eso te sume. Ahora eres tú la que tiene que entender que tus cicatrices no te definen y que hasta que no seas capaz de aceptarlas y quererte, nadie podrá hacerlo. Me porté mal contigo en el gimnasio, pero no hay nada que puedas decir o hacer para apartarme de ti.

—Yo... no sabía que... —balbuceé, notando que una lágrima me resbalaba por la mejilla.

—No lo sabe nadie aparte de mis padres. Ni siquiera Lisa. Ahora eres dueña de mi oscuro secreto igual que yo lo soy del tuyo. En eso consiste la amistad, Sofía, en la confianza. En saber que, pase lo que pase, hagas lo que hagas, digas lo que digas, estaré ahí para ti.

Apoyé la cabeza en su hombro y nos quedamos un rato allí sentadas, llorando en silencio. Cuando sentí que podía volver a hablar, me incorporé y la miré a los ojos.

—Podríamos volver a empezar —propuse, y ella recuperó la sonrisa de golpe, asintiendo con la cabeza.

Por la noche cenamos todos juntos en el restaurante del hotel. La tensión entre Carmen y Vicky era palpable. Afortunadamente, la hermana de Iván intentó controlar a su madre y centrar la conversación en temas que no fueran la boda. El primero que se retiró a su habitación fue Alexei, que no me dirigió la palabra en toda la tarde. Cenó con nosotros, pero permaneció silencioso la mayor parte del tiempo. Solo habló un poco con Raúl y Eric. Poco después de los postres, yo también me fui a mi habitación. Aquella reunión familiar me estaba agotando. No estaba acostumbrada a estar rodeada de tanta gente, así que subí a mi habitación, llené la bañera y me relajé un rato a solas. Después salí, me sequé y me puse el pijama. Cuando me iba a meter en la cama, dispuesta a tragarme cualquier programa de la tele, alguien llamó a la puerta. Por un momento me emocioné pensando que podría ser Alexei. Me había tentado la idea de abordarle en su habitación para obligarle a hablar conmigo, pero preferí esperar y no provocar una situación que podría arruinarle la boda a mi hermana. Cuando abrí la puerta, fue precisamente a ella a la que me encontré al otro lado, con Daniela cogida de la mano y su maleta en la otra.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté temiéndome lo peor—. ¿No te habrás peleado con Iván?

—Claro que no —respondió, apartándome para poder entrar—. Hemos decidido pasar esta noche separados y no vernos hasta mañana en la iglesia. Puede parecer tonto, pero pensé que lo haría todo más emocionante.

—No parece tonto, parece romántico —contesté mientras cerraba la puerta.

—Le he dejado la habitación a él y nosotras vamos a dormir aquí —me informó, abriendo la maleta sobre la cama mientras Daniela cogía el mando de la tele y se ponía los dibujos animados.

—Claro, como si estuvierais en vuestra casa —murmuré con ironía.

—Quería pasar mi última noche de soltera con las dos personas más importantes de mi vida. — Puso un dedo sobre mis labios para silenciarme—. Y no, no son Lisa y Su, sois Daniela y tú. Siempre has sido tú, hermanita, por encima de todo y de todos —afirmó, besándome en la mejilla.

A pesar del tiempo que habíamos pasado separadas, Vicky me conocía bien. Sabía perfectamente cuáles eran mis puntos débiles y mis inseguridades, seguramente porque eran las mismas que sufría ella, y había dicho las palabras correctas.

—Yo también te quiero —susurré, sabiendo que ella era incapaz de reconocer sus sentimientos en voz alta.

Vicky tragó saliva con dificultad y se apartó.

—Joder, me vas a hacer llorar —se quejó—. Me voy a la ducha antes de ponerme en evidencia.

—¡Demasiado tarde! —grité mientras se encerraba en el baño.

Me tumbé con Daniela en la cama y estuvimos viendo los dibujos hasta que se quedó profundamente dormida. Vicky salió del baño media hora después, se acercó a la cama y se tumbó a mi lado.

—¿Lleva mucho rato dormida? —preguntó en voz baja.

—Unos quince minutos.

—Nosotras deberíamos estar durmiendo también. ¿Sabes a qué hora van a venir mañana las peluqueras? Dios, no quiero ni pensarlo... Espero no tener ojeras o me corto las venas.

—No exageres, estarás preciosa —dije convencida—. Por cierto, ¿cuánto os ha costado la boda? —pregunté. El hotel, la ceremonia, los trajes y todos los millones de detalles debían haber costado una fortuna.

—No me lo recuerdes. Iván nos dio carta blanca para gastar lo que quisiéramos. Todavía le escuece el dinero que ganó gracias a papá e invertirlo en la boda le parece una buena manera de limpiar su conciencia.

—No me parece mal —asentí—. Iván es un buen hombre, solo necesitaba que alguien le recordara el camino correcto.

—Daniela ha empezado a llamarle papá. Cada vez que se lo dice se me saltan las lágrimas.

—¿Y él cómo lo lleva?

—¿Él? Encantado y rebosante de orgullo. ¿No has visto la foto que tiene en la oficina? Quiere que todo el mundo vea lo preciosa que es su niña.

—Qué suerte tienes, maldita sea —bromeé.

—No me puedo quejar —sonrió satisfecha.

Mientras hablábamos, decidí sacar el paquete que acababa de coger del armario, aprovechando que Vicky estaba en el baño, y que tenía escondido debajo de la sábana. Mi hermana lo miró sorprendida y me observó con sus preciosos ojos verdes.

—¿Qué es esto?

—Mi regalo, el regalo especial. No encontraba el momento para dártelo y mañana todo va a ser una locura, así que aquí lo tienes.

Hablé con Vicky sobre el regalo de boda y se negó a aceptar dinero. A mí también me parecía absurdo ya que insistía en devolverme lo que le había prestado para salvar su negocio. Comprarle cualquier tontería tampoco me parecía apropiado, y al final acordamos que pagaría la despedida de soltera. No obstante, a mí me pareció poco y decidí regalarle algo especial.

Ella lo cogió con manos temblorosas y se incorporó, sentándose para proceder a desenvolverlo.

—¿Voy a llorar? —preguntó acabando de rasgar el papel.

—Probablemente —respondí con voz temblorosa.

—Dios... —sollozó, alzando el marco con la fotografía.

Éramos nosotras, de niñas, una de las pocas veces que fuimos felices. Papá se había ido de viaje de negocios y la niñera que nos cuidaba nos llevó al parque de atracciones. En la foto sonreíamos con nuestras nubes de algodón de azúcar en la mano.

—¿Te acuerdas? —pregunté sin poder contener la emoción.

—Como si hubiese sido ayer —respondió secándose las lágrimas—. Parecíamos tan frágiles e inocentes...

—Pero no lo éramos.

—¿Cómo pudo hacernos eso, Sofia? ¿Cómo pudo ser tan cruel con dos niñas pequeñas?

—No lo sé... Solo sé que si no llega a ser por ti no lo hubiera soportado. Tú me salvaste, Vicky. Tú me diste la única oportunidad de ser feliz. Eso es lo que significa este regalo. Pasé muchos años pensando que me habías abandonado, me costó entender la realidad, era demasiado pequeña y estaba asustada, pero te lo debo todo.

—No digas tonterías —murmuró abrazándome contra su pecho—. Hubiera hecho cualquier cosa para protegerte, nunca supuso un esfuerzo, ya te lo dije. La mayor recompensa es estar aquí, juntas a pesar de todo. Nosotras ganamos, Sofia, vencimos al monstruo y nos hicimos más fuertes. Quédate con eso y empieza a ser feliz. Lo único que falta para que mi felicidad sea completa es verte sonreír, amar, vivir... Olvídate de las cicatrices. Y no hablo solo de las de tu pierna. Olvídalas.

Y así, abrazadas, nos quedamos dormidas.

Capítulo 16

Tal y como predijo Vicky, a la mañana siguiente lamentamos habernos acostado tan tarde. Las peluqueras llamaron a la puerta de mi habitación y todavía nos encontraron en la cama. Me metí corriendo en la ducha mientras Vicky repasaba con una de las chicas el recogido que quería que le hicieran. Daniela se sentó a desayunar en la cama y yo me vestí rápidamente para ir a recibir a Adrián. También tenía que pasar por mi sesión de peluquería y maquillaje, pero la boda no se celebraba hasta las seis de la tarde y tenía tiempo de sobra. Lo importante era ponerle los rulos a mi hermana y ocuparse de Daniela.

Cuando bajé a la cafetería a desayunar, me encontré a Alexei, que estaba tomándose un café en la terraza, y no dudé en acercarme y sentarme con él.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así? —le pregunté.

—¿Así cómo? —respondió.

—Enfurrñado.

—No estoy enfurrñado —replicó ofendido.

—¿Prefieres cabreado?

—Prefiero que me dejes en paz.

—¿Qué te pasa, Alexei? No te entiendo, estábamos bien y de repente te pones así.

—Se nos estaba yendo de las manos, eso es lo que me pasa. Lo que ocurrió el otro día en la discoteca me ayudó a reflexionar.

—¿Sobre qué?

—Sobre que habría matado a ese tío solamente porque te estaba tocando. Me invadió un sentimiento tan fuerte que me hizo perder el control y hacía mucho tiempo que no me pasaba. No puedo permitírmelo.

—¿Por qué?

—Porque entre tú y yo no puede haber nada. Es una de las primeras normas que te marqué cuando empezamos con esto.

—Parece ser que eres tú el que teme incumplirlas.

—Eso da igual. La cuestión es que no quiero ir más allá. Es mejor parar un tiempo, enfriarlo.

—Yo no quiero que...

—¡Sofía! ¡Sofía! —Alguien gritó mi nombre, interrumpiéndonos.

—¡Hola, pequeño! —Era Hugo, que acababa de llegar con su padre—. Qué pronto habéis llegado.

—Buenos días, Sofía —dijo Adrián tras cruzar la puerta de la terraza—. Hugo se ha levantado temprano y hemos decidido salir antes. —Le lanzó una mirada de reojo a Alexei, que los había ignorado y seguía concentrado en beberse su café.

—¿Habéis desayunado? —pregunté, dejando que Adrián me rodeara por la cintura con un brazo.

—Solo un cortado y un vaso de leche.

—Entonces será mejor que vayamos a pedir algo a la barra y nos sentemos en una de las mesas de dentro. Hace un poco de frío aquí —propuse, alejándome de Alexei sin mirar atrás. Tendríamos que seguir con nuestra discusión en otro momento.

—Genial, me muero de hambre —aceptó Adrián.

—No podré estar mucho por vosotros —le comenté cuando nos sentamos—. Tengo que dejar

que me peinen, me maquillen y no sé cuántas cosas más —bufé—. No podremos vernos hasta más tarde en la iglesia.

—Tranquila, nosotros estaremos bien. Después de desayunar subiremos a la habitación, desharemos la maleta e iremos a dar un paseo. Comeremos pronto y nos arreglaremos para la ceremonia.

—Seguro que estaréis guapísimos —sonreí—. Luego podrás jugar con Daniela, Hugo. Ella también tiene ganas de volver a verte —le dije al niño, que asintió encantado.

Cuando terminamos de desayunar, los acompañé a recepción para que pudieran registrarse y, en cuanto les dieron la llave, me despedí de ellos en el ascensor para ir directamente a mi habitación.

Una vez allí, me encontré a Lisa y a Su con las uñas de manos y pies pintadas de color violeta, a Vicky sentada en una de las sillas, con los rulos puestos y una mascarilla verde en la cara, y a Daniela correteando por la habitación con la cabeza repleta de delicados tirabuzones.

—¡Por fin! —exclamó Vicky, levantando una de las rodajas de pepino que tenía sobre los ojos—. ¿Dónde te habías metido?

—Desayunando con Adrián y Hugo, han llegado antes y me he quedado un rato con ellos —respondí, buscando un sitio para sentarme.

—Ocúpate de ella —ordenó Vicky a una de las peluqueras, que me cogió del brazo y me llevó al baño para lavarme el pelo.

Empezaba el calvario hasta la hora de la ceremonia.

Cuando llegó la hora de ir a la iglesia estábamos agotadas. Ni siquiera habíamos tenido tiempo de comer. Solo unos bocadillos que alguien nos subió y que mordisqueamos en mitad del ajetreo cuando el padrino vino a traer el ramo a la novia. Me monté en el coche de Alexei con Vicky y Daniela. Mi hermana no podía contener la emoción y estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para no llorar antes de hora y estropearse el maquillaje. Estaba preciosa y Daniela le había dicho unas siete veces que parecía una princesa. Pero lo de Alexei vestido de traje era otra historia. Estaba acostumbrada a verle con ropa informal y descubrí que la camisa blanca, el traje negro y la corbata le favorecían igual o más que los vaqueros y la cazadora de cuero. Estaba espectacular.

Lisa y Su nos seguían en el coche de Raúl. A Carol la mandé a la iglesia con Adrián. A él no le hizo mucha gracia, pero fue educado con ella. Carol, que no tenía problemas para hacer amigos, atacó al más débil y se ganó la simpatía de Hugo, algo que hizo sonreír a su padre, pues para Adrián no había nada más importante en el mundo que la felicidad y el bienestar de su hijo.

Al salir del coche ayudamos a Vicky con el velo mientras Eric y Raúl entraban en la iglesia, este último con el pequeño Víctor en brazos. Alexei permanecía con el rostro serio e imperturbable. Antes de salir había estado hablando un buen rato a solas con Vicky y me moría de ganas de saber lo que se habían dicho. Tenía celos de su relación. Yo ni siquiera llegaba al nivel de amiga para él y eso me disgustaba. Cuando estuvimos listas, mi hermana lo cogió del brazo y se lanzaron una mirada cargada de significado. Yo me giré e indiqué a Daniela que empezara a avanzar al ritmo de la marcha nupcial. Mientras la pequeña iba lanzando pétalos de rosa me fijé en Iván, que esperaba nervioso junto al altar. También estaba emocionado y contemplaba a Vicky embelesado mientras recorría el pasillo del brazo de su mejor amigo. Cuando llegamos al final del recorrido y nos apartamos, Alexei la dejó junto a su prometido, pero antes le lanzó una mirada de advertencia. El ruso, siempre protector, acababa de entregarle la mano de Vicky y entendí que, a pesar de que se odiaban, tenía claro que podía confiar en él para cuidar de una de las personas más importantes de su vida. Cuando se sentó a mi lado en la primera fila, me cogió de la mano y disfrutamos así del resto de la emotiva

ceremonia. Ni siquiera se me pasó por la cabeza darme la vuelta para buscar a Adrián, y me concentré en las bonitas palabras que pronunció el sacerdote y en la presión que la mano de Alexei ejercía sobre la mía.

Tardamos más de dos horas en hacer las fotos y salir hacia el restaurante del hotel donde se iba a celebrar el banquete. Al final había asistido más gente de la que esperaba y la mayoría iban a quedarse a pasar la noche allí. Me senté con Adrián y Hugo, a los que localicé cuando logré escapar de los fotógrafos y con los que hice el camino de vuelta para disgusto de Alexei, que también estaba en nuestra mesa, serio y poco hablador. Junto a nosotros se sentaron todos nuestros amigos y Alberto, el amigo de los chicos, al que habían invitado porque se había ocupado de las fotos. Los novios estaban en la mesa principal con Carmen y Daniela, y el resto de invitados se repartían en las otras mesas reservadas para la ocasión.

La cena y la tarta fueron espectaculares y la compañía muy amena. Adrián era un hombre más bien reservado, pero al menos estuvo más hablador que Alexei, que no dejó de mirarme con frialdad, poniéndome muy nerviosa. Tras los postres, los novios inauguraron el baile y las demás parejas se fueron levantando poco a poco para acompañarles. Adrián me tendió la mano y me invitó a bailar. Yo acepté, aunque la mirada que nos lanzó Alexei casi logró dejarme congelada en el sitio. Aun así, me dije que no le debía ninguna explicación. Adrián era mi pareja y él me había dejado muy claro que no quería saber nada de mí ni seguir con lo nuestro, así que le ignoré y me fui a bailar.

Una vez en la pista, Adrián me rodeó por la cintura y yo apoyé las manos en sus hombros. Con él me sentía cómoda, pero no había ni rastro de pasión. En un momento dado, me sonrió con ternura, se inclinó y me dio un suave beso en los labios. Me pareció muy dulce, pero no sentí absolutamente nada. Ni fuego ni deseo. Al volver a la mesa, Alexei había desaparecido.

Nosotros tampoco tardamos mucho en retirarnos. Aunque la fiesta estaba en pleno apogeo, preferimos irnos a dormir. Hugo estaba cansado y dormía apoyado en el hombro de su padre, y a mí me parecía absurdo quedarme allí sola. Vicky había cedido y había dejado a Daniela con su suegra aquella noche, así que me despedí de ellas con un beso y volví a felicitar a mi hermana, que ya había conocido a Adrián y le había dado el visto bueno, para irme hacia los ascensores.

—Hugo duerme como un tronco. Si quieres, dentro de un rato puedes venir a mi habitación —propuso Adrián, dejándome perpleja.

—Yo... estoy muy cansada —me excusé ruborizada—. Esta noche no.

—Está bien, no te preocupes, ha sido una mala idea —me sonrió con dulzura.

—Que descanses —le deseé cuando se bajó en su planta.

—Igualmente —se despidió con un casto beso en los labios—. Nos vemos mañana por la mañana.

Me encerré en mi habitación unos minutos después, sin tener claro si Adrián me había propuesto sexo. Me parecía extraño teniendo en cuenta que Hugo iba a estar en la misma habitación, por más que estuviera durmiendo profundamente, pero la proposición no dejaba lugar a dudas.

Todavía asimilándolo, me quité el vestido, me pasé un buen rato desmaquillándome y me di una ducha sin mojarme el pelo. Después me puse un pantalón largo de pijama y una camiseta de tirantes para dormir. Inquieta, me tumbé en la cama y pensé en mi situación con Adrián. Estaba claro que él quería dar un paso más, pero yo tenía muchas dudas y la única manera de aclararlas era hablando con Alexei. Si él me rechazaba definitivamente, me resignaría a una vida confortable y sin pasión al lado de Adrián, pero si Alexei mostraba el más mínimo signo de duda con respecto a lo nuestro, terminaría mi relación con Adrián para siempre. Con ese pensamiento en mente, me levanté, apagué

la luz y crucé el pasillo hacia su habitación rezando para que estuviera allí. Llamé con los nudillos y sentí cómo se me aceleraba el corazón. Al cabo de unos segundos, abrió la puerta vestido con un pantalón de deporte y una camiseta de manga corta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Déjame entrar, por favor —supliqué, dispuesta a empujarlo si era necesario.

Dudó unos segundos, y al final se apartó y me cedió el paso. La cama estaba revuelta, señal de que lo había pillado tumbado, y al lado tenía un ordenador portátil encendido.

—¿Escribiendo? —le pregunté.

—Intentándolo —murmuró apagando el ordenador—. ¿A qué has venido? —insistió.

—Tenemos que hablar.

—Ya está todo hablado. —Apartó el portátil y se tumbó en la cama con los brazos detrás de la cabeza—. Vete, quiero dormir.

—Adrián me ha besado —dije captando su atención.

—Lo he visto —masculló apretando la mandíbula.

—Quiere dar un paso más, formalizar la relación, que deje de ser solo amistad. Quiere sexo —aclaré.

—Era lo que querías, ¿no? —preguntó con sarcasmo—. Llevamos varias semanas practicando, creo que ya estás preparada para acostarte con él. No parece muy lanzado, quizá hasta consigues convencerle para hacerlo a oscuras —se burló.

—No quiero estar con él. Si tú me lo pidieras, yo...

—¿Qué quieres que te diga, Sofia? —me interrumpió—. Me he tenido que ir porque no podía soportar ver a otro hombre besándote. Me estoy volviendo loco porque me estás obligando a romper todas las reglas bajo las que me he regido hasta ahora —estalló, sentándose en la cama y mirándome con una intensidad brutal—. Hemos roto todas las jodidas normas que pactamos antes de empezar con esto.

—Ambos sabemos que aquellas normas fueron una excusa, Alexei. Ha llegado el momento de sincerarse y poner las cartas sobre la mesa. Tú jamás te hubieras acercado a mí sin la seguridad que te ofrecían aquellas barreras imaginarias, y yo hubiera aceptado cualquier cosa con tal de tenerte. Aunque lo de las cicatrices es cierto, también me sirvió de excusa para acercarme a ti. Al principio quise engañarme, pero me parece absurdo seguir haciéndolo. Estoy enamorada de ti desde la primera vez que te vi en casa de mi hermana, es así de simple y a la vez así de complicado. No siento nada por Adrián, lo he intentado, pero no hace que mi corazón se acelere ni que me falte el aire cuando está cerca, no puedo seguir engañándole. No le deseo a él, te deseo a ti.

—No puede ser, Sofia. —Se pasó las manos por el pelo—. Yo no puedo amar a nadie. Estoy destrozado emocionalmente.

—No lo sabes, nunca lo has intentado, jamás te lo has permitido.

—No me conoces —murmuró—. ¿Quieres conocerme? ¿Quieres que te cuente mi historia? —preguntó con frialdad.

—Lo quiero todo de ti, Alexei. ¿Todavía no lo has entendido?

Él me miró fijamente unos segundos y asintió con la cabeza, dispuesto a confesarse.

—Mi madre lo dejó todo por amor. Abandonó a sus amigos, su vida y su trabajo para seguir a mi padre. Estuvieron juntos un tiempo, pero él la rechazó. En Rusia tenía otra mujer y mi madre no lo sabía, pero una vez allí, descubrió que estaba comprometido e iba a casarse. Por lo visto, mi padre no estaba interesado en aquel matrimonio, no obstante, por cuestiones familiares no podía negarse. Unos años después, le dijo a mi madre que no podía ocuparse de dos mujeres y un niño pequeño y

nos mandó de vuelta a España. Aquí no teníamos nada, ni casa ni trabajo. Los amigos del pasado nos dieron la espalda y mi madre se vio sola, sin familia y con un hijo a su cargo. Fue así como acabó haciendo de todo para sobrevivir. Al principio limpiaba en algunas casas y servía copas en un bar por las noches, pero eso no nos daba para pagar el colegio, el alquiler, la comida, la ropa y todos los gastos. Una de sus compañeras le dijo que también trabajaba bailando en un club y se sacaba un buen sueldo extra. Como mi madre estaba tan desesperada, le dijo que quería intentarlo y entonces las cosas empezaron a empeorar. Al principio solo bailaba y se desnudaba, pero a la larga se dio cuenta de que el dinero de verdad lo daba el sexo, así que empezó a vender su cuerpo para poder darme de comer. Aquello fue muy duro para ella. Mi madre había sido una mujer respetable, una joven que creía en el amor y en los finales felices, que de pronto estaba... —Se calló unos segundos y apartó la mirada, tragando saliva con dificultad—. No la culpo, ¿sabes? Arruinó mi vida, pero no fue culpa suya —suspiró—. Empezó a consumir drogas para soportarlo. Estaba muy enferma y al final ni siquiera la reconocía. Acabó convirtiéndose en una sombra de lo que fue. Aunque pudimos mantenernos mucho tiempo gracias a su... trabajo, empezó a endeudarse por culpa de la droga. Debía mucho dinero y todo lo que ganaba se lo quedaban para cubrir la deuda. Murió de una sobredosis, tirada en un callejón, y yo me escape aterrorizado, no solo por haberme quedado solo en el mundo, sino por la vida que intuía que me esperaba. No podía permitir que me cogieran los de los servicios sociales, mi madre les tenía miedo y siempre me advertía sobre ellos, así que hui. Tenía quince años y creía que era mayor, que podría espabilarme solo. Recordé lo que había hecho mi madre y, cuando el hambre me pudo, se la chupé a aquel tío a cambio de comida —me recordó—. Fue horrible, pero el hambre era más fuerte que mis principios y tampoco es que hubiera vivido bajo un estricto código moral, así que hice lo que tenía que hacer hasta que esos tipos me encontraron. El chulo de mi madre me dijo que les debía dinero, que las deudas se heredaban y tenía que pagar lo que mi madre había esnifado durante aquellos años. Me llevaron al club y me obligaron a trabajar para ellos para cubrir una deuda que cada día crecía más. Intereses, me decían. Trabajé unos años allí haciendo cosas horribles. Primero limpiaba y arreglaba las habitaciones, más tarde servía copas y al final acabé teniendo que venderme —confesó con lágrimas en los ojos. Verle tan vulnerable me hizo estremecer—. No te imaginas lo que hice, lo que vi, lo que tuve que soportar... Al final me escapé. Dormía en estaciones de metro hasta que volvieron a encontrarme y me dieron aquella paliza de la que te hablé. Al salir del hospital comprendí que no iba a poder huir y que la única manera de sobrevivir era convirtiéndome en alguien imprescindible. Recordé que además de unos cuantos antros de mala muerte, como el sitio en el que estuve trabajando, tenían un club para gente con dinero; algo así como una tapadera para blanquear dinero con apariencia de negocio legal. Les dije que volvería y cubriría la deuda de mi madre con creces, pero que tenían que dejarme trabajar allí. El sexo se había convertido en un trabajo y se me daba bien. Empecé a practicarlo desde tan joven que todo me daba igual. Hombres, mujeres..., podía aceptar cualquier cosa. Me dejaron intentarlo y acabé convirtiéndome en uno de sus chicos más cotizados. La gente pagaba mucho dinero para estar conmigo y ellos vieron en mí un negocio redondo. Ya no volvimos a hablar de la deuda de mi madre. Con las propinas que me daban pude empezar a guardar algo para mí con la intención de huir. Cuando te mueves en un mundo como ese sabes que solo tienes dos opciones, o desapareces sin dejar rastro o acabas muerto. A pesar de todo, yo no quería morir. Se lo debía a mi madre, ello lo intentó por mí y yo no podía rendirme.

Permaneció en silencio unos segundos, perdiéndose en sus pensamientos, como si hubiera viajado a aquel lugar y a aquel momento, y el recuerdo le hizo estremecer.

—¿Qué ocurrió? —pregunté rompiendo el silencio.

—Hubo una redada. Aunque el club era legal y contaba con el prestigio de sus miembros, acabaron sospechando y descubrieron que allí también se traficaba con drogas. Una noche entraron por sorpresa y hubo un tiroteo. Afortunadamente yo no estaba allí. Aquella tarde había estado trabajando en casa de uno de mis clientes y cuando me acerqué al club y vi las luces de los coches de policía y las ambulancias, me di la vuelta y me fui directo al cuchitril donde vivía para coger el dinero que había estado escondiendo y desaparecí sin dejar rastro. Al principio tuve miedo, temía que la policía me buscara para implicarme, pero a medida que fueron pasando los meses me di cuenta de que ni siquiera sabían que existía o que había trabajado allí. Tuve la suerte de poder empezar de cero, sin embargo, no pude hacer nada para librarme de las secuelas que me dejó todo aquello.

—¿Quién era la mujer que habló contigo la otra noche en la discoteca? —pregunté sin dejar de mirarle a los ojos.

—Una antigua clienta. Me dijo que su marido estaba aquí por negocios y que se iban dentro de un par de días. Creía que seguía dedicándome a lo mismo y me propuso un encuentro. Sentí tanto asco... Asco por lo que fui, por todo lo que hice y porque me di cuenta de que mi pasado siempre me perseguiría.

—¿Te acostabas con ella? —pregunté temerosa, sin saber muy bien si quería saberlo.

—Me pagaba para que me tirara a su marido mientras ella miraba. Le gustaba humillarlo. Le insultaba, le escupía, a veces hasta le pegaba mientras yo me lo follaba. Lo peor es que él lo disfrutaba.

—Dios mío. —La imagen que se formó en mi mente fue muy desagradable e intenté borrarla.

—He hecho cosas horribles, ya te lo dije —murmuró con tristeza—. No espero que nadie las acepte, ni yo mismo puedo hacerlo. ¿De verdad quieres compartir tu vida conmigo? ¿Qué les diríamos a nuestros hijos? ¿Qué pensarían si supieran lo que hizo su padre? Es imposible, Sofía. Te mereces mucho más. Te mereces un hombre respetable, no alguien tan sucio como yo. En realidad, creo que ese chico te conviene. Parece un buen tipo —dijo conteniendo la rabia, como si la idea de que me fuera con Adrián le resultara insoportable pero necesaria.

—¿Sabes lo que pensarían nuestros hijos de ti? —pregunté ignorando todo lo que había dicho—. Pensarían que eres un hombre de honor, dispuesto a hacer cualquier cosa para proteger a las personas que quieres. Un superviviente, alguien capaz de reinventarse, de superar un trauma tan brutal y seguir adelante. Para ellos serías un ejemplo de valentía y se sentirían orgullosos de ser hijos de alguien con tanto talento y con un don natural para inventar historias fabulosas.

—¿De verdad piensas eso de mí? —susurró.

Yo asentí.

—Lo que más deseo es ayudarte a construir recuerdos nuevos y demostrarte que la vida, a veces, puede ser maravillosa. Me gustaría ayudarte a sentir y, sin querer sonar pretenciosa, me gustaría enseñarte a amar —afirmé ruborizada—. Yo tampoco sé si sería una buena madre, no he tenido precisamente un buen ejemplo. Llevo muchos años encerrada en mí misma, lamiéndome unas heridas que debería haber dejado cicatrizar hace tiempo y que, sin embargo, he mantenido abiertas porque creía que si nadie se acercaba a mí no podrían volver a hacerme daño. Podríamos intentarlo juntos, Alexei. ¿Qué más da si nos equivocamos o nos sale mal? Si tengo que arriesgarme, solo quiero que sea contigo —le aseguré—. Estos meses te he podido conocer un poco y estoy convencida de que, si no hubieras sentido algo por mí, jamás me hubieras contado todo lo que me has contado ni me hubieras permitido acercarme tanto, ¿me equivoco?

—No sé qué me pasa contigo —reconoció—. Nunca me había sentido así. Quiero alejarme y al

mismo tiempo siento que no puedo respirar cuando estoy lejos de ti. Me resulta desconcertante. Desde que te conozco tengo que lidiar con sentimientos que me asustan mucho. Sé que no puedo estar contigo, pero me moriría si no pudiera volver a tocarte.

—¿Y si fuera amor? —pregunté con timidez.

—Nada de sentimientos, esa fue una de mis normas.

—¡A la mierda las normas! —exclamé—. Las hemos roto todas. Nos merecemos vivir, nos merecemos un pedacito de felicidad. Nos lo hemos ganado.

—Todavía no hemos roto todas las normas, nos queda una —comentó con una sonrisa dibujada en los labios, como si finalmente se hubiera dado por vencido y hubiera aceptado su destino—. Si vamos a hacerlo tiene que ser con todas las consecuencias y ambos tenemos que arriesgarnos. Te he hablado de mi pasado, te lo he contado todo. Además, te dije que solo te diría quién era la mujer de la discoteca si tú me enseñabas las cicatrices —me recordó—. ¿Qué me dices? ¿Te atreves a lanzarte al vacío?

—Si tú estás dispuesto a intentarlo, yo también lo estoy —dije sin querer pensármelo demasiado.

Entonces me incorporé, inspiré hondo y, antes de arrepentirme, me quité los pantalones del pijama.

Capítulo 17

Me había vuelto loca. Acababa de quitarme los pantalones delante de Alexei y los había lazando al suelo, sin posibilidad de recuperarlos para cubrirme inmediatamente. Por si fuera poco, él se había inclinado y me había cogido de las muñecas, sujetándomelas contra el colchón. No tenía ni idea de lo que estaba pensando, ni siquiera sabía si había visto mi muslo o todavía no, porque había cerrado los ojos con tanta fuerza que me dolían.

—Abre los ojos, princesa —susurró antes de besarme suavemente en la mejilla y empezar un recorrido de besos a lo largo de la mandíbula.

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Las has visto?

—Sí —contestó logrando que le mirara.

—¿Y...? —pregunté dubitativa—. ¿Te dan asco?

—Te aseguro que cada vez que te miro siento muchas cosas, pero nada parecido al asco. —Bajó la cabeza y me miró la pierna—. Solo son unas marcas, Sofía, ¿de verdad te parecen tan importantes?

—Son el recuerdo permanente de todo lo que quiero olvidar.

—A mí también me gustaría ayudarte a construir recuerdos nuevos, ¿me dejarías? —Asentí con la cabeza—. Tú me has demostrado que cuando amas a alguien lo haces con todas las consecuencias, quedándote con lo bueno y también con lo malo. Si tú puedes quererme a pesar de lo que sabes de mí, de mis miserias y de mi pasado, ¿crees que a mí pueden importarme estas cicatrices? Solo te importan a ti, a nadie más. Todo está en tu cabeza, pero me he propuesto un reto, voy a hacer que las olvides. ¿Crees que lo conseguiré?

—Será complicado.

—Me gustan las cosas difíciles —sonrió—. Prepárate porque voy a arrasar con todo. Haré que te olvides hasta de tu propio nombre —prometió, retrocediendo un poco para deshacerse de mi ropa interior—. Me muero de ganas de descubrir a qué sabes.

Entonces, me separó las piernas y hundió la cabeza entre mis muslos. Me avergüenza reconocer que esa fue mi primera vez con el sexo oral, sin embargo, no me cabe duda de que la espera mereció la pena. Esa noche vi las estrellas, viajé al espacio y volví para sumergirme en un estado de placer absoluto. Os puedo asegurar que aquel hombre cumplió con su palabra y logró que me olvidara de todo. Pasó tanto rato saboreándome, succionando mi clítoris y arrastrándome a un orgasmo detrás de otro, que perdí la noción del tiempo. Solo podía gemir y desear que no acabara nunca. Cuando por fin se dio por satisfecho, después de otro demoledor orgasmo conseguido con la magia de sus dedos y la ayuda de su lengua, se incorporó y me besó en el vientre, jugueteando con mi ombligo.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Creo que... he visto el cielo —farfullé sin abrir los ojos.

Él lanzó una carcajada.

—Eso significa que sigo siendo bueno.

—«Bueno» no se acerca ni de lejos, aunque no puedo hacer comparaciones.

—¿Ha sido tu primera vez? —se sorprendió mientras me subía la camiseta y me incorporaba para quitármela. Yo no le ayudé en absoluto. Me sentía como una muñeca de trapo, satisfecha y manejable.

—Sí. Ya te dije que mis anteriores experiencias habían sido un desastre. Solo me he sentido cómoda y segura contigo —respondí cuando volvió a dejarme tumbada en la cama, situándose sobre

mí y sosteniéndose con los brazos para no aplastarme—. Has cumplido todas mis expectativas. Eso sí, has puesto el listón tan alto que ningún hombre podrá superarlo.

Él hizo una mueca de desagrado, frunciendo el ceño.

—No me gusta imaginar a otro hombre haciéndote esto.

—Yo solo quiero que me lo hagas tú, pero depende de ti.

—No sé si voy a saber. Nunca he mantenido una relación y lo más probable es que me equivoque constantemente y lo estropee todo.

Le sonreí con ternura. Era la primera vez que Alexei se sinceraba tanto y me emocioné porque parecía dispuesto a intentarlo.

—¿Por qué no te quitas la camiseta? —propuse, cambiando de tema para no agobiarle—. Quiero acariciarte, darte placer... Me muero de ganas, por favor.

—Todo esto me desconcierta. Siempre he asociado el sexo con algo sucio. Me da miedo bloquearme, recordar...

—Piensa que no es para ti, es para mí. Tocarte me produce placer y, sinceramente, me encantaría dártelo a ti, eso me haría muy feliz. Yo no soy como ellos, jamás te haría daño. Te quiero y nunca te obligaría a continuar si no quisieras.

—Llevo casi toda mi vida dedicándome a esto, seduciendo y entregándome a desconocidos que ni siquiera me importaban y me daban asco, pero nunca me he sentido correspondido ni lo he deseado, es algo nuevo a lo que no estoy acostumbrado.

—Pues ha llegado tu momento, déjate seducir... Llegaré hasta donde tú quieras, nunca te obligaré a hacer cosas para las que no estés preparado. Déjame darte este regalo.

—De acuerdo, intentémoslo —aceptó, apartándose y quitándose la camiseta.

Cuando volvió a tumbarse sobre mí, le acaricié la espalda con delicadeza. Ya le había tocado y acariciado antes, pero ahora tenía su pleno consentimiento.

—Quiero hacer el amor contigo, Alexei. —Metí las manos por debajo de la cinturilla de su pantalón de deporte para acariciarle las nalgas desnudas, pues no llevaba ropa interior—. Te he enseñado mis cicatrices, te he contado todos mis miedos, te he ofrecido mi corazón y quiero entregarme a ti por completo.

—No me lo merezco, Sofia. Tú eres dulce y bondadosa, y yo... estoy sucio. No me queda nada para darte.

—¿Sientes algo por mí?

Él apartó un segundo la mirada y suspiró.

—Sí —susurró muy bajito.

Me hubiera encantado recibir una declaración de amor eterno, pero viniendo de alguien tan cerrado emocionalmente como Alexei, aquel «sí» tenía muchísimo valor.

—Pues entonces no necesito nada más. Por favor, hazme el amor, hasta donde tú puedas, no tenemos que llegar al final, solo intentarlo. Hacer el amor es más que llegar al orgasmo y solo se puede compartir con una persona que te importe de verdad.

Él me miró a los ojos y sentí que podía traspasarme, leerme la mente, descubrirlo todo, y yo no le negué nada. Le dejé ver la profundidad de mis sentimientos. Unos sentimientos que había intentado ignorar y que por fin había liberado para entregárselos. El juego había terminado y todas las cartas estaban sobre la mesa. A partir de aquel momento nos enfrentábamos a lo desconocido. Ya no habría secretos ni más excusas. Aquella noche, en aquel hotel, le di mi corazón.

Cuando bajó la cabeza para besarme, supe que había ganado. Le rodeé los hombros con los brazos, atrayéndole para sentir el roce de su piel mientras le acariciaba los suaves cabellos oscuros.

Nunca había sido activa durante el sexo, mis cicatrices me impedían disfrutar de los encuentros y mis parejas habían dejado mucho que desear, pero con Alexei me pasaba todo lo contrario. Tenía ganas de besarle y lamerle todo el cuerpo, sin embargo, no era eso lo que él necesitaba. Si le quitaba el control, si le hacía creer que no podría detenerlo cuando hubiera llegado al límite, terminaríamos antes de empezar, así que le dejé hacer, disfrutando de las sutiles caricias que le di furtivamente.

Empezó a bajar por mi cuerpo con un recorrido de besos y pensé que volvería a hacerme gozar con su lengua, pero pasó de largo y siguió hacia mi muslo herido. Cerré los ojos porque temía enfrentarme al rechazo, no obstante, lejos de horrorizarse, dedicó un buen rato a recorrer cada línea con los labios y los dedos mientras yo lloraba en silencio, quizá por la satisfacción de haber empezado a liberarme.

—No llores, Sofía —rogó. Entonces se incorporó y se quitó los pantalones—. No hay nada malo en ti. Eres preciosa, fuerte, valiente, decidida y luchadora. Podría pasarme horas hablando de tus cualidades y la lista sería eterna. Me siento afortunado y a la vez con una responsabilidad enorme por haber sido el elegido. Me cuesta entenderlo porque a tu lado me siento insignificante.

—No te das cuenta de todo lo que vales, Alexei —le dije mientras separaba las piernas para que pudiera situarse entre ellas—. Te han hecho creer lo contrario, pero hay mucho más dentro de ti, muchísimo por descubrir. Y ahora, cállate y hazme el amor.

Él me miró inseguro y tragó saliva.

—Hace mucho tiempo que no estoy con nadie. En realidad, nunca he estado con nadie que me importara —confesó.

—Estoy convencida de que recuerdas cómo se hace —lo tranquilicé—. Yo tampoco soy una experta, pero creo que sabremos resolverlo.

Él asintió y me acarició con los dedos para prepararme. Me incorporé un poco para contemplar su cuerpo desnudo, pero me quedé con las ganas porque enseguida se posicionó y empezó a penetrarme, arrancándome un gemido de placer.

—No tenemos condones —me advirtió, enterrándose por completo dentro de mí.

Estaba acostumbrado a asociar el sexo con trabajo, sin embargo, aquella vez fue distinto, lo vi en sus ojos. En aquel momento no estaba trabajando, ni siquiera estaba concentrado, en aquel momento solo estaba sintiendo.

—No importa, tomo la píldora y vi tus análisis. No pares, Alexei —supliqué, instándole a moverse. No quería que pensara, quería que se dejara llevar.

—Será la primera vez. —Se retiró lentamente y volvió a empujar con fuerza.

—¿La primera vez que lo haces sin condón? —pregunté sin poder dejar de mirarle, y en su expresión vi sorpresa por lo que estaba sintiendo.

—No, claro que no —negó con una sonrisa—. La primera vez que hago el amor —confesó—. Y es para ti, Sofía. Mi primera vez es para ti.

Le abracé con fuerza y le rodeé la cintura con las piernas emocionada. Aunque Alexei fuera frío y se creyera incapaz de demostrar sus sentimientos, aquella noche me lo estaba dando todo. Y así, unidos en más de un sentido, nos dejamos llevar por el vaivén de nuestros cuerpos hasta que la pasión nos desbordó, arrasando con todo.

Tras alcanzar el orgasmo, se dejó caer sobre mí, escondiendo la cabeza en mi cuello mientras su respiración se normalizaba. Yo le acaricié el pelo, satisfecha y feliz de tenerle entre mis brazos con la certeza de que era mío.

—Nunca había sido así —reconoció unos instantes después, abandonando el refugio de mi cuerpo para tumbarse a mi lado.

—¿De verdad? —pregunté ilusionada.

—De verdad —asintió—. Has cambiado por completo el concepto que tenía del sexo y yo... estoy intentando asimilarlo.

—Me alegro —sonreí—. ¿No te duchas? —pregunté amodorrada, recordando su necesidad de limpiarse después de cada encuentro. Podía entenderlo perfectamente, pero deseaba que superara aquel trauma.

—Hoy no. Quiero conservar tu aroma en mi piel un rato más —contestó y me abrazó.

Y aquella noche me dormí con la certeza de estar en los brazos del único hombre que iba a amar el resto de mi vida.

Me desperté con un orgasmo. Alexei había sumergido la cabeza entre mis muslos y acababa de regalarme el mejor despertar de mi vida. Cuando fui capaz de abrir los ojos, lo descubrí contemplándome con una sonrisilla traviesa y me asombró ver aquella expresión en su rostro. La felicidad le había cambiado.

—Buenos días, dormilona.

—Demasiado buenos —bromeé—. Nunca me habían despertado así.

—¿Te ha gustado? —Asentí con la cabeza, maravillada por el brillo que vi en sus ojos—. La verdad es que tenía ganas de repetir lo de anoche —dijo con timidez.

—Tenemos tiempo —acepté encantada—. ¿Qué hora es?

—Ni lo sé ni me importa. Todo lo que me interesa está ahora mismo en esta cama.

—Eso me hace sentir especial.

—Lo eres —reconoció—. Lo que ha ocurrido entre nosotros me ha cambiado. Me has abierto los ojos y me has mostrado un mundo nuevo. Un lugar en el que merece la pena vivir. Estoy eufórico —aseguró, tumbándose sobre mí para besarme.

Yo también estaba eufórica y temía estar soñando porque aquello no podía ser real. En mi vida todo habían sido malas experiencias y me costaba creer que el destino por fin me premiara con un regalo tan maravilloso. Iba a decir algo, como por ejemplo que le amaría para siempre aunque al final me rechazara, pero unos golpes en la puerta me lo impidieron.

—¿Quién demonios será? —gruñó.

—Ignóralos —rogué deseando que me besara—. Serán los del servicio de habitaciones.

—Joder, qué oportunos —se quejó, pero me hizo caso e ignoró los golpes.

Sin embargo, no cesaron, sino que se volvieron más insistentes. Intenté convencerle para que se quedara en la cama, pero él resopló enfadado y se levantó para ponerse los pantalones y dirigirse furioso a abrir la puerta sin preguntar.

—¿Qué demonios estás haciendo aún en la cama? Son las doce del mediodía.

«Maldición», pensé. Era Vicky.

—Yo... bueno... es que... —farfulló Alexei.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. Por cierto, ¿sabes algo de Sofía? Tampoco ha bajado a desayunar.

—Vicky, espera, no puedes...

Escuché pasos y me cubrí con la sábana mientras Alexei intentaba detener a mi hermana.

—Pero ¿qué coño...? ¡¡Sofía!! —exclamó escandalizada al descubrirme en la cama de su mejor amigo—. ¿Qué está pasando aquí?

—Me dejé la tarjeta dentro de la habitación y... —me inventé sobre la marcha.

—Me pidió permiso para dormir aquí —me apoyó Alexei.

—¿Por qué no pediste una copia de la tarjeta en recepción? ¿Y el vestido de dama de honor? — Buscó con la mirada por la habitación hasta que se dio cuenta del engaño—. ¡Estáis desnudos! ¡Dios mío, no me lo puedo creer! ¿Estabais follando?

—¡¡No!! —exclamamos a la vez.

—Y tanto que sí. Os conozco... y no ha sido la primera vez. ¿Cómo habéis podido hacerme esto? —gimió lastimeramente, como si fuéramos culpables de un crimen horrible—. Tu novio te está buscando por todas partes, ¿qué voy a decirle ahora?

—No le digas nada, por favor —susurré con miedo. Ni siquiera me acordaba de Adrián. Alexei sentía algo por mí, por Dios. Estaba eufórica y mi hermana acababa de devolverme de golpe a la realidad.

Ella se pellizó el puente de la nariz y cerró los ojos.

—Lo peor de todo es que si no os llego a pillar no me lo hubierais contado, ¿verdad? —Los dos apartamos la mirada y no respondimos—. Estoy decepcionada, no me puedo creer que me hayáis estado ocultando algo así. ¿Cuánto hace que dura?

—Unas cuantas semanas —confesó Alexei, sintiéndose culpable.

—¡¿Qué?! Dios... Y me voy de luna de miel dentro de una hora —se lamentó—. Esto no quedará así, cuando vuelva quiero hablar con vosotros. Me debéis una explicación. Y ahora será mejor que os vistáis y bajéis por separado, antes de que alguien más se dé cuenta de lo que ha pasado.

Dicho esto, nos lanzó una última mirada y salió de la habitación cerrando la puerta con un sonoro portazo.

—¡Joder! —estalló Alexei, sentándose en la cama. Le conocía y sabía que lamentaba haber decepcionado a Vicky. Para él, ella era muy importante.

—Se ha enfadado, pero lo entenderá —intenté tranquilizarle.

—Esto se nos ha ido de las manos —masculló, apartándose de mí.

—¿Te arrepientes? —pregunté con miedo.

—No es eso... Mira, voy a ducharme, tengo que pensar —respondió, dejándome muy inquieta.

Cuando se encerró en el baño, recogí mi ropa, me la puse y salí de la habitación sin esperarle. Tenía que ducharme y vestirme para bajar a despedir a mi hermana. Además, tenía que localizar a Adrián y darle una explicación por el plantón.

Una vez lista, bajé y me dirigí a la cafetería. Algunos invitados estaban allí, repartidos entre la terraza y el bar. Localicé a Iván y Vicky al fondo, despidiéndose de Carmen, y mi hermana me lanzó una mirada asesina que ignoré. Después vi a Alexei tomándose un café en la barra, vestido de negro y tan malhumorado como siempre. Adrián estaba en la terraza vigilando a Hugo, que corría detrás de Daniela, y me acerqué para saludarle.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó después de besarme en la mejilla.

—Me quedé dormida tan profundamente que no me he enterado de las llamadas al móvil ni a la puerta. Ayer fue un día de locos y estaba agotada.

Como excusa no valía mucho, pero me creyó, o por lo menos hizo el intento. Tampoco tenía motivos para dudar de mí.

—Me iré a casa dentro de un rato, ¿quieres volver con nosotros? —preguntó sin apartar la mirada de su hijo. Era tan protector que debía resultar agobiante para el niño.

Como no me miraba, aproveché para darme la vuelta y buscar a Alexei. Él nos observaba a través del cristal que separaba el interior de la terraza. Hizo un movimiento con las cejas que yo interpreté como que ni se me ocurriera irme con Adrián.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos aquí. Iván y Vicky ya se van y falta solucionar algunas cosas con los del hotel. Me llevará alguien más tarde, no te preocupes —mentí.

—Está bien, en ese caso te llamaré para vernos esta semana, ¿te parece?

—Claro —acepté—. Espero que este fin de semana lo hayas pasado bien.

—Ha sido interesante —contestó, inclinándose para darme un suave beso en los labios.

Cuando llamó a Hugo para que se despidiera, aproveché para hablar con Daniela.

—El viernes por la tardé iré a recogerte al colegio y pasaremos el fin de semana juntas, ¿de acuerdo, cariño? —Ella asintió contenta—. Si ocurre algo durante la semana, le dices a Lisa que me llame e iré a recogerte enseguida.

—Vale, tía Sofía —respondió, dándome un abrazo.

Después dijimos adiós a los chicos y la acompañé a despedirse de sus padres. Vicky soltó alguna lagrimilla ante la perspectiva de pasar una semana sin su niña e Iván, aunque se hizo el fuerte, tampoco pareció entusiasmado con dejarla.

—Estoy disgustada con vosotros —susurró Vicky mientras me abrazaba.

—Lo siento, ha sido algo inesperado —me disculpé sin saber cómo explicarle lo ocurrido.

—Habla cuando vuelva —prometió—. Cuida de mi pequeña.

Nos despedimos de todo el mundo y Carol, que regresaba a la ciudad con Eric y Su, me acompañó a mi habitación para recoger las maletas mientras ellos cargaban el coche.

—He cometido una locura —me dijo al entrar.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté alarmada.

—Ayer bebí más de la cuenta y... acabé acostándome con Alberto.

—¡¡¿Qué?!! —exclamé sorprendida—. ¿Qué demonios os pasa a todas con el idiota ese?

—¿Qué quieres decir? —preguntó suspicaz.

—No sé si debería contarte esto ahora, pero hace unas semanas se acostó con Valentina, una de mis compañeras de trabajo.

—¿Con la escuálida esa? —se sorprendió—. Bueno, pues después de lo de anoche habrá descubierto lo que es tocar carne.

—Lo siento, Carol, no sé qué esperabas, pero es mejor que no te hagas ilusiones con un tío así. Es un mujeriego al que no le importa nada ni nadie.

—Tranquila, la primera que lamenta lo ocurrido soy yo. Alberto ni siquiera me cae bien. Casi preferiría olvidar lo ocurrido.

—Me alegro —respondí sincera—. Un hombre así no te conviene.

Mientras hablábamos sobre ello y guardaba las últimas prendas en la maleta, llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré a Alexei al otro lado.

—¿Quieres volver a casa conmigo? —me preguntó y miró a Carol, que esperaba detrás de mí.

—Sí, solo me falta recoger cuatro cosas y estaré lista.

—Yo me voy ya. Eric y Su me esperan abajo y estarán impacientes —se despidió mi amiga, con una mirada que daba a entender que se había dado cuenta de que entre nosotros estaba pasando algo.

Cuando se fue, Alexei me ayudó a cerrar la maleta.

—¿Ya lo habéis solucionado? —se interesó.

—Sí, la quiero y no podía estar enfadada con ella eternamente.

Él asintió y me miró de soslayo.

—Pensaba que te irías con él.

—¿Con Adrián? —pregunté—. No me parecía correcto. Tenemos que hablar, pero no era el mejor momento y no podía volver con ellos en coche y seguir engañándole.

—¿De qué quieres hablarle?

—De nuestra relación. Le diré que solo podemos ser amigos y que no puedo estar con él. No sé qué pasará entre tú y yo, pero, pase lo que pase, no tengo futuro con Adrián como pareja.

—No me gustó que te besara —reconoció.

—A mí tampoco.

—Conmigo no será fácil.

—Las cosas que merecen la pena nunca lo son.

Durante el viaje de vuelta intenté tranquilizarle con respecto a Vicky. Ambos conocíamos su carácter explosivo y entendíamos que le hubiera impactado la noticia de nuestra... ¿relación? Todavía no sabía muy bien cómo definirlo, pero estaba claro que tendríamos que enfrentarnos a mi hermana y darle explicaciones. Decidimos hacerlo juntos porque pensamos que así le costaría más sonsacarnos toda la información que aún no estábamos preparados para compartir.

Alexei me dejó en casa y me acompañó hasta el ascensor. Nos despedimos con un beso y la promesa de vernos pronto. Al entrar, dejé la maleta tirada en un rincón, sin intención de deshacerla, y me tumbé en el sofá con el ordenador portátil para relajarme. Estuve navegando un rato y, al consultar mi correo electrónico, descubrí que tenía un mensaje de mi amiga, la de la agencia literaria a la que había enviado el manuscrito de Alexei, pidiéndome que la llamara urgentemente. Me dejó intrigada y decidí llamarla a la mañana siguiente. Después, me preparé una cena ligera y me acosté temprano. Había sido un fin de semana intenso y estaba agotada tras tantas emociones.

Capítulo 18

—¿Cómo fue la boda? —me preguntó Nadia el lunes por la mañana mientras desayunábamos en la cafetería.

—Maravillosa y muy emocionante —respondí, explicándoles un poco cómo había ido todo.

—Tu amiguito no te quita ojo de encima —comentó la pelirroja, señalando a Alexei con la cabeza—. ¿Seguís con lo vuestro?

—Más o menos —respondí sin querer entrar en detalles.

—Pues yo he quedado con Alberto esta tarde, me va a hacer las fotos para el *book* —intervino Valentina.

—No te hagas ilusiones con él —advertí—. Este fin de semana ha estado tonteando con una chica —expliqué sin querer implicar a Carol. Aun así, me parecía justo que Valentina supiera que el tío era un capullo.

—Ya me lo imagino —contestó la rubia—. ¿Acaso te crees que espero algo de él? El sábado me tiré a un morenazo guapísimo. Alberto solo me interesa por las fotos.

«Genial», pensé. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro, y más le valía a Carol no haberse hecho ilusiones con él porque iba a salir perjudicada.

Cuando volví a subir a la oficina, sin poder despedirme de Alexei porque estaba muy ocupado a aquella hora, aproveché para llamar a mi amiga, la agente.

—Hola, Ruth, soy Sofia. Recibí tu mensaje y no he podido llamarte hasta ahora —la saludé.

—Sofia, tenemos que hablar de esa joya que me enviaste —rogó emocionada.

—¿Te ha gustado? —tanteé.

—¡Me ha encantado! —exclamó—. Esos giros, esa trama, ¡ese final inesperado! Todavía estoy recuperándome, ha sido brutal. La profundidad de los personajes, las emociones, la conexión que de pronto empiezas a sentir con el asesino... Hacía tiempo que no leía algo así. ¿Es verdad que es la primera obra del autor?

—Así es —afirmé.

—Pues tiene un potencial extraordinario. Puedo conseguirle un buen contrato si firma conmigo. Dios, no podría creerlo si aceptara, es la oportunidad que llevo esperando tanto tiempo. Ponme en contacto con él de inmediato, tenemos que empezar a negociar cuanto antes.

—En realidad, hay un problema —murmuré.

—No me digas que al final no está interesado...

—No, no es eso. La verdad es que el autor no sabe que te he enviado el manuscrito.

—¿Quieres decir que lo hiciste sin su consentimiento?

—Más o menos.

—Sofia, pero ¿cómo se te ocurre?

—Lo hice porque es mi novio, le conozco y sé que todavía se siente inseguro con su trabajo. Pensé que sería buena idea contar con la valoración de un profesional para animarle y por eso me atreví a enviártelo sin consultárselo.

—Está bien, si hablas con él y está conforme no habrá problema. Dile que me llame cuanto antes, estoy dispuesta a viajar a Barcelona para reunirme con él cuando sea.

—De acuerdo, dame unos días para convencerle. Es un poco... obtuso —le pedí, pensando que iba a matarme cuando se enterara de lo que había hecho. Sin embargo, no podía dejar pasar una

oportunidad así. El mundo literario es complicado y sabía que podía confiar en Ruth, que velaría por los intereses de Alexei sin aprovecharse.

—No tardes, por favor.

Nos despedimos, colgamos y me pasé toda la mañana pensando en la manera de empezar aquella conversación con Alexei sin romper nuestra frágil relación de confianza, y no encontré ninguna. En menudo lío me había metido.

Por la noche, después de un baño relajante, me recogí el pelo, me puse cómoda y me tumbé en el sofá a ver la tele. Antes llamé a Lisa para preguntarle por Daniela y estuve hablando un ratito con la pequeña. Le dije que pensara lo que le gustaría hacer el fin de semana, pues estaba dispuesta a consentírsele todo, y preferí no dar más vueltas al tema del manuscrito ni a cómo iba a decirle la verdad a Alexei, concentrándome en un programa de humor mientras cenaba. Sobre las diez y media estaba que me caía de sueño y me planteé irme a la cama, sin embargo, no me dio tiempo ya que alguien llamó al timbre. Fui a abrir ilusionada porque ya sabía quién era. Todos los porteros tenían instrucciones de dejar subir solamente a los miembros de mi familia y a Alexei. Como Iván y Vicky estaban de luna de miel en Venecia, solo podía tratarse de aquel misterioso hombre de ojos azules que me había robado el corazón.

—Qué sorpresa, no te esperaba. —Le invité a entrar.

—Acabo de salir del trabajo hace un rato. He tenido que doblar turno porque pedí el fin de semana libre para asistir a la boda —me explicó, pasando al salón—. Ni siquiera he cenado.

—¿Tienes hambre? —pregunté, dispuesta a calentar uno de mis platos congelados.

—Estoy hambriento. —Me miró con intensidad.

—Iré a la cocina a ver qué tengo. —Intenté ir hacia allí, pero no pude avanzar mucho porque me detuvo agarrándome de la muñeca.

—No tengo hambre de comida, Sofia.

—Ah...

—Llevo todo el día pensando en ti y no he podido dejar de hacerlo ni un solo momento.

—¿De verdad? —Sonreí como una tonta.

—Sí, ha sido... desconcertante. No podía concentrarme en nada. Solo pensaba en lo que hicimos el sábado por la noche y quería repetirlo una y otra vez. ¿Tú quieres? —preguntó con timidez, y a mí se me fue el sueño de golpe.

—Lo deseo con todas mis fuerzas —confesé a punto de besarle.

Le rodeé la cintura con los brazos y él se inclinó para devorarme los labios. Nunca me habían besado así, como si quisieran absorberme y no dejarme ir jamás. Metí las manos por debajo de su camiseta y le acaricié el torso. Él no protestó y siguió besándome con más ganas. Mientras, me levantó una pierna para que le rodeara la cintura con ella. Cuando se frotó contra mi sexo, cubierto solo por el pantalón del pijama y las braguitas de algodón, me retorcí de deseo. Le quería dentro de mí en aquel mismo instante.

—Vamos a la cama —rogué bajando la pierna al suelo.

—¿A la cama? No sé si llegaremos. —Se quitó la camiseta y la lanzó al sofá.

—Pues en el suelo del pasillo, pero hazme el amor... Te necesito.

Él se apartó un par de pasos y me miró con intensidad.

—Primero quítate la ropa —ordenó, cruzándose de brazos.

—¿Aquí? —pregunté con miedo. Ya había visto las cicatrices, pero aún me sentía insegura porque un trauma así no se supera de un día para otro.

—Aquí y ahora. Quiero que me demuestres que confías en mí. Te lo he dado todo, Sofía, y exijo lo mismo de ti.

—Está bien —acepté empezando por lo fácil. Me quité la parte de arriba del pijama, dejando mis pechos al descubierto.

—Sigue —insistió.

Dudé unos segundos y al final me bajé los pantalones y la ropa interior al mismo tiempo. Ya que iba a hacerlo de todos modos, cuanto antes mejor.

—Ya está. —Aparté el pijama de una patada y me planté frente a él con la mirada clavada en el suelo. Alexei se acercó y me obligó a levantar la cabeza.

—Tus cicatrices solo son la señal de que has luchado por sobrevivir. No quiero que vuelvas a avergonzarte de ellas, ¿de acuerdo?

Yo asentí, y cuando me cogió de la mano para ir a la habitación, le seguí dejándome llevar. Me tumbé en la cama mientras acababa de desnudarse. Deseaba pasarme horas contemplando aquel cuerpo, recreándome en sus formas, tocándolo, besándolo, lamiéndolo, pero entendía que no estuviera preparado. Todavía le costaba asimilar lo que estaba sintiendo y no quería añadir más presión. Con el tiempo acabaría aceptándolo de manera natural, igual que me pasaría a mí con las cicatrices. Teníamos toda la vida por delante para soltarnos y disfrutar plenamente del sexo.

—Te comería otra vez, pero te necesito demasiado. Tendremos que dejarlo para otra ocasión —prometió, acomodándose entre mis piernas.

—Hazme el amor —volví a suplicar para que nunca olvidara que lo que nosotros hacíamos no tenía nada que ver con lo que había hecho en el pasado.

Me acarició con los dedos para prepararme mientras bajaba la cabeza y me mordisqueaba los pezones. Después se posicionó y me penetró con una profunda embestida.

—Dios, esta conexión es brutal —gimió, empujando con fuerza—. Quiero quedarme siempre así. Nunca había sentido nada parecido.

—Ni yo —coincidí, dejándome llevar por la pasión.

—No quiero que esto termine nunca —rogó antes de besarme.

Y así, unidos, nos dejamos arrasar por un orgasmo intenso.

—Te quiero —susurré cuando se dejó caer sobre mí, jadeando.

No respondió, pero no me hizo falta, pues sabía con certeza que, si Alexei no me quisiera, jamás se hubiera entregado a mí de aquella manera tan sincera y completa.

Le insistí para que se quedara a dormir, porque cuanto más tiempo pasábamos juntos más le necesitaba, pero se negó. Me dijo que a la mañana siguiente teníamos que madrugar y que si se quedaba no íbamos a dormir en toda la noche. Le despedí en la puerta con un beso y me metí en la cama con una sonrisa dibujada en los labios y su delicioso aroma impregnado en la almohada.

Adrián me llamó un par de veces y al final quedé con él el sábado por la mañana. Había llegado el momento de zanjar lo nuestro. Alexei volvió a repetir su visita nocturna el miércoles y el jueves y yo le recibí encantada; por mí como si decidía instalarse conmigo en el ático. El martes por la tarde quedé con Carol y nos fuimos a nuestra cafetería favorita a charlar y a tomar un batido. Le dije que me plantearía volver al gimnasio, pero que de momento prefería dejarlo, y no le mencioné nada del tema de Alexei. Antes teníamos que hablar con Vicky. También le comenté que Valentina había quedado con Alberto y que había habido más que fotos para observar su reacción. Se mostró impasible y me alegró confirmar que lo ocurrido en la boda no había sido más que un desliz producto del alcohol.

El viernes por la tarde salí temprano del trabajo y fui a buscar a Daniela al colegio. Me recibí con un abrazo enorme y nos fuimos a casa de Lisa para recoger a su perrito y la maleta. Después de dejarlo todo en casa, fuimos al cine y a cenar a una pizzería. Tras un duro día, nos dormimos abrazadas en mi cama.

El sábado por la mañana nos encontramos con Adrián y Hugo en el parque y, mientras los niños se columpiaban, decidí hablar con él. Reconozco que utilicé a Daniela de escudo para tener una excusa y salir huyendo en caso de que Adrián se enfadara conmigo, pero teníamos que hablar y no podía seguir alargándolo más.

—Esto no funciona, Adrián —le dije sin rodeos—. Lo mejor sería dejarlo.

—Pero ¿por qué? —preguntó sorprendido.

—Porque tú buscas una madre para tu hijo y yo no sé si estoy preparada.

—A Hugo le gustas y tú y yo nos llevamos bien. No entiendo dónde está el problema.

—Precisamente ahí. Como amigos podemos seguir viéndonos, pero no siento nada por ti más allá de la amistad y no quiero engañarte. Me gustaría que pudiéramos quedar para tomar algo o para salir con los niños, pero no podemos ser pareja. En realidad, nuestra relación se ha basado en eso desde el principio. Ninguno de los dos ha sentido deseo por el otro.

—Me dejas perplejo y no estoy del todo de acuerdo contigo. Yo me siento atraído por ti, pensaba que nos iba bien, poco a poco, pero bien —murmuró apartando la mirada.

—Si lo piensas un poco, te darás cuenta de que es lo mejor. Te mereces encontrar a alguien que pueda darte más y yo no soy esa persona. No te deseo, Adrián. Te aprecio como amigo, pero nada más.

—Tampoco hace falta que nos desborde la pasión. Yo solo busco una madre para Hugo, no espero que me ames.

—Eso es lo que piensas ahora, pero con el tiempo te darás cuenta de que aún eres joven y puedes volver a enamorarte, aunque ahora mismo te parezca imposible. No quiero que te veas atrapado en un matrimonio sin amor. Hugo y tú estaréis bien solos, no tengas prisa. Además, tampoco sería justo para mí. Me ha costado darme cuenta, pero al final he entendido que yo también me merezco ser feliz y que me amen.

—Me duele perderte, estoy a gusto contigo.

—No me perderás, seguiremos siendo amigos, lo prometo —aseguré, dándole un abrazo.

—Está bien, si es lo que quieres, lo acepto.

Que se resignara tan rápido me confirmó que perderme como pareja no le importaba tanto como quería hacerme creer, y preferí guardarme la información más importante porque no quería hacerle daño. Aunque no estuviera enamorado de mí, no debió gustarle que le dejara y no quise ensañarme. Más adelante le diría que había encontrado al amor de mi vida y que no podía dejarle escapar, siendo aquel el verdadero motivo por el que había decidido romper con él.

Alexei me llamó por la noche. Quedamos para ir a casa de Vicky el domingo y someternos a su interrogatorio. Seguro que no había disfrutado de la luna de miel pensando en lo que le habíamos estado ocultando, así que íbamos a ir preparados para todo.

—¿Has hablado con tu amigo? —preguntó antes de colgar.

—Sí, he quedado con él esta mañana.

—Espero que le hayas dejado claro que habéis terminado.

—Se lo he dejado muy claro, Alexei —respondí emocionada porque lo nuestro iba haciéndose cada vez más real.

Tras charlar un poco más, nos despedimos y colgamos con la promesa de vernos a la mañana siguiente.

Capítulo 19

Alexei nos vino a buscar el domingo y nos fuimos a comer a una hamburguesería. Vicky me había llamado a primera hora confirmándome que el avión acababa de aterrizar y que estarían en casa temprano, pero preferimos dejarles un poco de margen y llevar a la niña más tarde. Cuando terminamos de comer, volvimos al ático dando un paseo para recoger sus cosas. Daniela se fue a la habitación a buscar a León, su perrito, y yo aproveché para besar a Alexei en los labios. Me moría de ganas y me había contenido por la niña, aunque no pude disfrutarlo demasiado porque enseguida regresó al salón y tuvimos que separarnos.

—¿Nos vamos, princesas? —nos preguntó Alexei mientras cogía la maleta de la pequeña.

—¿Alexei y tú sois novios? —me interrogó Daniela cuando le di la mano para salir de casa.

—Bueno, pues... algo así —murmuré sin saber qué decir. Seguramente nos había visto besándonos.

—¡Qué bien! ¿Eso significa que vas a ser mi tío? —le preguntó.

—Podría decirse que sí —contestó avergonzado. Daniela era única para poner a la gente en un aprieto.

—¿Y os vais a casar? ¿Podré tener un primito? —insistió emocionada, y yo me atraganté y tosí con fuerza.

—¡Daniela! No corras tanto, ya veremos. Tiempo al tiempo.

—Así podré tener un primo y un hermanito —continuó sin hacerme caso—. ¿Crees que ahora que se ha casado, mami va a tener un bebé?

—¡Dios mío, no! No le digas eso a tu madre o le va a dar un ataque —exclamé, pensando en lo reacia que era Vicky a tener un hijo biológico.

Alexei lanzó una carcajada al escuchar los últimos comentarios, aunque intentó evitar las preguntas de mi sobrina durante el resto del camino, que transcurrió entre conversaciones sobre bebés y bodas.

Cuando llegamos a casa de Vicky, mi hermana salió disparada y abrazó a Daniela. Si me lo hubieran contado hace unos años, jamás me lo hubiera creído. Me pareció que incluso se le escapaban lágrimas de emoción, y eso que hasta hacía poco la habíamos apodado «la reina de hielo».

—Cielo, ¿cómo estás? —La apartó un poco y luego la volvió a abrazar con fuerza—. ¡Te he echado tanto de menos!

—Y yo, mami —aseguró la pequeña, feliz de volver a estar en casa.

—¿Dónde está mi niña? —preguntó Iván, que salió y arrancó a Daniela de los brazos de su madre.

—¡Papi! —chilló, rodeándole el cuello con los brazos.

León empezó a ladrar para llamar la atención de Iván, que en aquel momento solo tenía ojos para la niña y no le hacía caso.

—Pero si parece mayor, en una semana has crecido y te has convertido en una mujercita. ¡No me lo puedo creer!

—No es verdad, estoy igual —se ruborizó ella—. ¿Me has traído un regalo? —preguntó directa al tema que más le interesaba.

—Te hice una promesa, ¿no? —Daniela asintió—. Pues la he cumplido con creces.

—¿Qué significa?

—Significa que no solo te he traído un regalo, sino varios.

—¿De verdad, papi? —preguntó ilusionada.

—Claro, mi amor. Te lo mereces todo —le aseguró, y nos lanzó una mirada de disculpa, dejándose arrastrar por Daniela dentro de casa.

—Es como un niño pequeño —se quejó Vicky con un suspiro, aunque enseguida cambió el gesto y nos miró con los ojos entrecerrados—. Será mejor que entréis y vengáis dispuestos a darme una explicación —exigió señalando la puerta.

—No te pases, Vicky —le pedí cuando nos sentamos los tres en el sofá.

—¿Que no me pase? Por poco me arruináis la luna de miel. Menos mal que Iván me ha tenido ocupada y ha sabido distraerme.

—Ha sido un placer esforzarme al máximo —comentó el aludido, que iba cargado con una bolsa llena de paquetes—, pero os pido que la tranquilicéis antes de que le dé un ataque.

Dicho esto, se marchó del salón con Daniela y León para dejarnos un poco de intimidad.

—¿Y bien? —insistió Vicky.

—Estamos juntos —resumió Alexei.

—¿Juntos? ¿Os habéis vuelto locos? ¿No os ha servido de nada todo lo que os he dicho?

—Mira, es lo que hay. No lo buscábamos, francamente nos hemos resistido bastante, pero al final ha ocurrido —continuó él, y a mí me pareció bien que llevara el peso de la conversación, no tenía ganas de enfrentarme a mi hermana.

—Alexei, te lo advertí cientos de veces, mi hermana juega fuera de tu liga. No quiero que le hagas daño.

—Eso es algo que tengo que decidir yo, ¿no te parece? —exclamé indignada—. Estoy enamorada de Alexei y quiero estar con él. —Le cogí de la mano y él me acarició los nudillos con el pulgar para infundirme calma.

—No le haré daño, Vicky, lo juro —prometió muy serio.

—¿Sientes algo por ella? ¿Estás enamorado? —interrogó—. ¿Te crees capaz de amar, Alexei?

—¡Basta, Vicky! No tienes derecho a meterte —intervine porque sabía que Alexei no estaba preparado para decir en voz alta lo que sentía y me daba miedo que consiguiera asustarle.

—Lo hago porque sé cosas de Alexei que me hacen dudar de su capacidad para mantener una relación seria, y también porque sé cosas de ti y no quiero que sufras.

—Agradecemos tu preocupación, Vicky, pero Sofía y yo nos lo hemos contado todo y queremos intentarlo. No nos lo pongas más difícil. Me conoces y sabes que jamás le haría daño intencionadamente.

Ella le miró un momento con los ojos entrecerrados y al final dejó escapar un suspiro.

—Tengo miedo de que salga mal y acabe afectándonos a todos. Os quiero a los dos y no me gustaría perderte, Alexei, pero mi hermana está por encima de todo.

—Y así es como tiene que ser —aceptó él—. Para mí, Sofía también está por encima del resto. No me pidas que elija, porque estoy dispuesto a renunciar a nuestra amistad por ella —confesó, consiguiendo que todas las mariposas que sentía en el estómago empezaran a revolotear como locas—. Hasta ahora había un vacío inmenso dentro de mí que ella ha llenado por completo.

—Joder, tú también te has enamorado —gimió Vicky—. Está bien, haced lo que os dé la gana, pero no lo estropeéis. Aunque os parezca lo contrario, me hace muy feliz que estéis juntos, lo que me da miedo es que os hagáis daño porque os quiero a los dos.

—No nos lo haremos, confía en nosotros.

Ella asintió resignada y nos abrazó como haría una madre preocupada y al mismo tiempo ilusionada.

Nos fuimos enseguida porque estaban cansados del viaje y no queríamos molestar. Además, estábamos deseando huir del interrogatorio. Le prometí a Vicky que la llamaría y acabaría de contárselo todo, y Alexei me acompañó a casa. Pasamos la tarde haciendo el amor en el sofá y luego nos metimos en la ducha y lo repetimos. Después de cenar se fue a su casa. Sabía que tenía que contarle lo de la novela, pero me daba mucho miedo, así que, como una cobarde, pensé que ya se lo contaría otro día y le dejé marchar.

Vicky me llamó el lunes por la noche y estuvimos hablando un buen rato por teléfono. Le dije que Alexei me había hablado de su pasado y que entendía las razones por las que no podía tener una relación normal con él, aunque no por ello iba a dejar de amarle. Me había enamorado de aquel hombre desde el principio y, aunque traté de luchar contra ello, ya no había nada que hacer. También le conté que me había ayudado a superar lo de mis cicatrices y que las había aceptado como algo que formaba parte de mí. Vicky me recordó que cualquier persona que me quisiera de verdad haría lo mismo, y se mostró satisfecha al comprobar que su amigo había estado a la altura de las circunstancias. Después, dejando de lado el tema que más nos preocupaba, me dijo que me estaba organizando una fiesta de cumpleaños y que no hiciera planes para el fin de semana.

Ni siquiera recordaba que era mi cumpleaños. Nunca había tenido a nadie especial con quien celebrarlo y había aprendido a dejar pasar la fecha sin preocuparme por ello. Vicky me dijo que quería compensarme por todos los cumpleaños que no habíamos celebrado juntas y que no aceptaría un no por respuesta. Lo único que lamentamos fue no poder acabar la noche bailando en el *Bright Club*, nuestra discoteca favorita, pues, desde que habían despedido a Alexei, nos habíamos prometido no volver a poner los pies allí. Me dijo que prepararía algo en su casa y que me dejara llevar sin hacer preguntas.

—¿Sabes algo de la fiesta de cumpleaños que me está organizando mi hermana? —le pregunté a Alexei el miércoles por la noche.

Al final le había convencido para que se quedara a dormir, aunque, tal y como predijo, apenas dormimos a pesar de que a la mañana siguiente teníamos que madrugar. Pero ¿quién necesita dormir cuando tiene a la persona de la que está enamorada en su cama?

—Algo sé... —murmuró haciéndose el interesante.

Ambos estábamos desnudos y saciados después de hacer el amor.

—¿Algo como qué? —insistí.

—Algo como que si te lo digo me voy a quedar sin pelotas y, sinceramente, desde que estoy contigo vuelvo a tenerles mucho aprecio.

—¿Has hablado con Vicky? ¿Habéis quedado? —pregunté preocupada.

—Ayer por la tarde. Me echó la bronca y me acojonó bastante.

—Maldita sea, no quiero que se meta entre nosotros, ella no sabe nada, no lo entiende. No quiero que lo estropee. —Me incorporé furiosa y me senté en la cama.

—No lo estropeará, ¿de acuerdo?

—No quiero que te convenza de que estar conmigo es una locura —confesé al borde de las lágrimas. Temía que el respeto que Alexei sentía por Vicky se interpusiera entre nosotros. Sabía que no quería decepcionarla y también que mi hermana pensaba que alejándome de él estaba protegiéndome.

—Nada ni nadie va a alejarme de ti. Aunque me costó aceptarlo, te necesito demasiado y con respecto a ti me he vuelto egoísta, así que prepárate para soportarme durante mucho tiempo —me sonrió.

—¿Lo prometes?

—Te doy mi palabra.

Y con eso me quedé tranquila. Si de algo estaba segura era de que Alexei no iba a romper nunca su promesa. Su honor era de las pocas cosas que, según él, conservaba.

Vicky me tuvo toda la semana en vilo. Me esperaba recibir pistas para ir en busca de mis regalos o cualquier locura que se le pudiera ocurrir, y hasta temí que se vengara por el *boy* que contratamos el día de su despedida de soltera, sin embargo, no ocurrió nada, absolutamente nada. Alexei tampoco mencionó que era mi cumpleaños, y eso que la noche del viernes la pasamos juntos.

El sábado, después de comer, empecé a ponerme nerviosa. Nadie me había llamado, nadie me había felicitado y no sabía lo que tenía que hacer. Cuando ya estaba planteándome llamar a Vicky o presentarme en su casa, el portero me avisó a través del telefonillo de que Carol estaba subiendo. «Por fin», pensé.

—Así que tú has sido la elegida —me sorprendí cuando bajó del ascensor.

—¿Decepcionada? —preguntó con una sonrisa.

—Bueno... —murmuré.

—Anda, ven aquí. —Me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza—. Feliz cumpleaños.

—Gracias —musité aplastada contra su pecho—. Pensaba que Vicky me había tomado el pelo, que la sorpresa era esa y que no lo sabíais ninguno.

—Qué tonta eres —se burló—. ¿Cuántos cumpleaños?

—Veintiséis.

—Joder, eres una cría, qué suerte tienes.

—No tan cría —me quejé.

—Será mejor que te metas en la ducha y te arregles. Eres la estrella de la noche, no querrás salir fea en las fotos, ¿verdad? —comentó, tirándose en el sofá para ver la tele mientras me esperaba—. Por cierto, ya te vale. ¿Por qué no me dijiste lo de Alexei?

—¿Te lo ha contado Vicky? —inquirí molesta.

—Se lo contó a Lisa y a Su, son sus mejores amigas, ¿qué esperabas? —Se encogió de hombros—. Y Lisa me lo comentó a mí porque pensó que ya lo sabía.

—En fin, da igual. Es mejor que lo sepáis, no es un secreto —confirmé—. No te dije nada porque ha sido todo un poco raro. Ya sabes lo reservado que es Alexei.

—Ya me contarás los detalles —dijo quitándole importancia—. Me alegro por vosotros, sé que estás enamorada de él desde el principio.

—No puedo negarlo.

—¿Y Adrián?

—Se lo tomó bien, seguiremos siendo amigos. En realidad, nunca hubo nada más entre nosotros.

—Lástima, es mono y parecía simpático —murmuré.

«¿Le gustará Adrián?», me pregunté mientras iba al baño. No obstante, cuando empecé a arreglarme me olvidé del asunto.

Sobre las siete de la tarde cogimos un taxi y nos fuimos a casa de Vicky. Desde la calle se oía música y jaleo. Llamamos a la puerta del jardín y nos abrió mi hermana, que me abrazó con fuerza.

—Feliz cumpleaños, pequeña —me susurró al oído.

—Gracias —respondí, no solo por la felicitación, sino por la fiesta que me había organizado.

—¡Atención, ya está aquí la estrella! —gritó cuando entramos, y todos mis amigos vinieron a saludarme.

Aparte de Carol, Iván y Daniela, también habían venido Eric y Su, Lisa y Raúl, que había dejado al pequeño Víctor con su abuela, Nadia y Valentina, y mi amado Alexei, que me sonrió y esperó pacientemente hasta que todos me felicitaron.

—Me ha costado mucho irme esta mañana sin decirte nada —susurró—, pero estoy a prueba con Vicky y no quería jugármela.

—Está bien, te perdono. —Sonreí encantada de que me cogiera de la mano con tanta naturalidad a pesar de estar rodeados de todos nuestros amigos.

Mientras charlábamos y nos divertíamos, Vicky preparó la mesa con los aperitivos e Iván se ocupó de los cócteles, que no cargó demasiado porque Daniela estaba en casa. Nadia y Valentina estuvieron bromeando con Carol, algo que me sorprendió y alegró a partes igual. Aunque mis compañeras de trabajo estaban un poco locas, empezaba a cogerles cariño y me gustaba que se integraran en mi círculo más íntimo.

Pasadas las nueve, empezamos a cenar. Mi hermana preparó mis platos favoritos y una vez más me recordó que en el reparto de dotes culinarias se había llevado el premio gordo. Todo estaba delicioso. De postre me pusieron delante una enorme tarta de chocolate y Daniela me ayudó a soplar las veintiséis velas mientras los demás me cantaban el cumpleaños feliz.

Después llegaron los regalos. Carol me regaló una trilogía de una de mis autoras favoritas. Susana un frasco de perfume y Lisa unos pendientes de Swarovski. Nadia y Valentina me regalaron un vestido precioso y un vale para una sesión de *spa*. Daniela me hizo un dibujo que me emocionó. Vicky me regaló un álbum con fotos de cuando éramos pequeñas y algunas actuales en las que salíamos con Daniela, e Iván me dio la sorpresa de la noche al entregarme unos documentos.

—¿Qué es esto? —pregunté intrigada.

—Los papeles para poner el ático a tu nombre, quiero que te lo quedes.

—¡¿Qué?! —exclamé—. Es demasiado, no puedo aceptarlo.

—Claro que puedes, quiero que sea tuyo, a mí ya no me sirve. Ya sé que a tu novio no le gusta, pero tendrá que aguantarse. —Miró de reojo a Alexei, que permanecía impassible a mi lado—. Haz con él lo que quieras. Si lo prefieres véndelo, me da igual, pero quiero que te lo quedes, es lo menos que puedo hacer después de todo lo que ha pasado.

—Está bien —acepté, levantándome para abrazarle.

Sabía que Iván seguía culpándose por lo ocurrido con mi padre y buscaba la manera de compensarnos. Y, sinceramente, aunque a Alexei no le gustara, a mí el ático me encantaba.

Entonces me giré para mirarle. Todo el mundo me había entregado los regalos excepto él y estaba deseando saber qué me había comprado. Con la antología poética de Edgar Allan Poe había acertado, así que tenía muchísimas expectativas puestas en su regalo.

—Alexei, será mejor que vayas a buscarlo —propuso mi hermana.

—Sí, ya voy —respondió incómodo, como si le diera vergüenza haberse convertido en el centro de atención.

Se levantó, se fue al interior de la casa y volvió al cabo de un par de minutos con una caja de cartón. Me sonrió tímidamente antes de dejarla sobre mis rodillas.

—¡Ábrela, tía Sofia! ¡Ábrela! —chilló Daniela, dando palmaditas y saltitos.

De pronto, la caja se movió, sobresaltándome, y los miré a todos intrigada. Parecían animarme

en silencio a levantar la tapa. Así lo hice e inmediatamente se asomó por el borde una cabecita negra y peluda.

—Dios mío —me emocioné mientras cogía al precioso cachorro de labrador retriever que había dentro—. ¡Es una monada! —exclamé. Era la cosita más bonita que había visto en mi vida.

—¿Te gusta? —preguntó él, sentándose a mi lado.

—¿Bromeas? No me puedo creer que me hayas regalado un perro. ¡Me encanta!

—Ese ático es demasiado grande para ti sola y quiero que alguien te cuide cuando no estoy contigo —explicó.

—Déjame, tía Sofía —pidió Daniela.

—Lo más complicado ha sido conseguir que esta chivata nos guardara el secreto —dijo Vicky mientras la niña besaba con entusiasmo al perrito.

—Quería tener una mascota, pero no me decidía —le comenté a Alexei cuando todo el mundo volvió a dispersarse después de los regalos—. Es adorable —confesé cuando Daniela me lo devolvió.

—¿Cómo se llama? —preguntó la pequeña.

Yo miré a Alexei.

—Es cosa tuya, tú decides —me dijo—. Aunque lo he tenido en casa unos días, me he resistido a ponerle nombre.

—¿Lo has tenido unos días?

—Sí, y le he cogido mucho cariño. Espero que estés dispuesta a compartirlo —propuso—. Se lo comenté a Vicky y me dijo que la perra de uno de sus clientes había tenido una camada y estaban regalando los cachorros porque no podían quedarse con todos. Fui a visitar a los dueños y adopté a este pequeñín —me resumió.

—Lo que más deseo es compartirlo todo contigo, Alexei. El cachorro será de los dos. —Me incliné y le besé en los labios mientras el perrito me lamía la barbilla.

—El nombre, tía Sofía —reclamó Daniela, que seguía esperando impaciente.

—Vamos a ver, ¿cómo podemos llamarte, cosita preciosa? —me pregunté. Entonces se me ocurrió una idea—. Si vas a tener que cuidar de mí cuando Alexei no esté a mi lado, debería ponerte su seudónimo, ¿no te parece? —consulté con él, que se encogió de hombros—. Black, vamos a llamarte Black.

—¡Me gusta mucho el nombre! —aplaudió Daniela.

Alexei sonrió y acarició la cabeza del perrito, que enseguida le lamió la mano. Tenía pinta de ser muy juguetón y pronto sería enorme, así que me alegré de vivir en el ático y disponer de la terraza para que pudiera jugar.

Sobre la una de la madrugada decidimos irnos a casa. Los demás se quedaron, pero Alexei y yo teníamos ganas de estar solos. Al llegar acomodamos a Black en un rincón del salón, aunque él prefirió explorar un poco. Lo dejamos a su aire y nos fuimos a la habitación. Nos desnudamos lentamente, mirándonos a los ojos y acariciándonos. Alexei empezaba a disfrutar del contacto de mis manos pues, desde que estábamos juntos, había aprendido a diferenciar lo que había sido su trabajo de lo que compartía conmigo. Además, había sabido otorgar a mis cicatrices la normalidad que yo no había querido darles y ya no me molestaba desnudarme y exponerme ante él. Las cicatrices estaban ahí, ambos lo sabíamos, pero no marcaban ninguna diferencia.

Una vez desnudos, nos abrazamos y nos besamos con pasión, saboreándonos sin prisas. Me encantaba sentirle así, cerca, cálido, piel con piel, y cuando él ya me empujaba para que me tumbara en la cama, Black irrumpió en la habitación, ladrando suavemente y buscando llamar la atención.

—No, amigo, eso sí que no —dijo señalando la puerta—. Quiero estar a solas con mi chica, lárgate. —El cachorro gimió lastimeramente, como si le hubiera entendido, pero no se movió del sitio—. Black, fuera —insistió.

—Alexei, es imposible que te obedezca, es demasiado pequeño, está en un lugar desconocido y se siente solo —intenté razonar.

—No quiero mirones, tendrá que esperar hasta que terminemos. —Cogió al perrito en brazos y lo llevó al salón. Después regreso corriendo a la habitación y cerró la puerta, tumbándose a mi lado—. ¿Por dónde íbamos?

—Por el momento en el que tú te quedas quieto y me dejas llevar las riendas —tanteé, empujándole y sentándome a horcajadas sobre sus caderas—. ¿Te apetece?

Vi un rastro de duda en sus ojos azules, pero asintió con la cabeza.

—Está bien.

Me incliné y le besé en el pecho, a la altura del corazón. Después acaricié su miembro de arriba abajo, frotándolo contra mi sexo húmedo. Alexei gimió y cerró los ojos, y yo aproveché para colocarme en posición y empezar a descender lentamente hasta tenerle por completo hundido en mi interior.

—Dios, cada vez me gusta más —jadeé, subiendo lentamente para dejarme caer con fuerza.

—Y a mí —gimió con las manos en mis caderas—. Muévete, princesa. Rápido y duro.

Asentí con la cabeza y empecé a moverme con la ayuda de sus manos, que marcaron el ritmo, hasta que nos dejamos llevar por un intenso orgasmo que nos arrancó gritos de placer. Me dejé caer a su lado, completamente saciada, y entonces escuché ruido de rasguños al otro lado de la puerta. Con una sonrisa dibujada en los labios, me levanté y abrí la puerta. Black entró y se situó a los pies de la cama, mirándome con adoración. Lo cogí en brazos y lo acurruqué junto a nosotros. Enseguida buscó el calor del pecho de Alexei y cerró los ojos con placer.

—Esto va a convertirse en una costumbre, ¿verdad? —preguntó sin dejar de acariciar al perrito.

—Tiene toda la pinta —murmuré somnolienta, antes de cerrar los ojos y dejarme vencer por el sueño.

Había sido el mejor cumpleaños de mi vida.

Capítulo 20

Sin duda alguna, la vida con Black era mucho más divertida. Me dolía dejar al cachorro solo mientras estaba trabajando, pero nunca me habían recibido con tanto cariño cuando volvía a casa. Me seguía a todas partes, me llenaba de besos, no aceptaba menos que dormir conmigo en la cama y yo ya le quería con todo mi corazón. Alexei intentaba hacerme entender que debía enseñarle a cumplir algunas normas, pero todavía estábamos adaptándonos el uno al otro y me apetecía consentirle un poco más. El perrito dependía exclusivamente de mí y cada monería me hacía inmensamente feliz porque era solo para mí.

Con Alexei las cosas iban cada vez mejor. Había recuperado la amistad de Carol y conseguido la de Nadia y Valentina. Con el resto de mi familia todo funcionaban de maravilla. Nunca me había sentido tan completa. No obstante, la felicidad no fue eterna... El jueves por la tarde, antes de salir de la oficina, me llamó Ruth y todo empezó a desmoronarse.

—Todavía estoy esperando una respuesta, Sofía. Y, aunque el autor es bueno, se me está agotando la paciencia. Si quieres que trabaje con él, necesito que nos pongas en contacto de inmediato —me exigió.

—Lo siento, tienes razón. Estos días he estado muy liada y no he podido hablar con él del tema. Te prometo que el lunes tendrás una respuesta —le aseguré.

—De acuerdo, el lunes, ni un día más.

Cuando colgamos, me di cuenta de que se me había acabado el tiempo. Tenía que hablar con Alexei de inmediato.

Habíamos planeado vernos el sábado, ya que el viernes saldría tarde del trabajo y estaría cansado, así que preferí esperar hasta entonces para comentárselo. Por un lado, pensaba que se alegraría de que alguien estuviera interesado en apoyarle para publicar su novela, pues era lo que siempre había deseado, y por el otro temía que le molestara que hubiera roto la promesa que le había hecho. Aun así, la oportunidad era única y no podíamos dejarla escapar.

Comimos en casa y me pasé el rato perdida en mis pensamientos, removiendo la ensalada sin probar bocado por culpa de los nervios. Él me estaba contando algo ocurrido en la cafetería aquella mañana, pero yo no le estaba escuchando. En mi mente buscaba la manera de sacar el tema de la novela y no se me ocurría cómo suavizarlo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó.

—Perdona, es que estaba pensando —me excusé.

—Se nota, estabas muy lejos de aquí. ¿Has terminado?

Asentí y se llevó mi plato a la cocina. Regresó al cabo de unos minutos y me armé de valor mientras volvía a sentarse.

—Tengo que contarte una cosa, pero tengo miedo de que te enfades —solté.

—¿Qué ocurre? —Me miró con el ceño fruncido.

—Sé que me pediste que no lo hiciera, pero... envié tu manuscrito a mi amiga, la de la agencia literaria.

—¿¿Qué?! —exclamó poniéndose de pie—. ¿No lo dirás en serio?

—Totalmente. Sabía que era bueno y que no tenías recursos para publicarlo. Ruth lo ha leído y me ha dicho que es increíble y que le encantaría trabajar contigo. Está entusiasmada. —Intenté animarle con la noticia, sin embargo, me miró como si acabara de confesar que le había dado una

patada al cachorro.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto, Sofía. Te pedí expresamente que no te metieras, que quería hacerlo solo y que no te necesitaba. Es mi novela, no tenías ningún derecho a enviársela a otra persona para que la leyera sin mi consentimiento.

—Pero ¿no lo entiendes? Sabía que podía ayudarte, no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo dejabas pasar la oportunidad. Van a publicar la novela, solo tienes que llamar a mi amiga y ella hará realidad tu sueño. ¿Tan mal te parece? —me exasperé.

—Lo que me parece mal es que me hayas traicionado. ¿Cómo podré volver a confiar en ti si me fallas en lo más elemental?

—No dramatices, Alexei. Tampoco es para tanto. Sé que debería habértelo consultado, pero te conozco y me habrías dicho que no. Aunque quieres publicarla, tienes miedo y nunca lo habrías hecho. Necesitabas un empujón y yo te lo he dado porque te quiero y creo que te lo mereces.

—La que no lo entiende eres tú. Es mi novela y es mi decisión. Lo hiciera o no, era algo que tenía que decidir yo. No te excuses diciendo que me quieres. De ser así no me habrías engañado.

—Estás enfadado, lo entiendo y asumí ese riesgo cuando envié el manuscrito sin tu consentimiento, pero lo hice para ayudarte porque quiero que cumplas tu sueño.

Alexei me miró como si no se lo pudiera creer. Se pasó las manos por el pelo, bufando, resoplando y empezando a pasearse de un lado a otro del salón, poniéndome muy nerviosa.

—Enfadado no se acerca ni de lejos a lo que siento. Estoy furioso y decepcionado. Quería hacer esto solo, lo necesitaba. —Negó con la cabeza, indignado—. Me voy, si me quedo aquí vamos a acabar mal. Me estoy conteniendo y no estoy diciendo todo lo que pienso porque te respeto y no quiero gritarte, que es lo que me apetece hacer ahora mismo. —Cogió la cazadora y se la puso con movimientos bruscos.

—No te vayas, Alexei, hablemos —rogué.

—No puedo. Sé que si me quedo diré cosas de las que me arrepentiré. Estoy tan enfadado que no sé si tengo ganas de volver a verte.

—Por favor, piensa en ello —supliqué—. Nunca quise hacer nada para perjudicarte, al contrario.

—Me voy, tengo que pensar. Ya hablaremos. —Fue lo último que me dijo antes de salir dando un portazo.

Me dejé caer en el sofá con un gruñido y cogí a Black en brazos. El perrito me miró embelesado con sus ojillos oscuros mientras le acariciaba. Me dio mucha rabia lo ocurrido. Nada había salido según lo planeado. Había imaginado que Alexei se molestaría un poco por mi atrevimiento, pero pensé que al final acabaría reconociendo que la oportunidad era única y me lo agradecería. Tal vez debería haberme disculpado, reconocer que me había pasado y que podría haberlo hecho de otra manera. Me hubiera gustado que me diera la oportunidad de explicarme y hacerle entrar en razón, no que huyera de aquella manera. Realmente parecía enfadado y su amenaza de no querer volver a verme me aterrorizaba. Esperaba que se tranquilizara, entendiera por qué lo había hecho y me perdonara. Confiaba en ello.

El domingo no me llamó, pero conociéndole sabía que seguiría enfadado por lo ocurrido. Me armé de paciencia y me propuse hablar con él el lunes en la cafetería. No quería entrar en pánico antes de tiempo. No podía ser que se hubiera enfadado tanto cuando era evidente que solo había querido ayudarle, jamás perjudicarlo.

La mañana en la oficina la pasé nerviosa. Sobre las diez arrastré a mis compañeras a la cafetería

y, al verme entrar, Alexei me esquivó, dándome a entender que no me lo iba a poner fácil. Me tomé un café sin ganas y mordisqueé las tostadas, dejándolas prácticamente enteras en el plato. Mis amigas me miraron intrigadas, pero no hicieron preguntas. A la hora de volver les dije que invitaba yo y que fueran subiendo. Era la excusa perfecta para acercarme a la barra y hablar con él. Sin embargo, en cuanto vio mis intenciones, intentó volver a esquivarme y salir a atender mesas, así que me anticipé a sus movimientos y le intercepté junto a la barra.

—¿Podemos hablar? —supliqué.

—No, tengo trabajo —se negó, cruzándose de brazos.

—Por favor, Alexei, perdóname... Sé que estás enfadado, pero no puedes dejar pasar esta oportunidad por una pataleta.

—No es una jodida pataleta —gruñó en voz baja para no montar un numerito. Ya habíamos tenido bastante con lo ocurrido en la discoteca como para repetirlo allí—. Yo jamás te habría traicionado. Es como si le hubiera contado a alguien lo de tus cicatrices, ¿podrías perdonármelo?

—No es lo mismo. Ahora estás ofuscado y dolido. Lo entiendo y sé que a la larga recapacitarás —razoné, rezando con todas mis fuerzas para que fuera cierto porque no podía perderle—, pero te lo repito, no puedes dejar escapar esta oportunidad. Sigue sin hablarme si quieres, pero llama a Ruth.

Abrí el bolso y cogí una tarjeta con su nombre, número de teléfono y dirección de correo electrónico. Se la ofrecí y él apartó la mirada, como un maldito niño pequeño enfurruñado. Cabreada, se la metí en el bolsillo de los pantalones, lanzándole una mirada de advertencia.

—Llama, Alexei. Tú has hecho el trabajo, tú te has ganado esta oportunidad, yo solo he sido la intermediaria. No seas cabezota —dije antes de salir de la cafetería, cabizbaja y disgustada.

Cuando subí al ascensor para volver a la oficina, estaba a punto de romper a llorar. Tenía un miedo atroz de perder a Alexei por una tontería. Lo nuestro aún era frágil y cualquier cosa podía hacerle retroceder. Ni siquiera sabía si me amaba, nunca me lo había dicho, y tal vez yo solo había sido ese paso necesario para superar su pasado y poder avanzar. Alguien prescindible que olvidaría con el tiempo. Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, pero alguien metió un maletín en medio, impidiendo que lo hicieran del todo, para poder entrar. Era Iván.

«Maldita sea», pensé secándome las lágrimas que me resbalaban por las mejillas.

—¿Qué ocurre? —me preguntó al darse cuenta de que estaba llorando—. ¿Por qué lloras?

—No es nada. —Carraspeé—. Un mal día.

—Y una mierda —exclamó—. ¿Alguien te ha molestado? Dímelo inmediatamente.

—Nada de eso. Es un asunto personal —contesté. Lo último que necesitaba era que volviera a entrometerse y mis compañeros siguieran viéndome como la enchufada del departamento.

—¿Te has peleado con Alexei? ¿Es eso? —Me miró con los ojos entrecerrados—. Joder, ese capullo te ha hecho llorar. Hablaré con él, ya se puede ir preparando —gruñó.

—Déjalo, ¿de acuerdo? —exigí—. Son cosas nuestras, nada grave. Solo una discusión sin importancia. Seguro que esta noche ya lo hemos arreglado —mentí—. No quiero que te metas.

—Está bien, pero recuérdale que si te hace sufrir se las tendrá que ver conmigo. Nadie hace daño a mis chicas, ¿queda claro?

—Clarísimo —asentí, besándole en la mejilla. Saber que podía contar con él me hizo olvidar durante unos segundos el disgusto.

Cuando bajé en mi planta, me fui al baño e intenté recomponerme para aguantar el resto de la jornada sin pensar que mi historia de amor se estaba desmoronando ante mis ojos.

No tuve noticias de Alexei en toda la semana y no me atreví a ponerme en contacto con Ruth por

miedo a estropearlo. Si aún no la había llamado, podía provocar que me dijera que ya no estaba interesada y eso era lo último que quería. Ya que aquella había sido la causa de nuestra primera gran pelea, quizá incluso la definitiva, por lo menos que saliera bien. Esperaba que él hubiera recapacitado y la hubiera llamado.

El viernes me quedé en casa, acurrucada en el sofá y abrazada a Black. Sin él, esos días habrían sido aún más insoportables. El perrito me daba besos en la barbilla mientras buscaba mis caricias. Con tan poco era feliz y le envidiaba, sobre todo en aquel momento, cuando me sentía tan desgraciada. Nadia y Valentina me habían propuesto salir a cenar, y Carol se había ofrecido a venir a casa a ver una película, pero rechacé ambas propuestas. Quería estar sola. En cualquier momento podía aparecer Alexei, arrepentido por la absurda discusión, y yo quería estar disponible para él.

Me desperté el sábado por la mañana en el sofá, tapada con una manta, con la tele encendida y Black reclamando su desayuno a base de gruñidos. Me ocupé del cachorro e hice un intento conmigo misma. Me preparé un café y me di una ducha, nada más. No tenía ganas de arreglarme ni de salir ni de ver a nadie. Solo quería que volviera Alexei. Él era mi felicidad y por mi culpa se había estropeado todo.

A primera hora de la tarde, cuando ya estaba a punto de quedarme sin uñas por culpa de los nervios mientras intentaba buscar la manera de conseguir su perdón, alguien llamó al timbre insistentemente. Black ladró y yo me levanté de un salto imaginando que podía ser él, sin embargo, me llevé una desilusión al encontrarme cara a cara con mi hermana.

—Ya veo que te alegras de verme —comentó con sarcasmo.

—Lo siento, es que no esperaba visitas —me disculpé mientras nos dirigíamos al salón.

—Se nota. —Miró a un lado y a otro arrugando la nariz—. Por un momento me has recordado a la Sofía indigente que vivía en mi casa y se pasaba el día en pijama, oliendo a perro sucio.

—Me he duchado —me defendí.

Había pasado unos meses complicados mientras vivía con ella. Intentaba encontrar mi lugar en una ciudad nueva donde no conocía a nadie, y tenía que adaptarme a tener una familia y una hermana a la que le costaba mucho admitir que me quería y me necesitaba. En aquel momento volvía a parecerme mucho a esa chica desubicada que fui.

—¿Qué ha ocurrido, cielo? —preguntó rodeándome con los brazos—. Iván me ha contado que te encontré llorando y que te habías peleado con Alexei.

—Menudo bocazas —me quejé.

—Te quiere y se preocupa por ti, igual que yo. Cuéntamelo todo.

—No ha sido culpa de Alexei, he sido yo —confesé abatida—. Lo he estropeado todo.

—¿Cómo es posible? Eres dulce y buena, no te veo capaz de estropear nada —me consoló, invitándome a sentarme en el sofá.

—He traicionado su confianza.

—¿Haciendo qué?

—Sabes lo de la novela, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Me la dejó leer hace unas semanas, cuando empezamos con todo esto.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó sorprendida—. A mí no quiso dejármela.

—Me dijo que tú no serías objetiva y que se fiaba más de mi opinión.

—¡Será capullo! Soy su mejor amiga, ¿cómo puede pensar eso de mí?

—La novela es brutal, Vicky —la interrumpí—. Ni te lo imaginas. Increíble. Tiene el éxito asegurado, pero no tiene recursos para publicarla y yo se los ofrecí.

—Oh, vaya... Empiezo a entender lo que ha ocurrido —murmuró—. El muy cabezota no aceptó

tu ayuda, ¿verdad?

—Así es. Le conté que tengo una amiga que trabaja en una agencia literaria y me ofrecí a pasarle el manuscrito. Se negó rotundamente y me dijo que ni se me ocurriera meterme, que quería hacerlo solo.

—Pero tú no le hiciste caso —adivinó.

—Al principio sí, pero luego ocurrió lo de la discoteca, le despidieron y me sentí culpable. No podía permitir que su novela se quedara guardada en un cajón por falta de dinero o contactos, así que decidí enviarle el manuscrito a mi amiga. Cuando lo leyó, me dijo que Alexei iba a convertirse en un autor superventas y que le conseguiría un buen contrato —resumí—. El problema ha sido hacérselo entender a él.

—Se ha enfadado mucho, ¿no?

—Ni me habla —me lamenté—. Lo peor es que va a dejar escapar esta oportunidad por una estúpida cuestión de orgullo.

—No es solo una cuestión de orgullo. Le conozco y sé cómo piensa. Todo lo que ha conseguido en la vida ha sido vendiéndose y ya no quiere seguir debiéndole nada a nadie.

—Pero ¿no se da cuenta de que a mí no me debe nada? Que le amo y se lo daría todo a cambio de nada —me exasperé.

—Parece que le está costando asimilarlo —razonó Vicky—. Os conozco a los dos y sé que lo que más deseas es ayudar a las personas que quieres. Pagaste mi deuda y te niegas a que te devuelva el dinero. Lo haces porque llevas demasiado tiempo lejos de tus seres queridos y crees que si te conviertes en alguien imprescindible ya no volverás a quedarte sola. Y él es tozudo y está enfadado con el mundo. No está acostumbrado a compartir nada con nadie. Me sorprende que haya sido capaz de empezar algo contigo, no por ti, sino por él mismo, por su pasado y sus experiencias. Desde el principio te dije que con Alexei no iba a ser fácil, sobre todo si no estás dispuesta a perdonarle estos estallidos.

—Estoy dispuesta a todo por él, pero no puedo luchar contra sus miedos. Eso es algo que debe hacer solo, si no, nunca podrá superarlos.

Vicky asintió, pensativa.

—¿Cómo lograste llegar hasta él? —me preguntó entonces—. Es tan hermético que me sorprende que al final se soltara contigo.

—Todo empezó como un juego. Le pedí ayuda. Quería superar lo de mis cicatrices y mi relación con Adrián fue la excusa para acercarme a él y que lo aceptara.

—¿Qué demonios le propusiste?

—Le dije que me habías contado cosas de su pasado, y que necesitaba que me ayudara a perder el miedo a desnudarme delante de un hombre y a conseguir que practicar sexo dejara de resultarme una experiencia tan desagradable.

—¿En serio? —exclamó con los ojos abiertos como platos—. ¿Y aceptó?

—Le costó un poco y quiso poner algunas normas estúpidas, pero acabó aceptando cuando le dije que si no lo hacía él se lo pediría a cualquier otro y te diría a ti que se había negado a ayudarme.

—Menuda estrategia estás hecha —reconoció admirada.

—Al principio fingimos que cumplíamos las normas, pero no pude disimular mucho tiempo. Estoy enamorada de él y creo que él también siente algo por mí. Mi propuesta fue la excusa perfecta para atrevernos e intentarlo. Entonces empezamos a confesarnos secretos, cosas del pasado... y todo se volvió muy intenso. ¿Crees que me hubiera dejado leer su novela o me hubiera hablado de su madre y de sus terribles experiencias si no hubiese sido así?

—Claro que no, conociéndole sé que hubiera sido imposible. Está loco por ti, no hay duda.

—Pero le he fallado. No debería haber enviado el manuscrito, soy idiota.

—No lo eres, cielo. Él no lo hubiera hecho nunca y ambas sabemos que Alexei se merece esta oportunidad. Con un poco de tiempo reflexionará y te perdonará. Hablaré con él.

—¡No! —me negué—. No quiero que vuelva conmigo porque se lo has pedido tú.

—No seas tonta, volverá contigo porque te ama. Temía que os hicierais daño, sobre todo que él te lo hiciera a ti. Al final ha ocurrido, pero desde el principio fue algo inevitable. Me ha costado aceptar que estáis hechos el uno para el otro, que os complementáis y os necesitáis, y ahora que lo sé te ayudaré. Lo arreglaremos, Sofía, haré entrar en razón a ese idiota cueste lo que cueste.

—No sé si es buena idea —dudé—. Tal vez sería mejor que lo arregláramos entre nosotros.

—¿Con lo cabezotas que sois? —se burló—. Déjame hablar con él. No le pondré una pistola en el pecho para que vuelva contigo ni le amenazaré. Solamente le recordaré lo que se está perdiendo. Tiene al alcance de la mano lo que siempre ha soñado, no solo con la novela, sino contigo. Recapacitará, ya lo verás.

Al final acepté su ayuda y deseé con todas mis fuerzas que tuviera razón y pudiera convencerle. Si Vicky no lo conseguía, ya podía darlo todo por perdido.

Capítulo 21

Después de hablar con Vicky, me armé de paciencia para esperar resultados. Al cabo de unos días me confirmó que había hablado con Alexei y que se había mostrado receptivo, aunque poco comunicativo. Nada nuevo viniendo de él. Aunque mi hermana se moría de ganas de ayudarme y darme buenas noticias, lo suavizó resumiendo que había aceptado los consejos que le había dado, pero que no había aclarado nada con respecto a sus sentimientos hacia mí ni sus intenciones a partir de aquel momento. Para mí estaba claro, Alexei prefería seguir su camino en solitario sin arriesgarse ni tener que rendir cuentas a nadie, mucho menos a una pareja que le exigiría constantemente que se implicara.

La primera semana lo vi en la cafetería, pero siguió ignorándome. La segunda semana, el encargado me comentó que había pedido unos días libres por asuntos personales y yo temí que hubiera decidido huir, como hizo en el pasado, para no volver jamás y empezar una nueva vida en otra ciudad. La tercera semana sus compañeros me dijeron que había vuelto, pero que había pedido trabajar en el turno de tarde durante un tiempo. Fue entonces cuando me molesté de verdad porque entendí que lo hacía por mí, para no verme ni cruzarse conmigo. Vicky también estaba enfadada. Me contó que había hablado con él por teléfono un par de veces y que le había respondido con monosílabos, sin aclararle nada. Iván se ofreció a ir a hablar con él y dejarle las cosas claras por las buenas o por las malas. Se lo impedí, por supuesto, y me convencí de que si no quería estar conmigo jamás le obligaría. No quería convertirme en otra persona que le forzaba a hacer algo que no deseaba. Tenía que resignarme y aceptar la realidad. Le había perdido.

Transcurrió un mes que se me hizo eterno. Haber rozado la felicidad con la punta de los dedos y que me la arrebataran tan bruscamente era un golpe difícil de superar. Me había pasado toda la vida evitando arriesgarme. Mi pasado me había hecho vulnerable y me lo pensaba mucho antes de entregar el corazón. Sin embargo, con Alexei no pude evitarlo. Lo amé desde el principio y no pude guardarme nada para protegerme. Se lo di todo y cuando se marchó se lo llevó con él, dejándome más vacía que nunca. Me consolé pensando que si ya no tenía corazón nadie podría volver a rompérmelo.

Aquel día era domingo y había decidido pasarlo en casa. Aunque tenía los ánimos por los suelos, la noche anterior había salido a cenar con mis amigas, pero no disfruté ni permití que ellas lo hicieran. Nadia y Valentina parecían mujeres frívolas y despreocupadas, sin embargo, durante aquellas semanas de bajón me demostraron que también podían ser las mejores amigas, solidarizándose conmigo y escuchando mis penas en vez de estar por ahí bebiendo y ligando, que solía ser su plan favorito para las noches de los sábados. Como no quería arruinarles del todo la velada, después de la primera copa cogí un taxi y me fui a casa para lamerme las heridas en solitario.

Black me entendía mejor que nadie. Se le había contagiado un poco mi tristeza y ambos compartíamos cama cabizbajos, echando de menos a Alexei y aprendiendo a vivir sin él. Fueron unos días horribles. Lloré mucho y pensé que mi vida y mi futuro ya no tenían sentido.

Cuando creía que aquel iba a ser otro tedioso y largo día en casa, alguien llamó al telefonillo. Me dirigí al recibidor para contestar y me respondió el portero.

—Acaban de traer un paquete para usted, señorita De Miguel. ¿Quiere que se lo suba?

«¿Un paquete un domingo por la tarde?», me extrañé.

—Suba, le espero.

El hombre tardó diez minutos en subir y yo esperé impaciente junto a la puerta. Me entregó un paquete envuelto con papel marrón, rectangular y no muy grande, deseándome que pasara una feliz tarde. Cerré la puerta y regresé al sofá esquivando al cachorro, que ladraba e intentaba llamar la atención. Me sorprendió que no hubiera remitente, solo mi nombre escrito a mano en el mismo papel. Todo muy extraño. Lo sacudí un poco y el contenido se movió. La curiosidad me venció y rasgué el envoltorio para encontrarme con una caja de cartón. Dentro había un objeto envuelto con plástico de burbujas que desenrollé de inmediato, cada vez más ansiosa y muerta de curiosidad. En cuanto descubrí lo que era, casi se me cayó de las manos por la impresión. Una preciosa muñeca rusa. Concretamente la *matrioshka* que Alexei tenía en su casa.

La observé fijamente conteniendo la respiración, como si esperara que de repente se pusiera a hablar y me revelara el mensaje que ocultaba. No fue así. Sin embargo, no podía olvidar que aquella muñeca significaba mucho para él. Había pertenecido a su madre y era el único recuerdo que conservaba de ella y de su pasado. Que en aquel momento estuviera allí, en mis manos, tenía que significar algo.

«¿Qué demonios quieres decirme, Alexei?», me pregunté. Hubiera sido más fácil que hubiera venido a casa para hablar como personas civilizadas, pero a nosotros nos encantaba complicarnos la vida hasta el extremo.

Me quedé mirando la muñeca sin saber qué hacer, hasta que al final hice caso a la lógica y decidí abrirla. Separé la primera muñeca por la mitad y repetí el proceso con las otras. Al separar la cuarta no me encontré con la última figurita, sino con un papel enrollado en su interior. «Bingo», me aplaudí. Lo cogí, lo desenrollé y leí el mensaje de tres palabras que consiguió hacerme romper a llorar de felicidad.

«*Te quiero, perdóname*».

Releí la notita unas quince veces y luego me la acerqué a los labios y la besé. Después recogí la muñeca y la puse sobre la mesa, en un lugar seguro, y me subí al sofá, brincando de felicidad. En cuanto Black vio el espectáculo, empezó a ladrar y a saltar con muchas ganas de jugar. Al final me senté y lo abracé con todas mis fuerzas, riendo y llorando al mismo tiempo. «Alexei me quiere», me repetí mentalmente, y seguí sonriendo un buen rato hasta que me di cuenta de que no sabía lo que tenía que hacer. ¿Debía ir a buscarle? ¿Esperar a que moviera ficha? «Ni hablar», pensé. Quería estar con él en aquel mismo instante. Sin embargo, el tiempo me jugó una mala pasada.

Aquel había sido un día lluvioso y estaba cayendo una buena tormenta. Decidí salir igual, porque un poco de lluvia y viento no iban a impedir que me reencontrara con el amor de mi vida, y ni siquiera me planteé la posibilidad de que no estuviera en casa. Le esperaría en el portal, bajo la lluvia, el tiempo que fuese necesario. Con esa idea en la cabeza, fui a cambiarme y a ponerme un calzado adecuado, pero no llegué muy lejos, pues llamaron al timbre. Fui a abrir con piernas temblorosas, rezando para que ocurriera el milagro y fuese él, y por primera vez mis deseos se hicieron realidad. Alexei esperaba al otro lado de la puerta, mojado de pies a cabeza, mirándome con sus ojos azules, más brillantes que nunca. Me aparté para dejarle entrar y Black empezó a ladrar para saludarle. Alexei le dedicó un par de caricias sin dejar de mirarme a los ojos y yo no pude contener las lágrimas de emoción, incluso sin saber qué esperar de aquel silencio. Finalmente, tras unos segundos eternos, se levantó, cerró la puerta y me habló.

—La *matrioshka* era de las pocas cosas que me quedaban. Te lo he dado todo, Sofía, lo único que me queda ahora es mi corazón. Está herido, hecho pedazos y hará que vuelva a comportarme

como un idiota porque todavía no sé muy bien cómo gestionar todos estos sentimientos tan desconcertantes que tengo por ti, pero si lo quieres, también es tuyo.

Yo asentí con la cabeza y, tras dudar unos instantes, le besé con todas mis fuerzas, llorando de felicidad.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repetí entre besos—. Pensé que te había perdido.

—Lo siento, me he comportado fatal —se disculpó acariciándome por todas partes, como si no pudiera dejar de tocarme para asegurarse de que era real y no un sueño—. Prometo que no volveré a hacerte sufrir. Me enfadé porque no me hiciste caso, me sentí traicionado, no podía entender que lo hacías por mí, porque me quieres... Nadie me ha querido nunca así y tenía dudas. Siempre he estado solo y he tenido que sobrevivir por mi cuenta. No estoy acostumbrado a que las personas se preocupen por mí ni tampoco a compartir mis sentimientos. Todo esto es nuevo y muy intenso, pero si estás a mi lado haré lo posible por aprender a aceptarlo.

—Hay mucha gente que te quiere ahora, Alexei —le recordé—. Daniela te adora y Vicky haría cualquier cosa por ti. Hasta Iván te tiene aprecio, aunque no te lo parezca —sonreí—. Y yo te amo con todo mi corazón. Tienes que aprender a vivir con ello porque no voy a dejar de hacerlo nunca. A partir de ahora jamás volverás a estar solo.

—Yo también te amo, Sofia, y quiero estar siempre contigo —confesó al fin—. Nunca pensé que aprendería, pero contigo ha sido muy fácil. Intenté resistirme, pero fue imposible. El amor que siento por ti es más fuerte que todo lo demás y no voy a dejarte escapar. Perdóname, no quería hacerte daño. Lo último que deseo es verte llorar y, si me dejas, me esforzaré por hacerte sonreír todos los días de nuestra vida.

Acepté y nos besamos con pasión y con todo el amor contenido hasta entonces. Me sentí ligera, como si me hubieran quitado un enorme peso de encima, flotando en una nube de felicidad. Por fin me sentía completa, con cicatrices incluidas. En realidad, habían dejado de importar porque por fin había entendido que lo que me definía como persona no eran aquellas marcas, sino todo lo que había dentro de mí. Las experiencias negativas, los traumas y el dolor, pero también la superación, los logros y sobre todo el amor. Lo único que podía curarlo todo.

—Hazme el amor —le supliqué.

Él asintió, me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. Nos desnudamos lentamente, mirándonos a los ojos y disfrutando el uno del otro, por fin libres de los miedos y las inseguridades que hasta entonces nos habían mantenido prisioneros. Ambos teníamos un pasado que queríamos olvidar, sin embargo, comprendimos que las experiencias pasadas nos habían convertido en lo que éramos y que sin ellas nuestros caminos jamás se habrían cruzado. Nos había hecho falta vivir todo lo malo para encontrarnos. Aquello le otorgaba un nuevo significado a nuestro dolor. Era una manera de encontrarle sentido y conseguir aceptarlo para empezar a superarlo.

Una vez desnudos, nos tumbamos abrazados en la cama. Él sobre mí, con las manos entrelazadas, penetrándome lentamente para saborear aquel momento único de conexión total.

—Has conseguido que entienda lo que significa esto —murmuró sin dejar de moverse mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas—. Has hecho que lo que más odiaba se convirtiera en lo que más deseo, algo maravilloso. Te debo tanto...

—No me debes nada, el amor es así. Darlo todo porque la felicidad de uno es la felicidad del otro.

—Nunca te arrepentirás de amarme, te lo juro. Estoy tan agradecido de haberte encontrado que dedicaré lo que me queda de vida a hacerte feliz. Tú le das sentido a todo, me haces querer ser mejor persona, superarme, ser digno de tu amor. Me haces sentir fuerte y pletórico. Eres lo mejor que me ha

pasado y no me cansaré de dar las gracias al destino por haberte puesto en mi camino.

—Lo sé, amor mío —susurré con lágrimas en los ojos, apartándole un mechón húmedo del rostro—. Yo siento lo mismo por ti. Tú me has hecho sentir deseada, me has devuelto la confianza, me has enseñado a amar. Sin ti seguiría ocultándome detrás de mis cicatrices, con miedo a vivir la vida, disfrutarla y ser feliz. Lo eres todo para mí.

—Y tú para mí, te amo —susurró, cerrando los ojos y dejándose llevar por el placer.

Ambos llegamos al orgasmo casi al mismo tiempo, y fue maravilloso alcanzar las estrellas en compañía sabiendo que estaríamos siempre juntos. A pesar de lo malo, supe que superaríamos todas las dificultades.

—No será fácil —murmuró unos minutos después, acariciándome el brazo con suavidad. Yo permanecía abrazada a él, con la cabeza apoyada en su pecho y una sonrisa dibujada en los labios.

—Si lo fuera no merecería la pena —le recordé amodorrada, notando como poco a poco me iba venciendo el sueño.

—Hablé con tu amiga Ruth —dijo de pronto, despejándome de golpe.

—¿De verdad? —me emocioné.

—Sí, soy muy cabezota y un poco obtuso, pero no soy tan idiota. Cuando se me empezó a pasar el cabreo, me di cuenta de que era una gran oportunidad y la llamé. Se ofreció a venir a verme, pero necesitaba desconectar y le propuse reunirnos en Madrid. Por eso estuve unos días fuera.

—¿Y cómo fue? —pregunté, entendiendo su repentina ausencia.

—Llegué allí un poco inseguro. Por teléfono parecía verdaderamente interesada, pero preferí ser prudente y no hacerme ilusiones antes de tiempo. Con lo mal que me han salido las cosas, he aprendido a esperar siempre lo peor. Sin embargo, una vez en su despacho, me confirmó que estaba encantada con la novela y que le veía muchas posibilidades. Me explicó lo que podía ofrecerme y me prometió que iba a volcarse conmigo. Dijo que puedo llegar muy lejos —comentó con una tímida sonrisa.

—Lo sabía, lo supe desde que la leí.

—Voy a intentarlo —musitó—. Estoy acojonado, pero quiero intentarlo.

—¡Me alegro tanto! —exclamé abrazándole muy fuerte—. Lo vas a conseguir, Alexei.

—Poco a poco, no quiero precipitarme.

—Vas a cumplir tu sueño —le aseguré.

—Mi sueño ya lo he cumplido, Sofía, lo demás es secundario. Mi sueño eres tú.

Entonces nos besamos y nos prometimos que seríamos felices, con lo bueno y con lo malo, pero juntos para siempre.

Epílogo

Unos meses después...

Aquella mañana llegaron los libros. Alexei y yo seguíamos sentados en el sofá, contemplándolos embobados. La portada era increíble y el diseñador había sabido transmitir perfectamente la esencia de la novela. En la parte de arriba podía verse la cabaña del asesino, iluminada por la luz de la luna y rodeada por la espesura del bosque, y en la parte de abajo el título y el nombre del autor, mi Alexei. Estaba tan orgullosa que no cabía en mí de gozo.

—Es increíble —susurré acariciando la cabeza de Black, que reposaba sobre mis rodillas. Lejos quedaba aquel cachorro juguetón que me cabía en el regazo, ahora era enorme.

—Aún no me creo que por fin esté en mis manos, la sensación es indescriptible —comentó emocionado.

—No es para menos. Has trabajado duro para conseguirlo.

—Sin ti no hubiera podido —aseguró, inclinándose para besarme—. Te quiero, princesa.

Black ladró reclamando atención. Era muy celoso y solo nos permitía muestras de cariño si también se las dábamos a él. Alexei sonrió y le rascó detrás de las orejas, arrancándole gruñidos de placer.

—Y yo a ti, pero todo el mérito es tuyo, yo solo aporté mi pequeño granito de arena.

—Eso es discutible. Tú me diste el valor para publicar. Sin ti, la novela seguiría guardada en un cajón de mi antiguo piso.

Hacia un par de meses que Alexei se había mudado a mi casa. Al principio pensamos que sería bueno tomarnos nuestra relación con calma, y luego nos preguntamos por qué demonios teníamos que perder el tiempo si estábamos seguros de que íbamos a querernos para siempre, así que le convencí para trasladarse al ático. Nunca le había gustado, pero era mío, y mientras no encontráramos otra cosa, era la solución ideal para que Black estuviera cómodo.

—Me alegro de compartir este éxito contigo. Será el primero de muchos, estoy convencida.

Mientras hablábamos de ello me llegó un mensaje al móvil. Lo leí y me sorprendí por la noticia, dando un grito de alegría.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexei.

—Es Lisa, dice que Raúl por fin le ha pedido que se case con él. —Ya era hora de que aquellos dos dieran el paso.

—¿En serio? ¡Qué sorpresa! —exclamó, contento por la noticia.

—Cuando volvamos la llamaré para que me lo cuente todo —comenté mientras respondía al mensaje.

Aquella misma noche salíamos de viaje, rumbo a Madrid, para la presentación oficial de «Abismo», la novela de Alexei. Él iba a estar presente entre el público porque no quería dar a conocer su identidad. Tenía miedo de que alguien de su pasado le reconociera y prefería evitarlo. Sin embargo, no podíamos quedarnos en casa, queríamos vivirlo allí, en primera persona. Íbamos a dejar a Black en casa de mi hermana, así que, si no queríamos que el tiempo se nos echara encima, teníamos que empezar a movernos. Cuando iba a proponerlo, alguien llamó al timbre con insistencia. Me levanté para abrir, mirando intrigada a Alexei, y me sorprendí al encontrarme a Vicky al otro lado de la puerta, con el rostro blanco como el papel y mirada de pánico. Me asusté y quise preguntarle si había ocurrido algo, pero ella me empujó y entró en casa como un torbellino, sin ni

siquiera saludarme. Cerré de un portazo, cada vez más asustada, y la seguí al salón, donde me la encontré abrazada a Alexei, escondiendo la cabeza en su pecho y farfullando cosas sin sentido.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunté preocupada.

—Es horrible —gimió con lágrimas en los ojos—. ¿Os habéis enterado de la noticia?

—Lo acabo de saber, pero no me parece horrible, sino increíble —comenté, pensando que se refería a la boda de Lisa.

—¡Será cabrón! ¿Os lo ha contado? —exclamó—. ¿Cómo puede parecerte increíble?

—A ver, ¿de qué estás hablando, Vicky? —la interrumpió Alexei—. ¿No te alegras de que Lisa se case?

—Claro que sí —respondió exasperada—. No estoy hablando de eso.

—Entonces, ¿de qué? —insistí.

—De lo mío —sollozó—. ¡El capullo de Iván me ha dejado embarazada!

—¡¡¿Qué?!! —exclamamos Alexei y yo al mismo tiempo.

—Dios mío, es horrible, ¿cómo ha podido hacerme esto? —siguió lamentándose.

—¡Es maravilloso, Vicky! ¡Enhorabuena! —me emocioné.

Ella me miró como si la hubiera insultado.

—Tengo un *alien* creciendo aquí dentro —dijo señalándose el abdomen—, que me hará engordar y después pretenderá salir por mi... mi... ¡Por aquí abajo! ¡Es espantoso, no quiero! Tendré que asistir a la boda de Lisa vestida con una túnica porque pareceré una foca y todo será horrible —gimió.

—Vicky, vas a ser una gran madre. No tengas miedo —la consoló Alexei, entendiendo inmediatamente dónde estaba el problema.

—¿Tú crees? —preguntó, sorbiéndose los mocos.

—Estoy convencido. Solo hay que ver el trabajo que has hecho con Daniela.

Ella le miró como si fuese un dios de la sabiduría y asintió con la cabeza, haciendo un puchero, mientras yo contemplaba la escena con una sonrisa dibujada en los labios.

Cuando volvió a sonar el timbre ya sabía quién era. Iván venía con Daniela y el rostro descompuesto. No lo cambió hasta que le confirmé que mi hermana estaba allí, sana y salva. Suspiró aliviado y pasó al salón, quejándose y soltando tacos por lo bajo para que no los entendiera la pequeña.

—Enhorabuena, papá —le dije con una sonrisa burlona, caminando detrás de él.

—Ya, gracias —masculló—. Aunque esta maldita loca me tenía muy preocupado.

Vicky tuvo la decencia de parecer avergonzada y arrepentida por su arrebató infantil y se acercó para abrazarle.

—Estaba asustada —gimoteó como excusa.

—Lo sé, preciosa, pero esta va a ser una de las mejores experiencias de nuestra vida y tenemos que disfrutarla.

—¿Estarás a mi lado, aunque me ponga gorda y fea? ¿Aunque me pase el día llorando y me comporte como una maldita chiflada?

—Siempre, amor mío —prometió.

Entonces se besaron y Alexei y yo nos miramos con una sonrisa de complicidad.

—Voy a tener un hermanito —le decía Daniela a Black, que había saltado del sofá para saludarla—. ¡Estoy tan contenta! Pronto jugaremos los tres, te lo prometo.

Cuando mi hermana logró separarse de su marido, la abracé mientras Alexei le estrechaba la mano a Iván.

—Más te vale cuidar bien de ellas —le advirtió.

—Siempre lo he hecho —aseguró Iván.

—Por eso sigues con vida.

—Venga, chicos, haya paz —intervine antes de que las cosas se pusieran tensas—. Tenemos muchas cosas que celebrar —anuncié, señalando el montón de libros.

—Quiero uno dedicado —exigió mi hermana—. Por fin podré leerlo. Tal vez me ayude a distraerme y a no pensar en el parto.

—Te va a encantar —le dije mientras Alexei sacaba un par de libros de la caja y después se iba a la cocina a buscar una botella de zumo y unos vasos, porque con la noticia del embarazo no nos pareció buena idea beber alcohol.

—Por nuestra familia. —Alcé mi vaso para hacer un brindis—. Nos ha costado, hermanita, pero lo hemos conseguido y la recompensa ha merecido la pena.

Todos brindamos por ello, porque a pesar del dolor y las dificultades, por fin habíamos encontrado nuestra pequeña porción de paraíso y habíamos entendido que el amor verdadero puede curarlo todo.



Descubriendo a Alexei...

Siempre había pensado que sería un fracasado y acabaría mis días tirado en un callejón, muriendo solo y drogado como le pasó a mi madre. Nunca creí en las segundas oportunidades. Veía mi destino con absoluta claridad porque había vivido de cerca casos como el mío. Jóvenes problemáticos, con vidas complicadas, relaciones familiares rotas y deudas, que llegaban al club pensando que podrían hacerlo, que no sería tan duro, que follar solo era follar, y en cuanto cruzaban las puertas de aquel infierno perdían su dignidad. Nos pasaba a todos. Cuando decides venderte lo pierdes todo. Lo único que consigues manteniendo cuerdo es el respeto por ti mismo y cuando lo pierdes te quedas sin nada. Sin embargo, yo fui de los pocos afortunados que no se dejaron tentar por el alcohol y las drogas para soportarlo, y en parte eso fue lo que me salvó.

Durante muchos años habité un cuerpo que odiaba. Permanecía dentro de aquel cascarón vacío y podrido, y hacía todo lo posible por mantenerme al margen de lo que sentía. Llegó un punto en el que logré desconectar por completo, pero era muy difícil mantener la cordura cuando la mente y el cuerpo iban por bandos distintos.

Mi madre no lo consiguió y murió el mismo día que mi padre nos rechazó, pero siguió habitando su cuerpo unos cuantos años. Sin embargo, en su caso ganó la parte mala, la que le decía que esnifara para soportarlo y la destruía lentamente. Creyó que no podría dejarlo nunca y eso la mató, dejándome solo a una edad demasiado complicada para saber valorar mis opciones y tomar la decisión correcta. Aun así, la perdono. Sé que me quería y que, si hizo lo que hizo, fue por mí.

Cuando me quedé solo, me dije que si a mi madre le pagaban por follar y era capaz de hacerlo no podía ser tan horrible. Había conocido a muchas putas amigas de mamá y a veces se reían, incluso parecían extrañamente felices. Ahora entiendo que lo que veía en sus ojos era resignación, pero entonces pensé que yo también podría soportarlo. Era un adolescente con las hormonas revolucionadas y no me pareció tan horrible hasta que me vi obligado a chupársela a aquel tío a cambio de comida. Aquel día perdí mi dignidad. Con quince años solo era un fantasma que vagaba por el mundo deseando ser invisible.

¿Sabéis lo que me mantuvo con vida? La esperanza. A pesar de todo nunca la perdí, y aunque había días que deseaba que alguien acabara con mi miserable vida, también pensaba que a la larga podría ser libre y no tendría que dar nada a cambio de algo tan elemental como un plato de comida o una cama.

Los libros me ayudaron. Cuando no estaba... trabajando, estaba leyendo. No os podéis imaginar la cantidad de libros que la gente tira a la basura. Yo los recogía y los leía una y otra vez. Sumergirme en aquellos mundos de fantasía me ayudaba a evadirme de la realidad, y cuando estaba con algún cliente, desconectaba y empezaba a crear tramas en mi cabeza. Me avergüenza reconocer que «Abismo» surgió en mitad de una de aquellas sesiones de tortura, pero aquello fue lo que me salvó. Tenía un objetivo, un sueño, algo por lo que luchar, y si quería cumplirlo, tenía que dejar de resignarme y salir de allí.

Cuando logré escapar de aquella vida e instalarme en otra ciudad, empecé a trabajar de camarero, lavando platos y limpiando la mierda de los baños. Cualquier cosa con tal de reunir dinero y poder dedicarme a lo que de verdad me gustaba: escribir. Poco a poco fui desarrollando la trama de la novela y al final resultó ser un éxito. En realidad, todavía lo estoy asimilando.

No obstante, mi vida empezó a cambiar de verdad cuando conocí a Vicky. La primera vez que la

vi me di cuenta de la tristeza que ocultaba. Solo alguien que ha sufrido un trauma puede entender lo que significa vivir con ello y yo lo vi en sus ojos. En un impulso, le escribí una nota y empezamos a hablar. Por primera vez me sentí comprendido y conecté totalmente con ella. Por fin era libre, pero seguía atrapado en una existencia vacía hasta que Daniela y Vicky la llenaron de luz. Para mí es como una hermana y siempre la querré por haberme devuelto las esperanzas.

En aquel momento creía que con eso tendría suficiente. Por fin había personas que se preocupaban por mí y me querían. Incluso tenía amigos. Todos formaban un círculo en el que yo estaba incluido y aquello era bueno, muy bueno, lo mejor que me había pasado en la vida, y pensé que no necesitaba nada más hasta que apareció ella.

Fue una tarde de verano. Vicky me había convencido para celebrar mi cumpleaños y yo acepté por ella, porque le hacía ilusión. A mí me importaba una mierda cumplir años y me importaba menos celebrarlo. Sin embargo, cuando aquella joven de cabellos oscuros y ojos verdes cruzó la puerta del jardín, algo me sacudió por dentro y la sensación me dio un miedo de cojones.

Sofía era atrevida, divertida, magnética, vibrante, cariñosa, dulce, bondadosa, inteligente y preciosa. Cuanto más la miraba más me gustaba. Frente a ella me sentía como aquel chaval que admira a una estrella de *rock* que está totalmente fuera de su alcance. ¿Qué posibilidades tenía yo, un desgraciado traumatizado, con aquella princesa? Era mejor retirarse a tiempo. Yo estaba tarado, no podía amar, no podía tener una relación normal, ni sentimental ni sexual. No servía para nada. Por eso hice todo lo posible por alejarla de mí. Sin embargo, no contaba con su perseverancia.

Al principio manteníamos una relación fría y distante. La deseaba y a la vez me obligaba a despreciarla. No podía permitirme quererla. Ni siquiera entendía el significado de aquella palabra. Para mí todo eso era nuevo y me tenía completamente desconcertado. Lo que sentía por Sofía era tan intenso que no se podía comparar a lo que sentía por Vicky o Daniela, y no estaba preparado para asimilarlo, pero entonces ella me mostró su lado más vulnerable y no me quedó más remedio que ayudarla. Aquellas ridículas cicatrices la tenían traumatizada, y a mí me parecía alucinante que no se diera cuenta de que no había nada malo en ella, al contrario, hasta aquellas marcas la hacían especial porque demostraban que era una superviviente, una luchadora que había superado una infancia muy dura, y tuve que hacérselo entender.

Reconozco que cuando me hizo aquella sorprendente propuesta me dejé manipular. Necesitaba una excusa para acercarme a ella, para tocarla, para saborearla... y Sofía me lo puso en bandeja. Si fingía que hacía aquello para hacerle un favor y que estar juntos no me ataba, podía entregarme durante un tiempo y disfrutar del contacto con otro ser humano, pero no un contacto repulsivo y humillante, sino tan dulce, tierno y maravilloso, que hacía que mi corazón latiera desbocado y en mi cabeza solo existiera ella. Sofía fue tejiendo su tela de araña para enredarme, y cuando quise darme cuenta ya estaba totalmente atrapado. Amarla fue demasiado fácil, incluso para alguien como yo. Con ella redescubrí el sexo y entendí la diferencia entre lo que había hecho y lo que verdaderamente significaba hacer el amor. Entregarse a otra persona por completo y libremente, dárselo todo sabiendo que vas a recibir lo mismo a cambio.

No sé si lo estoy haciendo bien, lo que sí puedo asegurar es que estoy poniendo todo mi corazón para que lo nuestro funcione. Quiero amar y adorar a esta mujer el resto de mis días, pero, sobre todo, quiero esforzarme para que ella no deje de quererme nunca. Necesito su luz para seguir venciendo a mi oscuridad. Todavía hay días que me acechan las sombras, aún hay noches en las que me despierto con miedo, pensando que sigo atrapado y sometido, pero entonces me doy la vuelta en la cama y su dulce aliento calienta todos los rincones fríos de mi alma.

Cuando solo era un chico asustado que vivía refugiado en el mundo de los libros, pensaba que

mi sueño era convertirme en escritor y ser libre. Conseguí ambas cosas, sin embargo, hasta que Sofía llegó a mi vida no me di cuenta de que mi sueño, la razón de mi existencia y todo lo que necesitaba para seguir adelante y ser feliz era ella. Solo ella... Sofía.

Agradecimientos

Poner fin a esta novela me ha costado mucho porque ha supuesto concluir una etapa importante. Con la serie «Citas de Amor» empezó mi sueño y sus protagonistas me han acompañado a todas horas durante años. Es muy difícil decirles adiós, pero tengo que poner punto final a su historia para dar paso a otras.

Me pasaría horas agradeciendo a todas las personas que han estado a mi lado desde el principio, dándome una oportunidad a pesar de ser una autora desconocida, así que lo haré en general: GRACIAS por tantísimo cariño.

A mis padres, a mi familia y a mis amigos. A los grupos de Facebook y a la gente que me sigue a través de las redes sociales. No os imagináis cuánto me habéis ayudado con vuestro apoyo. Pero, sobre todo, gracias a ti, lector. Por ser fiel y estar ahí. Tú das vida a mis personajes. Espero que hayas disfrutando con mis historias y sigas recorriendo este camino a mi lado.

Autora



Anna Dominich es el seudónimo bajo el que escribe esta autora catalana, nacida en la ciudad de Barcelona.

Aunque centró sus estudios en una rama de ciencias, la pasión por los libros no tardó en convencerla de que su verdadera vocación estaba en las letras.

Lectora empedernida, con una mente inquieta, empezó a escribir historias llenas de romance, pasión, amor y sentido del humor. Sus novelas lograrán atrapar al lector por la frescura, la naturalidad y el realismo con el que escribe.

En 2016 publicó sus primeras novelas tituladas «*Déjate tentar...*», «*Déjate llevar...*» y «*Déjate engañar...*», pertenecientes a una serie llamada «*Citas de Amor*». En 2017 publica «*Miénteme si puedes*» y «*Déjate seducir...*».

Actualmente sigue inmersa en el proceso creativo de sus próximas novelas, con las que pretende enamorar a los lectores del género romántico.

Enlaces:

Facebook: @AnnaDominichEscritora

Twitter: @a_dominich

Instagram: @annadominich